

María Manuela de Sousa: Montreal, Kingston, Toronto (Canada). Lisboa (Portugal). El Pualar (Madrid).

Quiero recordar que la pesantez tensada de mi conciencia se aflojó, formó una comba de vencida conformidad y fue entonces cuando me apercibí con natural propiedad de que, aunque de manera que se resistía a la catalogación convencional, había conectado con aquella chica. Se trataba de una azafata de tierra, y por lo tanto vestida de guisa más escuetamente sobria: uniforme azul oscuro tanto para la falda como para la chaqueta, y zapatos de factura poco ostentosa. Allí, en uno de los vestíbulos del aeropuerto de Dorval de Montreal, una noche de septiembre de 1967, se nos confirmó que hasta la mañana siguiente no era posible volar a España. Conforme a lo que un telegrama de mi familia precisaba, mi padre había entrado en una recta final, irrecuperable, y se sugería urgentemente mi presencia en España, en vista de la impredecible inmediatez con que en todo caso parecía que el definitivo, terminal desenlace habría de producirse. Había yo salido de Kingston esa misma tarde, me había echado al bolsillo la cantidad de “cash” suficiente para costearme el pasaje de avión que fuere, y disponer de la preferencia que un pago al... super contado pudiera procurarme. Pero no era posible. La Canadian Pacific, compañía de la que yo normalmente me había servido hasta entonces, no disponía de más vuelos hasta el otro día... Éramos un grupo heterogéneo de pasajeros potenciales, quiénes a un destino, quiénes a otro. Lo mío se trataba de un vuelo rutinario. Desde 1963, año de comienzo de mi residir en Canada, creo que volé siempre entre Madrid y Montreal con las líneas Canadian Pacific, a veces con escala técnica en Lisboa...

Aquella azafata se hizo cargo en cierta forma del excedente de frustración mía por no poder embarcarme esa noche y tener que esperar unas cuantas horas más. Había estacionado yo mi coche Rambler de alquiler en el gigantesco Parking del aeropuerto, suponiendo que allí se quedaría durante todo el tiempo que durase mi ausencia... El grupo de viajeros se fue troceando una vez que cada cual se hiciera su composición de lugar y coordinase el algoritmo de sus posibilidades...

Intercambiamos las obligadas frases de operativa y discreta funcionalidad y....

–Soy Tomás Ramos, español, de... Madrid, bueno, de una ciudad cerca de Madrid.

–Y yo me llamo María Manuela...

Nos contamos mutuamente nuestras circunstancias. María Manuela era portuguesa, de Monte Estoril, junto a Lisboa, y trabajaba como azafata de tierra para la Canadian Pacific. Su cometido era el de prestar ayuda “en tierra” a los pasajeros, hacer de... “acomodadora” de aeropuerto, relaciones públicas, etc. Sentí como si mi estado de ánimo se permitiera un enorme blanco, un extendido paréntesis, puesto que el motivo de mi viaje, o sea, la gravedad terminal de mi padre, todavía no me había mostrado cara a cara su realidad, y en ese tiempo de espera, de antesala muerta, mi espíritu no sentía empacho en apuntarse a cualquier programa, pues ninguno se me presentaba con entidad suficiente como para hacerme desatender el gran asunto que me había llevado hasta allí, hasta el aeropuerto Dorval de Montreal...

María Manuela y yo salimos del edificio y nos encaminamos hacia el lugar del parking donde había dejado yo el coche. Algo tuvimos que negociar muy de urgencia y muy de circunstancias para que se viniera conmigo. Probablemente mediaría por mi parte mi ofrecimiento de llevarla a donde ella tuviese a bien, a su dirección en Montreal, o lo que fuere, puesto que a mí, metido en harina, tanto me daba quedarme y pasar la noche en algún motel cercano, del extrarradio del aeropuerto, como conducir al “downtown” y regresar más tarde. Llegamos al coche y por lo que ahora, más de 29 años después, puedo rescatar en su más indiscutible nitidez, dejamos que nuestras afinidades respecto de la música, quiero decir, de las innumerables melodías más o menos ligeras aptas para la canción, formaran la argamasa de nuestra atracción mutua. María Manuela tenía, igual que yo, una formidable propensión a todas esas solfas que uno oye por los medios de comunicación y recuerda e interpreta con arreglo al estilo, a la inspiración y a la clave que en cada cual predomine. Además, María Manuela hablaba castellano casi con total naturalidad, dejando un

ámbito de holgura para ciertos giros o palabras que en su colisión coloquial siempre compatible con el español daban a su discurso un contenido de agraciado primor...

El caso es que estuvimos dentro del coche cerca de dos horas, digo bien, dos horas. Confesó haberme encontrado desde el primer momento “interesante y atractivo”; y por mi parte, ante la inevitable cercanía de su persona, reparé en que las curvas de la feminidad de María Manuela constituían por sí solas una verdadera categoría de excelencia. Nos dijimos nuestras edades: ella, 22 años; yo, 31, cumplidos hacía poco. La conversación actuó de levadura, una de esas ocasiones en que, con arreglo a lo que yo he sostenido desde siempre, las palabras despliegan su portentosa capacidad erótica y acuciantemente premonitoria, quedándose a sólo una mínima instancia del hecho, a veces confundándose con él, y hasta traspasándolo. Mi dialéctica iba abriéndose paso, taladrando y penetrando en todos los reductos, aun los más supuestamente inexpugnables del corazón de María Manuela, integrando vacíos, aunando secuencias, armonizando aparentes contradicciones. Aquello era una gloria. Sólo alguien iniciado o irrevocablemente comprometido con el asunto en curso es capaz en casos así de adueñarse de las claves del proceso, de sus aspectos substantivos, de sus patrones interpretativos, y de los guiños de aquiescencia que se producen desde el fondo de los sentires de nuestro interlocutor. María Manuela me debió de encontrar naturalmente inspirado, enarbolando las palabras como si fueran hechos consumados, realidades llevadas a término, mostraciones inconcusas. Como cifra y compendio de aquella cuasi subitánea epifanía de “love at first sight” dije a María Manuela que no me importaría compartir mi tiempo con ella, despojarme libre y fervorosamente de... la mitad de lo que fuese, de lo que yo significase y entenderlo desde ese momento como puesto a su nombre, como algo suyo. Recuerdo que nos besamos, y que despedí de su persona una calidez femenina de trepidante convocación, y que bajo su uniforme, más bien, como dije, de corte discreto, y de su blusa blanca con cuello de picos anchos hacia fuera, se encontraba lo que

entonces me pareció una concentración lírica de todos los magmas imaginables...

Pero se estaba haciendo tarde. En estos artificios de retórica cuyos acentos encendidos se iban abriendo a perspectivas cada vez más candentes, más apremiantes, se nos habían ido –repito– dos horas. Debían de ser las once o las doce de la noche ya. Yo tenía que coger un avión por la mañana temprano y se hacía imperativo descansar lo que fuera, pasar el tramo de noche a que hubiere opción en un lugar distinto del habitáculo del coche. María Manuela, en un arranque de persuasiva confidencialidad, me sugirió que la llevara a su sitio habitual de hospedaje, casa de una señora portuguesa, y que tenía la plena seguridad de que podría acomodarme para aquella noche. No puedo recordar en qué parte del “downtown” vivía aquella patrona. Creo que tomamos la carretera 2, para continuar por St. Jacques, hasta algún punto no muy lejos de la Windsor Station y de la General Post Office. Al llegar, y dado lo inusualmente avanzado de la hora, María Manuela habló en tono confidencial con la señora, yo puse el gesto más conciliador y amistoso que pude procurarme de mi particular estado anímico, y la pagué allí mismo, quedando ella advertida de que muy temprano por la mañana, acaso cuando nadie se hubiera aún levantado, yo tenía que marcharme, etc...

En circunstancias así yo no podía aspirar a conciliar ni siquiera un corto tramo de sueño. Aunque provisto de despertador, la formidable tensión emocional que me estrechaba por todas las partes con las que mi espíritu hiciera frontera, me impedía cumplidamente algo tan natural como dormir unas pocas horas, dos o tres, siquiera. Como siempre, toda mi confianza residía en mis 31 años, cuyas prestaciones, pensaba yo, y pensaba bien, podían hacer frente a cualesquiera retos que se me presentasen. Estar uno insomne y tener una entidad incendiaria de mujer allí al lado, unos metros distante, en alguna habitación de la casa, es una de las pruebas más señaladamente agónicas y penitenciales que se puedan experimentar. En trances así el cerebro se auto-atormenta, se auto-inflige quiméricas proposiciones, se entretiene en erigirlas a realidades factibles y las destruye un momento más tarde; o al contrario,

como un condenado se inficiona, se empoza más y más en virtualidades desasidas de toda proporción... Cualquier imperceptible rechinar de alguna madera del piso, cualquier ruidito..., operaban como módulos transmisores de la persona de María Manuela hecha percepción, constituida en bulto motivado, repleto de “morbidezas” tibias y convocantes, de erógenos atributos... Por eso, en tal escenario de dulcedumbre entre cavilosas y encrespadas, la acción se disparó por sí sola. Había oído yo un conato, un comenzar de pisadas llenando cada vez más de cercanía el ámbito de mis sentidos..., y automáticamente me levanté, en cualquier caso. No me dio tiempo a proceder mucho más... María Manuela, en la casi total oscuridad que reinaba en la vivienda silente, en su camino hacia el cuarto de baño, se había topado conmigo, en el trozo exiguo de pasillo al que daba mi habitación... No pude verla bien. Los registros sensoriales se apelmazaron y formando una piña se resistieron a su desglose. Ante mi tender los brazos y palparla en un abordaje de urgencia, medio en tono de súplica, medio en clave de autonomía, María Manuela musitó algo, apeló a lo arriesgado de mis manipulaciones, me hizo ver que en cualquier instante la gente podría despertarse, que... Llevaba una especie de ropa de dormir, eso que creo que se llama “salto de cama”, sólo que cortito, que permitía la evasión propagadora de los aromas de la carne de María Manuela... Pero no podía ser tan pronto, no podía ser..., sencillamente. Las cosas requieren una sazón, un aviso, una proporción, y oponerse a esas leyes inquebrantables le suele a uno acarrear cataclismos... María Manuela procedió hacia donde tuviese que ir, creo que al baño. Yo volví a replegarme en mi habitación, todo turbado y encendido, con el cuerpo dándome choques y sacudidas de tantas y tan socavadoras emociones... Poco después, acaso un par de horas más tarde, me levanté definitivamente, salí de la casa, me metí en el coche y me dirigí al aeropuerto. Todavía no había amanecido. Esta vez sí pude coger mi avión programado y volar a España.

María Manuela y yo nos habíamos hecho el proverbial intercambio de direcciones y de puntos de posible encuentro. Ella siempre dependía de las disponibilidades de su empresa, pero en todo

caso, una vez en Canada, sus escenarios laborales se reducían a Montreal, casi siempre, y Toronto con mucha menor frecuencia. Me es imposible precisarlo, no puedo de ninguna manera recomponer en mi conciencia por qué conducto, o si por el puro azar, nos encontramos en Toronto algunos días, algunas semanas más tarde. En mis “notas” aparece una escueta leyenda: “La ví de nuevo en el Skyline de Toronto”. ¿A qué Skyline me estoy refiriendo? Me apabulla confesarlo: No tengo la más somera idea. ¿Fue porque nos comunicamos por teléfono y María Manuela me anunció que volaba a Toronto? No lo sé. Vagamente recuerdo que desde cierto momento en adelante la información que me facilitó comprendía los días de la semana en que, a menos de intervenir un cambio de esquema, la Canadian Pacific solía requerir sus servicios en Canada. Los horarios de los vuelos de dicha línea tanto a Toronto como a Montreal era una de las cosas más sencillas de recordar y de tener presente en la memoria. La situación geográfica de Kingston, entre ambas ciudades, casi a igual distancia de una y de otra, me procuraba una ventajosa maniobrabilidad. Los componentes de azar y de modificación del posible calendario de vuelos de María Manuela desde Lisboa a Canada también se tenían en cuenta. En efecto, el texto de mis *notas*, a modo de última referencia, tomada hace bastantes años, dice tan sólo que “la vi de nuevo en el Skyline de Toronto”. Después de eso mi memoria actúa ya sobre seguro. Ella, en efecto, había llegado a Toronto con la Canadian Pacific, y fue allí, en ese aeropuerto donde en definitivas cuentas tuvo lugar el trasunto más solvente de nuestro encuentro...

Con todo, y aunque someramente, el aeropuerto que yo mejor conocía era el de Dorval (Montreal), entonces probablemente el primero de todo el país. Fueron muchas las horas que allí pasé, si se me antoja poner juntos todos los viajes a y desde España. No me importaba consumir allí ratos y ratos. Casi siempre los empleaba en escribir poemas al tema sempiterno e iniciático de la azafata. Me faltaba todavía rellenar muchos espacios de alma para llegar a la hartura y al aburrimiento que ese idéntico escenario me produciría años más tarde. Sirva de pauta orientativa confirmar que varios poemas de mi

Penúltimas palabras (Universidad de Granada: Colección Zumaya, 1980) fueron gestados allí mismo, en aquel aeropuerto. La estrofa IV de “Azafata en azul” dice:

Pasabas arropándote en tu flota,
toda de azul celeste, sorda, altiva
a los mundos de abajo, nube pura.
Las nueve y veinticinco de ese lunes
cuando cruzaste en bello recorrido
el vano que separa tierra y alma.

Aeropuerto de Dorval, Montreal. 13 de
octubre, 1969

y esa misma fecha, en aquella misma sentada –obsérvese bien esto, pues dilatada tuvo que ser acaso la espera de mi vuelo– también escribí el siguiente poema, en razón de los motivos que en él se detallan:

VOZ

*(A una empleada de las Líneas Aéreas
LUFTHANSA, que hablaba español)*

La palabra fue todo en un principio.
De súbito, inflamándose en el aire,
una joven sirena, una garganta
vertida por el haz de los micrófonos,
me llama en español, golpea fuerte
la puerta de mi sangre, la que abre
a la estancia más pura de la vida.
Escuchadla. ¿Qué dice?... Prisioneros
del ruido desgastado de otras voces
queridas pero extrañas, nos sorprende:
“Señoras y señores pasajeros
del vuelo de *Lufthansa* para Méjico

quinientos veintidós -último aviso-,
diríjense a la sala treinta y nueve
(por favor)”, y esas cosas que se dicen.
Estaba el cielo gris. La frente mía
también rizaba nubes. Las pisadas
agudas de tacones femeninos
o de arrastre pesado -animal hombre-
no invitaban al giro de cabeza
desde la soledad de mi pupitre.
Y como esa palabra del principio,
y como ese principio de palabra
por el que el mundo comenzó a vivirse
surgió tu voz inerte pronunciando
consignas en mi lengua. Ángel, muchacha
-pensé-, sigue marcando rumbo Norte,
el rumbo de la rosa de mi alma.

Aeropuerto de Dorval, Montreal
13 de octubre, 1969

Porque en el aeropuerto de Dorval había unas secciones retiradas del tráfico propio de los mostradores de facturación y de los pasillos, y en las que se hallaban convenientemente a disposición de los viajeros, pupitres, escribanías, en las que poder llevar a cabo un ejercicio de lectura confidencial o una sesión de escritura recoleta. Los cientos de versos que han salido de mi alma durante los vuelos propiamente dichos, con el avión ya en el aire, quiero decir, serán dignos de reseña cuando la oportunidad y la latitud de mis Memorias lo determine. Baste con recordar ahora, por vía de urgencia y de llamada, dichos extremos.

Pero es el caso que en el régimen de excepción al que antes me he referido, María Manuela había volado a Toronto, pues fue allí donde la Canadian Pacific había requerido sus servicios. Yo no podía desvirtuar mi complacencia. Aunque ella atendía detrás del mostrador de facturación y pesaje, entrando y saliendo de los locales destinados al

personal autorizado, yo a una prudencial distancia propagaba la evidencia de que era a mí a quien concernía el negocio de hablar con aquella chica, de referenciar a aquella criatura... María Manuela tenía que regresar esa misma noche a Montreal; y yo, lleno de ímpetus altruistas, embarcado siempre en la capacidad inacabable de mis 31 años, me daba por satisfecho de haber conectado con María Manuela (azafata, ella) en un aeropuerto (viajero, yo). Nos despedimos, y siempre quiero recordar que los detalles que María Manuela me podía facilitar sobre sus horarios laborales eran en extremo precarios, provisionales, movedizos. Sí, nos despedimos allí, en uno de los ya mencionados mostradores de facturación y pesaje de la Canadian Pacific del aeropuerto de Toronto, y yo comencé a discurrir por los vestíbulos, salas y ascensores que debían conducirme al Parking instalado, mejor dicho, incardinado en el mismo edificio de la terminal, a modo de construcción contigua de muchos pisos, de forma que uno estaba exento de salir a la calle...

Esto sí que lo recuerdo distintamente: siempre en dirección al Parking, cuando... no podía ser,... no podía ser, pero era. Mi nombre salía de los parlantes instalados allí en el ascensor en que yo me encontraba... Mr. Tomás Ramos Orea, pues sí que era yo, claro que era yo... ¿Qué podría ser?... Ah, bueno, claro,... que me presentara en el mostrador de la Canadian Pacific... Oh, ya entiendo... Pero la verdad es que no entendía nada... y si una vez que había asumido ya sin titubeos que era a mí a quien se me nombraba y convocaba... ahora me estremecía hasta lastimarme preguntarme para qué... cómo podía ser que se me reclamase a los tres o cuatro minutos de haber iniciado mi retirada. No podía pensar, ni tampoco hacía falta. Me dejé llevar a merced del impulso de lo que el altavoz... Pero ya estaba allí. Detrás del stand, y todavía con la cazoleta del [speaker] en la mano, María Manuela. Ocurrió sencillamente que la dirección de Canadian Pacific había determinado que no eran necesarios los servicios de la azafata de tierra allí en Toronto, y por lo tanto, hasta nueva orden de presentarse en... ¿Montreal?... una o dos fechas más tarde, María Manuela quedaba libre para disponer de su tiempo.

Aquello fue un mazazo de responsabilidades. Se vendría conmigo a Kingston, cómo no, y tendría yo una oportunidad de enseñarle Queen's, mi despacho y mi ambiente. Esa noche fue el comienzo gozosamente, atrocemente sancionador de todo lo que hasta más de cuatro años después constituiría mi más irrenunciable asidero a la vida, mi más inequívoca noción del infierno y de la gloria, todo junto y combinado en proporciones cambiantes. Llegamos al Shamrock Hotel, mi lugar de alojamiento, y alquilé una habitación para María Manuela también en el piso de arriba donde yo tenía la mía, sólo que hacia la mitad del pasillo. Desde entonces, desde aquella misma y cierta e incalculable jornada María Manuela conformó con su personalidad una de mis dos más señaladas demencias, uno de mis dos más inequívocos referentes de muerte y resurrección, de gloria y condenamiento, de empozamiento y de endiosada epifanía de los que en la historia general y completa de mi existencia mi memoria se haya hecho cargo. Nos dirigimos cada uno a nuestro cuarto sin decir nada especial, pero dando por entendido todo. Fue María Manuela la que con calculada, o no, mejor, con inconsciente, femenina, natural brujería me dijo que dejaba la puerta abierta... Llegué a mi bendita habitación [[45, más que habitación, retiro espiritual, envoltura y bío-topo de mis confidencialidades durante seis enteros cursos en Kingston..., entré en ella, me duché, me enjuagué la boca... y dejé transcurrir la cantidad de minutos que me parecieron congruos para...

La moqueta del piso se encargó de amortiguar mis pasos y, sobre todo, la trepidación de mi estado de ánimo, el algoritmo trémulo de mi perpleja y exacerbada identidad. Llamé, recogí la llave que estaba puesta por fuera y pasé. María Manuela estaba en la cama, sentada, bueno, incorporada con las piernas en ángulo recto. Se había dejado la camisa puesta. En una inevitable y fulgurante mirada de orientación, de pura subsistencia, reparé en que su sujetador colgaba de la barra transversal de la ducha... No me hizo señal alguna, sólo ahuecó la ropa de la cama y se echó a un lado. Apenas había yo comenzado a colocarme una de las gomas, es decir, condones, que al efecto llevaba en la mano, cuando María Manuela me conminó medio gruñendo,

medio regañándome con una expresión entre risueña e iracunda, entre invitante y prohibitivo...

–Si lo haces hoy conmigo..., no me vuelves a ver más– fue lo que me vino a decir.

La verdad es que allí no se ventilaba ninguna instancia de conseguir mérito alguno, a la que, por otra parte, mi temperamento y mi voluntad y mi deseo se hubieran plegado de mil amores, porque en trances así el alma aun del más empedernido réprobo siente los mismos indicios de glorificación que el más miríficamente iluminado de los mortales. No, allí no se trataba de nada axiológico, sino más bien de consideraciones que podían alinearse, o bien con el absurdo; o bien que seguirían su curso y se harían responsables de sus propios demonios. Yo penetré a María Manuela no por proveerme de un diploma personal de vanagloria en el sentido en que los varones entendemos este tipo de consecuciones hacia las que nuestra disposición despliega todas sus potencias. Yo penetré a María Manuela porque en aquel momento no entendí como congrua, ni como ajustada a proporción la disyuntiva que me planteaba... Y la prueba de que lo que estoy diciendo tuvo más de penitencial que de gratificante fue que en el estado más bien lastimoso de apresto en que me encontraba, la medición de mi acto en grados de complacencia apenas hubiera despegado unas micras del cero absoluto. No, no me dio tiempo a nada, entonces menos que nunca. La prodigiosa y nunca decaída condición de precocidad de mi coito, allí, con María Manuela se produjo en su estado más natural, más imparablemente puro. Apenas tuve tiempo para ponerme encima, invadido por el calor moreno de su planicie y de su hondonada... Sólo comprobé lo que ya antes había intuido; sólo testimonié todas mis anteriores anticipaciones, a saber: que tenía unos prodigiosos senos, como uvas gigantescas templadas y carnosísimas, una maravilla de conformación anatómica...; que el calor que desprendía el cuenco de su regazo era inenarrablemente persuasivo. Sí, anclé en ella, un momento, un perentorio y abrasador momento, y cambié la liberación que me produjo la suelta de aquel trallazo de semen por todo un purgatorio que a partir de entonces se me ofrecería como alternativa única...

Todos hemos oído hablar de los bajonazos que las parturientas múltiples, por ejemplo, experimentan pasado el fragor pseudo-enardeciente de la “bendición” de traer al mundo dos o más criaturas. Cuanto más cimero ha sido el entusiasmo de la gestación y del alumbramiento, más negro aparece el hondón de la realidad de tener que responsabilizarse de las recién nacidas [personitas[, con la raya evasiva y lejanísima del horizonte de una entera vida de sacrificio y servidumbre por delante. El desgarró entre la exaltación optimista de la embarazada y el desplome con que parece aplastarse a los pocos días de haber dado a luz, dicen que es uno de los síndromes más cruelmente lacerantes y onerosos con que una mujer puede enfrentarse. En razón de una presunta solidaridad de pacotilla y acolchándose en esas soflamas de principios vagos y elusivos de la gratificación que supone propiciar el ser a un nuevo trocito de carne, muchas madres no logran superar dicho trance y arrastran por el resto de sus días una lesión de desajuste y de inconformidad en sus espíritus...

Mi primer desgarró, mi esperable desencanto residió en la propia condición de ser hombre. No guarda proporción el vehemente torbellino de obnubilación y vértigo que le ataraza a uno en la antesala de un asalto inminente hacia el hondón de intimidación de una real hembra como lo era María Manuela, y el desinflado psico-somático, cosmovisivo, total, que momentáneamente también le adviene a uno un instante después de liberar el impetuoso y dictatorial semen. La segunda y más sutil alienación vino de las palabras admonitorias de María Manuela: o abstención y esperanza abierta a todo; o coito incontinente entonces y perdición futura. Una vez más se me convocó en la conciencia, de golpe, la materia disparatada de la que está hecho el criterio de las mujeres; se me convocó el juego de valores y distinciones entre amor y amistad, el siniestro malentendido que se agazapa bajo el término *amor*, y cómo éste, con categoría de especie, impide en la mayoría de los casos que la *amistad*, como género que es, coexista con él. Dicho de manera más esquemática, dentro de la amistad suele caber el amor; pero dentro del amor lo único que merodea amenazante es el desamor, y la amistad brilla por su ausencia. Con arreglo al severísimo código

personal por el que María Manuela me había medido, yo había pecado, y lo único que quedaba por ver era si también con arreglo a toda la experiencia y a toda la intuición atesorada por el linaje humano podía yo enjugar, podía yo expiar mi culpa a base de merecimientos, a base de penitencia, a base de mortificación recuperadora, rehabilitante. Algo de eso debió de producirse, quiero decir, debimos de producir entre todos nosotros, con nuestras existencias, con el brutal e indiscutible hecho de ser y de actuar.

A la mañana siguiente, con todo, María Manuela me acompañó por el Campus de Queen's como si tal cosa, vestida con la misma ropa del día anterior, ya que se había venido tal cual, ajena un tanto a todo aquel mundo universitario canadiense de una ciudad específica de Ontario, pero atesorando, exaltando al tiempo una singularidad que contrastaba con todo aquel bío-topo estereotipado. No se le escapó inadvertido a un muchacho que, estudiante de una de mis clases de español uno o dos cursos atrás, trabajaba entonces como Relaciones Públicas de una editorial y que se había pasado a saludarme a mi despacho dos días después de que María Manuela se marchara de Kingston: Que me había visto acompañado de alguien *especial*, y que mis ademanes y mi manera de andar al lado de María Manuela le evidenciaron que yo estaba "in full control of the situation". Estas son cosas que a los europeos nos pueden parecer tonterías, pero que, no obstante, cobran una singular carta de naturaleza entre los americanos del Norte, para quienes cualquier aspecto de relación humana que se salga un punto de lo igualitario y mostrenco exterioriza un índice altísimo de valores y de auto-estima.

No puedo recordar si María Manuela se dirigió de nuevo a Toronto, a reintegrarse con el personal de la Canadian Pacific y acogerse a la cobertura logística que, como empleada, le correspondiese..., o regresó directamente a Montreal. Tampoco puedo aportar la más mínima aseveración sobre si yo la acerqué en mi coche a uno u otro sitio, o tomó un autobús, uno de los muchos, cómodos y rápidos. No tiene mayor importancia. Lo que cuenta es que ella se marchó y yo me quedé; que nos separamos; que era octubre de 1967, y

que había comenzado la maldición de mi penitencia. Lo que sigue, como mejor prueba de autenticidad de ello mismo, al menos, pertenece a un sistema de cosas que mostraban con plena y autónoma claridad su condición de “saber a qué atenerse”. Mi vida había alcanzado un estadio; se había producido un aparte, un desglose, y ahora me veía embarcado con rumbo azaroso pero, siquiera, como digo, conocía bien la ribera desde la que partía, *sabía a qué atenerme*.

Empecé a escribir cartas a María Manuela, cartas a Monte Estoril, zona residencial de cerca de Lisboa donde ella vivía con su madre, según me había dicho. La llamé varias veces desde mi teléfono privado de la habitación del Hotel Shamrock. También viajaba yo ora al aeropuerto de Toronto; ora, y sobre todo, al de Montreal, llevado de corazonadas sobre sus vuelos desde Lisboa, ya que los servicios que ella prestaba a la Canadian Pacific no se afectaban a un esquema fijo sino que cambiaban de acuerdo con las necesidades momentáneas de la compañía, y estos avisos muy bien se los podían transmitir sólo con unas cuantas horas de anticipación. Así que yo escribía, telefoneaba a Portugal y viajaba a los sendos aeropuertos de Toronto y de Montreal y allí me desvelaba por informarme sobre algo que los demás empleados y empleadas tampoco conocían, las fechas de vuelo y la ciudad de llegada de María Manuela. No puedo asumir si en alguno de estos viajes míos al azar llegamos a vernos o no. Vagamente recuerdo que yo era conocido de alguno de entre el personal de tierra de dicha línea aérea; quiero retener que yo era “el español”, “the Spanish guy” interesado por Miss. Sousa. Muchas cosas debieron de ocurrir, muchas maniobras debí yo de realizar, situado como estaba entre Montreal y Toronto, los dos referentes geográficos máximos. Muchas cosas sucedidas, ocurridas bajo la ebullición de mi espíritu; muchas actuaciones que pude acomodar entre las márgenes de mis capacidades y de mis mediciones. Me daba, en principio, pudor confesar que “lo portugués” había cobrado una especialísima entidad frente al horizonte de mi razón de ser. Repasé mis nociones de literatura portuguesa. Rehabilité ante mi conciencia la entidad de Portugal como país, su sentido, su particularidad, su imperio, la granazón de su historia, la

idiosincrasia de su vivir de espaldas a España, como dos hermanos siameses unidos pero sin verse ni darse la cara... Confieso que, bajo el síndrome de residir en el segundo país más progresivo y pudiente del mundo, me parecía un pasaje de condescendencia en mi vida lo de concernirme emocionalmente con una portuguesa..., porque, se nos había dicho, y sabíamos, habíamos visto asimismo, que la mujer portuguesa, en general, no portaba, no encarnaba ni mucho menos las más cimeras mostraciones del eterno femenino; que era más bien, digámoslo ya, fea, varonil, machirula, sin depilar, bigotuda, amén de la tristeza saudadosa connatural a todo lo portugués...

Pero el caso es que María Manuela conjuntaba un chasis excepcional, una apertura de criterio en que lo castellano, lo español, lo mío encajaba a la perfección; y un estilo comunicativo pasmosamente intercambiable con mis propios recursos. No me maravilla, así, que el poder de convocatoria de aquella criatura fuese de primerísimo orden; y que mi abocamiento por ella fuese –ahora puedo sancionarlo con la debida y fecunda perspectiva– una de las realidades que más pertinazmente encharcaron mi conciencia y determinaron mi identidad. En mi proceso de conciliarme con todo lo portugués, de mantener perenne la fragancia envolvente y cálida de nuestras canciones compartidas en la primera noche de nuestro encuentro, hasta adquirí varios discos de música de guitarras portuguesas y de fados en una tienda de Kingston. Mis zozobras y mis soliloquios, mis demonios y mis ángeles, mis exaltaciones y mis lobregueces, los fui poniendo por escrito una vez que, troceados en las correspondientes cartas, se lo fuera enviando a María Manuela. Que no se sorprenda el lector: Ahora, casi 30 años más tarde, que acometo el ordenamiento de este pasado emocional, yo soy el primer sorprendido. Ni asumo ni me siento insolidario con lo que ahí digo; ni vinculado ni excluido: Recuerdo que con la máquina de escribir de mi despacho de Queen's University lo fui poniendo a limpio. María Manuela debió de sucumbir ante tal cantidad de carnaza literaria, adobada en la salsa de tan caótica sensibilidad. Ahora que con enormes miramientos y justificadas reservas releo lo escrito entonces, reconozco una prosa semi-automática, una prosa

espiritualista, una prosa de primeros auxilios, de vomitona de los excesos de emocionalidad previamente ingerida. Aquí está todo, en su desaforada y monstruosa verdad, en sus términos liminares y prístinos

RUMBO
(del corazón a la palabra)

Para María Manuela de Sousa

- Que estoy estudiando algo de la literatura portuguesa.
- Que necesito una remesa de inspiración fresca.
- Que ya no tengo más que dos caminos: volver a la nada de una posible sociedad amorosa entre tú y yo, o ver la luz plenamente.
- ¿Y tus perritos?
- En el fondo tal vez todo sea ansia de mayor perfección; tal vez te quiera yo para poder quererme yo mismo, para poderme mirar yo mismo más digno, más entero; para justificarme yo más que nunca y llenar mi conciencia hasta los bordes. No puedo saber hasta donde llega mi amor hacia tí ni desde donde empieza mi desear un mejor yo para mí mismo. El caso es que mi voluntad y mi tendencia a la felicidad saben de tí como de un hermosísimo oasis.
- ¿Qué tal el viaje?
- Verte, nunca, pero sí oírte, etc, etc
(Temas posibles para una conversación telefónica, Kingston, Canada-Lisboa, Portugal)

Veo agrandarse el cuenco de mi conciencia, hasta poder servir de vertedero de todos los dolores, de todas las congojas que andan sueltas por el mundo, sin lugar apropiado para estancarse. Un título llamativo para esta peripecia podría ser

cualquiera con tal de que no dijese nada, y que reservara todo el argumento para más tarde siempre, y nos hiciera así quedar empapados de la cosa misma. Maldito el título que alivia la irrevocable desgracia.

Presumo que he perdido la única mujer que aquí y ahora llenaba mi palabra y coloreaba los amaneceres de mi entusiasmo enfermo. Y no será la última, porque si así fuese, nada parecería difícil. Más que esta pérdida me duelen ya las que han de venir, pues el origen de todo está en uno mismo, y yo no veo que en mí a estas alturas fructifique la maravillosa fortaleza para dejar de hacer lo que viene siendo el origen del fin. Me he puesto a cuidar amorosamente todos los invernaderos donde crece la planta, casi nunca en flor, de la esperanza; riego las macetas que sólo tienen hierbajos y de este modo voy dando largas a todo. Hago una incisión en el aire a ver si se me descubre algún camino nuevo, y todo me conduce a una vastedad absoluta, a una sensación de vacío ingrátido. Lo que sí veo es que hay una enorme gesta por delante, la de levantar un monumento de esperanza sobre unas ruinas cuyos escombros todavía hacen tropezar mi andar no muy seguro, y cuyo olor de cosa inmolada provoca náuseas en lo más oscuro de mí. No, no hay dolor comparable al de habernos equivocado, al de haber tenido la mejor senda hacia la felicidad y haberla perdido, sin estar seguros de a quién poder echar la culpa. Y cuando se han evaporado todos los resortes que están en nuestra mano, no queda más que ese flujo gratuito que empuja cada vez siempre más hacia delante nuestras frustraciones de cada ahora, y las emplaza quiméricamente. Eso llaman virtud de la fe, crear algo que no vemos ni quizás veamos, porque una vez que se han dado ciertos pasos, lo que falta por hacer no sabemos cómo será. Pero sí es siempre peor no empujarse uno mismo hacia una luz que inventemos. Y hasta agobia pensar que esta tristeza agónica no durará para siempre; apena darse cuenta que somos tan poco capaces de hacer algo grandioso, que ni levantamos una creación

duradera de dolor. Me he equivocado, sí, y como mi asunto tiene que quedar entre humanos, la solución no puede estirarse; no hay una segunda oportunidad; no hay más que aprovechar esta embestida de amargura y anegarse en ella, y llenarse de esa vidriosa alegría que da el haber seguido hasta lo último las variaciones de la existencia, dondequiera la dé por llevarnos. Y olvidar -que acaso fuera sencillo en cuanto a la mecánica- es lo que exige de nosotros la más deprimente violencia. Olvidar que he querido absolutamente, que he sentido diluirme mi propia conciencia en un ser amado, eso es lo que más repugna a nuestra malparada hombría

(sin tiempo)

Querida María Manuela:

No tuve más remedio que llegar al final de todo el recorrido posible. Sólo así, provocando más enteramente tu sincera reacción, quedo yo absuelto de lo que mi sentir quiera expresar, porque nada importa, y esto que digo a él solo habrá que pedirle cuentas y a nadie más. Ahora y no antes; antes — mientras que acariciando mi conciencia resplandecía un pequeño fulgor de que tal vez llegaras a sentir por mí lo que yo sentía por tí— no pude nunca descubrir de palabra y para la propia tranquilidad de mi expresión, de mi oído escuchándose, no pude descubrir, digo, que tu corta vida conmigo me ha fecundado de las verdades y de las realidades más perdurables. Ahora que no te voy a ver más, que no te puedo ver más, según dijiste, me queda el privilegio de hablar, porque un grado mayor de miseria no puede darse. Y por lo menos hablando me ayudo a darme cuenta, al escucharme, de hasta qué punto y en qué medida descubrió mi alma en tí lo que ahora confieso. Por si acaso no llegaste a tener plena seguridad, me parece haberte querido de una manera desatada: porque me gustaban algunas de tus cosas y

porque otras me disgustaban; porque te veía fácil de perder y porque me imaginaba tu amor irrompible; porque sí y porque no, te he llegado a querer tan enteramente que comencé a asustarme un poco de si pudiera estar yo algo trastornado. Sobre todo te quise cuando descubrí que tenías alma, llena de mágicas palabras y de palabras dolorosas, de atesorada ternura; cuando me llenabas tan de tí con la sola memoria que me avergonzaba no tener bastante tiempo en todo el día para hablar de tí. Por eso, porque ya nada importa, porque no te puedo alcanzar nunca ni ponerte junto a mi deseo de felicidad, por eso puedo y quiero decirte para tranquilidad mía todo esto.

Hasta nunca y hasta siempre, sinceramente, etc, etc
(aquí firmado)

Tu amor me ha servido para medir el pretendido amor que me pareció ver brotar ante otras criaturas. Tú has subido tan dignamente el punto de la mira del corazón que mantener ese ritmo va a suponer un enorme avance en la vida espiritual. Si un aluvión más copioso de tortura y dicha acontece en el futuro, sea así; no tendremos más remedio que acusar recibo de tal impresión. Pero lo dudo que ocurra. Y algo todavía más esencial de tí, criatura eminente, es que acaso no quieras aceptar mis entusiasmadas propuestas de compañía estable y duradera, por miedo, por honradez de no querer hacerme infeliz. En estos instantes de decisiones máximas yo gozosamente confieso que mi vida se asoma a ti como al más tentador de los parajes; que para poder escucharme yo mismo este testimonio de vida futura he tenido que tapar todos los intentos de ruido en mi mundo interior, y cuando todo ha muerto en el quehacer de la anécdota yo he sido el primer entusiasta en saber lo que la vena honda y única de mi sentir tenía que decirme de mi amor por tu causa. Tu causa, la más hermosa y actual en el tiempo y en el solar de mi

alma, que con sus solas fuerzas pueda recordar la memoria hecha testigo.

–(Esta criatura acaso sacrifique su felicidad de ahora por la mía futura. Porque en los ratos de intimidad que hemos tenido juntos leyó en mi frente todas las palabras que con alguna elocuencia pudieran hablar de los dos, de nuestro intento de común aventura hacia una vida profunda. Vida profunda es la que yo he sentido asediarme al lado tuyo. Los aeropuertos, en guardia todas las horas del día, me han visto restregar mi maltrecha soledad a pesar de las corrientes externas, tentadoras, de fenómenos dignos de observación. El aeropuerto ha sido esta vez condena y alianza, clausura y vuelo libre en uno de aquellos monstruos color de aire en donde nos hacen sentar con los cinturones apretados.

Hoy está avanzando muy dentro de mí y cubriendo todos los frentes posibles un crepúsculo tan denso de amargura que si no fuera porque muy bien sabemos lo nefasto de nuestras impresiones, yo lo acataría como un signo sin remedio, de melancolía perpetua)–

La experiencia se agravó cuando bien comprobé que mi actividad profesional y humana se había agrandado enormemente al contacto de aquella criatura; que mi capacidad de dar frutos en los varios aspectos del trabajo se podía multiplicar. Ella así también pareció verlo con una gentilísima sinceridad y un mohín anticipado de pena por sospechar que tal concierto no estaba predestinado a interpretarse al unísono en nuestras almas. Así, pues, nace mi desazón del fondo de un sentido de supervivencia que es el motor de mí mismo. Lo cierto es que nos vamos despojando de casullas para explicar la existencia de algún próximo y lo que de verdad sentimos es

nuestra propia realidad cada vez más dolorosamente al descubierto.

No, claro que la esperanza no puede perderse nunca porque precisamente es esa la naturaleza suya: ser imborrable del panorama de la conciencia de los hombres. Yo me he dado la vuelta, de espaldas definitivamente a la esperanza, y no por eso dejo de sentir su presencia ubicua, desraizada pero operante, como algo con lo que hay que contar bien a pesar nuestro, y que nos haría renegar de todas las virtudes. Bellas y recordables cosas nacieron de tu palabra, María Manuela. Tan es así que se han afincado hondo en mí, y están con medio cuerpo fuera en la rampa inquieta de mi memoria, deseosas de ser citadas con el amor debido. Y ya no queda más que abrazar por entero las ideas pasadas que sirvieron de envoltura a más gozosas situaciones. Sólo queda saber que existe dolor y destrucción en todo amor profundo, y que por eso y a pesar de eso más hay que confesar el amor. Así, más te confieso yo a ti, y creo que has pasado, y has quedado, y hasta te olvidarás tú misma por y en mi vida como un cuerpo luminoso de ideas y de cosas que tendré que recrear y suavizar a través del corazón.

Comienzo a sentir que esta penosa contrariedad inicia un descenso en su arremetida. Ayer, creo que llegó a su punto más alto, o quizás hace unos cuantos días, cuando se produjo la rotura de lo que parecía un acuerdo en marcha. Peligra ahora el espíritu por la falta de puntos sobre los que reposar toda la amargura que aún queda por canalizar. Y de no hacerlo así no me extrañaría que se pudriera ella dentro de mí al tiempo que yo. Ahora es cuando se me presentan con belleza imposible las idas a Toronto, aquel aldabonazo de frustración que supuso tu telegrama recomendándome no ir allá. En tantos kilómetros de desvelo no había más que un solo norte, un flujo único, amor. El

amor, sí, me danzaba en todas las definiciones disponibles, en cualquier motivo que pudiera acogerlo o justificarlo. La primera llamada a Lisboa fue trágicamente prometedora: promesas de papel que se volatilizarían al soplo de alguna pavesa sin apagar. Y todo este pasaje de ilusión, duelo y forzada renuncia me ha colocado violentamente en la estacada de no decidirme, de no saber o poder decidirme por la mejor forma de expresión.

No ha quedado palabra que pronunciaras que no tenga un sitio limpio ahora, dentro de mi conciencia. Fue preciso una ruptura total para percibir la honda temperancia de tu conducta, el suave sentido de tus cosas. Ha sido necesario que el amor y el dolor vinieran hermanados para que yo captara las maravillas del uno y la fértil amargura del otro. Mi corazón te atestigua en nombre de las más ínfimas cosas a que con tu resorte innato diste forma y fugaz comunión de dominio, de esencialidad plena. Y una como indulgencia brotó de las circunstancias con que rodeamos nuestros encuentros irregulares.

Pugna la palabra por escaparse hacia los caminos que la prosa parece tenerla preparada, y discurre ufana sobre una cierta distancia, hasta que la penetra el íntimo desasosiego de dudar de su destino, de la calidad de su medio expresivo. Y la forma poemática se alza por encima y atizando las tentaciones de perpetuar la palabra. No sé, no conozco la distancia aproximada entre las cosas, porque he perdido el tacto que me delata las funciones de muchos fenómenos. A la ciega, llevo las manos desolladas de tanto tirar de unas manivelas, riendas imaginarias, que sin duda son las que controlan el quehacer de esta expresión debatida y azorante. “Y entretanto, esperar, dejar que el tiempo / nos llene la agonía de agujeros, / de lentas, mansas desesperaciones /. A esto llaman amor, la singladura / que transcurre entre el verso y el olvido”.

María Manuela de Sousa, te digo que fecundó tu nombre por donde más me dolía, por donde únicamente se veía una solución heroica a nuestro encuentro. Y el amor apareció, pero tan desconfiado en tu persona y tan estúpidamente poseído por mi parte, que de la peor manera sobrevino el cisma, dejando dos mitades dolorosas sin posible sutura.

Bien es sabido el límite a que el deseo de desprendimiento de un hombre puede llegar. Ya sé, amiga mía, que tu vida discurre ahora libre y despreocupada de las miserias que aquejan a las almas mezquinas; que tú tienes más que bastante con tus ocupaciones felices; que llenas tu espíritu con cualquier manantial de frescor que asome a tu paso. Sé todo esto y sabemos los dos que yo no te podía procurar más que cierta novedad de compañía, una experiencia generosa, ni mejor ni peor. Tú a mí, sin embargo, me dabas una materia inagotable de inspiración y estímulo, de ejemplo y recordatorio para hacer subir el nivel de mi destino y de mis intenciones, de mis sueños y de mis propósitos. Pero todo esto no hace para lo que comencé diciendo, a saber: que un hombre como yo no puede ir más allá en su generosidad de renuncia, que ofreciendo a una mujer la compañía en matrimonio; en encadenar su vida a una institución que no está creada para el hombre, por lo menos para su satisfacción o protección. Y yo te he pedido desnuda, seriamente, que te adhieras a mí en esa sociedad de dos, total o matrimonial, y aparte, naturalmente, de los efectos positivos o negativos que recayeran en tí como resultado de tal negocio sentimental, sí queda bien claro que esta oferta es lo máximo de que dispongo en este punto de mi vida. No tengo más, no puedo traficar con otra cosa más alta, a menos que mintiera o escamoteara la verdad.

Tú tal vez no quieras aceptarme así por pudor estremecido; por sospechar que yo en el futuro pudiera recriminarte y recriminarme el haberme casado con una muchacha no virgen. Acaso tú en tu exquisita sensibilidad,

amiga mía, te hayas sentido ofendida en tí misma al haber cedido en tu primera inflexibilidad, con la que hubiéramos logrado –según tú– una mejor relación de valores entre tú y yo. Pero ya he dicho hasta la ronquera que me llegaste más al fondo que nunca cuando descubrí tus milagrosos escrúpulos, cuando sospeché que te sentías acaso no del todo digna (¡?) Y yo te quise entonces, y ahora te estoy pensando devotamente, con la doble furia de una realidad que vence y convence, y con la alegría que da la sorpresa fecunda y positiva. Me sorprendió tu personalidad al ver que tú eras honda; que tan bien pertrechada estaba tu conciencia de riquezas espirituales. Y como yo no veo que hayas tomado en serio todas estas consideraciones, me duele también doblemente mi propio fracaso en no haber sabido hacer que me entendieras. Ahí radica mi penitencia, amiga mía: a tener que contemplar mi propia culpa, mi fatal error de perspectiva, víctima también yo al fin de esta laxitud de conciencia que no nos deja estar preparados al máximo cuando tratamos con un mundo nuevo, y en tu caso, providente y ansiado como pocas cosas recuerdo haber querido con más ahínco y unción.

Todo nuestro episodio aparece como un largo momento, lleno de vidaalzada siempre hasta el presente, y por eso, recordable. Y ya la única desdicha que cabría en este asunto de fracaso fuera el no ser comprendido, el no decir lo que se quiere decir, y nada más, y nada menos. Me convenció tu serenidad de juicio, seguramente para alejarme a mí de una tragedia insufrible. Verdad es que mi temperamento, después de la torpeza en que cayó, quiso muy bien crear fórmulas ambiciosas de efecto y de seguridad en la opinión a emitir. Y dije heroicamente que te amaba más que antes. Ahora, con la frialdad que da la distancia y la condenación, creo y sigo creyendo que es cierto, y que no conozco medio viable de

comprobar ese horroroso deseo de ser fiel a un pensamiento. Pero tú desestimaste mi testimonio por parecerte vano, frívolo, nacido del rechazo de una inconveniencia, de resultas de una caída, de un quiebro en lo que los dos miramos siempre como línea a seguir. Y poco a poco, al día siguiente me fuiste confirmando algo que inocentemente yo ya sabía y que no solamente no lo consideraba negativo, sino alarmantemente sugeridor, refrescante y humanísimo, a saber: que habías tenido relaciones sexuales antes que conmigo, y que tu mamá era negra o tenía una prosapia decididamente de color. ¿Y a mí qué? clamaba yo desde todos los ángulos de mi entusiasmo. Yo que te quería, y sí, te sigo queriendo hondamente para mí, para mi franca posesión y muerte y entrega última, yo quedaba pasmado de gozo al contemplar la ejemplar belleza de tus palabras y la desconocida generosidad que empujaba tus pensamientos hasta la boca. Mujer, amiga mía, y amada desafortadamente: tú también fuiste mi mejor yo; como un espejo sin vetas donde mirar y disponer el summum de mis logros truncados; como una realidad productora de fiebre y de sosiego, de verso y prosa, remanso y catarata.

Y lo descomunal de tu honradez, de tu ideal de amor único, es que por haberme alquilado tu cuerpo bello y agónico en ternura, no quieres dejarme entrar en tu alma, por más que me duele el habla de repetir que si adoré en su momento tu cuerpo oreado de bálsamos, se fue la paz de mi vida al ambicionar tu alma, genuina expresión de tu radical y hermosa personalidad.

Desde luego tu uniforme, maravilloso acoplamiento a una exigencia de fronteras, quedará durante algún tiempo en mi deseo de recordar las cosas. Y tus medias, distraídamente rotas y que cambiaste dentro del coche sin evadirte de una caricia mía, ya muerta, esas medias guardan un recordatorio limpio de lo que queda y no hace caso del despegue de las demás palomas de la vida.

Lusitado quiere decir hijo de Luso, mítico progenitor de los portugueses, compañero de Baco; y Lusitania fue para los romanos la región correspondiente, poco más o menos, al actual Portugal. El nombre moderno del país se deriva del medieval Portucale, resultante de una metátesis de Cale Portus, puerto situado en la desembocadura del Douro (Duero), en la localidad donde hoy está, precisamente, Oporto (o porto, “el puerto”). El nombre de la capital, Lisboa, se deriva del latín Olisipo (Ulyssipo, “ciudad de Ulises”).

Y así, acaso, recuerde tu amor como una nostálgica lección de geografía que vino a mi conocimiento por las buenas, pero por la puerta grande de la comprensión y el afecto máximo. Y el tiempo, aliado nuestro en todas las contrariedades, quizás agigante este aspecto que tú me has traído; esta inútil divagación en fondo y forma donde me he empeñado en consumir algunas energías. Porque desde que se levantó aquel muro imposible veo aturdidamente como única defensa la de contar cosas, repasar y repasar tandas de cosas, de motivos inertes, y llenar mi actividad precisamente con esas cosas muertas, pútridas ya en mi realidad posible, y así crearme las más activas contradefensas.

Sonarán los ruidos de los aeropuertos en mi futuro, y me acordaré, queriéndote bien siempre, de aquella oportunidad que tuve de eternizarme un poco en el valor de tu esencia elemental. Y seguiré oliendo como siempre al tapizado especial de los aviones, y a ese otro olor de líquido raro que ni molesta ni agrada. Y mi memoria se atascará en algún otro detalle mínimo: de si llevabas así la falta, de si me dijiste que te quitabas el alfiler con tu nombre porque no sé qué. Y todo ello será hermoso sencillamente si queremos que lo sea; y si el tiempo no ha decidido del todo ser aliado nuestro, si el quehacer de la tierra no nos ha comprometido con algún trabajo, pensaremos que sigues presente y actuante, aunque no lo creamos.

Las horas rotundas surgen después de las hecatombes, y sus perfiles registran mucho mejor los matices que cuando estábamos nosotros en su centro, girando en el pequeño torbellino que imponía su esencia. Y sin embargo no recuerdo tu cara bien porque la he dispuesto en momentos tan universales que se perdió en mi conciencia lo diminuto del detalle, lo fugaz de la percepción al paso. Tu rostro cósmico, tu ademán de sonrisa y vanagloria, tu hincada melancolía cuando el pensamiento bajaba al fondo de algún tema áspero,... están en mí borrosamente, dispuestos a no dejarse aprehender uno a uno, sino en el compendio total que resulta de verter tu nombre un momento cualquiera. Y si vinieras a mí, ¿qué haría yo? Sin duda, el flujo de mi alma a tí continúa enviando corroboración cálida; sigue mi vida afirmando tu ser como lo más operante con que puede, debe ocuparse el pensamiento. Sin duda diría, “¿qué quieres”?, pero ya estaría en camino desde siempre a sorprender el resorte de tu intimidad abismada y a hacerla subir a flote. Y habré de parar en Lisboa repetidas veces, y es posible que tentado de la incertidumbre que encierra el aire en cada uno de sus signos, coja un taxi y me acerque a tu casa, Largo do Ostende, 3. R/C, Monte Estoril, etc, etc y que tú estés allí.... No, no tengo derecho a esa intromisión tan despiadada en tu dominio humano y en mi descarriado espíritu. Pero sí anticipo el momento de vernos en alguno de los vuelos que tendré que hacer en el futuro próximo, y entonces toda la tramoya estará preparada para que mi alma cometa alguna pequeña deslealtad con el código de la sensatez. Ay, sí, que lo veo venir todo taimadamente.

Creo que levantándome normalmente cada mañana y levantando el ánimo a las horas que esperan mi actividad, muy bien podría escribir perdidamente sobre estas mil anécdotas que ahora vuelven con repetición enloquecida. Otras veces, lo que me urge es justificar este trabajo de rayar papel, y encontrar un poco de valor, alguna piedrecilla preciosa entre tanta basura

formal como necesariamente se encuentra aquí. Ya vendrá el momento también doloroso de comenzar la poda de la expresión y preguntarse el porqué de las cosas que se han quedado clavadas, dichas así y no de otro modo. La maraña crece, es verdad, y al fondo no veo nada claro, nada que no tenga un mohín de chatedad, de lejanía de efecto, de solución posible.

Lo único que culpo al destino es haberme aplastado con una situación irremediable sin ningún previo aviso. Llegó el desastre todo al tiempo, ese tipo de desastre que no parece dejar un trozo de espacio para levantar ni un muñón de esperanza de entre sus cenizas. Y yo aprendí a quererte más desdichadamente de verdad cuando nada tenía remedio. Ese fue el peso del azar que quisiera creer inexorable. ¿Tú no sabes, amiga, que el amor se revela por medios y por caminos ignotos? El mío bien simple fue, pues consistió en vislumbrar tu grandeza de conciencia, tu excelsitud de ternura, cuando derramé torpemente los bálsamos de tu cuerpo en mis manos y en mi boca. (Ya sé que eso fue negativo, que tu advertencia conminatoria no dejó lugar a dudas, etc, etc. Ya lo he aceptado y ahí queda en el archivo de los pecados. Pero no puedo sofocar el clamor de protesta que levanta mi pensamiento herido al contemplar lo que para mí, tal vez equivocadamente, suena a desproporción). Yo te amé entonces más que nunca siempre, cuando lo irrevocable de tu percepción sellaba negativamente mi propuesta de acuerdo.

Ha pasado día y medio desde que hablé contigo por teléfono, y creo que se ha llenado todo el caudal de que dispone mi existencia para la amargura. Y me afrenta no poder tener más cabida. Y estoy avergonzado también de empezar a olvidar la fugaz muerte que significó saber como pensabas. Hasta mi palabra no parece tener el mismo vigor de antes; hasta sorprende en el horizonte remoto un panorama de contraste, de olvido, de cesación de esta interminable condena. Espero, sí, sentado en la

esperanza que da el saber que no se puede hacer nada a menos que se caiga en los baches de la demencia. Demente, acaso confundiera el sentido que tiene el ser hombre y propusiera a mi vida un programa de indecorosas actitudes. Por eso me he impuesto un plan un tanto frívolo de actividades externas: viajes, juegos, movimiento que me canse la carne del cuerpo, y no me deje aliento para pensar, porque eso me trae la ruina de mi espíritu.

(Vuelvo y vuelvo incansable al mismo pensamiento: ¡si sólo hubiera sabido que las palabras de esta criatura encerraban una densa doctrina! Pero no hubo más signos externos que los normales, esos que surgen a diario y que los hombres escuchamos con desgana. La culpa es mía, pero no para merecer este enorme castigo, esta penitencia tan sin orillas como es el no poder verla más, o lo que es peor, el no verla contando con su asentimiento dócil de alma rendida).

Otras veces, en un raptó de sospecha desatada, pienso que nuestras vidas juntas hubieran desembocado en una orgía de sinsabores, en un naufragio sin interrupción. Tú, aromática mujer de sensualidad honda, y yo, gozoso de encontrar una realidad suprema en el campo de la existencia total, hubiéramos acabado siendo víctimas de nuestro imparable desasosiego. Y también, ¿por qué no ha de llegar un instante perfectamente anudado en que pienses en mí y quieras acercarte otra vez? Mujer que fuiste extraña a mí dentro del hogar del amor: Las cosas que me dijiste salvan todos los estragos de las conversaciones insulsas, compensan la aspereza de las cosas que se nos mueren en vida.

Hoy es otro nuevo día y todo lo que queda atrás me duele también hoy, pero ya de manera borrosa, con esa nefasta sensación de dudar sobre si es digno o absurdo el hablar, el escribir sobre ello. Sé que está siempre llegando una segunda remesa de novedades, que no nos es dado ni siquiera el

privilegio de detenernos en un mismo frente de dolor, y allí quedarnos. Hasta ese pequeño bien se nos evade del alma.

Para contrarrestar lo que en principio no pareció tener realidad cruenta y necesaria, pero después sí, he recreado en mí la idea de haber fecundado, o por lo menos de haberlo intentado, a María Manuela. Supongo que así la hubiera podido retener a mi lado, hasta el cansancio, hasta el hastío de dos corazones que han alcanzado el último horizonte y no pueden extender la mano sin tropezar con el cadáver de alguna realidad. Aquella criatura de duelo y alegría me hubiera así, tal vez, podido pertenecer, esclavizándonos los dos al eslabón inocente de un alma perdida, fruto de un amor ofendido y rabioso, sosteniéndose en las alturas arriesgadas del azar. Pero no, no cruzó esa llamada el silencio abisal de mi sentido fúnebre entonces. Y ahora ya, me parece que desafié las leyes de la fortuna, apostando por lo que nunca podía conseguir, dispuesto a renunciar a tanta felicidad fácil, venidera a una débil seña. Quedó todo perdido, y vuelta a empezar una vida más.

Lo que pensaste, amiga, aquella recordable noche de la destrucción, no podrá nunca mi alma averiguarlo. Todo iba fluido como por un lecho de alegría: el viaje de Toronto a Kingston, tedioso y rutinario bajo la tenaz llovizna, enderezó un poco su decaimiento debido a la lozanía temprana de tu jovial presencia cantarina, generosa. Luego, Kingston. Y cenamos los dos. Y tus encantos no sólo dormían en mí, sino que rebasaban evidentes como la luz que ciega. Y en el hotel sabrás tan bien como yo que resigné mi alta, mi innata esperanza de aventura a la pasividad truncada de una despedida, de un grisáceo [buenas noches] . Pero tú, madre y amante como no he visto aún en mi corta vida, percatada de mi dolor de soledad, sobre

todo, contigo allí, dos habitaciones distante, tú te apresuraste a menguar la desdicha de mi prisión de silencio, y me invitaste a ir a tu alcoba, sonriendo, con la inocencia de quien incendia sin querer. ¿Qué idea tenías de los hombres, amor mío; qué cruzó por mi frente alada que no fuera absoluta armonía, sin recelo, sin mancha? Y me dijiste que entrara en tu cuarto cuando estuvieras ya con la ropa por el cuello, etc, etc...

Tal vez a partir de aquí en que siento que un inmenso calor animal, de vaho hondo, se va aclimatando en mi pensar en ti, en mi contar contigo, en mi turbia y espacial referencia, tal vez, digo, ahora necesite llamarte [amor mío] abiertamente y aprender de memoria los filos diversos que el llamarte así encierra, la escondida amargura y la impensada alegría que guarda el nombre *amor* cuando una historia viva lo soporta. Te he amado sin posibilidades de transcribir el pasmoso efecto que hizo tu encuentro en mis vísceras; el interrogante que se levantó del sótano abisal de mis creencias y sospechas cuando arribó tu calor maternal, tu indiscutible altura a mi sangre desparramada, sin riberas. Eso es, [como mi sangre, río sin riberas] . ¿Qué más da saber el porqué de las cosas, si tenemos en la mano su resultado final, su inexorable fertilidad en llanto y en prodigio? Eso tendría yo que repetirme y evitar el llegar a la meta torturante por caminos aún más penosos. Una mujer que me entrega benévola los resortes inalienables de su cuerpo moreno, moreno por el sol de la alegría temperamental, y al mismo tiempo me clava en el presente ya fugitivo con la penitencia inacabable de una negación, una mujer así, Dios mío, ¿qué clase de mujer es, me pregunto?.

Tomás Ramos Orea

Kingston, Ontario, Canada. (octubre, 1967)

Esto en cuanto a lo epistolar. Pero en lo tocante a mis desasosiegos líricos, María Manuela me impulsaba a sostenidas

exacerbaciones, a violentos desahogos. Sentía yo que aquella mujer podía arrancarme expresiones válidas, dignas de figurar en cualquier repertorio o nomenclatura antológica. Y así compuse este voluntarioso y agónico poema “Alas”, tenso y pesantoso en sus particulares acentos y fechado asimismo en octubre 1967, uno de los meses más preñados de motivaciones anímicas y expresivas de toda mi entera existencia:

ALAS

Para M. Manuela de Sousa

Vagaba yo por el aeropuerto, arrastrando mis carnets de identidad,
y sin pensar en la emboscada,
sin ver en los animales próximos más que un traje
y un sistema de signos en sus bocas.

Como siempre ha ocurrido, vino ella
no a traición por la espalda
sino enfrente de nuestra personalidad, o sea, del montón
de papeles impresos que tenían, ay, que decidir nuestro futuro,
ser o estar en presente o en pasado,
a la deriva.

Tú llamando mi nombre por las nubes,
tú diciendo *Tomás*, seguido de algo
que no entendió mi alma, porque aquello
en principio y en fin quería sólo
decir, oh, ven, amigo, ven al lado
donde la sombra muere y crece ante la espera
la acacia de mi amor que tú regaste.

No sé si algún borde posible
resistirá el asomo de mi verso a tu frente,
como la incierta luz aquella del aeropuerto vivo
retenía la comba de tu cintura al asomarte
en la baranda. Allí, junto con mi coche, aparqué mi destino
también y confiaba en que el tiempo de esperanza
significase acaso varios dólares.

Llega el fulgor de atrás hermosamente
cuando no resucitan las palabras,
cuando una sombra aguarda a que las cosas
vistan el luto exacto que reservó una mano para ellas.
Y te tuve y no fuiste nunca mía
por la débil propuesta rechazada,
por ese [no] brutal que sabe amargo, y luego y siempre
se alza en medio del lago de sonrisas.

No es por ella, oh no, no puede ser por ella
por quien siento este horror entrando a manos llenas,
ni hay en su rostro nada, siquiera pesaroso,
que llegue a mí nublándome la piedad de mi gozo,
sino que yo al tomarla tan olorosa y pura
huyó de mí el consuelo y en mí queda la culpa.

Ya no hay azul de mar. Lisboa dista
años de pensamiento. Aquellos vuelos
en que tú traducías diligente
ya no existen. Se han roto los compases
que guiaban mi voz hacia tu pista,
el mando a la deriva, amor y muerte
en un total destino de emergencia.
Y ahora sí muere el mar porque no importa
su dimensión en tiempo y en distancia,
porque el puente de nubes que se alzaba
a la altura del verso ya no mira
adelante ni mira a ningún lado.
Siempre habrá azul oscuro de uniforme en las partidas
que recaigan en mí, y en los despegues
mi oído temblará cuando le anuncien
que mueren en mi avión todos los rumbos.

Verdad es que hasta no haberte perdido
la soledad andaba como una mansa fiera
por el hogar redondo y en penumbra de la sangre:
aquí un sorbo de espera, allí una llaga recién abierta, tibia,

de calor chorreante. Oh, soledad amante, de mohosos filos,
que no trajiste más dolor al alma que el del puro vacío,
sin nada que llenar en cóncavo silencio.

La soledad de ahora asfixia y ata con el último nudo
las salidas del alba; a piedra y lodo
se obstruyó la esperanza para siempre.

Quédate, pues, así afincada a mundo abierto
y trota a tu placer por ese campo
minado, amiga mía. Ve y recoge una a una
las pasadas delicias, para que tú las viertas
en un lugar fecundo, donde prendan y alcen sus temblores
a otra vida -no yo-, en plenitud de amor y muerte.

Lo más caro de amar es el olvido,
tumba del corazón. Mujer primera
a quien yo dí las llaves de ese reino
del aquí y del ahora: te confío
la memoria de todo, no quisiera
llevarlo encima siempre, como un fardo
que grava y no produce, amor y muerte.

Te he querido. No sé si la alta fiebre
desata la pasión o la contiene
en límites menores; si el deseo
de estancarse en un páramo de vida
acarrea verdad o tibio engaño.
Estoy triste y chorrea por mi traje
una pena amarilla. Miro el aire
y lo veo infectado hasta los topes
de palabras dañinas y de olvido.
Pero nunca morimos, siempre surge
una muerte más honda que nos calma
la pasión de la antigua, y por las horas
caídas desde lo alto de algún tiempo
llega erguido el heraldo de la forma,
de otra bella congoja que no oímos.

Tomás Ramos Orea
Kingston, Canada, octubre, 1967

Aldonza 40, febrero 1968

Este poema, aunque ya lo consigno y sea lo de menos, saldría publicado en nuestra revista de poesía complutense *Aldonza*.

Tuvo que ser a primeros de diciembre de 1967. Estaba yo en mi espacioso despacho de Kingston Hall, en Queen's University, cuando una de las secretarias, a quien le correspondiera aquel día distribuir el correo, llega y me entrega un sobre de avión con los bordes rojos y verdes. Era una carta de María Manuela. El efecto vivencial fue fortísimo. La pleamar de anticipaciones desbordaba mi capacidad de raciocinio. Tan sólo barruntaba un punto, un principio, y es que María Manuela había abandonado su silencio, y aunque aquello que me dijera en la carta, que nunca me decidía a abrir definitivamente y leer, envolviese mi sentencia de muerte, siempre lo entendería yo como menos cruel que “no saber a qué atenerse”; más solidario y amable que dejarme sumido en un limbo perpetuo. Pinché y rasgué con un estilete todo un lado del sobre, saqué y leí la carta. Ni la conservo ahora, al cabo de tantos años y de tanto trajín, ni la recuerdo en su contenido de posibles especificidades. En todo caso, sancionaba el efecto purgativo y regenerador de mi penitencia; la montaña de méritos que mi sufrimiento había puesto al alcance de mis expectativas. María Manuela tenía una letra llena de angulitos y de redondeles. Su lenguaje era castellano correcto en su casi totalidad, permitiéndose acaso algunos portuguesismos o “lusismos” que daban a su carta un precioso toque de exotismo cercano: “Buraco” recuerdo que solía decir por “agujero”...

Desde luego que mis remesas de literatura, mis cataratas epistolares del recién transcurrido mes y medio habían reblandecido la supuesta inexorabilidad de María Manuela. Había conseguido yo salir a flote después de aquella inmersión en el padecimiento, después de aquella penosísima ordalía, y ahora se trataba de continuar, erguido ya, hacia cimas más y más prominentes. “La has convencido –me diría

algún tiempo más tarde Julio Ganzo— Ahora, conquístala”. Y a eso es a lo que me apresté con todas mis capacidades: a conquistarla. De momento, largué una última andanada de literatura, ésta:

Sta. María Manuela de Sousa
Largo do Ostende, 3. R/C MONTE ESTORIL
PORTUGAL

9-12-1967

(carta pensada pero no escrita)

Hablar de ti, que has llenado tan totalmente mi vida propia como para no tener yo espacio para mí mismo, y tener que pedirte a ti que saques del volumen de mi alma algo de tu memoria, para así hacer un poco de sitio y caber yo, siquiera de lado, en mis límites, hacer que mi vida quepa en ella misma... No sé, no sé si voy a acertar una sola palabra cuando hablo de ti. Lo que sí sé es que para que mi pensamiento entre en contacto con tu recuerdo incandescente, con tu bulto animado y visible enfrente de mí, dentro de mi frente desnuda, para que esto ocurra, amor, amiga mía, alma toda, yo debo primero sentirme febril, contaminado por esa centrifugación de espasmo y locura que lanza, verdad, las palabras más lejos que la honda más hábil, pero también a costa de tener que acariciarse uno aquí dentro el vértigo que produce la marcha de la sangre a velocidades siderales. ¿Es sensato, a fuerza de creer en ti, perder la noción de las medidas y volar al plano de lo inconsciente? No lo sé. Mi existencia no me da más que para capear este temporal inacabable de haberme encontrado contigo una noche cualquiera y ordenar la maraña de ocurrencias y temores, de inspiraciones súbitas y oscuros abatimientos. Porque más allá siempre de lo que la conciencia advierte, el corazón te anticipa con la levedad radiante de lo que se espera y hace desesperar. Y tú consistes de eso, alegrías inmensas de poder contar contigo para redondear y alzar mi yo; de bandadas de pájaros negros, agoreros, que anuncian lo que de triste va rebotando y haciéndose cada vez

más grande por la vida. Ahora releo, vuelvo a lo que escribí sobre ti hace algún tiempo, en la etapa decisiva para saber si te quedabas en mí o te diluías en la horrible injusticia del olvido. Y al repasar palabra a palabra lo que tú le indicaste a mi corazón alienado, no sé cómo calificar lo que siento, si consuelo o duda; si gozo o nostalgia, esa honda melancolía de lo no vivido. Y si he repetido *te quiero* hasta dejar machacados los bordes de tales palabras, lo he hecho por observar los posibles efectos penosos en caso de que hubiese sido un falso testimonio, una frase más de labios irresponsables. Y no, no produjo en mí empacho el repetirme como música de fondo la insospechada y abisal verdad de tu amor, de mi amor a ti, sino que me dejó ver la maravilla azorante que es esto de llevar una existencia a cuestras, encima de la piel y al nivel del corazón, por tu causa.

Y ahora me llega una carta tuya como la más furiosa acometida de los elementos, como el reto más hermoso que se haya lanzado a mi sangre combativa. Y más que leerla, la palpo y medito triste, lentamente, sobre la claridad de las cosas y el vivir de los mundos desconocidos. Luego canta el tordo y sin saber por qué me pongo a pensar en tu traje azul marino, aquella cárcel de intrépida dulzura que era para mí tu uniforme azul marino de azafata. Hoy me llega tu carta y no la leo al principio. ¿Para qué? Me preocupa más saber que puedo, que quiero pensar en ti ahora que los astros parecen haberse quedado quietos, haciéndonos perder la noción del tiempo. Y el amor, ¿será ponerse a contar las muchachas que pasan delante de mi despacho con bufandas de colorines? Tal vez el amor es eso que no se siente hasta que penetra más allá de las fronteras de lo irremediable, de donde no se puede salir ni aun dando marcha atrás.

(aquí, firmado)

Tampoco puedo asegurar si se lo envié o no a María Manuela, aunque supongo que sí. Un exceso verbal más, ¿qué importaba? Pero

otro tipo de acción ni mejor ni peor que el literario, sólo que desarrollado en medios más polivalentes, se imponía. Si las palabras son hechos, éstos pueden también suplir a la literatura.

Ese invierno de 1967 volé a España en Navidades. Siempre bajo la advocación “Geografía es amor” del gran poeta García Nieto, decidí ir en todo caso a Portugal. Acompañado de Conchita, la menor de las Arribas, amigas y hermanas mías, compré en Aleixandre, de la Gran Vía de Madrid, una sobria aunque preciosa caja de música que servía de joyero. Y a bordo de mi flamante 200-D, primero de mis Mercedes, estrenado hacía tan sólo ocho meses, cogí la N-V camino de Portugal...

Portugal ya constituía de por sí una aventura para mi espíritu. Pocas realidades tan bellas y tan rezumantes de historia singularísima, de idiosincrasia, eran tan desconocidas para un castellano. Ocioso insistir en el tópico. Y lo curioso es que, aun dentro de la limitación de sus recursos, Portugal parecía seguir imponiendo un estilo o manera imperial en sus manifestaciones. La educación de sus gentes, aun reflejando lo que en tono peyorativo pudiéramos siempre considerar como excedente rebajado de los británicos, ofrecía detalles de civilidad y compostura que no se daban en España. Las carreteras, igual de malas que las españolas, aunque con más curvas, al menos estaban señalizadas en plan sólido, diríamos “colonial”, mediante pivotes de argamasa y albañilería, un detalle que, al menos para el turista español, ya predisponía positivamente...

En mis múltiples viajes desde Madrid a Lisboa yo probé tres fronteras extremeñas: sobre todo, la de Valencia de Alcántara, desde Trujillo y a través de Cáceres, por estar más expedita de camiones que la Nacional V propiamente dicha, por Mérida y Badajoz; y al tiempo, de trazado algo menos inhóspito que la de Alcántara que, arrancando asimismo desde Cáceres, va al encuentro de Portugal por Arroyo de la Luz y Navas del Madroño. Andando el tiempo, y desde mi base laboral en Granada, también perforaría Portugal por la frontera de Villanueva del Fresno, ya en la parte Sur de la provincia de Badajoz. Pero lo grande de estas entradas y salidas, a modo de calas en la visceración de nuestros vecinos, es que las alforjas de alma se llenaban de otra

variedad de motivos, como tramas secundarias pero insustituibles a la hora de la suma total de vivencias. Sirvan de ejemplo en esta latitud de mi relato la visita que hice en Valencia de Alcántara a los padres de Rafael Daza, el español, marido de Cristina y residente en Kingston, Ontario, pareja de la que hablo en mi viñeta referida a Queen's University. El hombre, que estaba enfermo de cáncer, al darle yo noticias directas de su hijo y llevarle sus recuerdos, pareció maravillarse de los portentosos encuentros que propicia la dinámica arbitraria de las cosas. La otra visita que con motivo de mis incursiones en "lo luso" realicé fue al poeta Manuel Pacheco en Badajoz. Por descontado que mis apariciones y desgloses contenían para aquellas buenas gentes una abultada dosis de surrealismo: Quién más, quién menos, todos tenían sus existencias encarriladas en la docilidad de unas costumbres y de unas mediciones. Mis súbitas y espontáneas mostraciones por parte mía no pretendían demostrar nada, ni vender nada, pero acaso fueran heraldos de una "vocación" y de un "destino" románticos...

Normalmente, y supuesto que entrase por Valencia de Alcántara, hacía yo noche en Abrantes, una pequeña y organizada ciudad junto al Tajo, para acometer al día siguiente la llegada a Lisboa. Acaso, mi elegir una y otra frontera suponía un ejercicio más complejo de discernimiento, ya que la ruta "nacional" de Elvas a Lisboa, desde la inauguración del Puente Oliveira Salazar en agosto de 1966 [luego, a partir de 1974, llamado "de 25 de abril"] consentía ya dos variantes: la de siempre, por Vila Franca de Xira; y la del Sur, la que desviándose en Montemor-o-Novo, y a través de Setúbal, cruzaba el estuario del Tajo por el puente y penetraba en Lisboa por abajo. Vía Vila Franca de Xira había que atravesar la ciudad entera de Lisboa con el fin de proceder hacia el oeste. Dejando el aeropuerto Portela a la derecha; tomando la Avenida de Brasil; cruzando el Campo Grande; bajando siempre como en dirección al mar por la Avenida da República y por la Fontes Pereira de Melo, hasta la rotonda del Marqués de Pombal, desde allí se cogía la Avenida Duarte Pacheco, continuándose en la Auto Estrada, ambas en sentido paralelo al estuario y ya siempre en dirección oeste, dejando atrás Oeiras, Parede, etc. Al alcanzar Estoril había que desviarse a la

derecha, hacia el norte, para llegar a Monte Estoril, a modo de elegante urbanización pedánea sobre una prominencia.

Cuando a la gracia le da por tocarnos con sus resortes todo adquiere una dimensión mirífica, como pugnando por zafarse de la servidumbre cuantificable de las leyes de la lógica y de la estadística...

Siempre atento como un colegial a las indicaciones viarias, iba yo a acometer con mi coche la maniobra o viraje a la derecha..., cuando divisó a María Manuela bajando por la calle, acompañada de una señora, ni joven ni anciana, que portaba un maletín en la mano. María Manuela, con un bolso al hombro, vestía el atuendo inequívoco de su trabajo: Uniforme azul marino oscuro, dos piezas, falda y chaquetilla que dejaba asomar la blusa blanca de picos amplios y abiertos; y zapatos cómodos de tacón moderado. Me vio y percibí que cambió unas palabras urgentes con la señora, la cual, mientras yo reculaba para estacionar, aprovechó para despedirse de María Manuela y marcharse pendiente arriba. Sorprendida y halagada, ofuscada, grave y sonriente, todo junto, María Manuela me dijo que la señora era su madre que la acompañaba a la estación de cercanías desde donde ella solía tomar el tren hasta el Cais [Muelle] do Sodré, al comienzo de la Avda. 24 de Julho. Trémulamente la dije lo que la tuviera que decir, la hice entrega de mi regalo, y la conduje al aeropuerto. Ella permanecería allí, acaso para volar a Canada o acaso para desempeñar sus funciones de azafata de tierra sin salir del aeropuerto de Lisboa. Yo no podía quedarme. Lo preferí. Me alegré en mi interior. El golpe de efecto había resultado intensísimo y oportuno. De palabra la dediqué los más incisivos artificios retóricos que mi repertorio me consentía: Le dije, por ejemplo, que muy al contrario de lo que ella tal vez pudiera pensar, el hecho de haberla visto, la realidad de haber comprobado su existencia, siquiera fuese por aquel menguado tramo temporal, me resarcía con creces de todas las incomodidades, desvelos y gastos que mi viaje hubiese podido constituir, etc. Ella se quedó, sí, en Lisboa y yo regresé a Madrid, henchido, endiosado, rebosante, como ególatra, Midas extasiado de su botín. Sentí que con aquella renuncia unilateral y voluntaria a tener acceso a ella por mi parte, mi cuota de hombría y de merecimientos

quedaba más que solventada y justificada; que había sufragado y purgado definitivamente mi incontinencia de aquella gloriosa y fatídica noche de Kingston.

Yo volé de vuelta a Canada el día 2 de enero de 1968. No sabría la fecha si no fuera porque la he dejado recogida en este poema que tuve necesariamente que escribir durante el tiempo del...

VUELO

Para María Manuela de Sousa

Como el azar, al golpe improvisado,
llega el heraldo azul de la sonrisa
y llama a nuestra puerta con nudillos
de tupida esperanza siempre viva.
Es el amor, sin duda, que nos entra
cuando asoma a los labios esa frase
con la que no decimos nada nuevo.
Es verdad. Pero acaso esta asediante
dulzura de mujer que no se acaba;
esta piel prolongándose en caricia,
el bulto de luz pura que me inunda
el túnel del amor, en fin, mi alma
varada en un bajío de nostalgia...,
¿qué novedad me traen de tiempo nuestro
cuyo poso no duela en la memoria?
Cogidos en el tiempo no nos queda
más que seguir muriendo en esa caja
de resonancia estéril que es el mundo.
Pasa un perfume y se levanta el viento
de la ilusión venida desde antiguo;
pasa una tibia mano que apacigua
la comba del cabello y me pregunto
si los labios comulgan con el beso,
ese beso de carne, grieta múltiple,
centuplicada cavidad que injerta
un corazón a trozos derramado

por la cuenca sin fondo de la hondura.
Surge el mar, alma mía, brota el agua
del surtidor rojizo de las venas,
de tu uniforme azul manando vida.
No vengáis hasta mí, que ya presiento
la destrucción total de este sistema
que se asocia a mi sangre con un nombre;
no sostengáis el frente de ternuras
que ya fueron testigo de mi muerte.

Y a veces miro atrás para que no me cieguen
los acontecimientos por venir,
y hasta imagino que si viera secarse todos los mares que existen,
no movería un diente la tristeza.
Porque voy a decir que cada palabra tuya se yergue en la umbría del con
y desde allí presencia el arrastrarse de las horas,
la amargura que crece en el amor infecundo
y el perfil que escoge la azucena antes de morir blancamente.
Triste es el destino del amor que acaba
mientras le queda la memoria ajena al vencimiento.
Tu vida, soledad mía, amor radiante, propagador insomnio,
repara, vuelve a entrar por mis fronteras
a través de los puentes
que el corazón perenne levante por medio del recuerdo.

Tomás Ramos Orea
Lisboa-Montreal 2-1-1968

No puedo dejar de consignar, como dato bibliográfico, la satisfacción que me produjo que *Poesía española* me aceptara este poema y lo publicara en su número 182 (febrero 1968) Más tarde volvería yo a sacarlo en *Aldonza*, 44 (junio 1968).

Si me encontré en aquella ocasión con María Manuela en el aeropuerto de Dorval, no lo sé. Es posible. Lo que sí aseguro es que todo aquel tiempo desde principios de trimestre hasta finales de abril en que, como de costumbre, solía dar por terminado mi curso en Canada, estuvo grávido de aconteceres, de idas y vueltas a Montreal desde

Kingston; de telefonazos a Lisboa, de concernimiento hacia aquella criatura. La carne de su espíritu se me había introducido en todos y cada uno de mis intersticios pensantes, y al comprobar que mi heroico y ascético comportamiento había levantado la veda de su intimidad, me parecía que cualquier tramo de tiempo que no estuviese celebrando con ella, festejándola, era.... tiempo perdido, instancia irredenta, vida muerta. Tuve que verla necesariamente en Montreal durante aquel mes de enero de 1968. Kingston, Montreal y Lisboa formaban los vértices, el polígono de mi prisión, entre cuyas cotas únicamente tenía sentido mi razón de ser. Mi amor por “la portuguesa” cobró entidad de leyenda hasta para algunos amigos de Kingston. La ya mencionada Cristina, mujer de Rafael Daza, coligió con certero diagnóstico que “me había dado fuerte” y que según ella era un buen momento para que yo “me recogiera”.

Por aquel entonces invitamos a Germán Bleiberg a dar una conferencia en Queen’s y otra en Peterborough, en la Trent University. Gran tipo, humanísimo hasta la médula, sentí que hacía campear su hombría de bien y su reciedumbre de criterio cuando al contarle yo, como mejor me resultara, el alarmante sarpullido que me había brotado por toda la superficie de mi alma en razón de aquella chica, él, Germán Bleiberg, a la vista de mis palabras y de un número de poemas míos que le mostré, tanto sobre María Manuela como respecto de otras motivaciones, me dijo que siguiera, que perseverase, que no lo dejara bajo ninguna excusa, seguro como estaba él de que yo había anclado en algo de valor que vertía inspiración y mordiente a raudales, que me producía el ciento por uno. Recuerdo muy bien que en aquel invierno conduje al aeropuerto de Dorval en un buen número de ocasiones. Cuando a finales de abril 1968 entregué mi coche de alquiler a la empresa Amey’s Motors, por primera vez en cinco años consecutivos tuve que pagar “extra mileage”. Normalmente me venían sobrando unas 1,500. millas en cada ejercicio y ahora era esa misma cantidad la que había saltado del límite convencional. Calculando unos 600 kilómetros por cada viaje de ida y vuelta a Montreal, quiere decirse que ese desfase de unos 4,800. kilómetros lo había yo metido en unos ocho viajes

extraordinarios que la convocatoria iniciática y fulmínea de María Manuela me habían propiciado. Es una lástima no contar con un diario troceado que hubiese recogido la carga anhelante y grávida de afectación mía en todo aquel tiempo. Sólo puedo asegurar ciertas realidades, no los caminos por los que llegué a ellas. Aquí delante tengo la copia de este soneto:

FINAL

Vestida de uniforme azul marino,
esa cárcel de intrépida dulzura,
le diste al corazón sobrada hartura,
verso al labio, conciencia a mi destino.

Luego creció un silencio, y el camino
que antes fuera de sol y de verdura
se fue mustiando triste ante la oscura
verdad de tu secreto femenino.

Y ya lejana la alegría aquella
de llevarte en el alma a cada hora
como a una compañera cantarina,

me queda sólo tu mirar de estrella
y el eco de tu voz navegadora,
peregrina del aire, peregrina.

Tomás Ramos Orea
Kingston, Canada 6-2-1968

Publicado, “Para M.M. de S., azafata” en *Caracola* 187 (mayo 1968) y recogido asimismo en *Aldonza* 45, último número (julio 1968), no parece tener mucho sentido la fecha, pero es un dato inapelable. Sólo puedo explicarlo en virtud de las propias leyes de la literatura. Acaso encontrase yo genuinamente poético el tema del rompimiento. Porque la

realidad es que lo que María Manuela y yo tuviéramos de mutuo concernimiento acababa de comenzar. No encuentro más explicación que la que subyace, a veces, en la dinámica poética, de tan difícil catalogación en lo tocante a la gestación de sus motivaciones. El resultado está ahí, el poema, y eso es lo que importa. También recuerdo con mortificante claridad que yo, después de nuestra siempre mágica y reveladora noche de Kingston, ya no había vuelto a tener acceso total a la intimidad de María Manuela. Y aquello, que en sí era una de las instancias más alienantes, más inexorablemente vesánicas a las que mi sangre deseosa y furiosamente enardecida podía enfrentarse, ... eso, digo, encontraba un único lenitivo en la auto-inculpación que yo me administraba, y en el paraíso que según mis cálculos tardaría poco en abrir sus portones para que yo me introdujera en su seno...

Llegó abril 1968 y yo regresé a España, y desde allí en mi fiel Mercedes 200-D, que me esperaba dócil en mi garaje, de nuevo a Portugal, a Lisboa..., no, más allá, más propiamente algo más allá..., Monte Estoril. Atravesé la Extremadura de la provincia de Cáceres. Otra vez el puerto de Mirabete. Luego recordé el Hotel Conquistador de Trujillo donde había pernoctado yo una vez; el imponente flanqueo de eucaliptos que acompaña a la carretera... Crucé la frontera por Valencia de Alcántara y me planté de nuevo en Abrantes. Al día siguiente, a eso del mediodía, estaba yo en Monte Estoril. Dejé el coche en una plazoleta, bajo un árbol copudo, cerca del Hotel Monte Estoril donde, en todo caso, pensaba pernoctar. Me fui directamente a la dirección de María Manuela. Su madre me abrió la puerta y con cara... agradable, cívica, aunque con un toque escrutador como de desconfianza me dijo que... su hija no estaba. ¿Cómo que no estaba? No, que no estaba... pero que acaso vendría. Desistí de entenderme. La dejé una nota detallando que me iba a hospedar de todas formas en el Hotel Monte Estoril y que sólo si en el curso del día no apareciera... pues que ya decidiría yo lo que fuese...

No sé lo que hice ni a dónde fui. Sólo sé que al cabo de una hora, no más, de deambular, regresé al coche... y para exaltación y pasmo míos encuentro una nota en el parabrisas: Era de María Manuela.

Que la esperase allí mismo un poco más tarde, etc. Ella tenía que volar a Canada en tal o cual fecha. Fueron dos días los que estuvimos acompañándonos tan sólo. Así, lo dedicamos a hacer compras y turismo. Visité con ella la formación rocosa “Boca del Infierno” que de estruendosa manera engrandece el sonido de las olas; nos acercamos también al Cabo de Roca, supuestamente el punto más occidental de Europa como continente. Me hospedé en el Monte Estoril, como digo, un tres estrellas con señorío y empaque [muy poco después sus habitaciones servirían de alojamiento de urgencia para gentes rebotadas de las otrora colonias portuguesas Angola, Monzambique, etc., dando una impresión horrible de abandono y decaimiento] y a la mañana siguiente, después de desayunar en la simpática cafetería “Novo Día”, me fui con María Manuela a Lisboa, a comprar alfombras en los almacenes Grandella. No olvidaré la maña que se dieron los empleados vendedores en hacer cuatro bultos, uno para cada una de las alfombras, y lograr que encajaran sin forcejeos en la maleta de mi coche que de forma tan espontánea demostró su excepcional cabida...

Con el acuerdo de volvernos a ver más adelante partí para España, pero esta vez por la ruta del puente, “O Ponte Salazar”, para continuar por Setúbal, Pegôes-Cruz, Estremoz, y la frontera. Camino de Mérida y a la altura de Lobón, justamente donde la carretera se cruza superpuesta en sesgo con el canal de dicha localidad, estaba el pavimento algo aguachinado por una lluvia fina que me venía acompañando desde Badajoz y que aún persistía, y al tomar una curva, de características aparentemente inofensivas por lo amplio de su radio, y por la moderada velocidad a que yo iba conduciendo..., noté que el coche levitaba, que dejaba de agarrarse al asfalto y que cabeceando, ora a la derecha, ora a la izquierda, sobre las dos ruedas laterales alternativamente..., escapaba por tanto de mi control... Me temí lo peor..., en esa secuencia fotográfica de irreplicable condensación..., me temí, no sé..., pero ya el coche, arrastrándose de costado, impelido por la propia inercia de su peso, y mientras iba girando en redondo, o sea, como si se encaminara ahora hacia Portugal... irrumpió con estrépito de piedras, restregones de la tierra contra los tapacubos..., adentrándose en

un barbecho..., más, hasta que faltó de la dinamicidad inicial quedó allí, en mitad de un rastrojo de labranza, como un monstruo metálico, surto, silente, mientras seguía cayendo la lluvia y yo podía comprobar que mis costillas habían aguantado los empujones que el corazón les mandaba... Bueno, pensé, hoy he nacido. Probablemente me salvó el peso del coche, el sobrepeso de las alfombras y, sobre todo, que circulaba a una velocidad prudencial. ¿Qué hacer? Divisé una casa como de labradores u hortelanos a unos doscientos metros de allí, al otro lado de la carretera... y me encaminé hacia ella. Había un hombre, un rústico de aspecto recio y cordial, y una niña, su hija, una chavalilla de unos diez años. Se lo expliqué todo y sólo tuve que indicarle donde se hallaba mi coche. El hombre me confirmó que no había sido yo el primero y me siguió dando a entender que acaso no sería el último... ¡Pero si la curva no revestía... aparente peligro! –dije yo. Sí, pareció decirme él, pero el caso es que el peralte estaba algo defectuoso y al encontrarse la calzada alisada y brillante por el desgaste, el efecto de unas gotas de agua era el de una pista de patinaje. El campesino se fue a la cuadra, sacó una caballería con unos aparejos de tracción y entre los tres conseguimos remolcar el coche hasta la carretera. Comprobé que arrancaba y aunque en estado lastimoso por el barro y los chinarros que se habían metido entre las llantas y las cubiertas..., por los muchos yerbajos que también se habían adherido a las ruedas, a los embellecedores, a los parachoques, me aseguré que seguía en condiciones... normales de rodar. Dando por imposible conseguir de tan servicial hortelano que me aceptara ninguna contraprestación..., continué mi camino. En Mérida, y precisamente a las puertas de su Parador de Turismo, cambié una de las ruedas, la más maltratada de pequeñas erosiones, y así pude llegar a casa, a Alcalá de Henares. Allí comprobamos que un rodamiento se había picado. La empresa Civera me proporcionó un “ball bearing” de patente rusa, de idéntico calibre a la pieza de origen, y desde entonces bolas alemanas y bolcheviques convivieron de grado o a la fuerza dentro de uno de los reductos mecánicos de mi Mercedes 200-D.

En el curso de ese verano de 1968 volví a Portugal, acaso en junio o acaso en julio. En aquella ocasión, y por eso de hacer turismo,

taladré la frontera por Alcántara, sin dejar de continuar por Abrantes. La verdad es que la primera vez que allí paré había conectado yo con un par de chavalas, medio chicas de la calle, medio golfillas, y con una de ellas hasta encontré el típico alivio pasajero del que se hace acompañar el nómada y por el que no olvida su condición de hombre. Otro arrapiezo que decía ser amigo de las tales rapazas se había desvelado por ofrecerme sus servicios de embajador e intermediario. El caso era que la ciudad de Abrantes, si comparada a cualquier otro punto indiferente de mi ruta hacia Lisboa, ofrecía un conato de complicidad, un atisbo de aventura o de disipación de la rutina. Y yo, menos que nadie, podía sentirme desprovisto de materia persuasiva, puesto que el destino de mi viaje era estar cerca de aquella pulpa candente de fascinantes y amorosas curvas que era María Manuela. Pero la carne tiene sus procedimientos espirituales para auto-proclamarse y enaltecerse y el conato de merodeo sentimental y auto-afirmativo que yo no rehusaba en Abrantes constituía un factor más de mi acercamiento a todo lo que Portugal llevara consigo...

Ya en Monte Estoril me hospedé en el hotel de dicho nombre, y como María Manuela podía disponer de dos o tres días seguidos sin tener que volar, ni siquiera que ir al aeropuerto, nos pusimos a hacer un poco de turismo. Era durante nuestros desplazamientos cuando fundamentalmente hablábamos. El coche hacía de escenario recogido e íntimo. Fuimos hasta las playas de Guincho: allí, bien lo recuerdo, pedimos una jarra en un chiringuito de comidas y rellenamos de agua el radiador del Mercedes. Subimos a Sintra, a ver el Palacio Nacional, y regresamos a cenar a Cascais. Al día siguiente llegamos por el norte hasta Coimbra. Yo me iba impregnando de alma portuguesa, de “saudadismo”; la antigua Universidad y su patio, con las escalinatas de entrada, fue visita imperiosa. Luego siguió Batalha con su fabulosa Abadía, en reconocimiento de Aljubarrota (1385); luego Alcobaça con su Monasterio y su gigantesca iglesia; y por último, Mafra, con otro portentoso Monasterio, del siglo XVIII en este caso. María Manuela me dijo que había visto en mí un ejemplo modélico de perseverancia, y que

por eso había vencido su natural escepticismo y se dejaba cortejar en toda regla...

Al regresar yo a Canadá aquel septiembre de 1968, María Manuela, para sorpresa jubilosa mía también volaba desde Lisboa, y se apañó para acomodarse junto a mí en el avión. Muy probablemente ella supiera por mí que yo volaba tal día con la Canadian Pacific, y con escala en Lisboa, y acaso ella lo comprobase y se asegurase por la lista de reservas; y decidiese venir conmigo a Montreal. Afortunada o lamentablemente, no guardo detalles rigurosos sobre estos extremos; ya dije que sólo puedo colocarme al final de los acontecimientos, testimoniar el resultado y colegir que las cosas debieron de suceder según el proceso más lógico... En Montreal, al cerciorarse María Manuela de mi estado de deseo agónico por hacer una incursión satisfactoria en su intimidad, me propuso, partiendo de ella, quiero decir, entrar en un Motel y estar juntos parte de la tarde. Fascinante, alienado y bienhechor Montreal, todo ello junto. Nunca acertaré a modelar mi valoración de lo que Montreal [no se olvide, en la provincia de Quebec, y la segunda ciudad franco-parlante más populosa del mundo, después sólo de París] significaba para mí, todo estimaciones de quita y pon, todo referencias contingentes. Montreal tenía en aquellos tiempos algo de exótico-doméstico y de doméstico-internacional...

Lo primero que hizo mientras yo utilizaba el baño fue encender la televisión y meterse en la cama. Aquella mujer –años más tarde tendría ocasión de reflexionar sobre el tema– disponía de uno de los cuerpos, templos, más abrasadoramente persuasivos. Bajo el uniforme de corte más bien sobrio, y que convenientemente hubiera amortiguado y disimulado en todo supuesto cualquiera que fuese el chasis bajo él, campaba una de las complexiones femeninas más inenarrablemente sugestivas. El contacto con los labios y con el pecho de aquella mujer hacía que mi semen ocupara todos los espacios de mi cerebro, donde supuestamente tienen lugar las reacciones químicas de nuestras voliciones y de nuestras virtualidades sensoriales. María Manuela tenía rasgos, atemperadísimos, de ancestralidad africana, un ramalazo de sensualidad niña que se escapaba de los cuadrantes del raciocinio, una

fulgurante quemazón de lirismo que hacían de sus entregas elocuentes y vehementes chasquidos pasionales. Como si mi condición de filólogo hubiera sido ocasión de que María Manuela sintiese, desde los transvases míos, la fuerza creadora de las palabras, la magia del “logos”, en el cortísimo tramo que discurría entre mi enardecimiento y la explosión liberadora de mi esperma, ella me espoleaba con suplicantes urgencias, con perentorias demandas... de que me... vaciase, de que... se lo diera todo. Y yo, precisamente, ahí veía complacido mi único horizonte: en aniquilarme en ella, transfundido, exangüe...

Ha pasado muchísimo tiempo desde la época en que todo esto ocurría al momento en que lo estoy escribiendo, casi 29 años, y no encuentro en el repertorio de aconteceres que conforman la urdimbre de mi realidad..., no encuentro, digo, una mujer en la que lo somático y lo que de fluido e inapresable pueda tener el alma se unimismase de manera más cataclismalmente verdadera, más devastadora y salvajemente bella. Yo había empezado a intuir oscuramente que aquello no podía desembocar en un estuario de proporción cuerda, de consecuencias asumibles. Cuando yo avistaba el cuerpo de María Manuela mi razón cesaba, dejaba de ejercer y todas las oquedades, conductos, arcaduces linfáticos y regueros por dondequiera mi alma acarrease sus incumbencias se me llenaban de secreción, se aprestaban tensas y gemidoras al ofertorio, al holocausto...

Aquel último trimestre del año y primero del curso académico 1968-1969 no recuerdo nada más. En Navidad regresé a España y un día cualquiera cogí mi coche y me encaminé a Portugal. Esta vez lo hice con toda intención por la frontera de Badajoz. Pero también llevaba una pequeña jugada intermedia que no quería pasar por alto. Al aproximarme a Lobón distinguí la casa del hortelano que tan amablemente me había ayudado a salir del embarrado barbecho más de medio año antes. Conduje con toda tranquilidad por la trocha de tierra. Paré allí el motor, me bajé del coche y me quedé de pie, frente a la vivienda. La magnífica tarde de invierno hacía resonar en mí la sobriedad de su pálpito límpido. Acaso los distintos tipos de traqueteos

ronroneantes y bufidos de los vehículos por la carretera general hacia y desde Badajoz... De pronto, entre la casa y todo lo demás, es decir, el ámbito, se recortó la silueta, el dintorno de una chica que se quedó fija con las manos entrelazadas y mecidas acompasadamente de abajo a arriba para a continuación devolverlas..., como con intención de llevarlas a su pequeño regazo... o algo por el estilo. Sin embargo, pasados esos primeros y únicos momentos de sucederes subitáneos e impensados, la chavalilla que en esos ocho meses transcurridos parecía haber ganado en envergadura y en expresividad, me dedicó un gesto de pasmo cómplice y desuniendo las manos y girando sobre sí comenzó a gritar... “¡Padre, padre,... es el hombre del coche...!” Preciosa estampa la de aquella graciosa chiquilla de diez u once años ya que me recordó el pasaje sobre el Cid del “Castilla” de Manuel Machado. En mi caso, la arbitraria espontaneidad, la fulgurante naturalidad de la niña... teniendo como referente a mi mundo de anhelos y de peripecias espirituales que me hacían discurrir por aquella ruta todo ese tiempo atrás y ahora me impulsaban a idénticas procelosidades del eterno femenino, sólo que viajando desde la cota contraria. Salió el padre, hombrón sonriente, recio y bondadoso. Su hija, a la que ya había yo hecho entrega de la caja de almendras garrapiñadas que llevaba al efecto, se refugió junto a la arboladura del cuerpo robusto de su progenitor y desde allí, sin dejar de mirarme y sonreírme, le seguía dando explicaciones sobre cómo le había parecido a ella nada más verme que yo era... el que era. Me despedí de ellos con apretada emoción y continué mi camino. No sé si hice noche en ruta. En razón de lo que yo entonces era capaz de hacer y del incentivo vehemente que me impulsaba, tampoco descarto que llegase hasta Lisboa aquella misma jornada...

Las cosas ocurren por mor de lo que cada uno, por separado y como individuo, comporta y significa, y también en razón de todo lo otro, de esa noción empapadora y ubicua que entendemos por alteridad. Lo de menos es que cada cual de nosotros lo perciba de tal o de cual manera. Lo que cuenta en definitiva es que se produce... ¿Qué instancia concreta o abstracta propició entre las hasta entonces... individualidades por separado de María Manuela y mía, la especie de formar un conjunto

de dos, una sociedad dual, bajo la modalidad de institución matrimonial o pareja? No lo sé ni me importa. Me remito a lo que acabo de decir sobre el efecto de ósmosis que se verifica entre cada uno como individuo y el cariz social del bío-topo en que se está inmerso. Probablemente alguien aconsejó mal a María Manuela. Probablemente no fue posible que yo diera juego en referencia alguna que no llevase la especificación de “animal matrimoniabile”. Lo sé, lo sé: Es ley de vida, se nos dice con la menos cruenta de las expresiones. Pero también debería ser ley de vida distinguir entre lo simple y claro, aunque difícil; y lo complejo y aparentemente sencillo, aunque inviable; comprender que, mal que bien, dos personas que se entienden –y tal era el caso de María Manuela y mío– bastante tienen con cuidar de sus propias individualidades, de forma que la de cada cual redunde en la afirmación y en la armonía del otro. Ahora bien, cuando esa incumbencia compartida por dos se participa... a todo el mundo, quiero decir, a las fuerzas vivas de la sociedad, a la historia, al fetichismo de lo religioso, etc., etc., no hay duda de que el asunto así organizado tiene muy poco que ver con el esquema inicial. En definitiva, desde que la noción de matrimonio hizo su aparición en el espectro virtual de nuestras conciencias, el asunto comenzó su inexorable acabamiento; y además, plagado de disgustos, de disensiones envilecedoras, de malentendidos degradantes, de gastos, de pérdidas de tiempo y de espíritu. Si “algo tendrá el agua cuando la bendicen”, como reza el apotegma popular, dejo, *sensu contrario*, a cualquiera que se quiera meter a exégeta que especule sobre las secuelas acarreadas por ciertas realidades.

Por supuesto que [y como corresponde a todo aquello que pretende distorsionar la naturalidad de un orden que funciona] aquella malhadada ocurrencia de tergiversar lo meridiano, de cegar lo claro, y de torcer lo recto..., estuvo esmaltada, jalonada, acompañada de sucesos bufos, alarmantes, molestísimos. Un poco por deferencia hacia “mi novia” y otro poco porque yo quería alejar lo más posible de mi ambiente alcaláino el morbo pequeño, o grande, que significara mi [al menos, en teoría] proyectado cambio de estado civil, pues me pareció de todo punto oportuno que nuestro “negocio jurídico” se celebrase en

Portugal. Lo cual no eximía de que yo aquí en España cumplimentase unos requisitos previos y esperables. Jamás olvidaré cuando acompañado de Julio Ganzo y de Carlos Álvarez me personé en la Parroquia de San Justo o Magistral de Alcalá de Henares para que con arreglo al Derecho canónico, único viable entonces para tales menesteres, se constituyeran y se publicaran las “amonestaciones” (¿i). Ahora bien, la autoridad portuguesa exigía un equivalente a lo que en España llamamos “Fe de vida y Estado”, sólo que los lusos lo denominan, y creo que correctamente, “certificado de capacidad”. No se figuran Vds., lectores míos y desocupados, la cabezonería de los portugueses al exigir que el certificado en cuestión, el emitido por las autoridades españolas, quiero decir, tenía que llamarse *también* “de capacidad”; algo idéntico al disparatado y divertido absurdo que resultaría del hecho de que si alguien castellano llamado Juan entablase cualquier tipo de negocio o relación con Portugal, nada podría efectuarse a menos que el tal Juan se llamase oficial y documentalmente João. La cosa adquirió caracteres comi-trágicos cuando para no dejar ningún cabo suelto me acerqué a la Dirección General de los Registros y del Notariado, sita en el edificio del Ministerio de Justicia de la calle San Bernardo de Madrid, donde un técnico superior tuvo la deferencia, delante de mí, de comunicarse con el Sr. Cónsul de Portugal para encarecerle y asegurarle que el certificado en cuestión que en Portugal decían llamar “de capacidad”, en España era “de fe de vida y estado”, y que no existía otra cosa. Todavía me acuerdo del gesto de abandono y frustración que mostraba el amable y competentísimo servidor de la ley española, a tenor de la contumacia impía que le debía de estar espetando el Sr. Cónsul al otro extremo del cable telefónico. Terminó diciéndome, abrumado ante la tozudez supurante y palmaria de aquel adoquín portugués,... terminó diciéndome, con un dejo de humor cómplice, que con gentes así lo único que se podía hacer era prescindir de los papeles, ir por libre y arreglar el asunto de la mejor manera.

Tanto el incidente referido como algunas otras manifestaciones de equiparable entidad [valga, por todas ellas, cuando se me ocurrió ir Código Civil en mano a los Juzgados de Alcalá de Henares con el fin de

enterarme sobre los procedimientos fácticos, reales, concretos a instrumentar en el caso de un matrimonio civil... No sé si lo de menos fue que se asustaron, y lo de más fue que nunca habían oído hablar ni tenían noticia de semejante cosa..., o lo contrario, que monta tanto, etc.] me demostraron con inequívoca e inmisericorde veracidad que cuando empieza cierto tipo de papeleo todo se hace incompatible con todo. Mi caso no fue excepción. Al contrario, acaso pueda yo blasonar de que mi caso incorporó en su desarrollo toda la miseria de los malentendidos, toda la poquedad de la condición humana, todas las reticencias y desconfianzas que acompañan a la existencia, al hecho de vivir, de durar en sociedad. Cada encontronazo o rechazo con los papeles se traducía en un disgusto entre María Manuela y yo, y en una constante, larvada pérdida de fiabilidad. Se estaba cumpliendo en toda su acibarada inexorabilidad la maldición de los papeles y de las instituciones; la maldición de que dar vela a mil en el entierro de dos genera... pues eso, que 998 se sientan con toda la legitimidad del mundo a opinar, a hacer y deshacer, a mangonear..., y que los dos pobrecitos que en algún momento pudieron pensar que eran los protagonistas del negocio ahora se percatan de que no son sino dos estúpidos peones a expensas de los atropellos de todos aquellos a quienes dieron vela. Lo de María Manuela y mío se estaba terminando. Había escorado y se hundía... ¿Para qué pensar en causas? ¿Para qué atormentarme con las representaciones mentales de que a María Manuela la debían de haber comido el coco... su madre, acaso; sus compañeras de trabajo, etc? Era igual. Habíamos caído (por lo menos, yo) en el saco común del despropósito y no había nada que hacer de momento.

No recuerdo si llegué a ir a Portugal recién regresado de Canada, a últimos de abril de 1969. Sí recuerdo que aquel verano catapultó mi alma hacia otros cuadrantes de intimidad, hacia otras incumbencias emocionales y de aventura, y que lo de María Manuela, sin extinguirse, quedó en una latencia mínima, como dejando que el tiempo se encargase de enderezar en lo posible nuestro doliente y monumental desaguizado.

Vuelvo a carecer por desgracia de documentación fehaciente sobre tramos sustanciales de tiempo. Conservo, eso sí, este poema que en su momento quedó incorporado dentro de mi libro *Penúltimas palabras*, y que por la fecha de su confección tiene necesariamente que afectarse a María Manuela

HORA MÍA

No podría decir... No, no sabría
decir cuál es la hora, cómo llega
de golpe a mí y me hiera esa hora mía

en que tu nombre mi memoria anega;
por qué al hundir mi rostro pensativo
en esta mano (que al rozar despega

afanes) me doy cuenta de que, vivo,
soporto la mirada de la Esfinge,
tu recuerdo voraz que invade activo

el campo en que mi sangre en brasas finge
cordura, y un deseo gemebundo
de entrar en ti y tenerte. Mi alma infringe
-al pensarte- los límites del mundo.

Alcalá de Henares
25 de diciembre, 1969

Puedo dar fe con todo rigor que fue a comienzos de 1972, en pleno invierno cuando recibí un telegrama de María Manuela aceptando mi invitación a venir a España y pasar conmigo unos días. Así pues, tuvo que mediar una oferta mía que ahora, después de tanto tiempo, considero muy puesta en razón, ya que tuvo que corresponder a lo que yo entendería como recuperación de “nuestra” normalidad. Era asimismo indudable que María Manuela tuvo que haber reflexionado

sobre nuestros errores compartidos. Es una lástima no poder demostrar a los demás las cosas en que con más apasionamiento y lucidez cree uno. Tengo un total y exhaustivo convencimiento de que María Manuela meditó, sola o con su madre, sobre “lo nuestro” y que llegó a la conclusión de que yo bien merecía todos los envites y márgenes de confianza que hicieran falta. A fin de cuentas, ella, con la debida perspectiva de dos años y medio de cesación o letargo comunicativo debió de percatarse de que mis... prestaciones podían compararse ventajosamente a las de cualquier varón que la hubiera cortejado o que la estuviera cortejando. Todo daba a entender, además, que si hubiera habido que elegir una única y sola palabra sobre la que recayese una absoluta prohibición de pronunciarse, ésa sería la de “matrimonio”. Me apetecía ver a María Manuela, estar con ella, liberado de adherencias parasitarias, postizas...

Llegó muy temprano por la mañana al aeropuerto de Barajas. Venía espléndida, suelta, manteniendo siempre ese fecundo algoritmo entre su vestimenta como de camuflaje amortiguador, y más entonces por ser invierno, y la gloria de sus formas. Decididamente venía a estar conmigo, venía a hartarse de contigüidad, de alma corporeizada, de carne transcendida. Era un día regio de invierno y pensé que el Parador de El Paular sería el sitio indicado para poner la primera piedra del monumento de intimidad que pensábamos traernos entre... piernas! Cogimos la carretera de Burgos y a la altura de Lozoya torcimos a la izquierda. No teníamos nada reservado, pero ni siquiera hizo falta hacer palanca mediante mi arrogación de amistad que mi familia mantenía con don Marcelino Arias, a la sazón Director Gerente de dicho complejo turístico. Había habitaciones y pedimos la mejor. Eran las 12:00 del mediodía e hicimos idea de no salir. No puedo olvidar cuando el camarero nos llevó las bandejas de la comida opípara y variada. Le dijimos “adelante” y a duras penas nos recatamos... El mozo no pudo evitar concienciarse de la exuberancia proporcionada del torso de María Manuela que, sentada en la cama, si acaso dio un estirajón muy femenino del embozo y se tapó momentáneamente...

Fueron ocho las entregas de muerte y resurrección que celebré con aquella locura desquiciante de mujer. Ocho ofertorios, ocho cesaciones, ocho pleamares de agonía, de invasora anestesia... Ocho... en veinticuatro horas, comprometido sólo a ello, queriendo sólo eso, glorificándolo todo. Estábamos en 1972, y yo tenía 35 años, en el justo medio de una convención poética, y en el comienzo absoluto de una sin igual categoría... Al día siguiente continuamos de turismo por las provincias de Madrid y de Avila para terminar en el Parador de Gredos... Pero la cosa se iba deshinchando. Era prodigioso percatarse de que para estar con una mujer más de unas cuantas, más bien pocas, horas seguidas es imprescindible que coadyuven factores que ya no están al alcance de uno. Si se discrimina y distingue es porque se puede discriminar y distinguir, y el resultado inminente es el de dar por liquidado el asunto... En todo caso, y como el menor de los males, se me patentizaba que la única fórmula, aunque no descubierta aún, para convivir con una mujer es la de compaginar en el más inspirado de los equilibrios, en la más funambulesca de las proporciones, dosis congruas de alejamiento de la criatura con quien se convive, y propiciación de la nostalgia de esa misma criatura alejada, cuando quiera que el monstruo de la rutina y de la chatedad diarias amenazasen con hacer acto de presencia... Con María Manuela fue todo mucho más claro, más esquemático: Desfogado de aquella manera tan exhaustivamente rotunda como estaba yo del día anterior, y puesto que no intervenía ninguna instancia que me impidiera discriminar, sopesar y distinguir..., me percaté, como digo, de que el asunto había perdido buena parte de su magia. Fueron tres, tres únicas y voluntariosas cópulas las que en aquella segunda jornada mi estado cosmo-bío-patológico me permitió, la última con una nube de desmotivación cerniéndose admonitoriamente sobre mi espíritu. Tremendo y revelador, cruelmente cierto! La Ley de los rendimientos decrecientes estaba haciendo triunfar sus postulados de forma brutal, inapelable... Sólo habían pasado dos días y las existencias estaban a punto de agotarse... Sí, la tercera cópula supuso una aplicación voluntariosa que actuó como toque de atención. Estaba avisado. Lo peor podía en cualquier momento suceder...

A la mañana siguiente continuamos haciendo turismo por la provincia de Avila hasta llegar, por Arenas de San Pedro, a la carretera Nacional V, cerca de Talavera de la Reina, en la provincia de Toledo. Tuvimos dificultades en encontrar alojamiento, cosa que no me importó demasiado pues mis urgencias de asistir a la convocatoria de la piel templada y de la madurez acogedora de María Manuela estaban prácticamente a cero. Hicimos noche en un albergue de junto a la carretera y ya no lejos de Madrid... Un solo abordaje íntimo, uno solo, celebré con María Manuela. Ocho..., tres... y uno más bien forzado, casi, casi de compromiso. Los dos, sin decirnos nada supimos que todo había terminado. Ni siquiera hubo de plantearlo pues, ventajas de la profesión, María Manuela traía un billete abierto de regreso a Lisboa... La llevé a Barajas, y cuando la vi desaparecer por los vestíbulos reservados a los viajeros en trance de embarcar..., respiré de manera distinta.

Nos llegamos a comunicar por lo menos una vez más porque estando yo en Passau, Alemania, en junio de ese mismo 1972, terminando mi curso elemental de tudesco, recuerdo que me enviaron de casa una carta suya en la que acusaba recibo de un trabajo mío sobre Góngora en la *Revista de Literatura*. Después de ahí no creo poseer ningún dato ni indicio que me permita inferir que nos volviéramos a ver ya nunca. Llevando yo de residencia laboral en Granada seis o siete años [así, tendría que haber sido en 1979 ó 1980] en una de las dos o tres visitas a Portugal que me dio por hacer en aquellas épocas y por las que asimismo conocí las fronteras de Ayamonte y de Rosal de la Frontera (ambas de Huelva) y la de Villanueva del Fresno, en Badajoz, al tiempo que incorporaba un buen número de localidades del Algarve y del Alentejo a mi acervo geográfico (Olhão, Faro, Beja, Evora, etc.), no pude reprimir la curiosidad embadurnada en un toque de morbo cómplice, de pasarme por casa de María Manuela. Me abrió su madre, mucho menos envejecida de lo que yo había supuesto. La mujer me miró con bondadosa indiferencia, entre condescendiente y crítica, y me dijo que María Manuela se había casado, que tenía ya descendencia, y que vivía en Lisboa. Me alegré de veras y así procuré hacérselo

inteligible a su madre, aunque la versión exacta de lo que mi alma barruntó vendría a quedar expresada por la frase: “Bueno, pues una más a la que dejo colocada”, que supuse fuera de las entendederas y del sentido del humor de la buena señora.

Me gustaba ir a Portugal, como digo. Por eso de mi estar en Andalucía me parecía propicio ensanchar el principio de que “geografía es amor”, y Lisboa no dejó nunca de imantar los ulteriores resortes de mi exotismo. Abril en Portugal era más que una frase. Nunca hacía más de dos noches en Lisboa, lo suficiente para sentarme en la Plaza de don Pedro IV o Plaza del Rocío y regalarme con un buen copete de fresas con nata o “morangos con chantilli” como ellos prefieren. Otras veces, desde la Plaza de los Restauradores me recorría toda la Avenida de la Libertad, hojeando tenderetes de libros nuevos y viejos, cuando así era el caso. Alguna tarde me dejaba caer por el sitio de alterne [Tamila] , en el número 69 de la Avenida Duque de Loulé, que arranca de la Plaza del Marqués de Pombal, por si hubiera alguna “moça” de la que me engolosinara. También había niñas sueltas, por libre, por las calles Luciano Cordeiro y Bernardim Ribeiro, ambientes que tenían a favor mío el hecho de excluir la obligación de entrar en un local cerrado y verse en cierto modo forzado a consumir algo, cosa que a mí, abstemio casi absoluto, me ha contrariado siempre. En ocasiones me gustaba alojarme en un modesto Hotel Bragança, de la Rua do Alecrim, cerca del Cais [Muelle] do Sodré, en cuya explanada podía dejar el coche, junto a las aguas del estuario. Allí mismo había un concurridísimo barrio de putas en el que con frecuencia se encontraban preciosidades llenas de comprensión saudadosa, con la atracción añadida de que las chavalas estaban sentadas en unos locales a modo de cafeterías o simplemente en la puerta, y no se exigía hacer ningún tipo de consumición, sino simplemente abordar a la chica que fuese. En esos casos en los que elegía esta parte baja de la ciudad para alojarme, dedicaba las mañanas a pasear, las tardes a follarme a dos o tres chavalas, y por la noche me acercaba andando a la Alfama o parte vieja de Lisboa donde solía cenar en algún restaurante caro, a la luz de velas

y candelabros, y con la música en vivo de guitarras y de cantadores de fados] .

Esto y muchas más cosas podían disfrutarse en Portugal, el gran desconocido y vecino nuestro. A mí me impulsaba la mirífica ilusión de no desglosarme nunca por entero de María Manuela, y a través de esta inmersión en lo portugués su vibración –tal creía yo– seguiría taladrando los ámbitos de mi alma. María Manuela propició que el espíritu mío se abriera a nuevos orbes, que especulara con inéditas dimensiones y que se desvelase por arrancar de los cuévanos de mi sensibilidad mejores y más inequívocos registros poéticos... ¿Quién hubiera podido dar más? En las razzias fervorosas que perpetraba yo a expensas de Portugal, la carne cantarina de María Manuela, su uniforme azul marino, cárcel de intrépida dulzura para con sus recoletos hontanares de sofocante y abrasadora pasión, siempre presidían mis instrumentaciones, como palio total a modo de referente máximo...

Cuatro fotografías que me regaló conservo de ella. La primera, con una compañera suya, asimismo azafata, en una de las terrazas de observación del aeropuerto Dorval de Montreal; otras dos, mostrándose vestida de calle, sólo hasta los hombros, y en las que la carnosidad abrasiva de su boca y la picardía niña de su gesto campean a sus anchas; una cuarta, pequeña, como de carnet, en época más de adolescente, como si dijéramos, saliendo del Intituto e irrumpiendo en el mercado de la vida, en el tráfigo de corazones; luciendo un jersey tipo cuello de cisne, de color negro, y con el pelo alisado, destaca como acompañante de su festiva boca un rostro límpido en el que pareciera convocarse el encanto pluridimensional de etnias y sensibilidades. En las cuatro fotos, en todas ellas, una sonrisa iniciática, como de expectante ofertorio, colma de motivo cómplice el mate y el brillo de las cartulinas.

María Eugenia: Madrid; Santander; Alcalá de Henares, 1969-1971. San Salvador, 1984.

Hay temas para los que uno no percibe estar nunca preparado; recepciones, encuentros para los que tampoco se cree contar con el traje propicio, con el porte y la justeza de ánimo que la ocasión exige. Hay asuntos que desbordan las cabidas de las almas, el borde del recipiente del espíritu, los parámetros y los recursos del pensamiento. Y va uno retrasando el enfrentarse a ellos, el hacerles cara, el levantarse en armas contra ellos con el fin de ponerles término. Va uno dando largas, manufacturando excusas, retiradas cómplices, envilecedoras... Se va uno degradando, hasta encontrarse en un callejón sin salida, sin horizonte y sin respiradero. Y alcanzamos un instante en que ya no valen paños calientes. Lo que hemos dejado atrás, como evitándolo, como bordeando su realidad, como soslayando su substancia, se nos agiganta, nos tapa toda posibilidad de avanzar, de vivir, de seguir siendo. Y ahí se produce la crisis bienhechora en que la conciencia, en forcejeo con el sentido trastornado de las cosas, vuelve a dirigir su curso hacia ámbitos de auto-estima y de humanidad responsable, por doliente, por lacerada que la sintamos. Mientras escribo, y en la misma proporción, voy enjugando mi libertad, voy acumulando méritos, ganándome mi razón de ser. Como todo gran asunto, éste mío de ahora se me aparece acolchado en..., flanqueado por, otras instancias de considerable entidad; como si toda gran trama dramática tuviese que aderezarse con otros argumentos secundarios, aunque de comparsa substantiva...

Debió de ser bien entrado el verano de 1969. Desenganchado en gran medida de mi “adicción a la portuguesa” María Manuela, y de vuelta de mi sonado viaje a través del desierto del Sahara durante el mes de julio, no me cabe duda ahora de que mi alma desplegaba inéditos recursos y de que yo mismo sería el primer sorprendido por el horizonte de novedades que mi estado de ánimo, mejor, mi versatilidad de disposiciones me iban a permitir degustar. Entre los temas de acompañamiento a que antes he aludido debo referirme al concierto de

amistad que ya desde hacía años mis padres sostenían con la familia Méndez Salido, de Alcalá de Henares. Cesáreo Méndez, hombre de empresa, envidiable y por lo tanto y por más de uno envidiado, había compaginado en su trayectoria el éxito como promotor y constructor de viviendas junto con una finura natural que le impulsaba a no desatender todo lo que de acicalamiento de espíritu pudiera procurarle su saneada y cada vez más boyante pujanza financiera. Su familia, constituida por su mujer, una hija y dos hijos, le arropaban y le acreditaban mediante las mostraciones de comportamiento y estilo que cada cual, a su manera y en su capacidad, llevaban a cabo. La hija, de nombre Resurrección, como la madre, aunque en una y otra acertado al más cordial y manejero de Resu, y la mayor respecto de sus otros dos hermanos, era por aquel entonces una esmeradísima jovencita de alrededor de veinte años en la que a su figura de clásica y agraciada proporción se adhería una educación de altísimos quilates, de proverbial buen gusto, de acrisolada feminidad y de generosa proyección. Adrede estoy recorriendo este pequeño trayecto por el que, acaso, le asalte al lector un conato de fastidio, un temor de verse importunado por cuestiones accesorias de poco o nulo interés para el desarrollo de la cuestión monográfica. Apuesto mucho en el envite de demostrar que no es tal..., y suplico crédito.

Resu se hallaba en la época crucial de su exteriorización ante la sociedad, como lo que era: una cualificada señorita núbil, un primor de chasis enaltecido por... –creo haberlo dicho ya– su educación en los principios de una religiosidad... laica, fundamentada en el santo temor de los padres y de las pautas cuya bondad hubiese quedado probada. Pero en lo que a mí respecta, la señalización más relevante con que mi memoria se entretiene cuando hablo de esta familia, es su desprendimiento, su exquisita intuición de la proporcionalidad de las cosas y del juego de afectos dentro del régimen de las relaciones humanas; un finísimo olfato de que las inversiones de espíritu a más largo plazo suelen ser las más multiplicadoras, las que más rinden, sobre todo cuando se efectúan a fondo perdido y sin la pretensión en el momento de su puesta en marcha de disponer de los resortes que le

hagan saber a uno la necesaria buena fortuna del negocio acabado de alumbrar. Cesáreo Méndez, como cabeza de familia, había asimilado sólidos principios de sentido común, y si sus ocupaciones y el signo de su estrella no le habían permitido posesionarse de los resortes de una educación libresca y universitaria, sí supo administrar sus recursos [de plasmación predominante en el mundo de las operaciones financieras y de las realidades tan materiales como... el cemento armado y los ladrillos!] con los que asimilar y ponerse a la altura de los portadores de las supuestas claves de la cultura y de la ilustración. Tal es, en aproximación de urgencia, la estampa de este hombre y el estilo que supo infundir en toda su familia y concretamente en su hija Resu.

Sí, muy probablemente tuvo que ser en agosto de 1969. Me encontraría yo en casa de mis padres, ya únicamente con mi madre, en Alcalá de Henares, cuando me dicen que el teléfono que acababa de sonar es para mí... Era Resu, la hija de mis amigos. Me llamaba..., bueno, claro, para nada estrictamente personal que pudiera tener que ver con un posible “tema” emotivo entre ella y yo... Y no por nada. A mí Resu..., como apunté, creo que trece o catorce años más joven que yo, me gustaba, quiero decir que me gustaba contar con ella, saber de la existencia de criaturas así..., en esos peldaños de edad en que uno queda colocado a medio camino entre ella y sus padres, porque los años de la plenitud núbil de una mujer como Resu se repartirían, a tramos iguales, entre lo que yo la sobrepasaba a ella y lo que sus padres me sobrepasaban a mí... No, bueno, quiero decir que, dentro del muestrario de posibles e inacabables musas, a mí me gustaba Resu por lo que de recatada y “mística” comportaba su persona; por lo que de niña instruida en las pautas del temor de Dios se enseñoreaba en, y presidía, su forma de ser. Cuando yo todavía estaba en los peldaños intermedios de mi veinteañidad, al pasar por la calle de Santiago donde yo vivía, y avanzando un poco hacia, digamos, la denominación más alta de los números de dicha calle, llegaba enfrente del Colegio femenino reconocido de Segunda Enseñanza de las Religiosas Escolapias, siempre recordaré cómo en más de una ocasión veía yo a Cesáreo Méndez recoger a su hija Resu en un modelo de coche inglés color

negro de finales de los años cuarenta, creo que marca Ford Prefect, y que a mí me encantaba por lo proporcionado de sus dimensiones y la simplicidad tan británica de todo su aspecto... Su precio de venta en el Reino Unido era de 350 Libras entonces... Digo que la veía yo salir del Colegio, discretísima, con ademanes siempre de recogido pudor como correspondería, si mis cálculos son razonablemente proporcionados, a una colegiala de entre doce y catorce años, y con arreglo a los paradigmas más establecidos de buenas costumbres y comedimiento. Insisto en que lo más destacable de mi relación entre esta familia y yo eran los escalones de como unos quince años con que se visualizaba la escala de edades entre mis padres, los padres de Resu, yo..., y la propia Resu. Si como creo este pasaje de la recogida de Resu a la salida del colegio por su padre en coche correspondería a los últimos años de los cincuenta ya a lomos de los sesenta, quiero significar que para algún tiempo más tarde la relación de mutuo concernimiento de respeto y amistad entre mis padres y Cesáreo y su familia se había consolidado... Sirva de dato ilustrador sobre todo esto el hecho de que mis padres trataban de tú a Cesáreo, y éste, por expresa e intensa voluntad propia, distinguía a mis padres con un tratamiento de Vd. En ambiente tal es como si yo fuera el receptor de toda la elasticidad afectiva y de trato que, si dirigida a mis padres, caía en mí como la más natural de las consecuencias...

Así que... no era para mí la llamada telefónica de Resu de aquel día probablemente ya de finales de agosto 1969... o mejor dicho, era para mí pero...

–Oiga.. ¿eres tú, Tomás?... –Claro que era yo. ¿Que de qué se trataba? Aquí vuelvo a felicitarlos por haber tenido amigos que supieron dar juego, dispensar las bondades que en ellos concurrían; gente para quienes “ganar ellos” no podía separarse de “dar a ganar a otros”. Por aquel entonces Resu había comenzado a salir con Rudolph, a partir ya de ahora Rudy [el que un par de años más tarde sería su marido], un súbdito suizo, un chico rubio empleado en la Embajada de su país en España, y un modelo de educación como correspondía a la particularidad de su lugar de procedencia y al menester en que se

empleaba. Pues bien, se trataba simplemente de que Resu y él habían conectado previamente en una Convención de Estudios Panamericanos en Madrid con una chica de El Salvador; que se habían vuelto a ver y que me la pasaban por teléfono para que nos dijésemos ¡“Hola”! Unos días más tarde los mismos protagonistas Resu y Rudy respecto de la amiga salvadoreña con quien había yo intercambiado por teléfono tan sólo unas frases de lúdica y distendida cortesía, me llevaron a una Residencia de monjas, del barrio de la Ciudad Universitaria de Madrid, donde se hospedaba María Eugenia, y allí me la presentaron. Se trataba de una jovencita espigada, color avellana, con ojos ligerísimamente achinados, de sonriente esbeltez, arca en la que se guardarían todas las posibles devociones a que pudiese aspirar un corazón dispuesto como el mío... María Eugenia sabía de mí por los buenos, por los inmejorables oficios de Resu que había esmaltado el camino hacia aquel nuestro primer encuentro, de anticipos generosos, de crédito lisonjero y de edificantes expectativas... Pero nada más. Y para mí, el mundo hispanoamericano, el mundo de “las Españas” era todavía un tema en blanco, si acaso salpicado con los esperables malentendidos de minusvaloración y desconfianza. Mi turismo vivencial había oscilado entre los países de cultura anglo-germánica, del Norte, [hacia los que la España de los años sesenta miraba con impotencia, arrobo y, las más veces, envidia: USA, Reino Unido, Alemania, Escandinavia, etc.] y algunos de nuestros vecinos del Sur, quiero decir, de más abajo del Estrecho, a los que, por desheredados y menesterosos, podríamos tratar con una relativa carga de petulancia. Tal esquema de cosas encajaba perfectamente con alguien como yo que hubiera apostado en sus estudios por las civilizaciones más pujantes y solventes, por sus instituciones y su historia, y su literatura y su manera de concebir el mundo...

Pero lo hispánico, “lo nuestro” aunque separado, hasta entonces no había tenido cabida en mi mundo viajero, en el cuerpo a cuerpo de experiencias manifestadas sin interrupción, en lo vivo de cada circunstancia. De todo este piélago de desentendimiento con el mundo de las Españas podía yo asirme a la tabla de salvación de mi amor por

su literatura, y su historia, y sus leyendas. Sin acercarme, sin ni siquiera rozar una especialización en temas de cultura hispanoamericana, desde mis años de colegial había yo incorporado a mi acervo autores, títulos y poemas en razonable proporción como para que sirvieran de embajadores de mi persona cuando de presentarme ante alguien de aquellos países se tratara. La poesía siempre ha sido y será la mejor salvaguarda de probidad de nuestras intenciones, nuestro más conciliador mensajero. Pero ni aun esta formidable alianza de poesía para con cuestiones hispanoamericanas me servía de mucho ahora, ya que El Salvador, siempre en magnitudes comparativas, por su reducida dimensión proyectada en el mundo de un generalista en dichas cuestiones como yo, no me permitía más que unos menguados alardes de erudición tanto literaria como geográfica. Tengo que estudiar, me dije. Tengo que ponerme al día con el fin de dar aún mejor la talla en ulteriores mostraciones... Con todo, aquel liminar encuentro entre María Eugenia y yo, auspiciado y flanqueado por los oficios providenciales y magnánimos de Resu y Rudy, salvó el tipo. Cambiamos las típicas andanadas de cumplidos sin caer en la gratuita lisonja. Como Resu me había pasado el teléfono en el momento de concertar el encuentro, para que nuestras voces, la de María Eugenia y la mía, se consorciaran de nuevo en el inocente juego cómplice de la intriga emocional..., pues tal detalle fue uno de los plintos de apoyo de nuestra conversación... Yo hablé a María Eugenia del “misterio” que su persona había significado para mi alma, sobre todo porque el anuncio de su existencia por parte de Resu así me lo daba a entender. Días más tarde, y en vista de la propiedad y del encaje retroactivo que incorporaba, le mandé esta carta a María Eugenia:

“He aquí que has vivido en mi conciencia, amiga mía, perpetuando el hermosísimo mito que encierra toda mujer pensada. ¿Es acertado querer conocer, acercar, cuadrar las dos mitades de imaginación y realidad que en ti he cifrado? ¿Cómo eres –se ha preguntado mi alma–, morena, casta, triste? Tal vez por este pecado de conocerte y profanar el misterio de tu intimidad sea merecedor del eterno castigo de sentirme bajo el

yugo de tus bálsamos. Venga a mí tan amoroso cautiverio y conozca mi alma momentos de plenitud a tí debidos y que en tí tuvieron su origen.

Sé de ti fugazmente por Resu y Rudy que hablaron de tí en la temperatura cordial y espontánea de una cena improvisada. La verdad es que fue muy poco lo que dijeron: que eras joven, atractiva, mujer. Renovación del mito. Surgió tu nombre – divino azar. ¿Cómo eras: Morena, casta, triste? Tú ya me has vulnerado, amiga mía, con el dramático encanto de perpetuar un mito. ¿Cuál? Yo me he preguntado siempre por la relación entre la mujer real y la mujer de quien nos hablan; entre la mujer que inspira y la mujer real; y aún más, por la licitud o acierto de querer conocer directamente a la mujer que nos ha sido presentada... a distancia!

Amiga mía: Yo no sé ni dejo de saber si deseo o no deseo conocerte. Lo que sí sé es que por los oficios espontáneos de Resu y Rudy, y a causa de tu bulto imaginado, se ha vuelto a reproducir en mi fantasía el mito que irremediablemente lleva todo hombre romántico dentro. Devotamente”

Y ya en clave más profesionalmente, más técnicamente poética..., y sin ser capaz, por más que lo he intentado, de poner orden en la secuencia temporal de los argumentos emocionales que desarrollo, escribí este poema:

A MODO DE HISTORIA

Un solo día por azar cruzaste
la raya de mi vida y te quedaste
allí donde más duele, en la espesura
del ser, donde la fuente mana pura
aunque sólo eche sangre. “Yo te amo”,
–pensé– y desde entonces desparramo

la hacienda de mi credo y su simiente
por la ingenua llanura de tu frente.

Sucedió que una noche, en el contexto
de una ancha alegría, leí el texto
de tu voz por teléfono. Mi tiempo
quedó fatalmente cautivo y empo-
-zado en la sima de una nueva historia.
Tu nombre sostenía mi memoria
y en los tenues escorzos de tu gesto
mi anhelo de ideal ponía el resto.
No pude cerciorarme de si había
encontrado por fin la orilla mía
por donde recorrer todos los mares;
si en el fondo de oscuros avatares
estuvo mi destino siempre inmerso
para templar la carne de mi verso.
Un encuentro frustrado y la promesa
de vernos algún día era esa
sutil porción de alma que me unía
con tu mundo y alzaba la fe mía.
Te imaginé morena e impoluta
como el grácil perfil de una voluta,
y buscando esplendor para mis rimas
pensaba en la hermosura de tus cimas
donde la ley del trópico sin ceño
coronara de flores mi alto empeño.
La aspereza de piedra y la bravía
calidad de mi mundo en fantasía
siguieron al rumor de selva y mares
de tu suave país. Mis olivares
mostrando su ancestral celtiberismo
casaban con las plantas de tu istmo.
Mis perennes acacias otoñales

se unían a tus blandos cafetales
y en mi ansia sin dique yo veía
hermanada la ignota geografía.
Vi tu amado contorno en la remota
playa donde remansa el agua rota
y en la sombra de estáticos volcanes
la cadencia festiva de refranes
al filo de la tarde soñolienta
me llevaba hacia ti sin darme cuenta.
¡Cuántas cifras de amor me calculaba
mirando el cielo azul mientras hablaba!
Por tierra, mar y aire la distancia
deshizo la devota concordancia
que mi alma ambicionó. El despunte tierno
se apagó con los meses del invierno.
Una carta con bordes azulados
sirvió de fiel mensaje a mis cuidados
cuando todos los ecos de la vida
daban mi loca causa por perdida.
Te decía... No sé. Quería hablarte
de mí mismo, decirte que una parte
del flujo que mi alma dedicaba
a las cosas del mundo en tí se hallaba
instalado, contarte de la pena
que yo sentí después de la serena
destrucción del proyecto de encontrarnos,
charlar de todo, tal vez dispersarnos...
Cundió un silencio gris por los costados
del tiempo. En el tapiz de los nevados
campos de Canadá brotaba el trigo
maduro en la ilusión de estar contigo
y en mi frente crecía la pregunta:
¿Cómo eras, tu vida toda junta
a qué nivel de alma llegaría

midiendo desde el fondo de la mía?
Así crucé el camino del invierno
y al final ya no eras más que... un tierno
despunte de pasado. Mi memoria
dio a tu imposible cita algo de historia.
El verano llegó. Diversos climas
calaron en mi espíritu. Las simas
de mi vida, mi verso y mi futuro
se irguieron a tocar un cielo puro
de templaza, de tránsito y negocio
con que cargar la rueda de mi ocio.
Siempre temí que tú ya fueras ida,
que aquella interferencia de tu vida
y mi destino era cosa muerta.
También creía en ti y por la puerta
del anhelo sobrante se escapaba
un ruido de esperanza. Y esperaba.
Es dulce recordar. También amargo
cuando la mente flota en el embargo
que causa lo terrible de la ausencia.
Es dulce recrear la convivencia
a pesar de la tierra y de los mares.
Es amargo, a pesar de los pesares,
saber que no hay más vida que ésta de ahora
y está la eternidad en cualquier hora.

De súbito una tarde del estío
suena otra vez tu nombre: Como un río
de pasión y esperanza renacida
sentí que atravesaba por la vida.
Y existías, y estabas, y nos vimos
unos días después entre racimos
de piadosa alegría emocionada.
Antes de aquel encuentro era... la nada!

Tu vestido café, tu piel de almendra,
el pelo liberado.. Aún me acendra
saberte así, soñarte aquel instante
parco en palabras y en amor constante.
Avanzaste, reíste, me alargaste
tu mano anticipada y al engaste
de mi azorado tacto gimió el mundo
con un dolor antiguo y pudibundo.
“Ya se rompió el misterio” –dije entonces–,
y en mi alma sonaron los mil bronces
de campanas que estaban esperando
volar, de tu sonrisa al solo mando.
Oh, dicha, oh campo fértil de desvelos
estar contigo así. De azul, los cielos
vertían una sola luz ardiente
y mis labios querían decir: “Vente,
amor mío, y concédeme el tormento
de dejarme abrasar al fuego lento
de contarte lo que has significado
en futuro, en presente y en pasado”.
Esa tarde estival, tarde de toros,
tuvo mi corazón todos los oros,
empapado en la amante geografía
que el mapa del ensueño recorría.
Cafetales, volcanes, horizontes,
territorios, ciudades, lagos, montes,
fronteras, aeropuertos, campos, ríos...,
llenaban mi conciencia y eran míos:
Un mundo tan distante y tan cercano
al amoroso alcance de la mano.

Pero, ¿quién era, a todo esto, María Eugenia y qué hacía en España? Pues María Eugenia era una de las relativamente... pocas criaturas que provenían de familia pudiente, de tez europea blanca,

dentro de un país pequeño, superpoblado, cuya mayoría étnica lo formaba un campesinado en mestizaje intenso; cuando no, acercándose a su plataforma original de indio pipil y azteca. El papá de María Eugenia era abogado..., juez, todo junto, y había enviado a su niña a España a que estudiara... cuestiones tan vagas y tan elásticas como Sociología, Relaciones Públicas, etc. y a que viera mundo. Por lo que más adelante me sería desvelado, las relaciones de los padres de María Eugenia estaban algo deterioradas, y habían tenido ellos la buena idea de mandar a su hija lejos del presumible fragor de sus disensiones. Y así, el verdadero status de María Eugenia me pareció ser el de una niña acomodada en su país, pero que en España, al depender de los cheques que su papá debía remitirle cada mes para pagar el Colegio [y como también luego tendríamos ocasión de comprobar, éstos cada vez con más retraso y dificultad]... pues tenía que mantener su palmito a niveles de “niña bien” que sin lugar a dudas era, y a pesar de un cierto “quiero y no puedo” de su familia de El Salvador. Pero a mí todo eso, ¿qué me importaba? María Eugenia era mi primera musa hispánica en España, ya que los encuentros que yo hubiera desarrollado con personal equiparable durante mis diez cursos en USA y Canada no podían ser lo mismo. En América del Norte todo suele “americanizarse” nada más entrar en contacto con ello, y la posible distinción encarnada por alguien de más abajo del Río Grande respecto de la tabla valorativa de un europeo como yo quedaba reducido a la mínima magnitud homologable. Una chica iberoamericana en Norteamérica dejaba de implicar automáticamente casi toda la carga de hispanismo de sus raíces, en tanto que en España estas mismas raíces parecían esmerarse por su afianzamiento y por estar a la altura de lo que la circunstancia requería... Isabel Gironés y Mélida Castillo (nicaragüenses); Teresita Hincapié y Olga Mata (panameñas); Raquel Aconcha (colombiana); Margaret Shepherd (cubano-norteamericana), y no sé si me he dejado alguna, cuando las conocí en Canada, lo que pudieran transmitirme en plan voluntarista de los aromas de sus respectivas culturas era mínimo, casi inexistente, amortiguado y absorbido como estaba por la predominancia uniforme, demoleedoramente, paquidérmicamente

igualadora [aunque operativamente fecunda y práctica en bienes contables y en resultados mensurables] del bío-topo canadiense de Ontario...

Así que María Eugenia conformaba ella sola una primera categoría que serviría ya como original referente de todos los temas hispanoamericanos, afectados a la historia del corazón mío, que tuvieran que venir. Un único asunto me libraba a mí... y a la mayoría de los españoles, supongo, de un casi total desentendimiento respecto de la realidad de un pequeño país como El Salvador, y ello era la guerra que había sostenido con su vecina Honduras por cuestiones baladíes que ahora no puedo precisar pero que en todo caso justificaron que en la Historia contemporánea dichos choques bélicos, a nivel sobre todo de frontera y con la participación de un volumen de fuerzas congruas con la entidad de las dos “potencias” en litigio, se conociera como “guerra del fútbol”. El detalle en sí me es absolutamente irrelevante para el cañamazo de lo que aquí se relata, si no fuera porque en dicha “guerra” había tomado parte, al parecer con decidida y reconocida bravura, un joven salvadoreño a quien el protocolo más establecido de su sociedad atribuía una relación de noviazgo con María Eugenia, y respecto del cual, y durante todo el tiempo que duró nuestro “affaire”, ésta se pronunciaba con un entusiasmo más patriótico y distante que personal y vívido.

Bien. Estábamos en que nuestro encuentro se produce en el mes de agosto de 1969. Yo había regresado de mi singular viaje a África. Iba a cumplir los 33. María Eugenia tendría unos 19. La Piscina El Gurugú de Alcalá de Henares llevaba ya dos veranos en funcionamiento. Mi Mercedes 200-D, con poco más de dos años de vida, los mismos dos años que hacía que había muerto mi padre. Mi madre y yo todavía habitábamos el caserón, algo destartado pero entrañable, del número 13 de la calle de Santiago. De aquel verano, o sea, de lo que quedaba de él, poco puedo pormenorizar. María Eugenia pasaba una parte de su tiempo en el internado de su Colegio, y el resto solía venirse a Alcalá a una de las residencias de los Méndez, sobre todo la que se hizo construir Cesáreo, un poco como apéndice a su

cerámica, al lado de la carretera entonces “general” a Madrid, justo en el pequeño nudo de direcciones hacia Pastrana, hacia el cementerio, y siempre teniendo ligeramente a la izquierda, casi enfrente, la parte de la así llamada Manigua de Alcalá donde doblan en ángulo recto las antiguas murallas. Cesáreo, verdadero adelantado en el menester de la construcción de viviendas, se había hecho esta suya propia con aditamentos esmerados que entonces, en 1969, significaban una decidida vanguardia respecto del confort y de la habitabilidad. Yo, sin ir más lejos, no recuerdo ni sé de nadie en Alcalá de Henares que instalase un sistema de refrigeración o aire acondicionado en toda la casa por sistema de agua hasta que no lo disfruté en el chalet de Cesáreo. La piscina que también se había instalado en el jardín contribuía a hacer de aquella edificación uno de los mejores exponentes del buen gusto y del ambiente acogedor. El mismo Cesáreo nos decía que él gustaba de mirar y rebuscar en revistas extranjeras modelos de formas decorativas, de volúmenes y espacios para interiores, de sugerencias en lo tocante a calidades..., sobre todo de constructores norteamericanos y finlandeses. Los ladrillos no eran problema porque los fabricaba él en su propia cerámica de al lado...

Y así María Eugenia se encontró protegida por una de las familias más pudientes del Alcalá de Henares de la época, cual eran los Méndez; y cortejada por uno de los alcaláinos más universales y más deseosos de aventura espiritual... que era yo. En las notas exiguas y quebradizas pero indispensables y suficientes para entrar en contacto con mi pasado literario tengo apuntadas varias circunstancias. María Eugenia se bañaba con un traje de una pieza en la piscina de Resu Méndez. Fue durante alguna de nuestras sentadas en el césped del borde cuando la tomé la mano por primera vez: fue como darle sentido a su tacto con el posarse de la mano mía; como justificar su calidad de asirse a las cosas por medio de la recepción y de la asunción del peso levitante, de la presión pudorosa de un agente tan ávido y tan comedido, al tiempo, como mi mano. Otro día, bien lo recuerdo, a falta de las dos últimas curvas para coronar la cuesta de El Gurugú, volví a apresar con mi mano derecha la izquierda de María Eugenia que iba conmigo en mi

coche hacia la piscina del tan señalado complejo de ocio y turismo. Recuerdo que ella entonces se giró algo conturbada, pero siempre dulce y cómplice, a mirarme aunque sin desasirse. Luego, ya en El Gurugú, me diría que yo había sido “un atrevido”. Porque María Eugenia hablaba español, por supuesto, pero con el deje, entonces iniciático para mis oídos, de sus idiolectos, de sus particularidades expresivas.

Yo me fui a Canadá a comenzar mi curso universitario 1969-1970 y es curioso que respecto de María Eugenia no recuerde prácticamente nada. Creo que ella regresó también a El Salvador durante ese mes de diciembre y fiestas de Año Nuevo para volver a España en las primeras semanas de 1970... y casi empalmar conmigo en la segunda mitad del mes de abril. Acaso fuese éste el periodo en que yo escribí el poema “A modo de historia” a tenor de las referencias que hago a la nieve. Sin poder asegurarlo, supongo que se lo daría a leer. Me considero inhábil para establecer, como dije, la trabazón cronológica rigurosa y concorde respecto de las cosas que ocurrieron y del momento en que ocurrieron. El lector sabrá disculpar estos desajustes “de forma” que en nada afectan ni a la veracidad ni a la entidad de lo que relato. Aquí podría decirse que comienza mi incumbencia intensísima por esta mujer. Toda la potencia de mis capacidades; todo el largo periodo que hasta mediados de septiembre Queen’s University me permitía administrarme como mejor me pareciera; los confiados fajos de \$ que me traía; mi fiel Mercedes 200-D que, para mejor salvaguarda de sus neumáticos y de sus amortiguadores, me esperaba sostenido por tacos colocados por las hábiles y chanceras manos de Josito Vivas; el par de trajes nuevos, a medida, que indefectiblemente me hacía Ramón Naz cada verano..., y, sobre todo, mi gran capital, el de mis 33 años, el que nunca creía yo que fuera a consumirse por mucho que tirase de veta... ¡Oh, boy!..., como diríamos en inglés coloquial... ¡A ese tipo de prestaciones me apunto!

María Eugenia seguía en su residencia de monjitas de Madrid, de la Ciudad Universitaria, pero cada dos por tres se venía a Alcalá a pasar los días que hicieran falta en casa de Resu. Eran aquellos años de principios de los setenta una época de alto e impreciso pintoresquismo.

Se respiraba un ambiente de apertura en las costumbres, en los comportamientos, desconocido tan sólo cinco años atrás. Nuestro gran autócrata envejecía y aunque su deceso tardaría todavía en ocurrir un lustro, las cosas en España comenzaban a cambiar. Se construían lugares de recreo donde la gente se abrazaba y besaba en público; sitios donde palmariamente se apostaba por un empujón hacia la modernidad, entendiéndose ésta, de momento, por una serie de usos y maneras que, de un lado, permitiesen a los turistas extranjeros no echar de menos los supuestos ámbitos de expansión que tuvieran en sus respectivos países; y de otro, que nos permitiese a nosotros, los nativos, tratarnos de tú a tú con esos mismos extranjeros en lo que a elección de formas de hacer las cosas y opciones personales pudiera referirse...

En el ámbito del ocio había un establecimiento marchamo y exponente de estas cosas que digo, ejemplo de modernidad, buen gusto, situación... Me refiero al entonces recientemente inaugurado Hotel Barajas, un cinco estrellas pertrechado de todos los servicios y de todas las amplitudes que consentía un criterio arquitectónico libre de ciertas esquizofrenias restrictivas sobre aprovechamiento y racaneo de muchos de los constructores de todos los tiempos. El Hotel Barajas tenía una buena discoteca. A mí ese tipo de antros siempre me han horrorizado. Normalmente se vende infra-ruido estruendoso y degradante. La discoteca del Hotel Barajas servía para lo que cada cual quisiera, pero para mi negocio de aquel verano de 1970 era el único sitio donde legal y legítimamente poder poner en contacto parte de mi alma con algunas de las estribaciones del cuerpo de María Eugenia. Y eso ya justificaba todo. Por lo demás, creo que sólo fui con ella un par de veces y además acompañado de Resu y Rudy que ya habían, por así decirlo, formalizado su noviazgo. Aquella era la bendita época en la que yo supongo que seguiría abusando de mi garganta, y en que me gustaba trasegar buen cava Codorníu o, mejor, Perelada, siempre en moderadísimas dosis, pero en versión helada, de frío integral. Cuando venía María Eugenia a Alcalá a estarse algunos días en casa de Resu, el padre de ésta, Cesáreo, con la claridad envidiable que le caracterizaba y que, entre otros extremos, hacía de él un profesional respetado y

valorado, marcaba taxativamente las doce de la media noche como hora tope para que “la salvadoreña” se recogiese; y así yo, temeroso de desglosarme demasiado de aquellos barrios y no poder cumplimentar tan razonable precepto de disciplina hogareña, me sentaba con María Eugenia en alguno de los bordillos que formaban la demarcación entre el solar edificado de la fábrica Roca y el camino del cementerio, a pocos metros del chalet. Otra tarde María Eugenia fue especialísima espectadora del partido de fútbol que le dedicamos a Tato Lafita todo el grupo de amigos comunes que nos dividimos como mejor nos pareció con el fin de completar los dos bandos de once. Si me esforcé en perseguir el balón, o en detener desde mi demarcación de defensa la mayor cantidad de peligro posible proveniente de los que tenía frente a mí, o en dar a mis galopadas el apresto que de aquel menester pudiera esperarse..., eso, y todo lo demás, lo hice por María Eugenia, porque ella estaba mirándome y ponía empuje en mis empeños motrices, lo mismo que Stella inspiraba a Astrophel en el desarrollo de su justa caballerescas según nos relata Sidney en el Soneto 41 de su tan singular secuencia...

María Eugenia debía pasar varias semanas de aquel verano en Santander, en una Residencia de monjas. Aun con toda la imprecisión que acarrea mi poco interés por los asuntos educacionales o culturales en que María Eugenia estuviera incurso, y con los que justificaba su estancia en España, sí parece que la orden religiosa regidora de los Colegios tanto de Madrid como de Santander con los que la familia de María Eugenia había pactado su estancia,... organizaban unas sesiones... de sociología ecuménica.... por no encontrar término más inofensivo y amplio. Así que en Santander, María Eugenia se hospedaría en otra Residencia de la misma orden, sita en el Paseo Pérez Galdós. Yo me ofrecí a llevarla a Santander en mi coche, y tanto ella como la familia de los Méndez encontraron congrua mi proposición. El trazado de carretera hasta Burgos lo habían mejorado algo, y podía pasar. Lo que era horroroso era desde allí, desde Burgos hasta Santander. Descontando el puerto de El Escudo, cuya belleza agreste compensaba la esperada penitencia de sus empinados repechos, el resto, con

excepción de la exigua recta de Páramo de Masa, era una carretera sinuosa y estrecha, festoneada de obstáculos, subidas, bajadas, giros, pasos a nivel, caseríos... Lo único relajante era mirar los mazos de verde de los promontorios, los hayedos, helechales, lo tupido de la vegetación... Durante el camino María Eugenia reposó su cabeza sobre mi hombro. Llegamos bastante tarde y nos hospedamos aquella primera noche en un suntuoso hotel, con formato arquitectónico como de castillo, un cinco estrellas, el Real, al comienzo del Paseo de Pérez Galdós... Recuerdo sus techos altos y su empaque. Pero aquella noche ocupamos habitaciones individuales, cada cual la suya.

Un poco adelantándome a los acontecimientos, quiero recordar asimismo que en esa temporada de verano yo hice varios viajes desde Alcalá de Henares a Santander para estar con María Eugenia. En mi pueblo, y por esto de las cosas un poco... pueblerinas, los responsables de los festejos de agosto habían organizado unos Juegos Florales, que eran los primeros, con concesión de Flor Natural y edulcoraciones por el estilo, que se celebrarían el día 22 de dicho mes en el Paraninfo de la Universidad Cisneriana. Hasta ahí, normal. También era normal que hubieran requerido mis servicios como miembro del Jurado para tal menester, lo cual acarrea –sigue siendo normal– la lectura valorativa de los trabajos poéticos presentados. Lo que ya no me parecía a mí tan normal es que todo ello coincidiese con aquella época de intensísima efervescencia del corazón mío. Así, tanto para cuidar del tema de los Juegos Florales como de otros derivados de mi viaje al Sahara del año anterior, y que habían generado diferencias sometidas a las instancias de la justicia..., yo encontré justificación, como digo, para hacer varios viajes a Santander de ida y vuelta. En el segundo de ellos, en la recta de Páramo de Masa, una vaca salió de no sé dónde, a tenor de que a distancia yo no había observado ningún ható o vacada..., y cruzó campechana y confiadamente la carretera... Un poco de reflejos, otro poco de espacio que me cedió el animal, y un mucho de buena estrella evitaron la colisión cuyas consecuencias en razón de una masa de 1,450 kilos a ciento veinte por hora, contra otra de... 500, digamos, no quiero imaginar...

En aquella mi segunda recalada me hospedé en una Pensión del mismo Paseo Pérez Galdós que, arrancando por abajo desde el Paseo Ramón Pelayo, ascendía en una generosa doble curva hasta una especie de glorieta de donde partía el Paseo Menéndez Pelayo. Me hospedé allí porque la Residencia de María Eugenia distaría unos cincuenta metros, en la otra mano de la calle. Casi enfrente asimismo de la dicha Pensión había un bar, tipo taberna, tipo tasca, hasta cafetería, todo junto. También alquilaba habitaciones, aunque en aquel momento no dispusiera de ninguna para mí. Su dueño y regidor, Felipe, era un hombre de mi edad, abierto y deseoso de ganar clientes. El Paseo era espacioso y flanqueado creo que de eucaliptos o tal vez plataneros imponentes y copudos. Entre cada dos de ellos se habían habilitado unas señalizaciones para permitir aparcar sobre la superficie menos urbanizada de acera, que seguía siendo ampulosa. En la glorieta de arriba, que servía de “round-about”, había una central telefónica, con cabinas, que servían a María Eugenia y a mí mismo para telefonar confidencialmente y con expansión. Hay cosas que no podré olvidar: Yo era algo así como un personaje de leyenda para las compañeras residentes de María Eugenia. Todos los días, solía llevarle yo una rosa que compraba en una floristería del Paseo Pereda. La vendedora se había concienciado de la responsabilidad que parecía presidir a dicho menester mío, y un par de veces que no disponía de rosas sólo pudo servirme claveles, pidiéndome disculpas y deseando de todo corazón que me apañara. Ella, bien lo recuerdo, no empleaba expresión tan castiza sino que con comedia prudencia y percepción de buena vendedora me venía a decir... algo parecido a que “saliera airoso” del compromiso que, bien veía ella, yo tan libremente había adquirido. Religiosamente cada mañana, antes de que María Eugenia hubiese desayunado ya había hecho yo la gestión de la rosa... o, excepcionalmente, el clavel, una sola unidad, diaria, tenaz, sostenida, y la había llevado en persona a la Residencia. Una de las monjitas, al recibir una mañana la flor envuelta en el consabido cucurucho de papel cuché o papiro con membrete de la floristería, aseveró que “el santo se lo merece”. Dije que era leyenda para las compañeras de Residencia de

María Eugenia y era verdad. Parece que se había montado una pequeña porfía o apuesta por acertar si sería clavel o rosa con lo que yo festejara el espíritu de mi musa cada mañana.

Un día la llevé a dar una vuelta, a hacer turismo, sin rumbo prefijado. Oscureció sin casi darnos cuenta... de tan engolfados como estábamos cada uno en el otro. Habíamos ido a parar, por designio del azar indolente, y después de continuados merodeos, al que creo que era Faro de Cabo Mayor, en la localidad de Cueto, prácticamente en las afueras de Santander. Allí mismo, dentro del coche, llegué con mis caricias hasta los tempranos senos y la región venusiana de María Eugenia. “¿Me quieres hacer tuya?” – me dijo. Curiosa y esmerada y enaltecida forma de transformar en eufemismo tan natural impulso. Santander, “con un buen coche y con chavala” como decía Felipe, el dueño de la fonda vecina, era un sitio estupendo para mí. Cenábamos o comíamos donde nos parecía: Quiero recordar un restaurante, protegido con cristaleras, al lado de la Bahía, probablemente enfrente de la Playa del Promontorio, en la Avenida de la Reina Victoria, donde servían buen marisco y pescado en general, y disponían de vinos tan clásicos como los blancos moderadamente edulcorados “Diamante” y “Corona” que a mí me gustaba beber absolutamente gélidos. Mis periodos vacacionales de años pretéritos en Suances, donde mis padres adquirieran durante tan sólo algunos años el chalet de unos amigos, me prestaban cierta categoría de iniciado en el mar Cantábrico. En Santander, la mejor playa entonces, esporádica y escasamente frecuentada, era la de Liencres, a poca distancia de las del Sardinero, pero más atractiva por su naturaleza y por su configuración apenas holladas. Allí llevé también un día a María Eugenia, y nos resultaba fantástico, rayano en lo increíble disfrutar de miles de metros de playa de pulida arena para uno solo. Una noche en la Plaza Porticada presenciábamos la puesta en escena de la comedia de costumbres de Ben Jonson, *Volpone*, interpretada, entre otros, por Carlos Lemos. Bonito espectáculo, con el típico pulular de elementos cutres y pseudo progres del mundillo de la cultura.

María Eugenia, como parte de sus cometidos respecto de la ilustración de su persona, debía justificar su asistencia a algunas sesiones de ciertos cursos impartidos en la así llamada Universidad Internacional Menéndez y Pelayo. Bueno, me dije, pues pasemos algún rato en el Palacio de la Magdalena. Allí nos acercamos a saludar a don Emilio Lorenzo [a la sazón, y por delegación o por movimiento natural escalafónico en lo atinente a promociones, al cargo y responsable, como Director, prácticamente del funcionamiento de la Universidad], el cual, mirando a María Eugenia, me felicitó por el buen gusto que había tenido yo en la elección de “mis estudios”. Creo que estuve un par de mañanas en la sede de los cursos de verano, suficientes para reencontrarme con parte de la familia universitaria española. Asistí a una estupenda conferencia de don Mario Hernández y Sánchez-Barba sobre Ernesto Sábato y, en general, sobre otros aspectos de la literatura argentina. A la sensibilidad literaria que pudiera concurrir en la personalidad de don Mario se unía su calidad de historiador y el resultado era, en opinión mía, unas prestaciones más rigurosas y menos frívolas en la valoración del fenómeno novelístico, por ejemplo, que la de muchos otros “profesionales” de la literatura. Asistí, asimismo, a otra magnífica disertación sobre el surrealismo literario español a cargo de un entonces profesor Agregado de Francés de la Universidad Central de Madrid..., con un nombre corriente, tal vez Fernández, quizá Rodríguez, en cualquier caso un tío muy “apañado” y muy “puesto”.

Una de aquellas mañanas en que acompañé a María Eugenia a La Magdalena para, así, poder yo, de paso, “see for myself”, o sea, echar un vistazo en vivo y en directo al “personal”..., nos encontramos con José Hierro, el poeta, que ya había estado alguna vez en Alcalá de Henares, interviniendo en unas veladas que bajo la denominación de “Palabras” organizara nuestro Casino de Contribuyentes... Recuerdo que hablamos un poco de eso, de Alcalá de Henares..., de Norteamérica donde yo, en mi curso sobre poesía contemporánea española había comentado algunas de las creaciones de su *Cuanto sé de mí*. Y aquí viene lo grande, lo recordable. Qué diría este hombre, cómo lo diría, qué autodivismo no impondría a sus ademanes, qué supurante

afectación no acompañaría a lo poco que dijera, a su facecia... kinésica, que, bueno, ¡chapeau! una y mil veces por María Eugenia que con incisiva captación, con la candidez lúcida de quien no teme nada por nada deber tampoco..., al retirarse José Hierro dijo de él que era un “posero”. Y aquí también es donde entra el arrobo que años más tarde, sobre todo, dedicaría yo al mundo de nuestras Españas, al tantear y hurgar yo en los registros idiolécticos de estas gentes y encontrarme conmovido, arrebatado en entusiasmo, sorprendido de vivir desde mí, desde mi solo e inconfundible yo, las innumerables variantes de mi lengua, de mi “sangre del espíritu” siempre una pero siempre diversa. Aquella substantiva adjetivación que María Eugenia endosó a nuestro poeta fue una de las expresiones más felices que yo jamás haya oído. A cualquiera de nosotros se nos hubiera ocurrido decir de alguien en parecidas circunstancias que... exhibía una pose de tales y de cuales características; o que.. ¡qué pose!, o algo de cariz equivalente. Pero la espontaneidad fragante de la expresión de María Eugenia la entendí como uno de los logros lingüísticos más cuajados de todo un posible repertorio. ¡Olé por María Eugenia y por el precioso regalo del “posero” que le endilgó al cabeza-bombilla de Hierro!

No sé si dije algo más atrás que la dueña de la pensión donde yo me hospedaba era muy pesetera. A ella todo se le iba en encomiar las bienaventuranzas de ganar mucho dinero y..., supongo, poder pagar los precios más bien caritos de las habitaciones nada del otro mundo de que disponía en su establecimiento. Cuando se enteró de que yo trabajaba en América, su respeto hacia mí subió muchísimos enteros. El problema con su pensión era que sólo había un cuarto de baño y aunque me las doy de diligente había veces por las mañanas en que las labores de afeitado, ducha y demás llevaban su poco de tiempo. Una vez..., la cosa me hizo gracia porque así me pilló el cuerpo..., otra chica bastante mayorcita, de las resabiadas y de colmillo retorcido, que se hospedaba temporalmente allí también, al interpretar que mi rato de ocupación del cuarto de baño no se plegaba a sus expectativas..., me dijo [la estoy viendo la cara raída y mema!]. “¡Es que está Vd. poniéndose de bello!”. La patrona, excepcionalmente, me había dejado una llave de la

casa: Tal era el excedente de confianza que yo comportaba a la buena señora. Una noche que habíamos estado cenando, o tapeando, por ahí, probablemente por la Avenida Castañeda, cerca de los Jardines de Piquío, a María Eugenia se le subieron las copas, falta de costumbre y preparación como estaba para este tipo de alternos, y se puso un poco dulzona, reiterativamente pesada diciéndome que quería acompañarme un poco, antes de recogernos cada uno en nuestros respectivos alojamientos. Como en su Residencia de monjas no podía ser, propuso venirse conmigo un ratito a la Pensión... La verdad es que ella no pensaba en ninguna demostración especial, en nada que acarrease una sesión íntima..., en toda regla. Ella sabía que a mí ciertas cosas sólo se me hacían corporeizadamente posibles contando con los medios proverbiales y ortodoxos... Pero es que tampoco se trataba de eso. María Eugenia y yo todavía no nos habíamos unimismado con la naturalidad plenaria y consensuada que cada lector pueda imaginarse... Yo, mal que bien por lo menos hasta entonces, me conformaba con la imperfectísima sublimación de mis urgencias fisiológicas..., y me daba por contento con saberme afecto, en el centro de la diana, en el mismísimo corazón de una criatura tan singular, tan palmariamente exótica y deseable como lo era María Eugenia... No. Repito que no era eso. Era que se le había metido en la cabeza venirse conmigo un rato a la habitación para ver donde yo dormía y donde tenía mi cuerpo su retiro...

No pude negarme. Vagamente recuerdo la incomodidad y la violencia que conmigo mismo sostuve. La patrona ya me había dado a entender la improcedencia, la impracticabilidad de subirme a nadie a la habitación, cosa que tenía yo bien asumida. Pero no podía contrariar a María Eugenia y así me arriesgué a transgredir tan peregrina admonición... Un poco beoda se quitó el calzado que en aquel momento llevaba y, apoyada en mí, agarrada a mí, dando cortos tumbos que yo procuraba controlar lo mejor posible, ascendimos por las escaleras hasta el segundo piso. Llegamos y abrimos la puerta..., cada resonar del golpeteo de algún baldosín suelto del pasillo era como un aviso de que lo peor estaba a punto de suceder... Pero entramos en mi cuarto, se

acostó un rato María Eugenia encima de la cama, yo a su lado sin hacer absolutamente nada..., no me parecía, bueno, no podía parecerme oportuno, honrado, iniciar escaramuza alguna en aquella desigualdad de condiciones. Cuando se sintió, acaso, con su capricho satisfecho, y en un raptó o intervalo de lucidez, accedió a que la llevara a su Residencia. Así acabó tan singular velada... A la mañana siguiente la patrona medio en broma medio en serio me dijo que le había parecido oírme entrar a tal y cual hora... y como si me acompañara alguien... ¡La bruja chismosa!

Regresé a Alcalá, resolví los asuntos que tuviera pendientes y tan pronto como pude volví a Santander. Esta vez me fui derecho a hospedar en el Hotel Bahía, un clásico cuatro estrellas, en la calle Alfonso XIII, 6, no lejos de los Jardines Pereda, muy... muy céntrico... y frente a la Bahía de Santander, de la que toma tan oportunamente el nombre. Con María Eugenia me dediqué a hacer turismo a lo grande. Un día fue Santillana del Mar: Comimos en el Parador y merodeamos por tan pintoresca ciudad, por cuyas calles campean las vacas en ordenado sosiego, como enalteciendo la amalgama de lo urbano y de lo rústico, lo que unido al primor arquitectónico de gran parte de sus casas supongo que ha merecido el reconocimiento por parte de la UNESCO. Pero la entonces provincia de Santander y ya desde hace años [estoy escribiendo esto en febrero 1997] Comunidad de Cantabria, lo más característico que tiene que ofrecer a nivel de aventura paisajística, cordial y brusca al mismo tiempo pero siempre en clave de personalísima vivencia..., son los Picos de Europa, vasta reserva natural cuyas estribaciones también comparte con el vecino Principado de Asturias [entonces tan sólo provincia de Oviedo], y hasta con León. En esto del turismo suele haber unos patrones establecidos por las autoridades en general y por los gustos repetidos y acumulados de multitudes de usuarios...

Pero hay también un turismo intuitivo que sin menoscabo del que acabamos de sancionar como “oficial” se fía más de su propio olfato, da más crédito a ciertos indicios no catalogados y en definitiva opta por la aventura todo lo personal que las circunstancias permitan.

María Eugenia y yo teníamos el camino abonado para este segundo tipo de cosas, estábamos incursos en una firme voluntad de salirnos fuera de las rutas más trilladas. Disponíamos de todo: de tiempo, ganas..., de dinero, de coche... Cogimos una mañana la carretera de Torrelavega, avanzamos un poco más, siempre al oeste, y nos plantamos en Cabezón de la Sal. Allí dudamos sobre si seguir hasta encontramos otra vez con el mar en San Vicente de la Barquera o profundizar algo por el sur. Optamos por este segundo plan y llegamos hasta Cabuérniga. Desde allí decidimos alcanzar Rionansa, también llamado Puente Nansa, y detenernos a comer... Creo que fue hablando con los lugareños como me acordé de que Tudanca, patria de José María Pereda, estaba un poco más abajo, y que “La Casona”, otrora residencia del autor de *El buey suelto...*, se hallaba ocupada por el gran don José María de Cossío...

Decidimos acercarnos hasta allí en todo caso y seguir haciendo turismo, postergando para otra ocasión la visita a los Picos de Europa propiamente dichos. Lo que sí puedo asegurar es que al menos ese tramo de Valle del río Nansa es uno de los parajes más singularmente atractivos que yo recuerde. Mucho supongo que influiría mi estado emocional, el enaltecimiento que para mi espíritu significaba la presencia de María Eugenia. Con todo, quiero precisar que la carretera, aun con las sinuosidades de rigor, estaba cuidada, limpia, y que no era posible recorrer unos cientos de metros sin preguntarse si la bravura del paisaje y la espectacularidad del agua sobrepasaban o no a lo que se acababa de rebasar. Los caseríos de Cosío, Rozadío, Sarceda y Santotis antecedieron a Tudanca... Al llegar finalmente allí preguntamos por “La Casona”, y en plan naturalmente oficioso indagamos sobre si don José María de Cossío se encontraba en el pueblo y si sería oportuno dejarnos caer a saludarle. Por las razones que me debieron de dar yo, en efecto, me aseguré tanto de que nuestro hombre pasaba los veranos en aquella residencia montañesa como de que no había nada anormal en visitarle. En “La Casona” nos recibió una señora mayor, ama de llaves y gobernanta de confianza de la propiedad. Don José María resultó ser uno de los personajes más acogedores y amables con los que yo me haya tropezado en mi vida. Bien adentrado en los setenta, mantenía un

aspecto físico envidiable y unas condiciones intelectuales de primerísimo orden. Descontando la difusión universalizada de su enciclopedia sobre *Los toros*, yo conocía algunas cosas de don José María, como sus dos gruesos volúmenes *Cincuenta años de poesía española (1850-1900)*. Espasa Calpe, 1960. Hablamos de Miguel Hernández, del mecenazgo que le dispensó como corrector de pruebas o algo parecido en la preparación de la dicha enciclopedia sobre nuestra así llamada “fiesta nacional”. Don José María nos contó que se había encargado del saneamiento y restauración de “La Casona” y de la remodelación de algunas de sus partes. El inmueble, en el estado en que lo vimos, era una propiedad maciza y al mismo tiempo alegre, proporcionada en sus espaciosísimas dimensiones. Don José María nos enseñó todo: Los compartimientos donde se alojaban los 20,000 volúmenes que se había llevado allí; sus bodegas..., su capilla particular o iglesita decorada con un notabilísimo retablo. Guardo un recuerdo portentoso de aquel hombre. En las casi dos horas que estuvimos charlando nos referimos a cualesquiera temas literarios que espontáneamente surgieran... Yo le recordé la semblanza que le dedica Torrente Ballester, sobre todo en razón de su aptitud para rescatar versos brillantes de poetas amortiguados por el silencio o por los pendulazos de las modas:

“¿Quién te enseñó el perfil de la azucena?”

es uno de ellos, perteneciente a... (cito de memoria) Pedro Soto de Rojas, y que don José María se apresuró a corroborar. Decididamente, hombre de corazón anchísimo y de memoria pertrechada de la suficiente trabazón y señales como para enseñorearse de vastos espacios literarios. El caso era que yo, al tope de mis posibilidades, le seguía y ello le daba pábulo para continuar con el trenzado cada vez más frondoso y más coherente de su erudición. Como final nos enseñó una Antología personalísima de poemas autógrafos que estaba confeccionando en abultados cuadernos de hojas de papel como de pergamino grueso y señorial. Él creía que ensayo como aquél tenía mucho de novedoso y yo confirmaba su sospecha... Eran ya varios

cientos los poetas a los que, en vida, don José María había pedido que escribieran de su puño y letra el poema o poemas para su gigantesca colección. Una preciosidad de obra, una maravilla de casa, una esplendidez sin orillas la del espíritu de aquel hombre que, sin conocerme ni poco ni mucho, me dedicó dos horas de una tarde inolvidable, dos horas densas y fluidas, prietas y manejables, protocolarias y distendidas, todo por obra y gracia de la conjunción de una serie de condicionamientos traídos siempre de la mano de la improvisación, de la espontaneidad y de la buena fe. A todo esto, María Eugenia había estado siguiéndonos..., metiendo baza con el mismo comedimiento a que su fina crianza la impulsaba, con la intuición fina que unos días atrás la llevase a llamar “posero” a nuestro poeta de marras. Don José María, a lo largo de nuestra conversación en la que él en todo momento llevaba la batuta y en la que yo, a satisfacción suya, tan sólo intervenía para consolidar o precisar algún punto enunciado..., me comentó lo que yo habría más tarde de comprobar con lecturas y testimonios de aquí y de allá, a saber: Que él había llevado una infancia y una juventud razonablemente felices, y que su amor a los libros y a la literatura le vino de que a nadie se le ocurrió ponerle cortapisas a sus inclinaciones; que ni sus progenitores ni personaje alguno que sobre él pudiera haber tenido ascendencia jamás intentó distorsionar o torcer las aficiones que desde niño en él se despertaron. Yo mentalmente repasaba algunos de los nombres que vienen vertebrando la contribución montañesa santanderina a la historiografía literaria española: Pereda, Menéndez y Pelayo, Cossío..., y me repetía que con figuras así tiene uno bien salvaguardado el patrimonio de su propio espíritu...

Nos despedimos de don José María y regresamos a Santander por la misma ruta, comprobando de nuevo la belleza congrua y bravía de aquella parte del Valle del Nansa con el que a nosotros nos tocó ponernos en contacto. Como detalle ilustrador de mi mala voluntad y de mi falta de crédito para con los chismes y artilugios mecánicos en general, debo decir que María Eugenia se había llevado una cámara fotográfica que fue disparando a placer en cualquier punto que a ella se le antojara de particular significación. Estábamos los dos regalándonos

anticipadamente el despliegue documental y emocional de sitios y ámbitos que, con nosotros dentro, tendríamos ocasión de contemplar cuando las instantáneas quedasen reveladas. Consumimos las 38 plaquitas del carrito... y... ¿La máquina? Sonríase el lector. María Eugenia, y digo bien, ella y solamente ella, puesto que yo me negué entonces y me seguiré negando a responsabilizarme del cuidado de trastos que por pitos o por flautas casi siempre dejan de funcionar...., María Eugenia, digo, se la dejó olvidada en algún sitio, sí, así como suena, en algún lugar de la ruta... ¿fue encima de la maleta, quiero decir, de la parte trasera exterior del coche cuando nos paramos...? Una colección de fotografías que, en todo caso hubieran ilustrado con su espectacularidad invitante, nuestro recuerdo de tan singular excursión, y que corrieron la suerte de la mayoría de los cachivaches y juguetes. Por eso, me gusta insistir en que lo único que no se pierde es todo aquello que queda transformado en literatura.

Acaso, y más que nada, por solidaridad con las presuntas e insuperables excelencias paisajísticas que mi antigua compañera de Facultad, Mary Carmen Torón, santanderina de pura cepa, predicaba de su tierra [¡Oh, Potes, Potes!..., solía decir transfigurada, taxativa, terminantemente] fue por lo que, en todo caso y con mucho gusto, porque la verdad es que no me faltaban ganas personales, decidí hacer con María Eugenia una excursión a dichos parajes. Esta vez llegamos hasta San Vicente de la Barquera, a 65 kilómetros de Santander, para bajar por Panes (en la provincia de Asturias) y llegar desde allí a Potes siguiendo el curso del río Deva por el Desfiladero de la Hermida. A eso es a lo que me refiero cuando hablo de turismo oficialista. El Desfiladero de la Hermida, que aparece en todas las guías y prontuarios sobre la región, es sin lugar a dudas pintoresco y digno de figurar entre las particularidades escenográficas más sobresalientes de la comarca. Pero en opinión personalísima prefiero las panorámicas que el recorrido por el Valle del Nansa me propició. Es, como casi todo, simplemente cuestión de gustos. Desde Potes a Fuente Dé hay 21 kilómetros. Allí comimos en el Parador de la DGT, y con otros grupos de turistas cogimos el teleférico que nos subió hasta el Mirador del Cable. Desde

esta plataforma se podrían divisar hasta casi treinta “picos” de Europa pertenecientes al Macizo Central y apiñados alrededor de la confluencia e intersección de las líneas divisorias de las provincias de Santander, León y Asturias: Uno de los más renombrados, acaso por la configuración limpia y severa de su perfil cortante, es el Naranjo de Bulnes (2,519 m.), pero no el único ni el más elevado. Le sobrepasan en prominencia el Cabrones, el Torre Cerredo (2,648 m.), el Tesorero, el Neverón, el Torre Llambrión, el Torre de la Palanca, el Torre Blanca, el Torre Llago, el Peña Vieja, etc. En cuanto al Macizo Oriental, su pico Tabla de Lechugales, de 2,441 metros es el más divisable desde el Mirador. De regreso hacia Potes nos desviamos a Espinama hacia arriba, siguiendo un camino de montaña paralelo al riachuelo Nevandi, hasta alcanzar el albergue de Áliva. Hice sufrir al coche, destinado para otro tipo de rutas y de superficies, pero mereció el esfuerzo de todos nosotros. En esos refugios es donde únicamente sentía yo que la solidaridad y el compañerismo acercaba la atmósfera convivencial a lo que, mediante una proverbial convención literaria, entenderíamos como “Edad de Oro”, en que no había cabida para la distinción entre lo tuyo y lo mío... Recuerdo que llegamos allí por puro diletantismo, por pura curiosidad de viajeros que en mi caso era más que suficiente razón impulsora... Llegamos y encontramos el albergue habitado y atendido por los que iban a ser sus ocupantes al menos por aquella noche, y todo lo que recibimos fueron atenciones. Había literas equipadas con ropas de cama y mantas color marrón oscuro, de esas típicas como de pastor, de crea y lana bastas, pero adecuadas al bío-topo... Todo invitaba a quedarse allí, a engolfarse en una velada de recogimiento en aquel paraje donde el silencio intensificaba la melodía interior de que cada cual dispusiera... Ese tipo de vivencias penetrantes, empapantes, marcan hitos en el ánimo y en la memoria de aquellos a quienes, como yo, nos complace “el sabor de la tierra”; regusto a íntimo recogimiento dentro de un posible estrépito reinante, y la música inspirada que una armoniosa idea pueda generar dentro de una aparente vastedad de silencios. Vivencias de esta naturaleza las ha conocido mi alma hallándome, siempre por ejemplo, en Bifröst, en mitad de un increíble

lugar de Islandia; o en Noruega, muy cerca del Cabo Norte..., o hasta en Llanquihue, en la Región de los Lagos de Chile, en aquel magnífico hotel Ralún, construido ex profeso como para retar la condición liminar e intocada de la por doquier naturaleza envolvente y prístina. Áliva permanecerá asido a mi voluntad de recordar y, nunca mejor dicho que ahora, a hacer que las cosas atraviesen y transiten doblemente por nuestro corazón. Mi alma, con María Eugenia al lado, “la bien nacida”... renunciaba a necesitar de nada más, se negaba a recibir nada que no fuese producto de su autonomía, de su propio emporio, de su íntima soledad fortalecida y magnificada... Nos despedimos de aquella gente del refugio. Recuerdo que se estaba haciendo tarde, casi anocheciendo..., y teníamos que llegar a Santander. Deshicimos íntegramente todo el camino de por la mañana y conseguí que antes de la medianoche María Eugenia estuviese en su Colegio.

La temperatura entre María Eugenia y yo iba subiendo. La complicidad de nuestros registros había consumido buena parte de todo el dispositivo de retórica y de sublimación. La noche anterior a nuestra excursión a los Picos de Europa nos habíamos paseado por la dársena de Maliaño y por el puerto pesquero, dejando el coche por allí cerca. Comencé por descansar mi mano sobre su hombro y atraérmela, siguió ella por bascular su cabeza, primero anidándola bajo la mía y sobre mi pecho; luego mirando hacia arriba en ofertorio y propiciando el beso..., el hozar suave y sostenido de los labios...

Uno o dos días más tarde, y después de haber comido juntos, María Eugenia me expresó su deseo de comprar varias postales con otros tantos sobres, escribirlas, franquearlas y mandarlas a su tierra. La invité a que se viniera conmigo a mi habitación del Hotel Bahía. Allí podía disponer de un escritorio para los menesteres que se proponía llevar a cabo. Aceptó y nos subimos. Mientras ella organizaba sus papeles yo pasé al cuarto de baño a lavarme y a refrescarme. A continuación, y haciéndome el desentendido, me tumbé boca arriba en la cama. De espaldas, el torso de María Eugenia era lo que se me ofrecía; pero si me incorporaba tan sólo un poco podía ver su anverso reflejado en una luna ovalada que pendía de la pared, presidiendo el

mueble-cómoda que servía de escritorio... María Eugenia iba vestida de pantalones blancos y camisa mitad blusa, mitad jersey, de rayas de colorido variado. En una de las veces que se volvió la tendí las manos desde la cama y sin decir palabra se acostó a mi lado... Lo primero que hice fue desnudarme yo... Mientras la deslizaba los pantalones, de un blanco primoroso, ya lo dije, ella miraba hacia otro lado, ayudándome con pudorosísimas pataditas a salvar el doblez de las corvas y los promontorios de los empeines y los talones de los pies. La senté en el borde de la cama y en tanto ella albergaba a mi miembro en la corola bipétala de sus labios, yo la sacaba el jersey por arriba de los brazos..., y sentía que toda mi existencia quedaba desleída en gozo purísimo... Al día siguiente me contó que aquella misma noche se había confesado con un cura viejo de allí, de Santander...

Otro día, en la Central Telefónica del final del Paseo Pérez Galdós, adonde había yo acompañado a María Eugenia, mientras que la esperaba allí en la sala para el público, la ví porfiar y hasta no pude evitar distinguir algunas expresiones de desagrado, reconvención y réplica que intercambiaba vehemente con alguien de su Colegio de Madrid... Parece que habían surgido problemas sobre la falta de liquidez... de su familia en lo tocante a la satisfacción de los honorarios por alojamiento y presunta instrucción de María Eugenia..., como más adelante tendría yo el disgusto de comprobar...

Pero mi regreso a Alcalá era imperioso. Antes de volverme a Canada, María Eugenia y yo podíamos coincidir, bien en Madrid, o bien mientras ella se quedase en casa de Resu.... El trámite de los Juegos Florales quedó superado, y antes de que se acabaran las Ferias, María Eugenia había venido de Santander y, como siempre, alternaba su tiempo entre el Colegio de Madrid y Alcalá de Henares. Una última excursión hicimos ese verano de 1970 y fue a los pantanos de Entrepeñas y Buendía que repartiendo su entonces ingente masa líquida entre las provincias de Guadalajara y Cuenca eran conocidos como Mar de Castilla. Desde Alcalá de Henares convencionalmente se solía acceder a ellos por la localidad alcarreña de Sacedón. En aquella época la capacidad de dichos pantanos cumplidamente alimentada por la

aportación del Tajo se hallaba en su nivel más alto y la extensión de agua dulce que formaban era realmente considerable. Distintas urbanizaciones comenzaron a brotar a las orillas de aquellos inmensos lagos azules interiores... Por aquellos parajes llevé a María Eugenia... Nos medio perdimos de tanto subir y bajar trochas..., de tanto salir y entrar por veredas que no conducían a ninguna parte. Casi era mejor así. En una playita que se nos antojó absolutamente desierta, porque dondequiera que dirigiéramos la vista no percibíamos más que agua y orilla, nos quedamos en bañador que llevábamos puesto debajo de la ropa, y nos dimos un chapuzón. La soledad del lugar, la complicidad de María Eugenia con cuya compañía me parecía sobrar todo..., exacerbaron mi rijosidad, y allí, recostado, de mala manera [yo nunca me he avenido con las cosas del campo para ciertos menesteres, nunca], allí mismo, digo, en unas maniobras mitad de forcejeo, mitad de elemental conveniencia, porque las piedras se clavaban por todas partes y porque la inclinación de la ribera, aunque suave, provocaba nuestro deslizamiento, bajándola el bañador como pude hasta las rodillas, separando trémula y torpemente los muslos de María Eugenia, intentando inúltimente abrirme paso, no tuve tiempo, no me dio tiempo a nada... solté el ampollazo de semen que me nublabá atosigantemente, sin casi ni siquiera entrar en contacto, dejando por único alivio que el agua se encargara de limpiar aquel estropicio de mascada, aquella desafortunadísima improvisación. Para colmo y perplejidad, al menos mía, de pronto oímos gritos, imprecaciones, como gruñidos en que parecían confundirse lo lúdico y lo soez, provenientes de dos... hombres, supongo, dos rústicos que habían salido de no sé donde... y que nos contemplaban a unos cien metros, sobre un pequeño ondulado que hacía la solapa de la orilla. Ello aumentó la turbación y acaso la sospecha de culpabilidad de María Eugenia. Los dos nos quedamos mohínos, disgustados. En aquel estado de ofuscación dimos tumbos y más tumbos hasta encontrar el coche. Se nos había hecho tarde y a María Eugenia la esperaban para cenar en casa de Resu. Era de todo punto urgente avisarles e informarles de nuestra tardanza. Llegamos a Sacedón y allí no había manera de telefonar. Las comunicaciones

todavía se hallaban en un desarrollo precario y todo lo que estuviera fuera de la provincia se consideraba “conferencia”, ¡qué palabrita más estúpidamente presuntuosa! Por fin conseguimos que nos dieran línea. Se puso Resu... no se me olvidará... Me excusé lo mejor que pude, la responsabilidad era mía y me resultaba de una penosidad mortificante no haber estado a la altura de las circunstancias que Cesáreo tan claramente me había manifestado sobre usos y costumbres relativos a su casa... Por fin llegamos a Alcalá. Eran ya las once y media de la noche, una hora y media más tarde de lo en principio previsto. Con todo, salvamos la cara. Aquella lección permanecerá viva y admonitoria en todo el tiempo que a mi existencia le toque administrar. María Eugenia y yo estuvimos distanciados un par de días. Bien recuerdo lo gran mujer que era, el portentoso acopio de intuición con que aderezaba su personalidad. Bien recuerdo asimismo que me telefoneó..., eso, sólo para dar señales de vida; cómo concertamos un encuentro al término de la tarde en el Parque de Alcalá..., y cómo estuvimos abrazados durante todo el rato que nos sirviera de apaciguamiento y de conformidad de nuestras almas... Cómo las únicas palabras que allí se pronunciaron fueron las del repetido estribillo, la piadosa letanía de... “¡cómo le quiero, cómo le quiero!”, enunciada por María Eugenia, armonizando en ese uso de *le* tan primorosamente iniciático y estilístico tanto su confesión a mí, por estar allí con ella, tangente, formando una medianería con nuestras almas, como al mundo, a los demás, por si no lo supieran.

Un día muy de finales de agosto fuimos María Eugenia y yo a cenar al Restaurante del Hotel Barajas. Allí dos guitarristas cantores nos dieron serenata. Yo les pedí que interpretaran “La Barca”. Al terminar y recibir de mí una substancial propina, y en el tono medio edulcorado medio servil que la situación indicaba, nos desearon que siguiésemos “así, tan enamorados”. Y ya otra tarde cualquiera, poco antes de regresar yo a Canadá para el que sería allí, en Queen’s, mi definitivamente último curso académico 1970-1971, propuse a María Eugenia que nos acompañásemos durante el rato que ella quisiera en una habitación del Hotel Barajas... puesto que tanto nos agradaba a los

dos. Accedió con el silencio trémulo de quien se pone al amparo del que sabe que la ama. Y subimos. Ya en el cuarto, con una explosión como de quien acaba de descubrir la piedra filosofal o el sexo de los ángeles,... va y me dice: “¡Pidamos una botella de champagne!” Bueno. Pues pidámosla, fue toda mi respuesta. Llegó el Codorníu Extra Semi-Seco, se retiró el botones y nos quedamos solos. Recuerdo la decoración sobria pero elegante, el mobiliario color caoba oscuro de la habitación aquella del Hotel Barajas. María Eugenia pasó al cuarto de baño a ponerse cómoda. Salió en combinación y con el sujetador todavía encima; era de esos de lacito en el centro, donde las tirantas del molde de las dos [tazas] convergen. Mientras yo se lo quitaba no pude dejar de observar que en la solapa de protección y amortiguación de la grapa o cierre de la espalda decía: “Made in Guatemala”. Lo oí reverentemente y lo dejé por allí al lado. Es lástima que no pueda recordar exactamente las palabras que me dijo, pero fueron algo así..., algo parecido a.. “Ten cuidado, no me vayan a ver en malas condiciones cuando regrese a mi tierra”... La verdad, la pura verdad, la verdad casi circense, casi increíble es que ni entonces..., ni nunca, en el nunca, quiero decir, de las ocasiones en que estuvimos juntos penetré a María Eugenia en el sentido cabal de consumación en el que estamos todos pensando... No creo que lo hubiera conseguido nunca tampoco. Era ver aquella flor salvadoreña entregada, ofrecida, y la condición “precoz” de mi coito dejaba de ser precoz, y sobre todo y más que nada dejaba de ser coito, pues mi semen no resistía su prisión más allá de los primerísimos contactos con la piel -alma- de aquella criatura, y la sedación que después de aquel embolazo me advenía era tan eliminadora, tan impeditora de un posible orgasmo posterior como enardecidas y exasperadas eran las urgencias previas a la suelta incontinente de mis... demonios. Hablando en puridad fisiológica, María Eugenia jamás fue penetrada cumplidamente por mí. El estado anímico, emocional, que empapaba todos mis resortes en circunstancias tales con María Eugenia no me permitían la gobernabilidad operativa como para llevar a buen término semejante operación. María Eugenia ni hacía ni dejaba de hacer. Para que en casos así se consume la

penetración es de todo punto imprescindible que la mujer coopere, que lo busque, y lo quiera, y lo consienta. Y María Eugenia no necesitaba ni buscar ni querer más allá de lo que mi propia limitación fisiológica permitía. Además, el hecho de estar yo en posesión de su consentimiento para escalar tales estribaciones de su intimidad era más que suficiente para considerarme tocado por la gracia. En aquellos ratos, más bien cortos, debido a la tiranía de sus horarios de recogerse en el Colegio, María Eugenia me solía contar algún detalle más terminante de su familia y del entorno social y convivencial en que había transcurrido su infancia y ocurrido su arribada a la nubilidad en El Salvador. Una de sus expresiones más características de desaprobación o rechazo, de simple y suave despecho... era “Me viene sobrando”... en el sentido cercano a “no me importa lo más mínimo”, o a lo que en celtiberismo coloquial un varón expresaría como “Me la trae floja”... o “me la pam.. pim.. fla”. Me fijé en que sus orejas casi carecían de lóbulos. Me dijo que ello se debía a que nació un poco antes de la cuenta. Su padre –me seguía contando– a ella y a su hermano un poco más pequeño les pegaba con una correa, así por las buenas y por lo directo, cuando contravenían su voluntad. Un verdadero primor de costumbres –pensaba yo.

María Eugenia llegó a pasar un par de días en mi propia casa, quiero decir, en la casa de mis padres que yo todavía ocupaba con mi madre. Es curioso, pero me sentía violento en aquella situación. Me afligía enormemente pensar que mi madre no pudiera materialmente evitar el tropezarse con nosotros en algún momento en que la temperatura de mis glándulas me exigiera una expansión...

Creo que fue el día antes de regresar yo a Canadá. María Eugenia ya me había hablado, muy de pasada, de algún problema que las monjitas de su Colegio habían tenido con el cobro de las mensualidades. Parece que el dinero encontraba obstáculos para llegar de El Salvador. Yo no quise hacer averiguaciones. Lo más cómodo y operativo al mismo tiempo en mi caso era brindarme a pagar yo los atrasos de María Eugenia; y así se lo comunicué. Ella tuvo un conato de reparo muy femenino al principio, pero accedió con tan sólo atender al

comienzo de mis razones... Las monjitas, con un gesto cómplice como de estar en el secreto, aceptaron untuosamente mi cheque. Nunca la figura del “pago por tercero” cumplió más pía, más eficazmente con su cometido que en este caso...

Regreso a Canada aquel septiembre para el que sería mi definitivamente último curso académico 1970-1971 en territorios de América del Norte. Mi corazón se hallaba abrumado de dulcedumbres, de presagios, de indicios reveladores de que una crisis emocional estaba al venir. Mi tiempo “laboral” fuera de España se estaba terminando: Hay cosas que se huelen con la sensibilidad, que se intuyen con el alma... América, e incluyo también a Canada..., es un gran sitio... para los americanos. Una cosa es pasar una temporada de seis o siete meses cada año natural durante un par de lustros como máximo y como en mi caso, y otra es vislumbrar que uno va a quedarse allí el resto de su vida, quiero decir, haciendo de aquellos países su bío-topo predominante. Puesto que pensaba volar a España en el periodo de Navidad y Año Nuevo, de momento y para conciliar y justificar mi ánimo, para consolarme a mí mismo y prepararme ante cualquier eventualidad, me pongo a acicalar un poco mis conocimientos sobre El Salvador. Tras las oportunas averiguaciones solicito y recibo un número de folletos turísticos sobre aspectos muy tópicos y muy esperables respecto de la geografía y bellezas naturales de El Salvador. Pero sobre todo recibo un fascículo de nueve folios mecanografiados y en xerocopia, “Tourist Information”, absolutamente estimable y bastante completo. En general se podía apreciar el ambiente de sociedad salvadoreña bi-polarizada que los pliegos publicitarios parecían difundir. Comensales ocupando las dependencias de esparcimiento del Hotel Inter-Continental (posteriormente Sheraton), escrupulosamente de raza blanca, europeos, junto con los músicos, menestrales y servidores de todo tipo de raza invariablemente india, por ejemplo, sólo por ejemplo. Los chasis y los aspectos de las “cover-girls” que ilustran las cartulinas propagandísticas, muy moderadamente *glamourosas* y ninguna excepcional. Parecen usar el bikini como elemento sugeridor de liberalidad en las costumbres. Sobre un velero y haciendo como que

maneja una maroma, una de estas chicas de figurín que ilustra el programa “El Salvador. Deportes acuáticos” viste de idéntica manera al atuendo que llevaba María Eugenia el día de nuestra velada íntima en el Hotel Bahía de Santander: Pantalones blancos, zapatos sujetos por tiras o banditas de cuero con dos rosetoncitos o floripondios encima; blusa-jersey ligero de manga larga de rayas horizontales blancas y encarnadas en este caso; y pañuelo a la cabeza..., sujetando levemente el pelo largo; sonrisa y pose muy de estereotipo. La cosa no parecía dar para más. Eran estampas todas ellas de un mundo pensado y establecido para unos cuantos, posiblemente los más preparados y que, con toda seguridad, eran servidos por la gran mayoría. Toda esa publicidad turística conectaba con la tradición más proverbial e indiscutida del tipo de sociedad hispánica de América a cuyo conocimiento muchos de nosotros habíamos tenido únicamente acceso. Las grandes reivindicaciones de los unos y las no menores resistencias de los otros por no soltar lo que hasta entonces había estado más o menos tan gratuitamente en su poder, encendieron la mecha para las tremendas trifulcas que durante décadas han estado masacrando a buena parte de las repúblicas centroamericanas. Casi todas, al menos “oficialmente”, han terminado ya. La de El Salvador comenzó a últimos de los sesenta. Las de Nicaragua y Guatemala también han estado azotando durante décadas a tan entrañables países. Lo mismo ha dado Farabundo Martí, que César Sandino, que... quien sea. En nombre de ideales más o menos asimilados y de intereses en la sombra, estos paisillos se han enzarzado en guerras civiles terribles y supongo que estimulantes al mismo tiempo...

Bueno, esto es la crónica de una historia emocional personalizada, la mía, y no un informe sociológico. Como dije, me pongo a estudiar cosas sobre El Salvador..., su literatura, sus particularidades geográficas,...., en caso de que... ¿En caso de qué? ¡Oh, my God! Mi mente empezaba a especular con espinosas incertidumbres que sólo generaban preocupación, concernimiento negativo, virtualidades colmadas de pesar. Lo único que no encerraba procelosidad alguna, aquello de lo que me podía fiar con seguridad

plena era de mi amoroso acercamiento al país de El Salvador como una vía de aproximación al mundo de María Eugenia. Uno de los pocos nombres que me sonaban en literatura era el de Hugo Lindo, y ello por su condición de diplomático; pero no significaba para mí mucho más que “just a name”; otro, el de Salvador Salazar Arrué, “Salarrué” (n. 1899) autor de la narrativa *Cuentos de barro*. La propia María Eugenia, muy al principio de conocernos, me había regalado unos libritos de poemas de Claudia Lars, la única voz femenina de la literatura salvadoreña de la que yo tenía entonces noticia. Bueno, dirá el lector... ¿y qué suficiencia sobre las letras de un paisillo, ¡perdón!, de un gran país sólo que geográficamente pequeño, casi, casi diminuto, se puede esperar de alguien no especializado en semejantes parcelas de erudición? Ya, confirmo yo. Lo que ocurría es que mi alma estaba incontinentemente ansiosa de acaparar muestras de adhesión y de alianza para con María Eugenia. Hablando de su literatura estaría tocando a las puertas de su conciencia, de su alma; o al menos, tal lo creía yo. Bien tengo presente que para otros usos de familiarización de urgencia sobre cuestiones literarias, relativas más que nada a estos pequeños y entrañables países centroamericanos, las reseñas y resúmenes que incorpora el *Diccionario de Literatura Española* de Revista de Occidente, sacan a uno del apuro...

Las características geográficas, como permanentes que eran, se prestaban más al conocimiento duradero... Algunas de sus realidades me eran familiares por habérselas oído pronunciar a María Eugenia aunque desprovistas de encofrado visual, de encarnadura referencial para mi conciencia... El lago Coatepeque parecía tener resonancias de endulzada emocionalidad para María Eugenia. La ciudad de Cojutepeque, dos veces capital del país..., lo mismo. Por mi parte, y de mirar en los atlas, nombres como los del río Lempa, el departamento geográfico de Chalatenango, etc. me eran de sobra conocidos; y por supuesto el del aeropuerto internacional de Ilopango, a tan sólo 11 kilómetros de San Salvador, lo más predispuesto a una eventual utilización... Es desolador no contar con carta alguna de María Eugenia. No quiero pensar a dónde... rayos y centellas habrán ido a parar tantas

pequeñas cosas como siento ahora que han desaparecido..., que se han separado, desglosado del alcance más inmediato de mi consulta. No puedo razonar sobre el posible proceso de extrañamiento o desatención que muy improbablemente mediara por parte mía respecto de la salvaguarda de los papeles y de las cartas..., o por lo menos de algún papel y de alguna misiva que recuerdo con fehcencia que María Eugenia llegó a escribirme. De momento, en aquel trimestre último de 1970, expectante de acontecimientos y fijaciones, es casi seguro que yo le mandara a María Eugenia estos dos textos, cuyo borrador sí que obran conmigo, aunque sin fecha:

“Carta oral, sin tiempo

Y me ocurre, amor mío, que por cada segmento de vida que tú me has hecho conocer se me despierta la imparable ilusión de querer y poder multiplicar mi tiempo futuro; un tiempo que no conozco, aunque hermosamente tentador por su semejanza tan sólo con el recuerdo de lo que tampoco conozco (por haberse diluido en la no-existencia) pero que sí añoro; añoro siempre sin saber cómo, sin sospechar que haya rigor alguno emboscado en el resto de vida que me toque consumir.

Abro las puertas de los recintos vacíos y me doy cuenta de que la vacuidad empieza donde tú no te halles. Insisto en repetirme las leyes universales, cuando la única verdad es que el universo capaz de ser concebido por mi corazón es el universo que haya aprendido el nombre tuyo.

La belleza de las miradas profundas; el filo de lo no acontecido y la caricia de las mañanas de invierno soleado..., ¿de qué me sirven si en los bordes que forma mi alma con todas las demás fronteras imaginables sólo sabe el camino que conduce a hablar de tí, saber de tí y contar contigo? Inútil es pensar en el tiempo ido, fluyente o por venir. Contigo sí, contigo sí puedo entender algunas nociones. Puedo decir *ayer, entonces, aquella tarde, cierto día*, seguido del breve o amplio relato de existencia que tú protagonizaste: puedo decir *estar, ser*, si fue tu bulto amoroso el que puso límite a la fugacidad inerme de mi palabra.

Por cada gota de anticipada eternidad que he sorbido en dedicación tuya; por cada avance dentro y en busca de tu perenne intimidad que se le haya antojado haber hecho a la historia de mi alma; por cada impaciencia dolorosa que tu realidad haya despertado en la profundidad de mi espíritu: por cada porción tuya que me haya calado y se haya hecho patrimonio mío; por cada participación y logro mínimo que de estas cosas se me haya podido asignar..., se yergue un mundo redentor de acuciante esperanza; un horizonte sin cotas para que el amor mío se extienda y se verifique; una alma tuya en la que caben y se albergan todos los destinos de mi voluntad y de mi conciencia. Por cada momento de dicha que me has dado adivino cien mil vidas rebosantes de tiempo que me esperan para que yo las llene de amor todavía más...

El amor. Cuanto menos lúcido y menos capaz me parece que estoy de hacer comunicable lo que *amor* sea, más se me clava la fecunda verdad de que no puedo ni quiero sentir lo que sea *amor* si tú no tienes echada el ancla en los fondos del espíritu mío.

El tiempo de amor es el tiempo del repaso y del recreo y del recuerdo.

Aquí, firmado”

Y un poco para apuntalar lo anterior volví a escribirla, ahora en estos términos:

“Amor mío: No hay cosa en nombre de la cual yo no te ame. A veces palpo mi alma gemebunda y encadenada, aniquilándose en puros ejercicios de definición y análisis; y me llega tu heraldo, y me desborda la memoria que dejé enganchada de la frente tuya, del óvalo tuyo, de la mano tuya; y me anego y hundo y empozo en la sima de no saber qué decir, porque todos los puntos de la Rosa de los Vientos me arrastran a la palabra amor. Y entonces busco, afanoso y agónico, el algo más pequeño, el más débil volumen de una palabra tuya dedicada a mí; de un pensamiento

tuyo que en mí se posara, y en esas cosas tan caras para mí, para la vida mía, apoyo y fundo y levanto el edificio de la palabra *amor*. Tengo tanto de él que la más menguada señal tuya hace soltar los diques de sus existencias que en mí se encierren. No, no hay, amor mío, cosa por muy humilde que sea en nombre de la cual yo no te ame.

Siempre”.

Sobre dos extremos sí puedo asegurar que quedé cumplidamente informado e impuesto: Uno, que María Eugenia se había mudado de Residencia en Madrid; dos, que su familia la estaba reclamando con insistencia terminante y que sus días en “la madre patria” estaban tocando a su fin. Mi regreso a España en aquella Navidad de 1970 lo hice con la cabeza embrollada por razón de María Eugenia y de mi propio futuro laboral. No había hablado con mis jefes administrativos pero si, según se venía especulando, nuestras ausencias de Queen’s, o aun en términos más laxos, del entero país de Canada..., se iban a reducir a un mes, al mes oficialmente tipificado como de descanso retribuido..., pues..., que empezaran a dejar de contar conmigo. Por lo pronto, llegué a casa, a Alcalá de Henares. ¡Cómo lo recuerdo, con qué viva y dulcísima laceración lo recuerdo, con qué opresora y divina cargazón lo recuerdo...! Llegué a casa, a la todavía casa paterna de la calle de Santiago, número 13, saludé a mi madre, me asecé y me fui a la parada de taxi más cercana. No quise usar mi coche. Las reservas de energía que necesitaba para festejar mi encontrarme con María Eugenia hubiera sido torpe malograrlas con la tensión de conducir de noche los 30 kilómetros de carretera, y callejear por Madrid. Me encontré con Antonio, un taxista de siempre de Alcalá, más o menos de mis años, y que me solía llamar “Ramitos”... Le dije que me llevara al Colegio Santa Mónica, también de monjas, y también por la Ciudad Universitaria, y que no se moviese de allí, de cerca de la puerta de entrada y zona de estacionamiento hasta que yo no regresara...

María Eugenia me estaba esperando. Casi sin decirnos nada salimos afuera, a unos cientos de metros del edificio... en algún bosque

que permitiera la calzada y los edificios circundantes de por allí. Ibamos los dos vestidos de invierno y era casi imposible percibir la morfología privativa de las zonas erógenas del chasis de María Eugenia, ni por su parte ni por la mía. Pero era tan acusado, tan agónico el encandilamiento, la fogosidad domeñada de..., supongo que *nuestro* mutuo anhelo, que sentí que por efecto de la pura y simple fricción de nuestros cuerpos, del calor que taladraba el grosor de nuestras piezas abultadas de abrigo, además de no separar mis labios de la argamasa ensalivada y jadeante de los suyos en todo el tiempo prácticamente en que estuvimos juntos, sólo una media hora..., sí, sentí que una pleamar de enardecimiento me estaba llegando, imparable, llegando, inundando, rebasando... Sentí que María Eugenia advenía conmigo en aquella mística cúpula, libadora de recursos tan miríficamente inasibles como un fervor de tacto amortiguado. La fricción decidida y cómplice de nuestros vientres había propiciado la suelta incontenible de mi semen errabundo, gemidor e irredento, pero libre, inmolado. Una pavorosa y molestísima cataplasma de frío pringoso comenzó a desazonarme minutos más tarde por toda la entrepierna. Me despedí de María Eugenia. Eran ya las once de la noche, hora tope para su recogida. La dejé en la puerta de su Residencia y yo regresé al taxi... No pude evitar que Antonio viera a María Eugenia, ni que comprobara el grado de incumbencia que aquella criatura propiciaba a la existencia mía.... Me arrellené en el asiento delantero junto a él. Pero no podía faltar el contrapunto, la versión pedestre y anti-heroica de las cosas...

–“¡Qué, Ramitos –me dijo Antonio– cómo te has puesto con la chavala, eh!”

Una sola vez más, una última vez más recuerdo haber estado con María Eugenia durante aquel periodo navideño, antes de que yo me volviera a Canada para mi tramo postrero y definitivo de estancia allí, y antes de que ella regresara a El Salvador y saliera de España... para siempre! Quiero recordar que fue una visita que hizo a los Méndez. De camino hacia Madrid para devolverla al Colegio siento que una confabulación de anhelo mortificante, de calor seminal, de empapante agonía me ataraza y me deja sin recursos... ejecutivos, comunicativos.

María Eugenia se da cuenta... y se une en silencio a mi estado de ánimo. Pasamos la Cuesta de las Moreras, pasamos la Piscina Tabarca..., y a la altura del Motel Avión detengo el coche junto al arcén y la propongo quedarnos allí un rato... Disponemos de dos horas, contando con la flexibilidad que las monjitas quieran conceder. María Eugenia no dice nada; tan sólo se gira hacia mí y me ofrece sus labios. Lo que sigue tiene que ser gestión mía, desarrollada en clave pragmática y muy lejos de los patrones de esmerilada espiritualidad que encarna María Eugenia a la que, por cierto, le digo que me espere allí en el coche, sin moverse; que voy a reservar una habitación....

Estamos a últimos de 1970. España aún mantenía – dulcificados, eso sí– los resabios del nacionalcatolicismo franquista y de la teocracia rectora. El Libro de Familia no lo pedían ya para ocupar una habitación con una chica, pero sí muy posiblemente su carnet de identidad o documento acreditativo que lo substituyera. María Eugenia no estaba en condiciones, ni técnicas ni estéticas, de prestarse a tales satisfacciones administrativas, secuelas de estúpidos resabios... Así que me acerco a la Recepción del Motel y pido una habitación... “¿Doble?”. “No, individual”. Se miran en tono como de estar en el secreto, pero sin ninguna gana de soltar la presa; es decir, que.... concediendo que no les incumba lo más mínimo que alguien no identificado ocupe una habitación, lo que sí les interesa es que sea tarifa de habitación doble y no de sencilla la que satisfaga el cliente que soy precisamente yo ahora... “¿Individual?” –vuelven a decirme. Aguanto el tirón como puedo y contesto: “Sí, eso; una habitación individual, para mí”. Me dan la llave un poco a regañadientes, salgo de recepción, voy un momento al coche a decirle a María Eugenia que me siga esperando un ratito más, que debo comprobar que todo está bien en la habitación, y que vuelvo a recogerla. En la explanada del aparcamiento, prácticamente sin iluminación, no se veía nada. Mi coche, de color verde oscuro, se mimetizaba con aquella noche cerrada y además lo había dejado en la parte más distante. Cruzo el pabellón de habitaciones propiamente dicho del Motel, entro en la mía, estoy comprobando grifos, luces y sobre todo que la calefacción y el agua caliente funcionen... cuando

llaman a la puerta. Me sobresalto ligeramente pero no me sorprende cuando veo a uno de los dos recepcionistas que me han atendido... y que viene, dice, a no sé qué de la llave, porque creía... y quería asegurarse... Bien. Misión cumplida y secreto a voces. Estoy solo y bien solo. El hombre, con cara de circunstancias por el patinazo y un poco frustrado de no haberme cogido en renuncio, hace un nuevo gesto de displicencia, pide disculpas por la interrupción, y se va del todo. Acto seguido, recojo ya a María Eugenia y nos encerramos dentro. Para el cometido de esta narración, sólo recordar que llevaba botas de cordones; que me solía llamar “goloso” cuando el merodeo y las incursiones de mis besos la impactaban de alguna manera especial. El pasaje de aquel encuentro nuestro quedó literaturizado, y por exigencia de un contexto distinto, en mi novela *Amor se dice obitcham en búlgaro*, y no es cosa de insistir ni de repetirme. Sólo indicar aquí que cuando, al cabo de las dos horas más o menos calculadas y acabada nuestra función, me despedí de los recepcionistas, recogiendo mi documentación... éstos se miraron de manera significativa, como diciendo... “Pues no hemos sabido cómo, pero este tío se ha salido con la suya”... En todo caso creo que la más “single”, la más individual de las habitaciones quedaba justipreciada con creces por el uso tan menguado en duración que de ella hice... Llegamos al Colegio un poco tarde, esa es la verdad. La monjita que nos abrió la puerta aceptó de buen grado y con expresión comprensiva mis excusas por la pequeña tardanza en devolverles a María Eugenia.

Un vacío en el tiempo, un blanco contumaz se adueña de mis registros ahora. No recuerdo más; no obra conmigo documento alguno ni siquiera nota de circunstancias que me oriente sobre los acontecimientos de lo que pudiera restar de aquel periodo. Yo regresé a Canadá en enero de 1971 y creo que María Eugenia se habría ido ya de España, del todo, para su casa en El Salvador, más o menos por las mismas fechas, acaso algunos días antes. Un solo, un único y excepcional documento conservo de María Eugenia: el telegrama original de 26 de enero 1971 que, cursado directamente a mi despacho de Queen’s University, por la oficina del Seaway Building 312 Bagot St. de Kingston, me remitió desde El Salvador: “Escribiré pronto pequeñas dificultades te quiere

extraña María Eugenia”. Un texto que califico de portentoso y señero en toda nuestra correspondencia. Pero aquello era como el canto del cisne. Yo comencé a percibir con dolorosa claridad que el fin se estaba cerniendo sobre tan prodigioso asunto. Si María Eugenia, por un lado y aunque tímidamente, parecía como blasonar de cierta pretendida independencia de criterio, por otro no podía sustraerse a la autoridad paterna, cosa que a nadie le podía chocar y por supuesto a mí tampoco. Lo más probable es que hablara con sus padres o que, con mayor propiedad, sus padres hablaran con ella, en el sentido de que éstos –muy razonablemente, dicho sea de paso– exigirían como primera condición para que las relaciones de su hija conmigo obtuvieran su beneplácito..., exigirían, digo, que yo me dejara caer por El Salvador y que me vieran la cara. Y es curioso que yo no pudiera evitar un acusado recelo, una como repugnancia estética de que el rumbo, la intensidad y, sobre todo, la autenticidad de la incumbencia entre María Eugenia y yo estuviera, en la medida que fuere, gobernado y controlado por sus padres. Probablemente mis consideraciones pecasen de crueles. Acaso yo esperase demasiado de una concreta realidad social. Lo que sea. Lo único que veía cada vez más claro es que yo no me encontraba entonces en disposición de viajar a El Salvador a que la familia de María Eugenia me examinara. Ella nunca me lo dijo directamente, pero cuanto más tiempo fue transcurriendo, más palmaria se me hizo aquella hipótesis... Se me evidenciaba el hecho de que mi viaje a El Salvador significaría formal y efectivamente cambiar la naturaleza vivencial de primera mano de mi “affaire” con María Eugenia por algo convencional, regulado conforme a parámetros sociales, asentados en los pilares de la institución. Y a eso mi olfato se rebela. A mí me quedaban por hacer un sinnúmero de cosas por libre. La “matrimonialización” de mi aventura hubiera vestido de luto a buena parte de mis expectativas vitales. El matrimonio, quiero decir, el afecto, la emoción, la aventura empapeladas, es la tumba del amor, por lo mismo que es el nido de gestación de otra serie valiosísima de realizaciones. Cada cual a lo suyo según sus gustos y aptitudes y que nadie se llame a engaño... Además, en aquellos primeros meses de 1971 yo tenía que determinar de una vez

por todas mi relación con Queen's [que no sería otra sino la de marcharme definitivamente en mayo], y que en todo caso constituiría una remodelación, un nuevo planteamiento de todo el espectro de mis posibilidades laborales... Descartado por falta de ganas mi viaje a El Salvador, me propuse suplir con literatura, empapar de literatura, las demás realidades... Escribí la siguiente carta *para* la madre de María Eugenia, pero enviada *a* esta última, en el entendimiento de que dejaba a su criterio el pasársela a su madre o darla por no escrita...

“Muy Señora mía: Sé que la magnitud de mi atrevimiento de exponerme a su enojo queda tan sólo justificada dentro del corazón mío que es el que me empuja en semejante trance. Porque grande es el motivo –nada menos que mi tendencia a la felicidad– que me ha impulsado a dirigirme a Vd. Si las palabras, tan delicadas siempre, llegaran a romperse ahora, suplico para mí toda la culpa por esta libertad de escribirle que me he tomado tan por las buenas. Y si algo sirviera en descargo mío puedo asegurar que me alienta una intención clara y la mejor fe de que dispongo.

Adivino en todo criterio de madre un invencible reparo a pensar que haya hombre en el mundo merecedor de la inigualable intimidad de su hija y Vd., señora mía, sospecho que no será excepción. Lo cual, si por una parte me mortifica con el pequeño amargor que encierra toda reserva mental esgrimida a nosotros, por la otra me ilusiona pues bien veo que la actitud espontánea de Vd. al juzgar a María Eugenia incomparable también la comparto yo.

Quiero y amo a María Eugenia y necesito que Vd., testigo excepcional, apruebe esta certeza mía, así directamente, por mi propia tranquilidad y para lograr esa paz que sólo viene a uno cuando sabe a qué atenerse. El caso es que estas cosas ocurren a cualquiera: Surgen, se afianzan y terminan por echar el ancla en nuestra conciencia definitivamente. Mi mejor garantía la cifro no tanto en encontrarme vocacional y

totalmente vertido hacia María Eugenia en este momento, como en comprobar que cordial y cerebralmente esa sensación de destino inalienable hacía su hija me ha informado con creciente evidencia desde el mismo principio de conocernos y que ha superado todas las pruebas y todas las confrontaciones típicas de esta clase de relación humana.

Le ruego meditar sobre el hecho de que no hay dos peripecias de amor iguales. Tal vez a la nuestra le haya tocado una orquestación y una circunstancia algo distinta, motivada por la determinación geográfica. Lo cual en el fondo no es sino una auténtica exaltación, una sanción bellísima de que la pasión no sabe de fronteras ni de conveniencias o arreglos sociales. Por eso, en nuestro caso yo quisiera que la plenaria realidad del sentimiento de María Eugenia y mío supliera con creces toda otra consideración lateral. Si esta carta mía mereciera ser tomada en cuenta por Vd., María Eugenia le podría detallar ella misma todas las cuestiones pertinentes a lo que ella y yo hemos proyectado.

Agradecido de antemano por mi esperanza de que Vd. haya reflexionado generosamente sobre mis explicaciones, quedo, señora, a sus pies.

Devotamente”

Como percibirá el lector, mucha, mucha literatura. Cuando releo esta pieza epistolar, me maravilla comprobar la carga de ambigüedad y anfibologías, si espontáneas, si calculadas, que forman el entramado de su texto. Pero lo que al mismo tiempo me pasma aún más es asegurar que todo aquello era rectilíneamente sincero; que si decía aquellas cosas era porque los pertrechos de mi raciocinio y de mi honradez no me movían a decir otras. Yo ignoro cumplidamente si María Eugenia llegó a trasladar esta carta a su madre, o no. Creo que da lo mismo. Hay momentos en que las mujeres no entienden más que de cosas que ellas

llaman fácticas, o realistas, o prácticas. Todo lo más alejado de la diletancia literaturizante de mis razonamientos...

Fue durante aquel enero de 1971, y en Kingston, Ontario, Canada, cuando compuse estos tres sonetos en loor de María Eugenia:

TIEMPO

Los meses, las semanas, cierto día
por la tarde de agosto, los rubores
de toda tu estación son flores, flores
brotadas desde siempre. No sabría

decir [ahora[, [entonces[: Quedaría
sin sentido la fecha. Los mejores
pasajes de tu historia son fervores
crecidos a la vez que el alma mía.

Hablo del tiempo y me refiero a esa
firme marea de alegría triste
que recuerdo a partir de tu llegada.

Y en anhelo sin tiempo se halla presa
mi vida porque -amándote- la hiciste
como de eternidad anticipada.

Kingston, Ontario
Enero, 1971

ESPACIO

Sólo de ti está lleno el mundo mío:
El perfil de tu bulto, el alabastro
pensado de tu carne es como un rastro

que me inunda de amor y forma el río

del recuerdo. Tu nombre enciende el brío
de un herido clamor que por tí arrastro.
Podrías ser el mar, el aire, el astro
sin cuya luz mi alma tiene frío.

Todo humano volumen, toda cosa
encerrada en mi frente me parece
convocar tu presencia. Siempre llega

tu signo en compañía de la rosa
que nace del hondón, que siempre crece
reflejada en la sangre que me riega.

Kingston, Ontario
enero, 1971

ENTREGA

Cuando abres los labios y averiguo
que es vaho tuyo lo que arrastra el viento,
y la ardiente textura de mi acento
cubre tus sienes de rubor antiguo.

Cuando anclo en tu cuerpo y atestiguo
la múltiple frontera de tu aliento,
y dejas que mi amor discurra, lento,
por la planicie de tu amor contiguo.

Cuando inmerso en la hondura de tu vida
el mundo se deshace en un perfume
y mueren los perfiles poco a poco...,

en tu pura presencia transcendida,
ebria de tu verdad, mi alma asume
que también es tu alma lo que toco.

Kingston, Ontario
Enero, 1971

Cuando se percibe con dolorosa evidencia que la mujer que ha sido eje y perspectiva, orto y ocaso, alfa y omega de los sueños de uno... está signada ya por las leyes inexorables que sean a permanecer alejada, en su mundo particular, el suyo..., no es fácil encontrar el norte para cualquier ejecución que conforme nuestra conducta. En mayo de 1971, como se venía fraguando, abandoné Canada del todo. Acaso interviniera alguna comunicación mía, siempre ya desde España, a María Eugenia. No puedo constatar nada documentalmente. Sólo cuento con conjeturas... Sí recuerdo que hallándome yo en Passau (Alemania) cursando la segunda parte de mi Grado Elemental de alemán con el Goethe Institut durante los meses de junio y julio de 1972, recibí un cheque por importe de la cantidad con que yo había hecho frente a los gastos de alojamiento de María Eugenia en aquel su primer Colegio de la Ciudad Universitaria de Madrid. Desde luego, hubimos de sostener algún tipo de correspondencia, o amago, o instancia incoativa que mantuviera la comunicación hasta entonces... Es muy probable que yo intentara, todavía durante casi... un año más, durante aquel tramo entre los veranos de 1971 y 1972..., que yo intentara suplir con literatura y retórica la ausencia de realidades mensurables y fácticas que... se hubieran compendiado en un viaje mío a San Salvador... Sólo sé que María Eugenia, junto con el envío del cheque, me ponía unas letras de excusa por los hechos que generaron que yo la hubiera pagado el Colegio, y que generaron que ella ahora me devolviera dicho importe. Creo recordar que me decía que lo había consultado con su madre..., y nada más. Desde entonces hasta... siempre, por su parte, silencio

absoluto; erradicación absoluta de su identidad, su confundirse con la nada...

En más de una latitud de mis Memorias, de mis episodios de vivencias he informado que sólo fue ya de mayor, pasados los cuarenta, cuando descubrí la fastuosidad entrañable y diversa del mundo hispánico, de “Las Españas”, concretamente un 12 de marzo de 1978, tomando Río de Janeiro, a vuelo de Concorde, como punto de entrada en el continente suramericano, y procediendo en sucesivos años a ya nunca detenidas calas en el resto de los países... Eso ha quedado dicho, y sólo cuando avistemos las viñetas dedicadas a tales enclaves y a tales capítulos de mi alma, introduciremos los detalles. Y por lo que respecta a Centroamérica, al istmo vertebrado por y cuajado de republiquetas tan..., ya lo dije, entrañables, aunque problemáticas, tendría que esperar hasta 1984...

Después de haber pasado los primeros días de julio en Costa Rica había volado yo desde San José a Guatemala con el fin de dedicar alguna jornada, siquiera, a la capital del país, y con la improbable pero nunca descartable virtualidad de traspasar la frontera con Méjico por Tapachula. Guatemala me agradó más de lo que hubiera en ningún principio imaginado. Unido a que las comunicaciones por tierra eran entonces desaconsejables a causa de focos de guerrilla; y unido también a que mi viaje de regreso a España, vía escala en Panamá, y posteriormente Santo Domingo, arrancaba de Guatemala con el “Jumbo” de Iberia, hizo que por lo pronto desistiera de ir a Méjico. Pero a donde sí quería llegarme era a Honduras, a visitar por lo menos a un matrimonio chileno amigo que por aquel entonces trabajaban en Tegucigalpa... Y el problema se repetía. Por tierra, un autobús vía San Pedro de Sula, única alternativa, tardaba, “tomaba” unas catorce horas... Así que opté finalmente por el avión. El día 12 de julio de 1984 la Compañía TACA –Transportes Aéreos Centro Americanos– es la encargada de trasladarme de Guatemala a Tegucigalpa, con escala intermedia en San Salvador. Los de la terminal de TACA en el aeropuerto de Guatemala resultan ser portadores de agradables noticias y de una no menos buena disposición de ánimo. Noticia buena es que la

escala en San Salvador corre por cuenta de TACA; así que, en cuanto lleguemos (“apenas” lleguemos), a esperar, a ponernos en sus manos y a dejarnos querer. Y lo de su buena disposición se traduce en que me permiten dejarles en custodia el regalo de Ana Tato en San José, el medio kilo de café costarricense que, por haberseme entregado nada más poner pie en el primer punto de mi peregrinación, llevaba todas las trazas de convertirse en mascota volante, rodante e inútil de mis etapas intermedias por la América Central. Me dicen que me lo guardan y que lo puedo recoger sin problemas el día 17 cuando tome el vuelo de IBERIA para Santo Domingo. Lo vengo ya diciendo en una variedad de lugares: Guatemala es un poquito “Guatemejor” de lo sospechado. El uso de los diminutivos en estas tierras arroja productos expresivos tan notables como el de una pancarta-anuncio de uno de los mostradores del aeropuerto en donde se leía: “Vuelos rapiditos”. El nuestro a San Salvador dura algo menos de media hora, y el avión, un reactor tipo MAX, si no entendí truncadamente, con capacidad para unos 80 viajeros, es una monada. Con un pasaje de un tercio de la cabida los desplazamientos dan gusto. Azafatas bonitas y serviciales, sin prisas. Ya en el nuevo Aeropuerto Internacional de San Salvador [el antiguo de Ilopango es de suponer que se haya relegado a vuelos de menor cuantía] se nos informa del paquete admirable de condiciones que acarrea la escala de más de seis horas para los pasajeros con destinos ulteriores, en mi caso Tegucigalpa: Llevada y traída gratis al Hotel Sheraton (en otro tiempo Inter-Continental) y una comida tipo buffet libre allí; además, por el muy módico precio de \$US 5.00.- se puede disponer de una habitación hasta la hora de salida hacia el aeropuerto, amén de uso de la piscina y de las dependencias en general del Hotel Sheraton. ¡Perfecto! Claro que me alquilé la habitación y que ejercí el derecho que me brindaban a la comida. ¡Perfecto! Estas líneas TACA las voy a tener en primera fila de mi atención “for further reference”. Reparo en la abultada diferencia entre el folleto turístico [por cierto, “Printed in Japan”] que conservo del Hotel El Salvador Inter-Continental de los años sesenta y la cuota de publicidad que del Hotel El Salvador Sheraton hacen elegantemente ahora por medio de una tarjeta postal en

colores [impresa por La Unión, S.A. El Salvador, C.A.] a disposición de los clientes, gratis, en los mostradores de Recepción. Es una extraordinaria lección en compendio de historia sociológica. Los panoramas reproducidos en las viñetas del folleto apuntan todos a una situación social muy típica, muy monocorde y altamente representativa de lo que debía de ser la división de clases por aquellas épocas previas a la guerra civil: Un capitalismo de élite paternalista protagonizado –ya lo dijimos– por arios, y el resto de la población dedicados a servicios. La postal publicitaria que yo vi en 1984, y a la que me refiero, de 22’5 x 10 cms., apaisada, compendia en sus distintas partes una realidad distinta. Descontando la vista preciosa de las fachadas del Sheraton con el volcán San Salvador al fondo, y que ocupa, como elemento monográfico que es, algo más de la mitad de la cartulina, el resto del mensaje se reparte en cuatro recuadros y un círculo en el centro que reúne las convergencias de sus vértices correspondientes. Los motivos son aquí muy variados, muy... digamos, democráticos: Una pareja de niños, bebiendo con pajitas del mismo coco: la panorámica de una playa; lo que queda de una pirámide; una señora india con el pecho al aire lavando ropa en una tina; y la carita sonriente de un chaval indio, Cherito, tocado de sombrero, y que es quien ocupa el redondel central...

A renglón seguido, el texto que escribí en el Hotel Sheraton, antes de partir para Tegucigalpa:

“El Salvador, 12 de julio 1984. María Eugenia, semper!

Es una creencia extendida e hincada que todos los círculos que genera el corazón humano acaban por completarse, asumidos, llevados a su más definitivo final, a su cabal término, terminados. ¿Fue alguna vez círculo María Eugenia? No lo sé. En los momentos en que esto escribo las fechas y los datos han devenido imprecisos, hasta para los desvelos míos; se saltan de piñón como deseosos de encarnar en otros éteres, en otros corazones memoriados y jóvenes. Creo que la cifra exacta de años que median entre María Eugenia y este momento son... Acaso más, porque los años escolares con sus particiones y arranques según dispositivos independientes del tiempo que medimos de manera convencional, tergiversan el recuerdo y lo dejan escurrir. Aun sin haber

descartado desde España ninguna virtualidad, lo cual me ha instado en todo caso a echar una foto de María Eugenia entre el manojito de documentos, nunca sospeché que pisaría tierra salvadoreña hasta poco antes de embarcarme en el avión de Guatemala para Tegucigalpa. Pero puesto que estoy aquí, en un “aquí” improvisado, ajeno a mi premeditación, tan sólo en alianza con el azar providente..., puesto que estoy aquí... voy a hacer por encontrarla. Desisto de cumplimentar ningún *para qué*, o muchísimo menos ningún *por qué*. No hay resorte de mi perspectiva que me proporcione respuesta lógica, válida a los ojos de nadie que no esté metido hasta el cuello en esta riada de destino. Pero sé que voy a tener tiempo, alrededor de cinco horas, para buscarla. ¿Dónde? Sólo muy imperfectamente podría contestar a esto. Guardo en la cabeza una dirección, o parte de dirección, una vez que ocurriera el naufragio de muchos papeles personales; naufragio del que muchas cosas escritas no volvieron a salir nunca jamás a flote. Tengo unas cinco horas, me digo, y puedo dar fácilmente con la dirección. Vuelvo a recordarme el comienzo, tan grato, de toda esta peripecia de mi espíritu. Es hermoso y salvaje, y destructivo y acuciante..., y todo, lo es todo, el concebir la existencia multigenérica de un país entero en razón de una sola de sus criaturas. Me voy atormentando con tragos ensalivados de dulzura y acíbar con esa idea. María Eugenia compendia egregia y aniquiladoramente todo lo que de sentido pueda tener un país para mi *aquí y ahora*. Ya en el microbús del aeropuerto a la ciudad pregunto a un pasajero por la situación del Sheraton sólo para recibir por respuesta lo que como un barrunto de sospechas había ya generado el corazón mío: El Sheraton se halla precisamente en la Colonia Escalón. ¡Oh!, ahora empiezan las previsiones y las confabulaciones, todas en cascada de signo risueño. Así no tendré que cambiar moneda, ni siquiera para el taxi. Bien. Hay que meterse de lleno en la propia turbulencia de la realidad y salir victorioso. Hemos llegado al Hotel después de un trayecto de más de 40 kms. porque este aeropuerto nuevo está endiabladamente lejos, si bien conectado por estupenda autovía. Digo que hemos llegado. En Recepción, unos minutos de trámite: Pago, me cortan media cartulina del bono, me dan la llave y subo. En mi cuarto, y

de momento, sólo lo más preciso: expeditar la vejiga, una ducha,... y a la calle. ¡Ah!, aventuro una rápida ojeada a la guía telefónica que reza ser de 1984, pero desisto pronto porque veo bastantes “Guzmanes” y pienso que de todas maneras, y por lo obvio de mi pretensión, es perder el tiempo andarse con búsquedas de nombres. A la salida del Hotel indago respecto de la dirección que voy medio recordando: Tal y tal y tal.. Sí –me dicen– pero falta algo; falta la calle. Ya. Falta la calle. Les digo que hace tiempo de todo esto y que lo único que no se me ha desvanecido es justo lo que les estoy diciendo. Venga, otra vez la guía telefónica que tiene allí a mano este empleado, coordinador de los servicios de taxi para más señas. Me reprimo, expectante, dolorido, inquieto, impaciente. Busco con desgana y al tiempo con furia entre los “Guzmanes”, y no hace mi dedo sino recorrer hacia abajo dos centímetros escasos de columna de guía... cuando exclamo: ¡Aquí está! Como un conjuro se ha injertado en mi memoria la dirección completa de María Eugenia. Hasta el nombre de su padre recuerdo también ahora: Gerardo, abogado. No hay duda. Esa es la dirección completa. El hombre me indica y yo me pongo en camino, con el corazón experimentando complejas agitaciones, muy distintas a todo, muy... como maduradas de siglos. Me pongo yo mismo a prueba y voy considerando, a golpes de pensamiento y a golpes de arteria profunda, en lucha fraternal..., me voy preguntando si conviene resucitar muertos. Pero yo no vengo a nada de ese tenor; ahora lo veo claro, lo veo todo más claro. En el supuesto de que María Eugenia no esté en casa; o en el supuesto que sea, pero que de todas formas comporte que yo no la puedo ver, tengo pensado dejarle una tarjeta con estas palabras escritas... “Me alegro de que estés viva”, sin más. No, yo no vengo a resucitar muertos, ni mucho menos superponer sobre los cuales los hipogeos, las pirámides y las mastabas de... catorce años, de quince años tal vez. Vengo porque una dialéctica confusa pero real, la mía, la única mía, que me bulle y me fecunda, que me trastorna y me asienta en mi lugar en el cosmos..., me dice que este trazado hay que cerrarlo, cerrarlo, sí, y cumplir con mi dharma inexorable. El alma a veces se adentra por pasadizos en los que la orientación se hace imposible; el

alma dispone de unas dependencias donde se confeccionan toda clase de absurdos, de pretensiones suicidas..., se asoma a unas varandas desde las que se sabe fatalmente atraída por el vértigo... Por eso vengo, por eso estoy aquí, réprobo para todo aquel que no entienda de cosas del espíritu, de la tierra y de la sangre más básicas...

Con estas divagaciones tanteo aquí y allá de la calle; avanzo y retrocedo porque esta historia de los números a veces presenta dificultades de una aparente prestidigitación. Voy hacia donde me indicó el señor del Hotel y veo que los números comienzan a subir; regreso al punto de partida y penetro en una tienda de videos. Allí un caballero maduro dirime las sugerencias de otros dos más jóvenes y menos informados y me dirige hacia el sitio de donde yo había venido. No hay duda. Es hacia allá y sólo hacia allá donde se encuentra la casa que busco. Perdón, señor coordinador de taxis, por haber puesto su competencia en entredicho. Perdón. Los diques del apasionamiento son casi siempre poco fiables cuando se trata de contener el flujo sopesado de la humana experiencia. Ya estoy definitivamente en el sitio: Pregunto:

–¿Es ésta la Avenida tal, calle tal, zona tal, número tal?

–Sí, señor.

–¿Y qué hay en este inmueble?

–La Embajada de la China Nacionalista de Taiwan ¡!

No puede ser. Vuelta a empezar. Vuelta al parto con forceps de las respuestas, de las cosas que siquiera tímidamente apunten a algo que me dé razón de *lo mío*, de mi razón de ser en San Salvador. Menos mal que el alma hispánica es pródiga en recursos improvisados y así, a retazos, a empujones, vamos enjaretando entre todos la gran comedia doliente de la vida. Un soldadito, sí, un soldadito salvadoreño que hace guardia a la puerta de la Embajada es el que parece más permeado, más socavado por la entidad del asunto que me ha traído hasta allí y que en versión concentrada estoy facilitando a mis interlocutores de ocasión. Me dicen que pregunte a los vecinos; bueno, también lo sugiero yo. Saco la foto de María Eugenia, preciosa, incorrupta, assumpta, siempre produciendo un colapso en el bolígrafo cuando de hablar de ella se

trata; cuando de describirla, sujetarla en la frente se trata; cuando se trata de tragarla y regurgitarla pecho abajo y arriba, inundante, fecundante en el tiempo...

[No sé pensar en ti: Enamorado,
dejo al posar mis labios por tu frente
que viertan como en un manso torrente
de versos tu recuerdo desatado...]

Insisto en la casa de enfrente cuya vecindad me parece la más irrefutable garantía de conocimiento de realidades tales como las que empujan a mi gemebundo y desmesurado propósito, y una doméstica, a su vez, me catapulta a la siguiente casa contigua de la misma acera. Otra doméstica me recibe, me dice que me espere y entra. A los pocos segundos aparece un señor, con cara de campesino, noble y enterado, que se me antojó que hacía de guardián mayordomo, de hombre de confianza de la mansión. No me ando por las ramas y le pregunto:

–Por favor, ¿cuántos años lleva Vd. viviendo aquí?

–Quince –me dice.

Veo el cielo abierto. Extraigo la foto de María Eugenia que llevo para la ocasión y se la enseño. La contempla poquísimos instantes, asiente con una sonrisa auto-adhesiva, auto-asumiente y me la devuelve...

–María Eugenia –asevera por todo comentario.

En trances tales el alma busca alianzas, conciliaciones, ámbitos acústicos para que su voz se injerte y se ensamble, se una a la gran hermandad solidaria que, a buen seguro, testimonia las grandes ocasiones. *María Eugenia*, nombre que en ese momento arrancó y consumió buena parte de las reservas del corazón mío. Y me contó el viejo, ya con verbo seguro y certero, cordial, que, en efecto, la casa Embajada seguía perteneciendo a María Eugenia, pero que ella ya no vivía allí obviamente, y que se la había arrendado a los chinos de Formosa. Desconocía el buen hombre si María Eugenia estaba en ese momento en San Salvador, ya que sus padres –siempre según su versión– se hallaban de viaje por Suramérica [o tal vez viviendo

permanentemente, no recuerdo el detalle] y ella se habría ido a verles. Que llevaba ya varios años casada [“ley de vida”, dejé caer yo, así como con cínico suspiro]. Como final de su asesoramiento me recomendó que volviera a la Embajada a preguntar.. [“pero.., ¿a quién? –interrumpí yo– “si eso es una Embajada” ¡..].. a preguntar a la Secretaria de la propia Embajada, ya que la dueña, o heredera, del inmueble parecía ser María Eugenia, y la dicha Secretaria debería conocer detalles sobre su casera.

Vuelta a la Embajada [Qué claro tengo ahora lo del 335, 89 Avenida Norte, Colonia Escalón], donde desafiante e inequívoca gallardea pegado en el muro grueso el número 335. Los chinos son una alhaja. Me conectan con la Secretaria administrativa por teléfono, y otra vez a contar la historia de mis tribulaciones, ahora ya con trazos más intelectuales, más modulados emocionalmente, puesto que algo me dice que la categoría resolutive de mis interlocutores va afinando en entidad. La Secretaria me dice que tiene que tomarse unos minutos para consultar, y que si por favor puedo esperarme donde estoy... allí, en el acceso al portalón del inmueble, en el control de entrada, junto a la centralita telefónica., que ella me vuelve a llamar... No faltaba más. Claro que puedo. Ya más confiado en sacar algo en limpio del asunto, me enseño de la situación y me pongo a hablar con los chinos...

–¿Conque de Pekín?... [aventuro por pura y material equivocación, ya que se me había informado antes que se trataba de los chinos insulares].. Tal vez viaje yo...

–No, no. De Pekín, no. De Taiwan!

Pues, claro, hombre. ¿Cómo no se me ha ocurrido que estos salvadoreños ultraderechistas no pueden tener relaciones con Pekín?... En esto llama la Secretaria y me comunica que cree que doña María Eugenia no está en El Salvador; pero que... ahí va el número de su teléfono, y que llame, porque la sirvienta [¿fue *sirvienta* la palabra que empleó?] me tomaría el recado. Bueno. No tengo nada que perder. Marco el número en el aparato que los soldaditos ponen a mi disposición... y espero... cuatro, cinco, seis..., hasta siete señales. Al fin alguien lo coge, voz de mujer. En efecto, se trata de la doméstica...

Doña María Eugenia está fuera de El Salvador y volverá dentro de un mes y medio... Un poco por vanidad, la doy mi nombre, sólo mi nombre: Que he estado en San Salvador, que he preguntado por María Eugenia, y que me marchó. Gracias, muchas gracias. El círculo se ha cerrado. Sin esperanzas ni rencores”.

Bonnie Davies; Lorna Griffin: Kingston, Ontario. Almudena Ameller: Montreal, Quebec. María Rosa Nieto; Paulina Machuca: Canada 1965-1971.

En Kingston, mejor dicho, en su Universidad de la Reina o Queen's University, transcurrieron mis últimos seis años académicos canadienses, y también en el continente norteamericano. Un dato elocuente para el buen entendedor: desde el mes de mayo 1971 en que salí de allí no he vuelto a poner pie en parte alguna ni del territorio de Canada ni de los USA, con la excepción pintoresca y de laboratorio de la hora de espera que hice en el aeropuerto de Anchorage, Alaska, como escala técnica del vuelo Amsterdam-Tokyo a finales de 1985. Los años de Queen's fueron sin duda los más granados, los que llevaron el peso de todas mis más maduras reflexiones y decisiones, y entre ellas, por tanto, la de si iría a permanecer indefinidamente en Canada... El tiempo, con sus recursos de oportunidad y secretismo inapelables se encargaría de poner las cosas en su sitio...

Kingston, a efectos de estas Memorias, significa el poso de lo específico canadiense en todas sus vertientes vitales, puesto que la degustación genérica y globalizada de base ya la tenía yo bien experimentada y asumida de mis dos años primeros y previos de London. Ahora, desde mi posición un poco más preeminente dentro del escalafón laboral, pues entraba como Associate Professor en Queen's, se trataba de llevar a sus más ulteriores consecuencias lo que de valor definitivo pudiera comportar Canada para mí. De momento, el trasladarme a unos 550.- kms. al este de donde antes estaba, supuso que el aeropuerto de llegada y salida a y desde Canada, dejara de ser Toronto y pasara a Montreal, a unas tres horas de coche al este de Kingston. Montreal, en la provincia de Quebec, reputada como la segunda concentración de habla francesa del mundo, después de París, era entonces lo que no ha dejado de ser nunca: Una megápolis bilingüe a la que los nacionalistas francófonos de Quebec parecen tener como de eterna reserva cuando, en razón de una pretendida diferencia lingüística y cultural, se trate de esgrimir sus monsergas separatistas.

Lo único que para mí estaba claro y que me incumbía directamente era que yo, en aquel septiembre de 1965, y antes de cumplir mis 29 años, había llegado con el notable rango de Associate Professor a Queen's University, una de las dos o tres instituciones de enseñanza e investigación superior de más prestigio de todo Canada. Siempre teniendo como inmediata referencia comparativa a la Western Ontario de London, recién abandonada por mí, el ascenso de prestigio y de empaque que comportaba Queen's se hacía visible con sólo estar unos días allí: Sin descartar referirme a todo ello en el curso ulterior de mi relato, menciono aquí que su estructura universitaria contaba con un número establecido de publicaciones de apoyo en las que se daba cuenta del desarrollo de las actividades de distinta índole y alcance: *Queen's University at Kingston: The Faculty of Arts & Science* era ya cuando llegué yo un cumplido volumen de 265 páginas informativo de todo lo que atañe a una Universidad: Órganos de Gobierno; infraestructuras; información general; admisión y tasas; descripción de los cursos; educación extramuros o a distancia; becas, premios y diplomas, subvenciones, préstamos, etc. etc. El *Calendar of the School of Graduate Studies and Research*, complemento del anterior, y en lo referido al curso 1965-66, era un atractivo volumen de 165 páginas, y si para la Licenciatura o B.A., la titulación de nuestro Departamento era oficialmente "Spanish and Italian Languages and Literature", en lo que respecta al nivel graduado tan sólo existía un programa de "Spanish Language and Literature". Asimismo Queen's University publicaba un *Report of the Principal...to the Board of Trustees* que por lo que se refiere a mi primer curso de estancia 1965-1966 comportó un volumen de 219 páginas, dando pelos y señales de las realizaciones dignas de tenerse en cuenta durante dicho año académico. La revista *Queen's Quarterly*, en existencia desde 1907, gozaba de una sostenida y sólida reputación. El *Queen's Journal*, rotativo bi-semanal publicado durante cada curso académico por la Sociedad Alma Mater de Queen's, y dirigido sobre todo al personal –docente, discente, administrativo y de servicios– de la Universidad. Esto, sin contar otras publicaciones u órganos de expresión de ciertos estamentos, como el semanario

Golden Words, a cargo de la Sociedad de Ingeniería de Queen's; o *The Queen's University Alumni Review*, cuyo ejemplar número 5 del volumen 41, correspondiente a septiembre-octubre 1967, consta en mi poder como única muestra. Y ya por último, que yo sepa y recuerde, el boletín mensual *Campus*, reflejando las noticias académicas tenidas como más representativas...

Sirvan estas menciones como refrendo documental de la alta valoración que, siempre y sobre todo, respecto de Western Ontario, se otorgaba a Queen's. Como acaso haya adelantado en mi anterior viñeta sobre mis dos primeros años en Canada, y como necesariamente habrá de predicarse conforme a la dinámica de los acontecimientos por referir, Kingston era –y creo que sigue siendo, después de tantos años, ahora, hoy mismo en que escribo esto– uno de los reductos más enquistados y más sólidamente establecidos de un conservadurismo a ultranza. La ciudad, de tan sólo unos 75,000 habitantes, blasonaba, en primer y casi exclusivo lugar, de su Universidad, notoria, ya dijimos, por el alto standard de su prestigio, y por lo restrictivo de sus planteamientos respecto de una eventual masificación. Con sus poco más de cinco mil estudiantes cuando llegué yo, se jactaba de sacrificar a la calidad de sus productos, otros cebos de significación más dudosa aunque de rendimiento más inmediato...

El profesor Harry Hilborn, director de nuestro Departamento, y que por estar en los sesenta y cinco años ejercía su último curso a pleno rendimiento, “in full standing”, dentro del “teaching staff”, me ofreció el puesto de [don] en uno de los dormitorios de chicos, cercano al Kingston Hall, o también llamado New Arts Building, donde tenía su sede nuestro Departamento. ¿Qué era eso de [don] ? Pues ni más ni menos que una especie de supervisor o tutor, con obligaciones bastante llevaderas de... eso, de servir de elemento visible de lo que pudiera entenderse por... orden, disciplina, representación de lo universitario, etc. A cambio de ello, la Universidad le concedía a uno un apartamento completo de dos habitaciones, gratis. Con el tiempo, y después de haber ido a una de aquellas viviendas [precisamente la que me habría correspondido a mí] ocupada entonces por un joven profesor del

Departamento de Lingüística inglesa, me dí cuenta de que no estaba mal el negocio..., nada mal. Pero en el momento de la propuesta, nada más llegar a Kingston, sin ninguna otra referencia comparativa del ambiente local y futuro, sentí que mi independencia quedaría truncada en una buena parte, si no en toda..., y decliné. En realidad, vamos a decirlo claro, el único y suficiente horror que pensaba yo que tendría que llevar consigo la aceptación de tal acuerdo, era el de que no podría yo tener compañía femenina en dicho apartamento del Campus..., o que, si teniéndola, los normales menesteres a celebrar podrían verse torpedeados..., etc., etc. La representación mental de tales contingencias, futuribles o no, me enfrió las ganas... y decliné! Eso de estar en el Campus, trabajar en el Campus, vivir en el Campus, y seguir en el Campus... me parecía mucho. Así que... decliné, y busqué mi independencia en la modalidad de una habitación de Hotel céntrico que admitiera clientes en régimen todo lo estable que permitiera conjeturar la humana condición, pagadera en mensualidades globales, negociables y flexibles...

Todo ello, o lo que más se acercaba a mis expectativas, lo encontré en el Shamrock Hotel, de 671 Princess St., en cuya habitación 45 estuve alojado los seis enteros y consecutivos cursos académicos de mi estancia en Kingston. Aunque será inevitable referirse a ello, aquí y entonces, dondequiera que la semblanza de la narración lo exija, no puedo sustraerme a una suerte de anticipo de aquiescencia y aplauso que desde siempre he dedicado a ciertos aspectos de la praxis norteamericana. Uno de ellos, por aproximación al tema de mi alojamiento, es el del Motel. Nada más funcional, más operativo y en línea con las necesidades del hombre moderno que tiene en el automóvil una suerte de prolongación ejecutiva, su inevitable camarada de andanzas. Por cualquier carretera del país es prácticamente imposible no encontrarse, a una distancia prudencial de la calzada y del arcén, con el oportuno Motel de turno, previsto y calculado para que el viajero halle su inmediato acomodo con un mínimo tan mínimo de formalidades que a veces ni el nombre de tales puede aplicárseles. No son pocos los establecimientos en los que el cliente, si llega a recepción

de madrugada, rellena la ficha correspondiente y deja el importe de la noche sin más trámite. El sentido cívico que ciertos países instrumentan respecto también de ciertos aspectos de la convivencia y del confort es sencillamente asombroso.

Siempre instalados en 1965, otra cuestión que generaba un impacto de encendida emulación en quien como yo provenía de una nación todavía desperezándose por las primeras gradas del desarrollo... era el servicio telefónico. Nada más llegar al Shamrock requerí a la compañía Bell para que me instalara un aparato en mi habitación con su número privado correspondiente, y a las 48 horas ya estaba mi flamante teléfono allí en la mesilla de noche. Dicha facilidad operativa viene propiciada por una infraestructura de previsión que en el supuesto que nos ocupa no era otra sino que el Hotel Shamrock, y supongo que todos los demás, contaban con una instalación ya preparada: Mediante un simple enchufado del aparato a la red general, uno de cuyos terminales correspondía a mi habitación, ya estaba el teléfono en marcha con todas las consecuencias. En el momento de salir de Kingston antes de cada verano, sólo tenía que informar a la compañía, la cual, al día siguiente de marcharme ya enviaba a un empleado a recoger el aparato. La factura de los días de mensualidad pendiente los satisfacía al regresar cada septiembre siguiente, y era entonces cuando volvían a instalarme otro teléfono y otro número. Los inconvenientes, de querer uno considerarlos así, eran que yo nunca aparecía en las guías oficiales; y que todos los años mi número era distinto, lo cual, bien mirado, no dejaba de tener otras ventajas.

Al tiempo que regresé a London a recoger pertenencias, me alquilé un coche Ford, automático, perteneciente a la misma empresa que me había alquilado los dos primeros Chevrolet. Bueno, no tuve mucha suerte con el coche: estaba no tan en boyantes condiciones como yo pensaba, y consumía más gasolina de la que yo había previsto. No volví a repetir la experiencia de los coches automáticos. Los siguientes cuatro años estuve usando coches de la marca Rambler, de la empresa Amey's Motors, de Kingston. El último año prescindí hasta de coche. Lo único que quiero significar con estos datos malos y acaso ya sabidos

por algunos de mis lectores, es que la modalidad de alquilar ciertas comodidades, como el alojamiento en Hotel, y la disposición de un automóvil, me han acompañado buena parte de mi vida.

El despacho que en la Universidad había heredado de mi antecesor Prof. Fox [que ahora, quiero decir, durante ese curso 1965-1966, estaba en España disfrutando de un [sabbatical] y soltándose en el español hablado] era bueno, espacioso, y daba por su única ventana exterior a University Avenue. Kingston Hall, sede de nuestro Departamento, era un edificio antiguo, estilo neo-gótico, que sin embargo había experimentado remodelaciones y puestas a punto con arreglo a las exigencias de la moderna funcionalidad. A mí me encantaba, lo mismo que me suelen encantar los edificios sólidos y antiguos: éste, porque tenía los techos altos, los muros gruesos y los pasillos anchos. Por su parte Sur, Kingston Hall se continuaba con un extenso prado que, para más especificación, servía de campo de fútbol, flanqueado por robustos y copudos robles, y éstos poblados de juguetonas ardillas. Un poco más abajo, siempre hacia el Sur, siguiendo la Lower University Avenue, y cortando la King St. West, se topaba uno ya con el lago Ontario. Precisamente, en lugares próximos a aquellos alrededores, se encontraba algún que otro [parking] recoleto o carretera muerta donde los jóvenes y los no tan jóvenes íbamos a celebrar las primeras parlamentaciones en el camino de la intimidad, compartiendo nuestra rijosidad tan sólo con el rielar cómplice de las aguas del lago.

Mi trabajo profesional, bien. Me enfrentaba a nuevos retos, a tener que disertar sobre algún aspecto poco transitado de la Literatura española; pero mis cuatro cursos previos de rodaje habían operado en progresión geométrica como una gigantesca instancia captadora de competencia, [savoir faire] o [know how] . La primera materia con la que me enfrenté, a nivel de cuarto curso, fue “Poesía y drama del Siglo de Oro”. Allí caí bien: se dieron cuenta de que era un peso pesado en ciertos campos, sobre los que la más supuesta granada suficiencia de cualesquiera de los nativos que me hubieran antecedido en su enseñanza, tenían necesariamente que parecerles menesteres de

aficionados novicios. La facundia abundosa de rigor y datos que yo les proporcionaba no dejaba lugar a dudas. Pero vayamos por partes ya....

Fue en aquella primera clase y nada más llegar donde y cuando puse la primera piedra de lo que a poco tiempo sería mi catedral de intimidad con Bonnie Davis, la chica que con más justicia se hace cargo del título de este capítulo. El aula disponía de una amplia mesa ovalada en el centro, circundada de sillas. Yo, ocupando una de las cabeceras, permanecía de pie, y los doce o catorce alumnos de aquella clase [selectiva, como dije, ya de cuarto curso] quedaban sentados flanqueando la elipse de la mesa. En clase Bonnie era recatada, lo cual no fue óbice para que el primer mensaje entre nosotros viniera de ella. Reía mis gracias, mis ocurrencias intelectuales, con recato, pero con conocimiento, como sabiendo a qué atenerse. Llevaba gafas y tenía el cutis de la cara un poquito como estropeado, como picado... ¿de viruela? No sé. El conjunto era altamente agradable. Y a todo eso, a las primeras rondas de fijación me percaté de que tenía un chasis sólido, la morbidez de cuya mostración ni aun la normal indumentaria otoñal de jersey gordo y chaqueta podía amortiguar. Andaba con un leve arqueado de caderas,... no, no acierto a captarlo..., con un suave alabeo de reciedumbre que transfería a cada paso suyo que daba una sustentación añadida, una rotundidad de equilibrio y determinación. Castaña, ojos marrones, verdecitos acaso, pelo corto, quiero decir, clásico, hasta los hombros. De una feminidad sobria, elemental, reciamente armónica, todo al mismo tiempo, dentro de su ajustada y proporcionada corpulencia. Yo le caí bien de entrada..., claro..., y...

Debió de ser un día sábado, por la mañana. Yo estaba en el despacho, y sin poder recordar ahora, el caso es que yo tenía su teléfono... Tuvimos que intercambiar esa primera información en alguna prolongación de la clase en los pasillos; o que ella se pasara por mi despacho... cosas perfectamente en regla... Bonnie vivía, bueno, se hospedaba muy cerca del Campus, en una casa particular en que los dueños habían alquilado todo el primer piso. Bonnie, en su momento lo supe, ocupaba una de las habitaciones, con derecho a una cocinita independiente allí dentro para preparar algo sencillo; y a cuarto de baño

compartido con otra inquilina también del primer piso. Bonnie era natural de Cornwall, a dos terceras partes de camino entre Kingston y Montreal, y puesto que allí estaban sus padres, ella se escapaba alguna vez, las menos, a verles. Estos contactos, infrecuentes a partir de la mayoría de edad, se consideraban no como desapego, sino como signo propio de la dinámica propiciada por la independencia que todo miembro de familia se planteaba como meta...

Bonnie se encontraba en casa cuando la llamé, y su contestación me sonó a como si hubiera estado esperando mi llamada desde el principio, desde todo el tiempo... En nuestras sucesivas citas recorrí con ella los restaurantes de las afueras de Kingston: Aquél de los hermanos griegos, creo que en Amherstview, donde todavía se podía pedir alguna botella de Chianti, o de vino francés de mesa, corriente pero bueno, como Macon o Beaujolais, por \$4.00.- Allí solía llevar yo a mis amistades. Era un sitio muy agradable, fuera del tráfico de la ciudad, y propiciaba ese desmarque de holgura, esa concesión permisiva entre el final de la cena y la llegada a casa. Había otro, “The Buccaneer”, en la carretera de Harrowsmith, al NO de Kingston, cuyos precios, normalmente competitivos, estaban enunciados y adaptados en divisa antigua, [doblones[, [libras[, etc. muy de acuerdo al espíritu de piratería y de filibusterismo del que el propio nombre del restaurante era una buena réplica. Estaba, en fin, y sobre todo, el [Steak House[de la Bath Road, en el que los fines de semana actuaba la orquestina de Tony Frazão, un portugués de Azores, empleado también en la Douglas Library de Queen’s. Tony interpretaba el órgano eléctrico, y aunque su repertorio no era muy amplio, sí de sobra sugestivo para darle al restaurante un valor añadido de atracción y reclamo. Precisamente los viernes por la noche solía acudir a cenar un señor algo petulante, vestido invariablemente de azul marino oscuro, y que con su mujer bailaba en exclusiva una especialidad de tango pachanguero que Tony martilleaba mediante percusiones y pulsaciones al teclado del aparato. El tal prójimo ya iba preparado a que le dejaran la pista para él solo, y los demás recibíamos un señalado placer de contemplar gratis el [show[. La señora vestía, invariablemente

también, de negro, y tenían pinta, ambos, como de [tycoons[de vía estrecha, algo aburridos. Entre un público de legos, supongo que ellos eran conscientes de la maestría de su exhibición, aunque a mí me parecían amanerados, de pacotilla, como casi todo lo que en Norteamérica tiene pretensiones de originalidad, por desconocimiento de las fuentes. La evolución de sus pasos era idéntica, semana tras semana: Los resoplidos, los abandonos como de desvanecimiento de la mujer cuando su pareja en la vuelta o revirar preceptivo hacía como que aflojaba más y más su brazo... hasta dejar que ella, en su tronchamiento, rozara el suelo con la cabellera... En definitiva, un rollo macabeo si de calificar el mérito artístico se tratara, pero un inmejorable espectáculo. Una de aquellas veladas le pregunté al sujeto éste que de dónde era: "I'm an American" -[de USA, hay que entender] me dijo muy recio, con un toque de indiscutible vanagloria. Como si los de Canadá, o los de la Patagonia no lo fueran..., pensé yo. Algunas veces, con el permiso expreso de Tony, aprovechando algún ritmo que a mí me pareciera hacedero, era yo el que enredaba con las maracas. Normalmente se producía una síncopa entre el ritmo interior que yo percibía como válido y la ejecución de los músicos. Lo cual, a efectos de instancia bailable sin duda era lo correcto, pero a mí me parecía ir por otro lado. Hice un par de intentos y abandoné por no poner a Tony en un compromiso...

Bonnie tenía un ascendiente familiar algo rústico, y estas finezas mías al alcance de su degustación la llenaban por completo. Desde luego que habíamos conectado, y ella reía mis gracias, mis impertinentes ocurrencias. Con ocasión de vernos sentados a la mesa de alguno de los restaurantes referidos, u otros, yo le servía de diversión moneando, jugando a equilibrios con los cubiertos, intentando sostener una cuchara en el filo de un cuchillo, y quedarme a ver la cara, la expresión de sorpresa que ponía la camarera de turno. Cuando alguno de mis platos o postres favoritos no se hallaban en existencia en ese momento, yo solía exteriorizar mi mal humor profiriendo expresiones en español en las que, ineludiblemente, se destacaba la palabra *puta* en alguna de sus modalidades y acepciones, y dentro siempre del

epifonema final de la frase. Bonnie se deleitaba con mi salvajismo carpetovetónico y hasta, a guisa de refrendo, compaginaba su poco español hablado con mis propias expresiones... Sí, desde luego que mis cosas le hacían gracia, la admiraban, la enaltecían. Un día, bien lo recuerdo, estábamos bailando en la [Steak House] y se me ocurrió a mí hacer un comentario en el sentido de especular sobre si hubiere algo..., algo sobre el ambiente, sobre la calidad de la velada, sobre la propia condición de nuestra personalidad que fuese oportuno mejorar, acicalar más... yo qué sé... y ella, echando hacia atrás un poco su bella y noble cabeza, dejando deslizar su mano por las estribaciones de mi cogote, me dijo: “I’m a girl on the top of the world”. Elocuente y singular piropo a mis atenciones y habilidades.

A mis 29 años y con los trajes a medida que cada verano me solía confeccionar Ramón Naz, sastre de mi padre asimismo, yo bien podía pasar por ser uno de los ciudadanos mejor vestidos de todo Canadá. Podía, sí, permitirme el lujo de ir cada día a clase, de lunes a viernes, con un traje distinto y nuevo. La hora del café o té, a media mañana, en el Staff Lounge de Kingston Hall, a veces producía una inconsciente y nunca deseada perturbación por la vestimenta impecable, por los ternos planchados, elegantes y pulquérrimos en los que yo aparecía enfundado; sobre todo, por comparación inevitable con el atuendo de pelliza y botas, pantalones acordeonados, cuando no sucios, etc. de la mayoría de los otros profesores... Ramón Naz, siempre que iba a verle y a encargarle un traje, me decía... “Venga, Tomasito, te tienes que hacer dos...”... y la verdad era que... ya puestos...

Si Bonnie y yo nos conocimos íntimamente por primera vez en mi Hotel o en su habitación [“Would you like to come up to my room?” –diría ella a partir de entonces], no lo recuerdo. De lo que sí puedo dar fe es de que poseía uno de los cuerpos más bellamente plenos, más apretadamente rotundos. Unos senos de locura. A fuerza de compartir con ella ratos y ratos de laxitud conversacional, y sin que yo construyera ningún cerco de preguntas, por supuesto, Bonnie me dejó inferir que desde su primera experiencia [con un alemán, precisamente en España, durante un viaje en coche con otras amigas por algunos

países de Europa, Francia sobre todo, el año anterior, el curso [junior[suyo]... desde eso y excepto eso.. su personal y circunstancial código estético no la había propiciado relaciones “all the way” con varón. Como digo, una locura de cuerpo; un prodigio de vigor armónico, salúfero y compacto. Poseía una cuidada exquisitez cuando, al percibir nuestras cataratas de besos aproximándose, se quitaba las gafas al tiempo que me miraba, anunciándome una sonrisa reveladora mediante un conato de sesgo de labios. Cuando la besaba, Bonnie se concedía su tiempo, me escarbaba con sus manos la cabeza, el cuello y la espalda, hasta que, conseguido el acople, lo único que hacía era apretar y restregar. Una locura de cuerpo, y un portento de discreción y de recato aquella criatura. Una vez [yo creo que llevando a la cota máxima los resortes de su feminidad] se puso una combinación o [slip] con terminales bordados, pensando que ello me enardecería. Después de despojarse de lo de arriba, y antes de proceder a todo lo demás, probablemente ante mi forma de mirarla, con ademán, con gesto como transido de razón, me dijo: “Don’t you like it?”. Estoy convencido que aquella prenda había sido adquirida para esmaltar y enaltecer su lance amoroso conmigo. En cosas así, aquella gente de costumbres recias y elementales, distaba años luz de la vieja Europa, mucho más vapuleada por sofisticaciones y ringorrangos. Aquel despliegue atesorado y recoleto de ropa interior de Bonnie para mí tenía el sello de una especialidad original, y hubiera sido una impertinencia por parte mía no haber celebrado semejante obsequio de intimidad. Otra vez se puso un sujetador blanco, calado, supongo que muy [sexy] : Estoy seguro de que lo había adquirido para *mi* ocasión...

Eso, por lo que se refiere a mi primer curso 1965-1966, y último de su B.A. Honors, de cuatro años. Todo el curso siguiente Bonnie residió en Toronto donde se especializaba en no sé qué aspectos de Metodología de la Enseñanza y/o Comunicación. Tres fueron las ocasiones en que coincidimos, todas ellas bien distintas. La primera fue que, aprovechando una reunión de parte del mundo hispánico en la University of Western Ontario, de London, mi anterior patrona, la recogí en su piso y así tuve ocasión de participarle algo de lo que había

sido mi bío-topo los dos años anteriores. Pasamos la noche en un bello motel, de habitaciones independientes pero intercomunicadas. Jamás olvidaré sus palabras en español de ánimo que me dedicó, cuando al levantarme yo primero, e ir a su cama, no encontraba el engarce adecuado para... “Hombre, decidete” -me dijo. Un encanto, sí; una reciedumbre de criatura. En el segundo trimestre de ese mismo curso 1966-67, o sea, en pleno invierno de 1967, Bonnie había venido un viernes de Cornwall, de casa de sus padres, a Kingston para pasar ese día por lo menos conmigo, y asistir por la noche a una charanga de esas con música de [brass band] o tambores huecos de hojalata, ambiente bullanguero y colorista de las West Indies, sobre todo en razón del contingente elevado de estudiantes de Trinidad, Jamaica, Tobago, Barbados, etc. Era, como digo, un viernes por la tarde, y hallándome yo en mi despacho de la Universidad recibo un telefonazo de Bonnie concretándose su localización en la Princess Street, a la altura de tal edificio, junto a la cabina telefónica. Le dije que me esperase, que iba flechado a recogerla. El día estaba infernal. Había caído una buena nevada, y el viento racheado, eso que se entiende como “wind chill factor” [factor o componente enfriador en razón del viento] empeoraba las cosas. Salí disparado del despacho, la encontré en el sitio indicado, y nos fuimos a mi habitación del Shamrock... Bonnie me dijo que yo era un “fairly good lover”..., ella sabría. Desde luego, abrigaba esperanzas potenciales de que yo me enamorase de ella; quiero decir, de que yo alcanzase un estado de ánimo tal como para propiciarme y conducirme a la realización de lo que, sin lugar a dudas, se hubiera entendido como socialmente, mayoritariamente, e institucionalmente deseable..., sobre todo en Canada, para la mentalidad canadiense y a la mayor gloria de su sistema de convivencia... Porque enamorado, a mi manera, yo lo estaba de Bonnie... a mi manera, claro, no a la suya. Unos meses más tarde, aprovechando que yo tenía que hacer una gestión en la Universidad de Toronto, terminada ésta, me pasé a verla, por la tarde ya, a su pisito. La noté algo más distante, más reticente, más a la defensiva: “Have you come to see me *just* for sex?” –me dijo. Pasamos el resto de la tarde en un tono de discreta urbanidad, y hasta fuimos a

ver la película [Georgie Girl] en la que el veterano James Mason, si mal no recuerdo, formaba pareja, como amante o pretendiente, de una chica joven...

Y bueno..., ya durante el curso 1967-1968, tercero de los míos en Queen's, supe que Bonnie estaba terminando en Ottawa los estudios o especialidad que se traía entre manos. Ignoro a través de qué canales me hice con su dirección. No descarto ni siquiera que yo hubiera dado un telefonazo a su familia de Cornwall..., no sé. El caso es que, una de las veces en que me encontraba en Ottawa, en cuya Universidad Carleton, más que nada, trabajaba un buen número de hispanicos, conocidos míos..., me dejé caer por la dirección de Bonnie, con la vaga presunción de que pudiera encontrarse en casa y... no se sabe nunca! No, no estaba en su apartamento. Le dejé una nota, una cartita más bien, y me marché. A los pocos días recibí en Kingston una especie de postal..., o cartulina, de Bonnie en la que, de forma tan envidiablemente tajante, tan lacónica y elocuentemente anglosajona, me decía que nuestra incumbencia [la suya y la mía, para entendernos] estaba por su parte liquidada, y que todo su tiempo libre se lo dedicaba por entero a su [fiancé] ... Hubiera sido, acaso, una buena esposa, pero ése es precisamente el problema, que el mundo está lleno de posibles buenas esposas... Curioso: jamás le pedí una foto suya a Bonnie..., no era mujer de dar ni de pedir fotos. Pero la textura animada de su rostro, el dintorno proyectivo de su gesto, no se me han desdibujado en un punto...

La vida académica en Queen's iba sobre ruedas. Lo más reseñable del año 1966 fue la carta "personal y confidencial" que recibí del Rector [Principal, aquí] de la Universidad, con fecha de 21 de enero. Dice así: "Por recomendación del Sr. Decano Harrower y del Dr. Hilborn, me es grato confirmarle de nuevo como Profesor Agregado del Departamento de Español, a partir del 1 de septiembre de 1966, con un sueldo anual fijo para el curso 1966-1967 de \$10.000.- Tengo entendido que su trabajo ha sido altamente satisfactorio, y por lo tanto su contrato se considerará en periodo de pruebas tan sólo un año más". Bueno. No lo estaría haciendo tan mal, dije yo. Y la verdad era que me lo tomé muy, pero que muy en serio; más que nada los tres primeros años, en

que desplegué todo el empuje, toda la dedicación, que necesariamente tenían que comportar mi más inequívoco reconocimiento. Sin dejar ni mucho menos exhaustivo el tema puedo comenzar citando que ese mismo año natural de 1966, en verano y en mi ausencia, un colega leyó el trabajo mío “El Burlador de Sevilla, héroe anti-convencional” para el Tercer Congreso de la Asociación Canadiense de Hispanistas, celebrado en Bishop’s University, de Sherbrooke, Quebec. El día 1 de junio, en la Sala [Vicente Tosca] de Alcalá de Henares [fundada, organizada, y sostenida por el filósofo filipense Ausencio Rodríguez García, C.O.] pronunció la conferencia “Norteamérica: Vida y doctrina”. Acababa de culminar mi primer año académico entero, mi primera prueba de competencia, y como bien expresaba la carta del Rector, continuaba yo bajo el fuego cruzado de todos los estamentos de Queen’s, de quienes dependía mi aceptación por la puerta grande o mi despido... Y a partir de septiembre 1966 comencé a darle duro. El curso graduado sobre “Desarrollo del teatro español desde sus orígenes hasta Lope de Vega” me tuvo entretenido a fondo, porque aquellos autores medievales eran cosa bastante rara en los círculos habituales de literatura. Las empolladuras que me pegaba yo eran épicas, pero conseguí hacerme con un conjunto documental y bibliográfico de cierta entidad, además, claro, de leerme las obras originales y de confeccionar sobre cada una de ellas un resumen o “abstract”. El año natural completo de 1967 fue, posiblemente, el más intenso y más poblado de realizaciones, de sucesos, de logros y de pérdidas. De entrada... y en la temprana fecha del 22 de febrero, el mismo Rector o Principal del año anterior me comunica “personal y confidencialmente” lo que sigue: “Se le designa como Profesor Agregado del Depto...,... a partir del 1 de septiembre 1967, con un sueldo anual, fijo para el curso próximo, de \$12,600.- Su puesto ya no será interino sino en propiedad”. Las palabras claves del texto inglés eran “permanent appointment, with tenure”. Sería sólo andando el tiempo y a la luz de severas restricciones en los presupuestos dedicados a la potenciación de algunos estudios universitarios en Canada, cuando yo me percataría del seguro de vida

que llevaba consigo aquella carta de renovación, fijación, y garantía de contrato...

El caso era también que unos días antes, el 8 del mismo mes de febrero, había recibido la siguiente carta del Department of State, Bureau of Educational and Cultural Affairs, de Washington:

“Estimado Dr. Ramos: Le expresamos nuestro más profundo agradecimiento por la ayuda que nos prestó recientemente al entrevistarse con Jesús Antonio del Moral, el estudiante de 14 años del Regiopolis College. Le quedamos muy reconocidos por el tiempo que dedicó a este asunto; por su cordial comprensión de la situación del muchacho, y por la perspicaz valoración de su personalidad.

El informe que, a continuación de su charla con Jesús Antonio, facilitó Vd. a Mr. Edmund da Silveira, funcionario de mi cuerpo administrativo que se hizo cargo del caso, hizo posible que le recomendáramos la pauta adecuada al padre del chico a través de nuestra Embajada en Caracas. Asimismo, como resultado de su informe, confeccionamos una lista tanto de centros educativos como de servicios de consejería en los USA que facilitarán el acomodo del joven en un colegio de los USA, si así lo desea su padre. En suma, la colaboración de Vd. ha sido de gran valor.

Con nuestra más alta estima
Julián J. Nugent, Jr. Director
Negociado de Programas Interamericanos”.

¿Pero qué era todo esto? Sí, hombre, ya lo recuerdo. Como explica en buena parte la carta, me habían comunicado por teléfono desde Washington, y por las personas responsables de la gestión que fueren, el ruego de que me acercara a visitar a este chico, Jesús Antonio del Moral, hijo de diplomático, y que a la sazón se encontraba en el centro educativo Regiopolis College, en Kingston. Según todos los indicios, el chaval había exteriorizado un desajuste, un rechazo, y una

falta de integración con la atmósfera cultural y convivencial del centro, que parecía traducirse en una conducta poco comunicativa, y más bien en un entristecimiento progresivo de su carácter... A través de qué canales se informaron de que un español, yo, trabajaba en Queen's..., etc. etc... no tengo idea. Pero es el caso, siempre una vez más, que me localizaron; que me pidieron este servicio, y que yo, con mucho gusto, por pura solidaridad, y con carácter absolutamente gratuito, me ofrecí a poner de mi parte lo que fuere. Recuerdo que fui al Regiopolis College a ver al chaval, sinceré con el, ... eso, un muchacho de 14 años que se fue soltando más y más a medida que comprobaba, en sus entendederas, que mi filosofía era vivir y dejar vivir... Charlamos de cosas, de Venezuela, de la nieve, del Arauca vibrador... yo qué sé... y percibí que la criatura recibió una inyección de ánimo, de compañerismo, de empatía, de hispanismo solidario. ¿Yo metido a psicólogo y a buceador en las interioridades emocionales de los demás? ¡Qué va, ni mucho menos! Aquello lo veía un ciego... Se trataba, pensé, de que el chico no tenía amistades, estaba hasta los huevos de nieve, se le caía encima la estructura convivencial y ambiental de aquel sitio, etc. etc. No sé lo que puse en mi informe, pero algo de sentido común sí debí de decir a tenor de la carta de agradecimiento que he traducido sin pretensiones. Ésta y la otra de East Lansing, como traductor consecutivo-simultáneo en el juicio por la pelea de dos mejicanos, fueron mis dos grandes prestaciones, *siempre gratis*, al Tío Sam.

Creo que fue ese mismo año de 1967, en verano [lástima que con la continua zarabanda de viajes me hayan naufragado tantos papeles!] cuando fui objeto de otro requerimiento singular. Esta vez la cosa venía del Ministerio de Asuntos Exteriores canadiense, en Ottawa. Se trataba de que, habiéndose convocado un concurso-oposición para traductor oficial de inglés y de francés, uno de los opositores, ciudadano francés, se encontraba en Europa y le era operativamente imposible acudir a Ottawa para tomar parte en las pruebas o examen para tal efecto. Lo mismo de antes: nunca sabré a través de qué instancias el Department of External Affairs se enteró de mi existencia y de mi calidad de profesor con rango superior o [senior] acreditado de

Queen's University. En suma, también: Me enviaron los documentos requeridos y el texto del examen para que en tal fecha y a tal hora se lo administrara al candidato en cuestión, previamente informado por Canada de la personalidad mía, y de la capacidad que se me había conferido. Bien recuerdo que celebramos la prueba en una de las aulas del Colegio Santo Tomás de Aquino, de Alcalá de Henares; que al final del tiempo concedido para el desarrollo del examen guardé los papeles, sellé el sobre y lo envié al lugar estipulado conforme a las instrucciones detalladas; y que al cabo de unas semanas, por mi labor de responsable garante de la legitimidad absoluta de la prueba llevada a cabo por el candidato a traductor oficial..., etc. etc... recibí la llamativa cantidad de \$20.- [Al cabo del tiempo, y a través de amistades comunes, me enteraron de que nuestro francés ganó la plaza de traductor a la que había concursado; y que un par de años más tarde había cambiado de trabajo]. Más de una vez he traído a la memoria mía estos casos que acabo de referir como ilustradores, a primera vista, de una forma desmesuradamente minuciosa y engorrosa de hacer las cosas para la concepción de un hispánico, por ejemplo; pero que a poco de quedarse reposada en los niveles justos de perspectiva, no hacen más que predicar y ratificar el magnífico orden institucional, el sólido sistema operativo que la cosmovisión anglosajona comporta...

Bueno, me quedé diciendo que el año 1967 había sido frondoso de aconteceres: Por medio de un concesionario oficial, radicado en Kingston, había yo encargado un coche Mercedes 200-D, mi primero de dicha marca, para su recogida por mí en Stuttgart, en la propia fábrica de Sindelfingen. De momento, hice un vuelo precioso de Montreal a Glasgow, con la BOAC, con la gratificación subitáneamente añadida de que una de las azafatas, Miss Shannon, me propició este poema de 158 versos que fui confeccionando durante la travesía:

MISS SHANNON

Fronteras de fluido. Por los puntos
cardinales que están a nuestro alcance

derrumba la esperanza un nuevo gesto.
Cuatro nombres de amor, cuatro azafatas
están una vez más –tántas, tantísimas–
negándome el descanso en cuerpo y alma;
cuatro nombres penúltimos, cualquiera
de los cuatro pidiendo el teorema
de una búsqueda ingrata, de un fracaso.
Pensamos: “¿Y el vivir de esta criatura
no se harta de altura, de anhelantes
pináculos de voz y de sonrisas?”
No se harta la voz que dicta versos
al generoso oído; no se cansa
la sombra de esta ave en blusa blanca
de enterrar mi recuerdo melancólico.
Blusa blanca rosándose en el fondo
donde un aroma cálido se anuncia
en promesa de carne y de delirio.
Blusa en comba, rodando a plenitudes
de coluro o de intrépida parábola.
Por los hombros descienden los plisados
en un inacabable afán moroso.
Desde el cuello prospera una caída
que separa el sentido en dos mitades.
Broches blandos de nácar a ambos lados
precisan el ajuste por si acaso
la vena de lo incierto desatase
los límites que el hombre no ha surcado.
La falda azul, austera, recogida
por un pliegue que cierra las compuertas
a la ciega riada del deseo
remata por lo hondo en dos ramales
de armonía viviente. Hacia la base
que soporta el total del albo tallo
un juego giratorio de tobillos

renueva la pantalla de mis ojos.
Y la piel, como tímida envoltura,
rendida de acallar tesoros mudos.
Os digo que es inútil oponerse
a la tibia embestida de esta rosa
que hiera con un golpe de perfume;
que el destino resiste la emboscada
del cauce que desvía los peligros.
Nunca he visto una aurora más temprana
que al borde de esta virgen. Nunca vienen
las desgracias del tiempo y la belleza
solitarias, que llegan en cadena.
Miss Shannon, tú te llamas como el río
que cruzaba al azar por mi memoria
cuando araba tu paso en tierra estéril.
Tú has pasado también, eternizándote,
en el solo meandro de mi alma.
Sospechaba que tú eras la elegida
en el puro acertijo de este vuelo,
y viniste una vez, y al poco tiempo
redoblaba tu furia en mi rompiente.
Yo inerme ante la fiera acometida,
maniatado en el hueco de un pasaje
de gran economía, en la estrechura
del asiento y la charla del vecino.
Y estás en todo frente, en el asalto
a sonrisa calada en mi albedrío;
también en el del cambio de moneda
si se trata de dar falsa alegría.
Vas y vienes, repasas incesante
el pasillo al que vierto mis palabras,
donde acecho a la pieza concluyente
de esta caza de espera y de esperanza.
Asomándome a ti contemplo el vasto

panorama de albas y de ocasos,
el posible destino de los hombres
que viven aunque sea a media marcha.
La última en posarte y ya has varado
las naves de los cinco continentes,
sembrando una tragedia en cada norte.
Y tu cuerpo transcurre igual que antes,
parece que una savia denodada
fecunda incontenible tus supuestos;
que se acerca y te alcanza, enloquecida,
el alma de las cosas, su violencia.
Amanece entre medias de los cielos
y en las alas rebotan las palomas
que pudieran traernos paz y arrullo.
Tú, al contrario, propones un aumento
del programa de vida, un abandono
de los frutos logrados en la historia.
Dejaría por ti todo lo antiguo
sin pensar en el arrepentimiento.
Tú no sabes, amor, tú no has sabido
que en este juego fiel de muerte y vida
estamos condenados a lo último,
a la última palabra, a que entreguemos
entero el patrimonio y no remuerda.
Por eso en algún filo de los astros
tendrá que reflejarse este espejeo
que tu frente presenta al choque mío;
esta enorme tristeza de encontrarte
y saber que el camino se bifurca.
Si tan sólo –decimos– el poema
preservara del tiempo este milagro.
Si en el frágil archivo de los siglos
tuviera este arrebatado sitio y hora
y abrazásemos, pleno, el ser de algo...

Te quiero ya tan dentro que las fauces
del tiempo van borrando los rigores
de los datos vividos, de las otras
mujeres que también hicieron surco.
Qué sencillo contigo el abandono
de los miles de atajos y emboscadas.
Tú serías tan plenamente todo,
que al final de los días me parece
que acaso me naciera la alta duda
de ver o de no ver lo que está siendo.
Tu belleza, además, es evidente;
además de que duele, a mí me alcanza
de lleno, rompe sin contemplaciones
toda neutralidad. Llueven los retos
de tu cuerpo esmaltado: hemos perdido.
Así se nos explican los galopes
de la sangre, la cruenta encrucijada
que supone jugarse la existencia.
Posible es que de pronto una tormenta
de milagros descargue con el viento.
Posible es que al final, cuando ya todo
importa se te crezca la honda planta
que hunde avariciosa sus raíces
en amor absoluto, destruido.
Al morir del viaje aquellos bálsamos
que irradiaban fragancia se clausuran.
Lo rotundo del tallo se conforma
a un programa más dócil de ternura,
y del tronco hasta el cielo que te colma,
la bolsa, lana azul de tu chaqueta,
sujeta las corrientes subterráneas.
Tú te vas y yo sigo ese destino
imparable de encuentro y despedida,
de emoción y renuncia para siempre.

Y al calor de estas luchas sin sentido
lo único que crece es la esperanza,
más que de ser felices por las buenas,
de presentar combate a la desgracia.
No se acaba, alma mía, se acrecienta
el campo de lo amado en un instante,
ni queremos mirar arrepentidos
el pecado de amar tan ciegamente.
El misterio es azul, la vida crece –
–tal vez me digan voces consejeras.
Yo sé que lo nacido prontamente
sufre la ira del mundo de los hombres;
que la ardiente ceniza que desprenden
los encuentros profundos la venta
el perfil achatado de las cosas.
Entretanto, esperar. Dejar que el tiempo
nos llene la agonía de agujeros,
de mansas, lentas desesperaciones.
A esto llaman amor: la singladura
que transcurre entre el verso y el olvido.

Montreal-Glasgow, a bordo de
un avión de la B.O.A.C.

El día 28 de abril estipulado retiré mi coche en Sindelfingen, con la particularidad de que un matrimonio amigo de la familia, los Garcés, y mi propio padre habían quedado citados conmigo allí en el aeropuerto de Stuttgart donde yo les encontraría para, aprovechando mi rodaje del vehículo hasta España, improvisar un poco de turismo por la misma Alemania, Austria, Liechtaenstein, Suiza, y Francia... [Unos meses más tarde de ese mismo año, mi padre moriría, realidad a la que tendré que aludir más cardinalmente en el curso de otros relatos.]

Al comenzar en septiembre el año académico 1967-1968 inauguraba yo la impartición del curso graduado de Literatura española

“Trends in the Modern Novel”, con referencias monográficas a la obra de Baroja, Wenceslao Fernández Flórez, y Ramón Pérez de Ayala. El contenido se presentaba como nuevo y provocativo, y mis propios descubrimientos sobre dichos autores significaron una mucho más honda y ulterior ilustración. Entre mis prestaciones curriculares fuera de lo estrictamente académico de las clases y tutorías en Kingston, hubo de todo, siempre afectado asimismo al año natural 1967: *Filología Moderna*, n^{os} 25-26 me saca en sus páginas 81-99 el resumen de mi Tesis “La noción de *amor* en tres poetas neorrománticos ingleses actuales”. Ante la AATSP, reunida en la McMaster University, Hamilton, el 25 de febrero leo el paper “Lope de Vega y Juan Ramón Jiménez: Aspectos de un mismo problema”. Unos días antes, el 15 de febrero, concretamente, la Carleton University, de Ottawa, me invita a dar una conferencia, “Aspectos de la creación poética: La revista”. El 13 de abril colaboro con las “Jornadas sobre la leyenda de don Juan” organizadas por el Club de Literatura Comparada de la Trent University, Peterborough, leyendo al efecto, el trabajo “El Burlador de Sevilla, Anti-Conventional Hero”. Y ya, en fin, en el Cuarto Congreso de la Asociación Canadiense de Hispanistas, celebrado el 17 de junio, también en la Carleton University de Ottawa, mi colega de London, Luis Lozano [a la sazón en Guelph] lee mi estudio “Una nueva constante en la picaresca”. Hubo más cosas, algunas de tono festivo, si bien de clave original, como el articulito “Comunicación sobre el tute” que [dedicado al amigo familiar don Zacarías Pérez, y a su condición de contrincante ocasional mío en tan racial y temperamental juego de naipes] sacó el programa *Ferías y Fiestas* de Alcalá de Henares correspondiente a agosto 1967.

Este tirón de dinamismo académico se siguió proyectando a lo largo de 1968 con realizaciones tanto en la línea creativa [un libro de poemas, *Vocación y destino*; y otro en prosa, *En marcha: Viajes y reflexiones* con profusión de reseñas aparecidas en los principales rotativos españoles], como en la más propiamente de [research] con mi paper “Investigación y creación” leído ante la AATSP para su Ontario Chapter, celebrado en la University of Guelph el 20 de enero

1968, y publicado en *Hispania*, vol. LII, no. 2 (mayo 1969); y la conferencia que dí sobre “La diferencia de España” el jueves 25 de enero 1968, si mal no recuerdo en el International Centre del edificio Student’s Memorial Union...

Pero una vez llevadas a término, con creces, las obligaciones académicas que mi puesto de docente-investigador me exigía, todos mis restantes intersticios vitales y productivos se llenaban del menester poético en que me hallaba decididamente inmerso durante esos años, y más concretamente desde noviembre 1964 hasta julio 1968, fechas que corresponden a los cuarenta y cinco meses y otros tantos números de existencia de nuestra revista complutense *Aldonza* [continuadora de *Llanura*]. Sin duda que la soledad y la irreductible autarquía de mi alma propiciaron el caldo de cultivo para buena parte de mi poesía. Sin duda que durante aquellos cinco, seis... acaso siete años produje más poemas que en toda mi vida restante puesta junta. Sin duda que, estrechando más el cerco de las fechas, en cosa de tres años a partir de mediados de 1965, acaso comenzando en 1965..., no, también puede ser que arrancando desde cualquier tramo de 1966 en adelante..., sí, en cuestión de tres o cuatro años, yo sometí a mi alma al estrujamiento más decisivo, yo me ausculté los más atroces empapamientos en soledad, yo indagué más allá de las fronteras conocidas de una sensibilidad aún no catalogada..., yo palpé los filos espinosos y quemantes de mi hombría..., y si salí desgarrado y abrasado vivo de muchos de aquellos lances, sé que la arcilla que me soporta ahora encontró y soportó entonces los grados de cocción y de galvanizante resistencia. Escribí miles, literalmente miles de versos, buenos versos, algunos hasta creo que muy buenos versos que en el sesgo, en el algoritmo circunstancial del momento encontraron acomodo en tal o cual revista. De todo o, al menos, de la mayor parte de ello también tendré que dar necesariamente cuenta cuando su articulación se afecte al enaltecimiento y a la fijación de otras criaturas y de otros pasajes. Escribí casi todos los poemas de *Vocación y destino*, y también de *Penúltimas palabras* [publicado en Granada 1980]; y asimismo alguno del volumen inédito *Asíntota*

imposible. Escribí con furia inerme, como empeñado en encofrar en endecasílabos todas las historias posibles de la humana experiencia.

En un aspecto de gestión compartida, [cuando no lo hacía en su calidad de Director el afectísimo y todavía enhiesto Alberto Álvarez-Ruz], mi perenne amigo Julio Ganzo se encargaba de enviarme religiosamente un paquete de veinte ejemplares de *Aldonza* para su distribución por algunos cuadrantes exóticos de la tierra, además del que yo dejaba en el Departamento, y de otro más que yo mismo guardaba para mi atesoramiento particular e inmediato. Pero lo que es más, desde el 10 de julio de 1966 hasta el 8 de octubre de 1967, un espacio de domingo en Radio España de Madrid, conducido por el animoso y competente locutor Daniel Vindel, lanzaba al aire la lectura de un poema de *Aldonza* seleccionado por mí. Tanto aquí en España, durante mis épocas no lectivas, como desde Kingston, el correo se encargaba de hacer llegar a la emisora el poema elegido. Era proverbial la regularidad en la exigua tardanza de 4-5 días de una carta en llegar desde Canada a España, punto de origen a dirección final. Yo solía depositar mi envío en el correo cada viernes, con la seguridad de que para mediados de la semana siguiente, nunca más tarde del jueves, el amigo Vindel tenía en sus manos el poema a leer, para que, siquiera, dispusiera él de un ratito para ver de lo que iba la cosa y seleccionar el tono de la elocución...

Edna Baker era una indiecita caribeña y oscura de Jamaica, y a la sazón la única estudiante graduada que se había matriculado en mi curso de teatro medieval. Era... no del todo bonita, pero sí razonablemente atractiva, y en lo que se refiere a sus estudios, muy trabajadora, muy concienzuda y muy de fiar, condiciones que le agradecí, ya que de esa manera todo resultaba más fácil. El caso de Edna me ayudó a entender algo más el transmundo bio-tópico y afectivo de estas gentes del Caribe. Si por un lado encontraban en Canada un sitio idóneo para sus propósitos dentro de la familia o Commonwealth inglesa a la que su lugar de origen correspondía, por otro, la brutalidad del clima significaba una disociación con lo que de positivo y patrocinador les ofrecía un país anfitrión y próspero como

Canada en el aspecto educativo y de oferta de oportunidades. Entre medias de esos aspectos antagónicos de la misma y superior realidad, alguien como yo, de la vieja Europa, mediterráneo para más señas, ... tenía que dar juego. Edna..., estoy seguro que se felicitó de haberme conocido, y de que el trámite de su curso de Literatura conmigo discurriese por los cauces más cordiales y holgados. Edna vivía en el... apartamento o sección de una casa, como eran buena parte de lo que aquí entenderíamos por piso, con zona de servicios independiente incorporada, dentro de cierta modestia, como correspondía a quien dependía de una beca o subvención en concepto de estudios...

Un día la chica pensó que había entre nosotros suficiente légame comunicativo para invitarme a cenar... y me invitó. Aquellas ocasiones implicaban necesariamente la preparación de un buen pedazo de carne, un T-bone steak o algo así, una ensalada de entrada, y un postre. Yo llevé una botella de vino... y la velada quedó cubierta. Entonces, y en posteriores ocasiones, siempre que nuestro discernimiento nos impulsaba a superponer nuestros cuerpos, a compaginarlos, a consorciar nuestras pieles,... recuerdo que su requerimiento más inequívoco, su más perentoria urgencia era... que la acariciara el pecho, que la sobara las tetas, que la manipulara... “My bust..., please, my bust!”...

Durante el periodo no lectivo de Navidades y Año Viejo, Edna fue a su casa, a Jamaica, y a su regreso en enero de 1966, coincidiendo con el comienzo del segundo trimestre de nuestro curso, me regaló un folleto ilustrativo de su tierra. La portada, recuerdo, reproducía la foto, sólo de la cabeza, de una chica que me pareció esplendorosa, descomunadamente bella, una tal Marlene Murray, que era entonces, o había sido, Miss... de no sé qué cualificaciones dentro del frondoso muestrario... Ya dije que mi espíritu era magma en continua ebullición, y que la piedra de toque de la poesía me sirvió ya por siempre para distinguir y discernir, para conocer y reconocer... Creo que la propia Edna me dio alas y, acaso por llevarme la corriente, me animó a que escribiese al organismo turístico en Jamaica responsable de aquella publicación, que tal vez supieran del paradero de la tal Marlene... La escribí los tres sonetos que siguen:

DON

I

¡Qué hermosa arquitectura se derrama
a flor de tu retrato; qué erudita
lección de juventud la que recita
este manso posar de tu diagrama!

¡Qué extraña perfección la que se trama
entre el aire y tu piel; qué honrada cita
la de tu gesto y mi alma en la infinita
ternura de la boca que te aclama!

Tú seguirás soñando con tus mares
mientras te pienso; y aunque sean dispares
nuestros mundos en cielo y geografía

quedarás para siempre en mi memoria
como esa viva página de historia
que el amor hizo nuestra un bello día.

II

Mi reina vas a ser, tú, que has nacido
de la nada, del brillo de unas fotos
o una antigua ilusión de mares rotos
que en mi alma, al mirarte, ha florecido.

¡Oh, sí, dime que me amas; que has oído
una brisa distinta en tus remotos
parajes; que en los dulces maremotos
de tu cuerpo me habías presentido!

Aunque fuera la más cruel mentira,
miénteme ahora que me amas, reina; mira

que he dejado mi barca entre las olas

y te he tendido un puente con mis brazos;
que empiezo a caminar; mira los trazos
de esta luz que me guía, amor a solas.

III

Te quiero; te he querido. No podría
decir otras verdades que no fuesen
pecado en mi decir; que no vertiesen
por los labios un zumo de alegría.

Estas dos cosas digo: El alma mía
tan sólo de ellas sabe. Hasta que cesen
los ruidos de mi voz viva y se besen
mis párpados oirás su melodía.

No es más que eso mi canto: Espuma, onda,
una inmensa oración de agua redonda
envuelta en el verdor de la esperanza.

Y si digo *amor mío*, me parece
recoger de las playas y los peces
mi mensaje en los días de bonanza.

También esta carta:

3-3-1966

Miss. Marlene Murray
KINGSTON, Jamaica

Querida desconocida:

La Sta. Edna Baker, estudiante de esta Universidad, hizo estas pasadas vacaciones navideñas un viaje a Jamaica, de donde también es oriunda. A su vuelta tuvo la gentileza de enseñarnos

unos folletos publicitarios sobre la isla. En uno de ellos, titulado, creo, *Jamaican Women*, aparecías tú precisamente.

Soy español y romántico. Quisiera ser poeta. El caso es que por mirar tu retrato nació en mi pensamiento una urgencia de comunicar tan bello encuentro. El resultado son estos tres sonetos, a los que tú diste forma y vida, y por los que tengo y quiero estarte agradecido para siempre.

Muy sinceramente

Dr. Tomás Ramos-Orea Associate Professor
Queen's University KINGSTON, Ontario. Canada

Todo junto lo envié ya no sé bien ahora... adónde!, sin que [hasta me da no sé qué decirlo, por obvio!] mi “oración de agua redonda” tuviera respuesta. Dos o tres años más tarde me informó Edna que se había casado, y que vivía con su marido en Timmins, al norte de Sudbury, en Ontario. La envié un buen regalo y el corazón mío guardó y guarda una memoria positiva y cálida de nuestro coincidir en Kingston, Canada.

Hubo otra caribeña, Viola Kalloo, esta vez de Trinidad, y cliente, entre otros compañeros, del curso graduado sobre la novela moderna española que comencé a desarrollar a partir del ejercicio 1967-1968. Era algo más delgadita que Edna, con las facciones menos redondeadas y algo más angulosas; de color oscuro pero tirando a marrón, a ese café solo que le cortan con unas gotas apenas de leche. También podía percibir yo que Viola se sentía bastante realizada al tener la oportunidad de aprovecharse casi, casi en exclusividad monográfica de toda mi información, de lo que mi castellanismo representaba, del flujo poético y vivencial que debía yo de desplazar al encontrarme en un sitio tan pacato y conservador como Queen's. Estuvimos en mi hotel varias veces, y ahora recuerdo que ante algún comentario mío, tipo buscapié, de esos que intentan sonsacar algo del estado de ánimo de la otra persona, me dijo Viola esto o algo parecido...

“¿Crees que iba a estar *así* contigo, si no me gustaras, si no te tuviera en altísima estima?” Bueno. Pues si así lo dijo, así sería...

En este navegar, sin miedo y con las velas desplegadas entre todo tipo de procelosidades, los golpes de viento adversos y las galernas inmisericordes también hacían su aparición y sometían al corazón mío a lamentables periodos de infatuación, sin solución posible. Los tales casos encontraban su más puntual lenitivo en el portentoso poder de sublimación que el ejercicio de la poesía me prestaba. De otra forma, no concibo sistema cosmo-bío/fisio-patológico que hubiera soportado tan calamitosas embestidas de la obcecación y las frustraciones subsiguientes. Se trató de Margaret Chapman, una chica de uno de mis cursos de tercer año. Desde luego, era cumplidamente bonita, rozando lo llamativo. Rubia, no muy alta, con el pelo casi siempre desplegado en correcta abundancia, a modo de almohadilla en que reposara su nuca, y bastante bien vestida, en parámetros comparativos. Parece que su padre era ciudadano USA, pero que vivía en Canada hacía tiempo. En el Campus, Margaret se hospedaba en el Victoria Hall. Con arreglo a aquellos pendulazos destinales que me impulsaban a dedicar tan gratuitamente a unas y a otras el flujo no solicitado de mi concernimiento encendido, la verdad es que ni Margaret ahora, ni ninguna otra, cuando fuere, contaban con elementos de juicio para hacer nada que no fuese eso... nada!. ¿Qué podían hacer ante alguien que tan por las buenas les participaba de su entusiasmo? Sobre todo cuando era improbableísimo que mediara una reciprocidad, a menos de haber concurrido en mí una condición magnética, de ésas sólo imaginables cinematográficamente. Margaret y todas las demás chicas cuyas vibraciones, en la medida que fuere, se encontraron con las mías, todas, repito, evidenciaban una instancia de halago, un bono de gratificación, un marchamo de signo más. Margaret no era excepción aunque, por bonita y por hija de estadounidense próspero, se creía superior y acaso con más derecho que otras a recibir tan caídas del cielo mis ofrendas líricas. Porque de verdad que se trató de una copiosa catarata de versos lo que yo le dediqué a aquella bellísima moza. El primero de mis

poemas, “Versos”, lo saqué a la luz en el no. 19 de *Aldonza*, correspondiente a mayo 1966. ¿Cuándo lo compuse? Ni idea:

No sé pensar en tí. Enamorado
dejo al posar mis labios por tu frente
que viertan como en un manso torrente
de versos tu recuerdo desatado.
Medallón por el pecho: No hay cordura
que pueda imaginarte más que en verso;
no con labios que digan las verdades
sino a golpes oscuros de sonidos;
ni con esa presencia amontonada
en los lindes ya muertos de las almas.
Levantaron la veda a las palabras
y yo quiero salir a probar suerte,
a ver si mis sentidos derramados
descubren ese coto de tu mundo;
a ver si el azul claro de esos cielos
me llega hasta servir de compañía,
o de cada paloma nace un verso.
Ya ves qué inútilmente se contiene
este enorme prodigio de pensarte
a ti precisamente, parecida
a cualquiera, ya sé, pero ahora única.
Es un leve desliz en las fronteras
del tiempo, una rotura de esperanza
lo que te hace ser eso y no lo otro,
lo que a mí me ensordece con la vida
que no se encierra en tí. Casi una aurora
asoma cada vez que tú te yergues,
cada vez que no eres esa cosa
concreta sino otra –ya sabemos,
lo mismo– inacabable en mis palabras.
Pero no es suficiente; en esas idas

y venidas el tiempo nos horada
y arrastra a los momentos sin retorno
como una inexorable tentativa;
ellos son los que aquí llamamos monstruos,
los que llagan el alma y en sus trizas
destruyen las nociones desde siempre.
He probado el sabor del universo
si por eso se entiende el ir buscando
la verdad aunque duela más que nunca.
Y aquí se encierra todo: tántos hombres
diciendo por decir tales tristezas;
tántas horas de espera, eternidades
echadas a rodar por la pendiente
de futuro irredento.
Ya se están anunciando por las alas
de tantas desbandadas las partidas
inminentes; sin más solemnidades
pondremos entre medias un océano
sin olvidar los cables consabidos
que llamamos olvido, carta, muerte.

Hablo de un medallón por el pecho, y ahora preciso, sí, que se trataba de un adorno [dije, joya auténtica, o bisutería, ¡qué más da!] que Margaret llevaba a veces por encima de su jersey. El siguiente poema se acopló al formato de soneto, y salió publicado en *Aldonza* 22, agosto 1966:

Presencia

Sigue posando ahí; deja que el viento
gobierne los azares de mi pluma
y me rinda en palabras y en espuma
la verdad de tu puro advenimiento;

que te siga soñando este momento
descielada corola que perfuma,
y si miro a una proa entre la bruma
te sienta ancla de mi pensamiento.

Deja que el mundo ruede en torno tuyo:
que lo azul se haga blanco, el canto arrullo,
y que todo, hasta el aire, se destruya.

Tal vez te digo así lo que es quererte
si caigo junto a ti, dolido, inerte,
acribillado de presencia tuya.

Parece que yo quería significar que la presencia de aquella criatura en clase elevaba la temperatura del ámbito y del alma mía. En la entrega siguiente de *Aldonza 23*, septiembre 1966, repito dedicatoria con este poema

Distancia

No es vaso de elección lo que en el hueco
de tu distancia escucho tantas veces;
tú, tan irresponsable, tan querida
sobre todo pronóstico, hasta en contra
de ese sordo decir de las verdades.
Se hacen cortos los días más que nunca
aunque siempre es verano entre los versos,
y si sólo supiera en algún rato,
en la hora más simple de tu vida
decirte, no, verterte esta evidencia
tan sin nombre, tan plena, tan absurda
de mi amor y tu mundo separado...
Sigue hiriendo, no temas. Hasta busco
los filos más certeros de tus pasos;
hasta miro al azar por la ventana

cuando eres tú quien pasa exactamente.
Y entre tanto, entre medias se nos crece
una tumba de tiempo y de palabras.

Quiero interpretar que alguna vez, desde la ventana de mi despacho la habría visto pasar, o tal lo imaginara, por University Avenue, y eso me había dado pábulo para verter las conceptualizaciones líricas transcritas. Pero he aquí que ya en vena creativa, el número 165 de *Poesía española*, septiembre 1966, me publica, siempre dedicado a Margaret, el extenso

POEMA DE LAS CINCO ESTACIONES

I. Precisamente tú.

Lo que venga, además de lo pasado,
tiene que ser un don. Hasta me siento
transformado en el fondo. En ese toque
que se llama sonrisa o campanada
he echado por el aire en mil bandadas
la inquietud de la muerte en que vivía.
Todo es nuevo y más claro. Hasta los pasos
me son ahora cómplices, me anuncian
detrás de cada esquina algún encuentro,
cualquier brote de vida, tu presencia
como el más fiel heraldo de alegría.
Es tan fácil el ver que he estado ciego,
vedado a las alturas y arrastrando
una triste, mezquina miopía
al mirar hacia abajo, hacia las cosas.
No hay duda que esto es tuyo aunque lo ignores
o te hagas la ausente, la incendiaria,

así como en el juego de un descuido.
Pues bien, esta vez no. Todas las almas
comentan en voz alta tu milagro
como lo más sencillo. Hasta lo explican
cada cual a su modo y lo que ahora
me importa únicamente es que te sepan,
que tú precisamente, solamente,
has sido la causante del fermento.
Silencio. Lo sabemos. No nos digas
que tú no has hecho nada. En una tabla
de valores marcamos una raya
que lo recuerde siempre. Y es bastante.

II. Palabras.

Como una oración anticipada
mi labio se previene ante tu encuentro.
Ven, ven. No importa cómo. Tal vez otra
en tu puesto con un vestido tuyo.
Ven y fulmina ya con realidades
esta fiebre de verte en el poema
sin límites, con voz de solivianto,
sin dar a la palabra una salida.
Cada instante es ya tarde, siempre tarde
y peor que el antiguo. También siempre
quedará la palabra oscurecida
en la inútil mordaza de las horas.
Verdad
que aquí no hay más que risa de tus dientes,
ni más dolor que desterrar tu pelo
de mis ojos y que entre la riada
de lo gris y lo negro, del cansancio.
Desde luego este poema sabe a desesperanza.

III. Fronteras.

Ya ni sé si podríamos llamarlo
pensar en tí cuando mis labios tocan
el perfil de tu frente y se resbalan
a lo largo y lo ancho de tus límites
como un manso reguero de palabras.
Si eso es pensar, entonces es hermoso.
Aquella vez, la otra, una cualquiera
en que tú me mirabas parecía
volver todo a la vida, tan reciente
oración se escapaba por tus ojos,
tan puntuales mis labios te nombraban.
Debieras confiar en mi palabra
y creerme. Creer que te he pensado
despacio, confundiendo lo sabido
con lo otro, lo que nunca pronunciaste.
Ayer, hoy, y mañana. Tal vez nunca
repitas ese gesto de paloma
sin paz, pero con luz de algún olivo.
Tu pasar –tan sabido, tan ausente–
me descubre otro mundo, me agiganta
con bordes de poemas; densas rimas
se agolpan para ser las elegidas.
Todo es campo abonado a la palabra;
los momentos que viven a tu lado
crean flores y frutos. Mi conciencia
los observa a distancia sin cansancio.
Creo que te he querido decir algunas veces
lo del pelo. Lo sueltas, lo maniatas,
le das amplios poderes de oleaje
–banderas estrenadas cada día–
y a mis ojos, quizás, nuevos motivos
para sentirme en paz. Melancolía

que cultiva mi alma desde siempre.
Criatura,
¿qué quieres demostrar con el despliegue
de estandartes, vistosas colgaduras,
procesión a la vista? Un desfile
con carrozas y todo me pareces.
No obstante
ya sé que los destinos se complican;
que una simple vocal mal pronunciada
puede significar el desencanto
o un manantial de risa por tus dientes;
mañanas en que el sol se hace pedazos
por un fugaz capricho destructivo.
Es verdad que es difícil separarte
de todo lo que ahoga tu contorno;
que son muchas las muestras de esta flora
surgida cada año en clima idéntico.
Es verdad, otra vez, que nos dejamos
desgarrados, partidos, nuestros miembros
en esta guerra fría; que otro canto
de sirena diario nos separa
de la ruta pensada; que un naufragio
sería lo mejor para encontrarnos.
Este campo de nadie entre nosotros
se llena de trincheras, de alambradas
así como por hábito de guerra.
Blusa roja. Estampas con lunares
bajo el cuello vencido de indolencia.
Y entre los dos, racimos de ese tiempo
que no va a ningún lado y que fulmina.
Y aun con todo
tú y yo nos sonreímos a ambos lados
diciendo que no es nada, que habrá tiempo
de sembrar azucenas entre medias.

Luego viene el teléfono, capítulo
y aparte en nuestras yertas relaciones;
nos da como nos quita, nos desune
y nos une enseguida en un alambre
de voz amenazando siempre ruina,
escombros de sonidos exiliados
que buscan el abrigo de la forma.
Y además, ¿para qué? Entre nuestros labios
echa el cierre una piedra a las palabras.
Así vamos muriendo, tú en tu mundo
de colores –tus blusas, tus guirnaldas
con que amansar el pelo. Yo, buscando
ese rima cualquiera que me salve.
Ha pasado el domingo temeroso.
Han pasado hoy también por mis desvanes
los sucios desperdicios de las horas,
el rastro de la diana inasequible.
Sin embargo el arquero de mi alma
sigue sin desertar en sus empeños
y hace sangrar los dedos con la cuerda
que se tensa y desploma a cada tiro.
Un zumbido de música se queda
cada vez en las manos. En los ojos
quedas tú más ausente cada día.

IV. Años.

No me rindo. Es el tiempo que ha saltado
los blancos calendarios de la infancia
dejando una señal en las paredes.
Allí hubieran podido traicionarnos
las risas juveniles, esas mismas
verdades en que duermen las preguntas.
Pero aquel no era sitio de rendirse

ni con voz ni con voto, porque había
un horizonte enfrente que esperaba.
Llegó a la mocedad igual reclamo
de miseria envainada en la falsía,
llamó en el corazón y por penúltima
vez se alojó por tiempo indefinido.
Nos taparon la boca con promesas,
con hacernos mirar hacia delante;
y una marca más honda, ennegrecida
se clavó en la pared de la memoria.
Es lo mismo. En mi caso no son más que
treinta años de andares imparables;
de dejar el camino por si acaso
la huella más difícil era tuya.
No me rindo. No puedo a estas alturas
aunque no sea más que por inercia,
aunque fuera tan sólo por costumbre.
Y te quiero. Y con ser esto tan grande
—tan grande para dar vida a mil mundos—
tú sabes como yo que te he perdido;
que ahora nos es problema de renunciaciones
sino de colocar en algún orden
este estéril morir de calendarios.

V. Verdad.

Desde ayer, desde antes, nada nuevo
me ocurre que no llegue a tu conciencia.
Tu amor me cuesta eso entre otras cosas,
el que seas testigo consumado
de mi vida apurándose en tus manos.
Y..., ¿por qué, me pregunto, te pregunto,
se rechazan fatalmente dos mundos
de una misma medida, de una hechura
salida de las bocas y las frentes?

Dura ya nuestra guerra lo que el tiempo
más largo pueda ser a nuestras almas.
Y me dueles aún más vivamente
cuando veo tan fácil el encuentro,
cuando versos a flor de las palabras
se rompen con idéntica alegría.
Tal vez así es mejor. Tú no me quieras;
no me colmes de alturas superadas
que me dejen en paz pero sin duelo,
que me arranquen el ser al mismo tiempo
de curarme el sabor de tu memoria.
No me quieras. Prefiero este cilicio
de tu amor imposible. Sé que vivo.

No podía faltar la distorsión estética en medio de tanta y tan superferolítica sublimación, y ello fue que, siendo como era política activa del benemérito y gran poeta José García Nieto, director de *Poesía española*, contraprestar siquiera simbólicamente las colaboraciones, creo que a razón de setenta y cinco pesetas la página..., pues yo cobré la friolera de trescientas!, que en cualquier caso era entonces un conato de dinerillo. Fueron, como digo, materialmente cientos de versos los que salieron de los hontanares de mi vivencialidad y los que le ofrecí a Margaret Chapman... Un día la invité a cenar, y ella, magnánima en la dispensación de cortesía preceptiva, aceptó. Fui a recogerla al Victoria Hall. Estaba radiante, pero a años luz de distancia de la sintonía que en mi disparatada y calamitosa infatuación yo parecía querer ofrecerle. Ella se limitaba a sonreír y a remachar mis parrafadas con un gesto, o con un mínimo comentario, muy como de protocolo, como de finiquito. Otro día recuerdo turbiamente que me puse pesado, instándola a que me llamase, en todo caso, porque pensaba pasar yo la jornada entera en mi despacho, en la Facultad... Ella, para desembarazarse momentáneamente de aquel compromiso que tenía toda la vitola de una imposición... dijo que... “Okay, fine”. Para mortificación tantalizante y refociladora mía..., no sólo no me llamó,

por supuesto, sino que me pareció verla pasar por University Avenue acompañada de un chico... Su pelo largo y rubio, como una almohada de oro rectangular por su espalda, y su chasis tan esmeradamente encofrado..., no dejaban lugar a dudas...

En esa misma clase de Margaret, clase sobre compendio de Civilización española o algo así, se encontraba una señora joven canadiense, Joan, de modales refinados que se traducían en su palabra, en sus ademanes, en su manera de mirarme y de seguir mis explicaciones. Se sentaba indefectiblemente en primera fila, y a las pocas rondas se me hizo notorio que me profesaba una encendida y entusiasta admiración intelectual. Me adoraba platónicamente, y de no haber estado casada, supongo que hubiera propiciado ella mi inmediatísimo abordaje intimista. Su marido era un mozarrón bien parecido, culto y próspero que, por haber vivido bastantes años en Chile, hablaba español, cosa que Joan no sabía. Tenían un chaval de unos diez años y vivían en un bonito piso. Joan se apuntó el tanto de frecuentar mi conversación y de hacerse lo suficientemente amiga mía para que le trascendieran de mi personalidad ese elenco de cosas que en el diseño de una clase, por muy extrovertido que fuera el parámetro con que yo pudiese dotarla, no podían darse. Su marido y ella me invitaron a comer a su piso. El chaval, un rubiales, como dije, de unos diez años, en vista de mi visita, quiso potenciar su cuota de chantaje y mimo, permitiéndose atribuciones y estratagemas fuera de lo común. Recuerdo el reproche bondadoso y amante de Joan: “¡You’re not fooling me!”, le decía a su hijo, cuando eso era precisamente lo que éste pretendía y... consiguió. Un encanto de feminidad, un encanto de mujer. Sacaron una vajilla preciosa y una mantelería de verdadero primor: Se les había terminado todo el vino y todo lo que contuviera alcohol en la casa, y no me ofrecieron más que agua para beber, pero que en aquellas copas de cristal trabajado, más parecía ambrosía. Desde luego que fue la comida con agua [pudiendo ser con vino, ahí está el *quid!*] más ceremoniosa de mi vida...

Joan había acercado su espíritu al mío. Su marido era un gran tipo, pero su desmedida propensión al juego, y también al traguito,

habían generado en Joan algunos principios de soledad y de desapego; y por eso –según me dijo– a sus cerca de 30 años había acometido estudios universitarios. En los formularios a rellenar por los estudiantes respecto de su valoración de la labor de los profesores, Joan me puso la nota máxima en todas las conceptualizaciones de que se componía la consulta y, además, abajo, en el espacio previsto para algún otro comentario completo escribió que mi curso la había ayudado plenamente a comprender la mentalidad y el temperamento de los españoles. Gran mujer. Gran amiga y supongo que gran esposa para el marido adecuado. En vista del afecto que me dedicaba y del tacto medido con que su condición de mujer matrimoniada la investía, yo me sinceré con ella respecto de algunos temas íntimos, entre los que destacaba, enfermiza e inevitablemente, el de Margaret Chapman... Joan me miró... y me dijo que ella creía que no era el tipo de chica que me convenía... Discreta y encantadora mujer, competentísima confidente. Bien pensado, lo que me quiso decir y acaso no se atrevió del todo fue que la falta de discernimiento en ciertos aspectos de la humana experiencia acompaña a ciertos hombres, prodigios, tal vez, en otro tipo de recursos. Y tenía razón. Claro que yo nunca esperé que Joan estuviera percatada de a qué profundidades de aberración y de ceguera puede uno llegar cuando se sufre un acceso de infatuación aguda... Con todo, después de publicado mi reportaje sobre el Sahara, en octubre 1969, le hice llegar a Margaret, a su dirección de Ottawa, donde vivía, un ejemplar de todos los artículos. Me contestó enseguida: Me decía, entre festiva y admonitoriamente, o quizás con la profilaxia de quien no sabe dónde está ni qué es El Sahara..., “que ella preferiría para viajar escenarios menos penitenciales, más cómodos...”. Me enviaba saludos cordiales y me deseaba suerte.

Mi despacho en la Universidad era una de mis más señaladas gratificaciones. Pasaba allí muchos fines de semana. Conducía desde el Shamrock Hotel hasta el Kingston Hall, y accionaba la barra transversal abatible de la puerta principal del edificio, que *siempre* y a cualquier hora podía ser abierto por aquellos que tuviéramos llave. Me compré una “chaise longue”, como de playa, de material ligerísimo, de tubos

de aluminio y bandas de nylon, por \$7.00. Mis clases post-graduadas las daba allí, en mi despacho. Más bien era una prolongación de mi alojamiento en el Shamrock. Disponía de dos mesas de tablero grande, prácticas, sólidas, bonitas; una máquina de escribir, y un [file cabinet] o archivador de carpetas, además de varios metros cuadrados de estantería para libros. El teléfono era de ese material resistente, compacto y pesado, acaso baquelita: Una vez alguien se enredó con el cable, tiró todo el aparato al suelo, y siguió funcionando como si nada. En aquel despacho resistí los mayores embates de la soledad y del desapego, de manera heroica. Cuando me despedí de Queen's, ya en 1971, dije que allí, en aquella habitación, había escrito bastantes de entre mis mejores poemas. Allí recibía visitas insospechadas. Rosario Uribe, aquella colombiana de la carita redonda, iba para que yo la besara en las mejillas; allí se encontraba conmigo Ulrike Paul, la interesante Lecturer alemana, colega del Departamento: Era atractiva, con esa nervadura de determinación, mitad tierna, mitad severa, que concurre en muchas mujeres alemanas. Más o menos de mi edad, tenía en su contra eso: ser profesora y ser consciente de ello. Quería aprender español por su cuenta, ella sola, mediante sistema de texto y laboratorio. Yo lo puse en duda, y el tiempo confirmó mis pronósticos. Una sola vez la invité a cenar. Otra profesora de francés, Slava Kushnir, ucraniana de nacimiento y naturalizada canadiense, me tenía en alta estima: era algo mayor que yo y una vez, en un alarde comunicativo, me confesó que estaba viviendo esa franja de dos, tres, todo lo más cuatro años críticos, en los que si se pierde el único tren... ya no hay otro. Yo me hice el tonto y opté por no entender. Era poco atractiva de chasis, y nunca dejó de reflejar en su cara esa impronta de resignación, de asendereamiento que parece estar grabada en los espíritus que sufrieron en su carne el pisotón paquidérmico de la bota marxista después de 1945... El día de mayo de 1971 en que yo abandoné Kingston (y Canadá) para no volver hasta la fecha nunca más..., ese día, Slava... apercebida, subió al tren y se despidió de mí con un beso de aliento muy templado... En mi despacho recibía yo a quien se terciara. Una vez encontré, deslizado por debajo de la puerta, un sobre con la siguiente nota: "Dear Prof. Ramos:

Thank you very much indeed for all your very real help. I am sure you will be pleased to learn that it was all worth it –to us anyway. We got 95% for our project, in which we quoted you, with acknowledgements. Yours truly (with thanks). Valerie Robertson (Drama 211)”. No tengo la menor idea de quién era aquella chica. Es obvio que debió de tratarse de alguna [espontánea] que, sabedora de mi abordabilidad, se dejó caer por mis dominios en busca de información y de conversación. Cosas así, gratificaban el ánimo.

Mi despacho era la prolongación del Hotel Shamrock; y éste era funcional, en el sentido inmediatamente adhesivo de la palabra, de que todo funcionaba. Mi habitación [45] estaba en el primer piso, único en alturas con que contaba el Hotel, y al que se accedía por una escalera de dos tramos desde Recepción: TV en blanco y negro; closet abierto para la ropa; una mesa frontal de escribir con cajones; cama de 1'35, altita, con dos colchones duros; cuarto de baño completo; limpieza diaria; cambio de toallas y sábanas... En el mismo piso de Recepción, algo por encima del nivel de la calle, se hallaba el comedor, que raras veces utilicé, si acaso para algún desayuno; y en lo que pudiéramos llamar bajos del edificio o entresuelo se encontraba el Bar o Pub, con espectáculo, que era toda una paletada de órdago: tías en top-less moviendo las tetas, que por aquel entonces constituía allí el exponente máximo de [show] aperturista y artístico. El Hotel se beneficiaba de un servicio de lavado y planchado de camisas, estipulado con una compañía, con recogida por la mañana y entrega por la tarde, a precio razonable y competitivo. Mis instrucciones eran invariablemente: “No starch” [Sin almidón] porque me gustaban los cuellos blanditos. El Director o Gerente del Hotel, Mr. Blasko, checo emigrado, era regordete, corpulento, con gafas y con un puro en la boca indefectiblemente. Era un hombre que sabía tratar con la gente, y conmigo se comportaba muy bien: En cada una de las vacaciones navideñas que pasé en Kingston, Mr. Blasko me regaló algo: una vez, una botella de quísqui que bebí con mis amistades; otra vez, un llaverito con necessaire de urgencia que aún conservo; otra vez, otro llaverito de distinto modelo. Su mujer, canadiense pura, se ahogó en un accidente

de ferry uno o dos años antes de que yo me marchara de Kingston, y el pobre hombre no parecía levantar cabeza. Había dos conserjes: Uno, delgadito, no muy alto, con cara peculiar, rubiales, y que había asistido como libre-oyente a algunos cursos de español en la Universidad: Me profesaba una enorme veneración y se preocupaba de cualquier cosa que pudiere incumbirme. Había otro, de tipo más universal, más representativo de [lo norteamericano] ; con esa desenvoltura del que sólo sabe hacer una sola cosa en la vida, pero la hace bien. Estaba algo gordo y según me enteré más tarde, enfermo de cierta gravedad. Recuerdo que un día por la tarde, al entregarme las camisas del servicio de lavandería y comprobar yo que no habían atendido mis especificaciones de que *no* me pusieran almidón, debí de hacer un comentario en el sentido de que no merecía la pena rellenar el espacio del impreso reservado a [observaciones] , y de que era mejor dejar que plancharan las camisas como les... diera la real gana. El hombre pareció muy complacido al poder ilustrar mi estado de ánimo con el brocardo tan afín y tan certero respecto de la idiosincrasia colectiva y social de esta gente... “You can’t beat them; so, you join them!” [¿Como no puede Vd. con ellos, pues se une a ellos!]. Una de las cosas con las que más disfruté de mi estancia en el Shamrock fue la película diaria que, bajo el espacio [Night Shift] [Turno de noche] emitía una de las cadenas de TV. El tipo ese de producción inglesa antigua, de los años cincuenta, en blanco y negro, era el artículo de consumo más prodigado. En fin, el Hotel disponía de una espaciosa zona de estacionamiento de vehículos, gratis y reservada para residentes y usuarios...

Pero volvamos a reintegrarnos con el elemento femenino de la Facultad: Marilyn Welk era una atractiva niña de una de mis clases de tercer año. Se hospedaba en el Adelaide Hall y vestía con ropa interior femenina de buen gusto: en algún revuelo, quiebro o sacudida al moverse o sentarse permitió alguna vez una mostración de [underwear] , como digo, de buen gusto y muy femenino. Era rubia, espigada, remos finos, y torso precioso. Se sabía bonita, se sabía festejada por mí en los altares internos de mis devociones, y me

correspondía dejándose invitar y exteriorizándome su aquiescencia en todas las cuestiones académicas. Sabía algo de piano, y a veces se sentaba a [construir] las melodías que yo le cantaba allí, en la sala comunal de Kingston Hall. Era muy bella, sí, y muy receptiva, de máximas calificaciones en sus estudios. La llevé dos o tres veces al restaurante griego de las afueras de Kingston, y durante la comida, ponerle mi mano encima de la suya hasta enterrársela era toda una revelación. Se asustaba un poco del carácter expansivo, socavador, ígneo de mis besos, como si fueran portadores de cabezas atómicas letales, y jamás consintió en traspasar esa cota. Una lástima.

Había una cachonda alocada, Rosemary Healey, de la misma clase que Bonnie y... amiga circunstancial de ella, no íntima. Era rubia también y buena chica, pero a la que, al parecer, la afectaban por aquel entonces problemas emocionales con su novio, y otro tipo de tropiezos familiares y económicos. Todo lo cual se reflejaba en una cierta carencia de concentración, y de merma de excelencia en cuanto al resultado de sus evaluaciones. Yo hice respecto de ella lo que respecto de todo el mundo: ayudarla y hacerla ver que mi materia no presentaba escollos para nadie que se hubiese preocupado de seguir mínimamente la normal dinámica del curso. Su obsesión era obtener, por lo menos (y por lo más!) una B, o equivalente a notable, cosa que yo prácticamente le aseguré de antemano por su ya voluntariosa participación. Bien fuera porque yo le cayese bien (que desde luego, le caía bien); bien porque pensaba que si me regalaba algo de su intimidad mi criterio técnico universitario obraría más en su favor [cosa absolutamente falsa, por lo que ya he dicho]... el caso es que me buscó y yo, en semejante tesitura, me dejé encontrar y llevar. De entrada, una noche en que habíamos quedado en el Campus, me sugirió que condujera al estacionamiento de enfrente del lago, donde después de un [make out] [[necking] , [petting] o magreo concienzudo] me dijo que se encontraba muy incómoda en el coche, y que nos fuéramos a mi habitación... Recuerdo que se desparramó en diagonal, en la cama, y que daba embites como de ansiosa. Estuvimos juntos dos veces. Hasta uno de mis colegas, el Prof. Mc Donald, parco, lacónico y restrictivo en la exteriorización de

sus percepciones, la llamó “gallina loca”. A pesar de todo, la recuerdo con cariño comprensivo y solidario.

Había otra chica, de la misma clase de Bonnie y de Rosemary, cuyo nombre no puedo precisar. Jugando al cálculo de probabilidades y aventando unos cuantos de ellos, me quedo, por exclusión, con el de Susan. Era alta, rellenita y armónica. Enormemente atractiva. Invitantemente saludable. Susan era consciente del tiro que yo tenía entre el personal femenino, y quiero recordar que me miraba a veces como para asegurarme... que lo sabía, y que ella no iba a encarnar competencia para ninguna de mis otras opciones. No solía ir con nadie; caminaba como imprimiendo a sus pasos un impulso de deportiva motricidad, como de repliegue dinámico de quien va a encestar en la cancha... En clase nunca decía nada, y su gesto mostraba una perpetua disposición de apertura a la sonrisa. La llevé a cenar, asimismo, al restaurante griego, camino de Amherstview. Durante la velada, en vez de hablar ella sonreía, así, como a instancias un poquito más acuciantes cada vez, como a tosecitas... Para empezar, creo que se extrañó de que yo la invitara; quedó sorprendida y halagada por el hecho de que yo la considerase del grupo de afectas. De regreso, cuando al despedirnos la besé en las escaleras de entrada a su casa, creo que en la Barrie St., cerca del Campus, puso una cara sonriente, aún más extrañada y lisonjera. Por debajo de su pelliza, iba embutida en un jersey blanco, gordo, de lana que, sin embargo, permitía transcender el doble peralte cumplido de su pecho. A lo largo de todos estos años, casi treinta, Susan se me ha destacado como el paradigma de mujer que en un sitio como Canada pudo significar un mundo para mí; que permaneció en la reserva de mis incontables futuribles, de mis virtualidades múltiples..., ya que por no haberme dicho nada, me lo pudo decir todo.

Un día en que nos reuníamos en el así llamado “Club de Español” [mucho más iberoamericano que [Castilian] , puesto que el punto culminante de la celebración solían ser los mamporros que se atizaban a una piñata], apareció por allí una mujer, bueno, una chica algo mayorcita, aunque algo más joven que yo, de unos treinta años... Había estudiado un par de cursos, o menos, de Facultad e interrumpido

dicho menester... y ahora quería terminar su B.A. de cuatro años. Joan Nicholson resultó ser amiga de gente a quien yo conocía..., y después de aquel Club de Español y de hablar conmigo, sus ganas de continuar los estudios quedaron aseguradas. Si traigo el nombre y la realidad de esta mujer a estas Memorias mías es con el fin de ilustrar lo letal, lo problemático que devino aquella relación. Joan no era ni fea ni guapa; estaba normalmente buena y vivía independiente en un piso en la Bagot St., muy cerca del [downtown] . Vio en mí a un posible marido, y desde que aquella particularidad cobró cuerpo de evidencia, comenzaron las contrariedades. A todo esto, Joan se había matriculado en mi curso de “Teatro del Siglo de Oro”. Algunas veces la sacaba a cenar, y cuando no tenía nada mejor que hacer, siempre por sugerencia suya, me quedaba a follar con ella en su piso. Nunca la llevé a mi Hotel, quede claro. Joan comenzó a darme miedo y a fastidiarme. Cuando estaba conmigo se transfiguraba, y en la modalidad de su proceso personal hacia el supremo éxtasis me dedicaba un barboteo invariable de... “¡Oh, *my* God, oh, *my* Tomás...!” Yo podía pasar por mucho, por casi todo, pero lo del *my*, esa grapa posesiva que me endilgaba, de verdad que comportaba oleadas de terror, de flaccidez a... mi espíritu. Un día dejó caer, así, como si nada, la eventualidad de que pudiera dejarla preñada y de que me [casara] con ella. Me dio un susto de muerte. Otro día se pasó por mi despacho y me confesó que “she was destroying herself” [ya no puedo precisar si dijo *por mi culpa*, cosa absolutamente falsa; ya que en todo caso el matiz expresivo correcto hubiera sido el de que *con ocasión de haberme conocido*, o algo así]. Ella esperaba alguna reacción compensatoria, positiva, restauradora de *su* equilibrio emocional por mi parte; y al no encontrarme yo en tal disposición, Joan se sintió despechada y empezó a darme problemas sistemáticamente en clase. Se quejaba de que los temas literarios, las figuras y personajes de las obras que leíamos no comportaban la dosis de verosimilitud, de estructura lógica, que una mente como la suya, la de Joan, podía esperar... y me hacía a mí responsable!! Una portentosa colección de disparates perpetrada a expensas de lo que poco tiempo atrás le parecía enriquecedor y coherente y lúcido. Todo esto ocurrió a

partir de mi cuarto año en Kingston, y fue una de las razones que aceleraron mi crecientemente madurado carpetazo a Queen's, a Ontario, a Canada, a Norteamérica. Sin perjuicio de usos ulteriores, si lo he traído ahora a colación, adelantándome a la secuencia natural y ordenada de acontecimientos descritos, es porque me sirve de referencia válida y de aviso a todos los navegantes por venir...

Raquel Aconcha era una fina y educada chica colombiana que hizo unos progresos sobresalientes tanto respecto de su personalidad como con sus estudios. En cuanto a lo primero, después de tontear con un chico canadiense, que le pegaba lo mismo que unas alpargatas de esparto a un [smoking] , regresó de una vacación a su tierra, casada y convertida en la Sra. Cruz. Todo un acierto, porque su marido, también colombiano, además, era un muchacho saludable, perceptivo y culto. Yo anduve enamorado de ella, y hasta le escribí unas prosas, entre líricas, crípticas, votivas... yo qué sé..., que le gustaron mucho, y de las que me acusó recibo, con agradecimiento y femenina discreción, diciéndome que eran muy bellas y que me deseaba entonces, y me desearía siempre, lo mejor. Recuerdo que la invité al recital de arpa que ofreció Nicanor Zabaleta en Queen's, y que al final de la velada estuvimos hablando con él, cosa que a Raquel impresionó y halagó en extremo. Lo que también recuerdo es que, en un tramo de escalinata, nos cruzamos con la loca de Joan Nicholson, quien me dedicó una mirada furibunda, terminativa, fulminante, embadurnada en despecho y bilis. [Acaso por eso, responsable aunque inconscientemente, haya puesto en contigüidad los pasajes de estas dos mujeres] Raquel terminó su grado de Master's con una Tesis de Literatura, de cuyo Comité asesor yo formaba parte. Creo que fue en abril de 1969 cuando le pedí que me calificara unos cuantos exámenes, para así poder yo marcharme cuanto antes. A mi regreso en septiembre se quedó extrañada y radiante de satisfacción por la compensación económica que le hice. Debió darse cuenta de que un español agradecido y pudiente tenía muy poco que ver con aquella caterva de calculadores mezquinos...

Margaret Shepherd, amiga de Raquel, y también alumna de alguna de mis clases, era norteamericana de NY, había vivido toda su

infancia en Cuba, antes de Castro, y estaba estudiando en Queen's porque sus padres, que trabajaban, creo que para la compañía Colgate, se hallaban destinados en Canada durante todos aquellos años. La traigo a mis páginas porque, sin ser muy bonita, ni muy inteligente, ni muy propicia a las expansiones de cama... tenía de todo ello en la proporción suficiente para que ocupara un espacio en mi incumbencia. Ilustraba a la perfección ese desdoblamiento, ese constante oscilar entre la cosmovisión hispánica ["latina", dirían ellos en la chapucería terminológica que a partir de la influencia francesa en Méjico en el siglo XIX, los gringos han estado y siguen imponiendo por envidia, y por rencor hacia Hispania] y la anglosajona, con todo lo que ello comporta. Esa distorsión violenta que se alzaba en medio de su personalidad, le suponía exaltaciones y abatimientos calamitosos, pequeñas histerias y desajustes emocionales. Por lo hispánico, Margaret veía en mí una representación válida, a la que ella se habría apuntado sin reservas... Por lo otro, conectaba con un sistema de organización objetiva, de cosas que funcionaban con arreglo a unos esquemas telúricos, garantizados, previsibles.... Y la pobre Margaret no sabía a qué carta quedarse. Yo le enseñé una foto de mis dos sobrinos, muy pequeñitos todavía, y desde entonces, cada vez que regresaba yo de España, ella me preguntaba por "los niños". Un detalle muy tierno que yo sabía agradecer. Una sola vez, en que andaba yo algo falto de norte, la pedí que fuera a verme a mi habitación del Hotel Shamrock. Estuvimos un rato. Sólo hice ponerme encima de ella, cubrirla, sin penetrarla... y liberar los demonios de mi ego... Hallándose de viaje con sus padres por Europa en 1973 pasó por Alcalá de Henares a saludarme. No he vuelto nunca más a saber de ella. Pero cuenta para siempre con un rescoldo solidario dentro del corazón mío.

Por aquellos años, dentro de la estrecha amistad que mi paisano Tato Lafita y yo manteníamos, él, piloto profesional, primero, del Ejército del Aire, y luego de las Líneas de bandera española, Iberia, me amenizaba con relatos y cuestiones relativas a los viajes por aire, lo cual, ocioso decirlo, no significaba novedad para mí por el hecho en sí del vuelo [yo era pasajero internacional desde 1953] sino porque

adobábamos cálculos y proyectos sobre alguna que otra excursión en avioneta, de esas cuyo manejo para cualquier piloto de la talla de Tato era lo que equivaldría a que cualquiera de a pie montara en bici, o a que yo escribiera un endecasílabo... Quería darle yo a Tato una fulgurante sorpresa; quería yo compensarle por las charlas y charlas que habían fluido entre él y yo sobre temas de aviación, y más concretamente sobre el proyectado esquema de viaje en avionetilla, de esas, repito, que planean perfectamente y que pueden hasta aterrizar y/o despegar en/desde un campo de fútbol. Kingston contaba con un aeropuerto para este tipo de prestaciones, y con un Club que se dedicaba fundamentalmente a eso, a expedir licencias de vuelo, tras los oportunos cursos, prácticas y exámenes. El precio, *todo* incluido, no llegaba a \$1,000.- [un equivalente a 400.000.- pts. de 1995]. Sí, yo estaba engolosinado con sacarme un carnet de piloto civil que me permitiera manejar avionetas de hasta cuatro pasajeros, tipo Piper, tipo Cessna, etc. Y al aeropuerto de Kingston me encaminé una mañana. El instructor, un avezado piloto, me lo explicó todo: dónde tenía que hacerme el reconocimiento, quiero decir, con qué médico; que me costaba \$20.- y que el número de clases era tantas y cuántas. Ese primer día, por el módico precio de \$5.00 le daban a uno una vuelta por arriba, y le enseñaban, en general, *grosso modo*, a lo basto, el manejo de los mandos... Subí con él... y todo resultó un tremendo error de cálculo, de procedimiento. El instructor, con su mejor fe, con el propósito de que me familiarizara con los secretos del asunto, comenzó a ejecutar, y siguió ejecutando, tal suerte de pequeñas mostraciones y acrobacias, combados, caídas, picados, repuntes....., que cuando aterrizamos me sentí mal. El instructor era bueno, muy bueno, pero confió gratuitamente en que todos disponíamos de una fisiología invulnerable al mareo. Conforme fue avanzando el día me fui sintiendo peor. Estuve en mi habitación tumbado boca abajo todo el resto de la jornada, y las secuelas de tan salvaje indisposición me duraron dos días más. Tan quebrantado salí de la prueba que deseché ya todo proyecto de hacerme piloto. Una verdadera pena. De no haber sido mi fisiología tan señaladamente vulnerable al mareo o “motion sickness”, mi virtualidad

de desplazarme en barco y en algún otro tipo de artilugio aéreo (globos, helicópteros, etc) hubiera incrementado sensiblemente la amplitud de mis incursiones en toda suerte de ámbitos viajeros.

Con la salud fui muy afortunado al carecer prácticamente de contratiempos serios. Exceptuando el estado ya descrito que me generó la tan malhadada incursión aérea en los cielos de Kingston, y un ataque de vértigo con empujones de náusea que sufrí otro día [fallo del hígado, diagnosticó de oído alguien después; fallo del simpático, especularon otros] y que en ningún caso me impidió dar mis clases, mi salud se mantuvo dentro de unos parámetros muy aceptables. Tan es así que, un poco por hacer gasto de aquel despliegue de medios de ciencia médica a mi alcance, concentrados en varios edificios pertenecientes a la Facultad de Medicina, dentro del Campus de Queen's, me decidí a que un dermatólogo especialista me echara un vistazo al [nevus piloso hipercrómico] que me venía acompañando en el ápice de mi nariz desde el trance de mi nacimiento. Sin novedad, también. Me preguntaron si había experimentado cambios bruscos tanto en el color como en el grosor. Les dije que no, y me recomendaron que dejara las cosas como estaban [Más de veinte años después consentiría en su extirpación a manos de una cirujana brasileña, en Petrópolis, Río de Janeiro, y siempre por motivos estéticos, sin que mediara peligro cercano alguno.]

Una vez fui a un Hospital a hacer una visita a alguien..., a quien no puedo precisar, me es imposible..., como no fuera un médico cubano, Miguel Chiong, naturalizado canadiense, que vivía con su mamá en Kingston, y que había sufrido un infarto... Aunque no frecuentaba mi círculo, era afecto del elemento hispánico en general... y fui a verle. Sí, tuvo que ser allí cuando... mi pluma, sin azafatas de por medio, y sin otros motivos líricos que requiriesen la coadyuvación de mi numen, encontró otro de mis estros sobresalientes y lo encofró en el soneto

Blancura

A una enfermera –creo que bella– por
hacerme pensar en muchas cosas.

Aquí no hay más que muerte gota a gota:
Lo mismo en ese gorro de enfermera
que en esta blusa de hombre, en su grosera
mirada, en lo abollado de su bota,

y siento que se trunca y se agarrota
la voz de la anunciada primavera
que entra por la ventana; tal vez era...
No, no: Aquí la vida está bien rota.

Rota como la amarra del navío
encallado en un banco –muerte, frío–
como en esta blancura de hospitales.

Ya no tiene remedio; sólo falta
que un buen día como hoy nos den el alta
y nos digan que somos inmortales.

Aldonza 21, julio 1966

En cuanto a actividades de recreo, el ajedrez, tanto fuera como dentro de la Universidad, fue mi gran evasión. Retomé mi afición después de los dos años de barbecho de London. La gran mayoría de los jugadores teníamos que ver con Queen's. Sólo unos cuantos más, también asiduos del Club, ejercían trabajos bien como autónomos o por cuenta ajena, fuera de la órbita directamente académica. El ajedrez fue

mi gran actividad complementaria. Recién llegado en 1965 comencé a jugar el Trofeo *Whig Standard*, patrocinado anualmente por dicho periódico. Lo perseguí sañudamente hasta 1969 en que quedé campeón. Como de ello hablo algo en mi novela *Amor se dice [obitcham] en búlgaro*, no me extenderé ahora. Sólo subrayar algunos aspectos que ayuden a fijar la tremenda relevancia que tuvo aquella actividad en la realización de todo mi tiempo que no dedicara directa y frontalmente a cuestiones docente-investigadoras. Al final de Queen's St., en su parte baja, había un restaurante, "Tropicana", que era uno de mis sitios favoritos de la ciudad. Su dueño era un griego, tipo [tycoon] próspero, emigrado, y que para más señas tenía una hija, más bien feuchilla aunque exuberante, que estuvo matriculada en uno de mis cursos. La niña se sabía hija de padre exitoso y pudiente y jugaba sus bazas. Una vez celebró una fiesta en su casa, con sus padres allí también, y me invitó. Como ocurrencia graciosa, me puso una especie de colgante o cascabel al cuello, porque así –decía ella– les ayudaría a saber a las chicas donde estaba yo... Bueno, superada la digresión, me devuelvo al "Tropicana" donde, además del cocinero, griego, que me trataba estupendamente, había una camarera, canadiense, gordita, madraza, que por la expresión de mi gesto, por el halo que desprendía mi persona, conocía cuál había sido el resultado de mi partida de ajedrez... Al entrar yo en el restaurante y comprobar ella mi aire de abatimiento, me decía compungida y empáticamente: "¡Oh, Thómas, you lost *again!*" Una mujer simpática y un agradable sitio el restaurante "Tropicana". En mi despacho siempre había un tablero de ajedrez desplegado, y un reloj, y hasta jugué allí alguna partida aplazada. Ya digo que mi despacho era un búnker. La consecución de mi triunfo coincidió con la cada vez más implacable evidencia de que Kingston no tenía futuro para mí, y por eso durante los dos años anteriores a mi salida, mis actividades ajedrecísticas fueron reduciéndose hasta dejar de ir por el Club y desentenderme por completo del ajedrez en mi último ejercicio académico 1970-1971. Yo andaba suscrito a la revista *USA Chess Life*, una de tantas cosas en que la visión pragmática de este país producía excelentes resultados. Entre las muchas ofertas y modalidades

estaba la de hacerse suscriptor vitalicio de la revista por \$100.-. Además del detalle de que durante un par de años o así el \$ canadiense tuvo una cotización más alta que el \$ USA, cien dólares era la séptima parte de mi salario mensual, el equivalente aproximado a 45,000.- pts. actuales de 1995. Si a bote pronto, una suscripción de tal cantidad impacta, de haberla hecho, hoy, pasados treinta años, *Chess Life*, una de las mejores revistas de ajedrez del mundo, me habría salido a menos de diez duros mensuales. Como casi todo, se trataba de jugar con la perspectiva, y yo creo que no acerté ahí. Donde sí acerté fue en no jugar más en Kingston después de perseguir el campeonato durante cinco años y conseguirlo.

Entre las amistades masculinas de fuera de Queen's se encontraba Constantin Lafkas, griego, un tipo corpulento, físico matemático de profesión, inteligente, quiero decir que preparado en esas materias de su trabajo. Llevaba muchísimos años en Norteamérica y era canadiense por naturalización. Primero residió en New York, y ahora parecía estar asentado definitivamente en Canada. Se alojaba en una habitación del Hotel Belvedere, en la King Street East, muy cerca del Campus. Por aquel entonces dicho Hotel era francamente [shabby] , con un toque de ranciedad sórdida. El Shamrock, sobrio como era, parecía un establecimiento de lujo en comparación. Constantin era un gran tipo, un tipo al que cobré cariño, acaso porque fuese yo uno de los pocos que podía percatarse de los valores intelectuales suyos. Sin embargo, la inteligencia y preparación que mostraba en sus materias estaban lastimosamente neutralizadas por una obcecación respecto a otras realidades. No sé si por autocomplacencia, quiero decir, con el fin de ocultar alguna zona poco convincente de su personalidad y tratar de engañarse a sí mismo [tema en todo caso de diagnóstico de psicólogo profesional], o porque de verdad lo creía así [cosa que dudo y que, en todo supuesto, hubiera abundado en el efecto de apisonadora y de lava-cerebros que impone la sociedad norteamericana, etc.]..., el caso es que el bueno de Lafkas decía no sentirse seguro regresando a Grecia, por temor a represalias por parte del régimen político ¡¡¡ Una verdadera lástima de perspectiva, un

tremendo disparate de discernimiento. Yo le participé mis deseos de marcharme de Canada, y mi total convencimiento, mi incontrovertible seguridad de que Norteamérica, en términos europeos, es solamente atractiva para un tipo de gente muy concreto; o para unas situaciones muy concretas; fuera de ello, es un rodillo inmisericorde y absurdo, sobre todo cuando, como en el caso de él, sus cualificaciones le hubieran permitido salir adelante en su país de origen, Grecia. Yo llegué a creer que uno de los más perniciosos efectos que Canada produjo en Constantin fue el de hacer que éste se engañase respecto de las oportunidades que Grecia hubiera podido brindarle. En Kingston vivía mal; yo le veía y me dolía, porque era un gran tipo. En el fondo de mis previsiones yo intuía que Constantin, de no cambiar, se moriría de... asco!. Nos solíamos reunir en su habitación, a tomar *pizza* y vino espumoso. La *pizza* a que me refiero era un producto egregio del establecimiento “Lino’s”, en la Princess St. Su dueño, Lino, un italiano, había dado justa fama a su negocio por la preparación de unos exquisitos artículos de consumo, en que la masa y los ingredientes formaban un todo combinado, unimismado, de una calidad y sabor insuperables. Lo de menos es que fuera conocido en toda la provincia de Ontario; lo de más, es que era cierto; cierto que yo, como cualquiera, he probado *pizza* en muchos países, incluido Italia, y en muchos establecimientos, sólo para que me resaltase la evidencia de que Lino poseía su fórmula, una clave de excelencia particular que le distinguía de todos. Normalmente todos hemos visto que las *pizzas* se cocinan poniendo *encima* de la masa los ingredientes que sean. Lino parecía haber conseguido un justo grado de cocción en que dichos ingredientes se fundían *dentro* de la masa. La *pizza* número 5 era mi favorita, con pepinillo, queso, anchoas, tomate, un solo tipo de embutido... y creo que nada más. Lino, que yo sepa, es el profesional que mejor ha trabajado la pasta, mediante un toque o clave secreta. El bueno de Constantin me dio a probar un día un vino Anjou Tessier, “Petillant” que me supo a gloria. Cosa curiosa: No existía en la provincia de Ontario, y el lugar más próximo para su obtención era Montreal. Desde que lo caté me convertí en su adicto. Costaba \$2.50.- botella, lo cual era un precio comparable a

lo que podría calcularse para el mejor champagne o cava; y ciertamente, la calidad de este espumoso no desmerecía del mejor de ellos. En invierno, pedíamos por teléfono una *pizza* grande número 5 a Lino, mientras dejábamos en la ventana, al [fresco] de... yo qué sé los grados bajo cero, una botella de Anjou Tessier. Cuando el repartidor llegaba con la *pizza* el vino se hallaba a punto de congelación y aquello era una delicia. Allí y así hablábamos de los temas que ya he esbozado. Lafkas provenía de un pueblito del Peloponeso, Kiparission, al Sur absoluto de Grecia, donde sus padres vivían aún, y adonde un tío suyo, hermano de su padre, se había también retirado después de su jubilación en California... Constantino me urgía a que en alguno de mis viajes veraniegos me acercara por allí, a hacer turismo, y de paso saludar a sus padres, y ver su pueblo natal [cosa que hice en 1972, por cierto, y que será objeto de tratamiento en el lugar que proceda de estas *Memorias*]... A los dos o tres años de haberme yo marchado definitivamente de Canada me informó Lafkas que había entrado a trabajar para Queen's, en calidad de investigador o algo parecido; por el tono de su carta me dio a entender que lo consideraba un gran honor; al tiempo, me enviaba un ejemplar de varios "papers" que le habían publicado sobre cuestiones de Física y de energía, sus campos preferenciales de estudio....

Fue en 1978 o en 1979. Es igual. Recuerdo que estaba yo recién llegado de un viaje por América del Sur, y a eso de las cuatro de la mañana, hora española, suena uno de los teléfonos de mi piso en Alcalá de Henares... Era una voz de mujer y me informaba de que Constantino había... muerto!..., así, que había muerto. Lo más anecdótico entonces hubiera sido recordarle a la mensajera que hubiese debido tener un poco de consideración y de saber la hora en que los demás vivíamos... Las diez de la noche canadiense eran las cuatro de la madrugada en España y, fuese quien fuese, me encontró semi [zombie] , bloqueado por efecto de la subitaneidad de la llamada y por la paliza del viaje... No pude articular palabra alguna..., sólo confirmar que sí, que era yo Tomás Ramos,... que no se había ella equivocado de número ni de [party] ..., que me daba por enterado... y... ¡Qué absurdo y qué poca

consideración de la gente, vaya horas de llamar..! Pero, ¿quién podría haber sido la autora del telefonazo? Una sola vez en todo el tiempo de los seis cursos durante los que conocí a Lafkas, una sola vez, le vi acompañado por una mujer, Rose, que a la sazón había ido de New York a Kingston a verle... y allí me la presentó Constantino... Sí, Rose, una norteamericana grandona, rubia. Al cabo de unos días recibo una carta de alguien de Queen's, del Departamento de Ciencias: No era Rose, claro, ni mucho menos... Era la mujer del teléfono, sin nombre, firma ilegible, acaso... Lynda... Me enviaba algunas de las cartas, o todas las cartas, que yo le había escrito a Constantino [aerogramas todas ellas, de los antiguos, color amarillo-anaranjado], que las había encontrado en su habitación, y que había colegido que yo era amigo suyo: de ahí la llamada telefónica... y todo lo demás, porque toda la información sobre mí se hallaba en los dichos aerogramas. Ni una palabra sobre las causas de la muerte, nada de nada. ¿Para qué? Yo sé que murió *de asco*, esa expresión castellana tan lata pero tan precisa de nuestras abuelas, sobre todo aquello indeterminado pero activo que cobra protagonismo en el deceso de alguien. Constantino Lafkas murió en Canada de asco: Un tipo valioso; una buena cabeza; un mejor corazón... pero absolutamente suspenso en la asignatura de perspectiva; víctima de la insensibilidad de rodillo del sistema.

Segismundo López ("Pancho") que con todo merecimiento y propiedad aparece en el elenco de hispanismo de Kingston, era un chico de mi edad, creo que de Soria, obrero especializado que trabajaba en una especie de empresa metalúrgica. Era educado y discreto, sabedor de su *status*, y de que su incumbencia en Canada estaba naturalmente limitada y señalizada por los objetivos de ahorrar el mayor dinero posible, sin pasar privaciones y tratar de hacer algo en España. Vivía en una habitación de la casa de una señora, y sólo al final de los dos años que ya llevaba trabajando en Canada, había hecho un viaje a España... Un día me pasé a verle a su lugar de trabajo: Se trataba de un hermoso taller, como dije, de metalurgia, de chapa, y de materiales contundentes... Pero lo que más profundamente reseñó la mente mía, y de ahí la razón para incorporarle a estas páginas, fue el formidable

aspecto con que se me apareció: Vestía mono de fibra especial; un precioso casco; gafas amplias y limpias; guantes flexibles... Su atuendo por los pies remataba en unas botas, cuya puntera, como enarcada, parecía poseer alguna especial condición... Parecía un “dandy”, un profesional puntero... Cuando llegué yo, al verme él, se subió las gafas, se despojó del casco, se quitó los guantes y se sonrió... Yo le pregunté que si siempre trabajaba así..., con aquel equipo... Me dijo que sí, que claro, que era absolutamente imprescindible... Las gafas, casco, guantes, y peto especial, tratando de soldaduras y de martillazos, era lógico. Respecto de las botas, que era lo que más me había llamado la atención, me dijo que, efectivamente, toda la parte delantera del pie quedaba bajo una bóveda o puntera de acero especial, capaz de resistir el aplastamiento de lo que fuera [una barra, una viga, una herramienta] de hasta no sé cuántos, muchos, kilos de peso... Que todo ello era imprescindible para trabajar, y que si en cualquier momento se probaba que alguien del ramo desatendía tales recomendaciones de seguridad laboral, de garantía y protección personal en el trabajo, los sindicatos correspondientes no le permitían volver a colocarse más... Sin comentarios. Lo mismo que en España, pensé, donde la chapucería en los trabajos y en las obras, el imperio del [yavalismo] , origina uno de los índices más altos de siniestralidad laboral del mundo. Si los Sindicatos, en vez de enredarse en otros asuntos que todos sabemos, se preocuparan de que sus afiliados observasen las normas [de sentido común, por otra parte], otro gallo nos cantara. Confieso que las explicaciones de “Pancho” y las comprobaciones que yo mismo efectué sobre el tema me ilustraron mucho más que todo el Derecho del Trabajo [que como doctor en Leyes que soy, tuve que estudiar] y todas las monsergas y soflamas imputables a nuestros sindicatos y sobre todo, a.... nuestros gobiernos.

El matrimonio Daza (Rafael y Cristina) constituían otra buena muestra de ejemplares hispánicos. Vivían bien: En una buena casa, con un buen coche, con garaje anexo y porción de prado. Rafael, en posesión de lo que ahora entenderíamos como título de maestría industrial, se defendía bien con el inglés, y trabajaba de obrero

especializado para una empresa maderera, si no me equivoco. Cristina era una competente ama de casa española, lo que quiere decir mucho, casi todo: Que el sueldo lucido de su cónyuge quedaba revalorizado. Tuvieron en Canada su primer y [hasta el momento de marcharme yo] único hijo. Cristina solía decirme y recomendarme que “me recogiera”; que ya era hora de que me casara (¿), y cosas así. Lo que resalta de esta pareja es, por parte de Rafael su desmedida obsesión, tan racialmente, tan vertebradamente hispánica, de traerse un cochazo nuevo a España y hacer negocio con él. Cristina, más prudente y más certera, tenía serias dudas sobre el particular, y prefería seguir ahorrando como lo habían hecho hasta entonces. Yo abundaba en su criterio, y ella encontraba en mi forma de pensar el mejor baluarte para defender el suyo, frente a las fantasías de su marido. Algo más de un mes después de venirme yo definitivamente a España me enviaron los Daza por correo un recorte del periódico *Whig Standard* de fecha sábado 21 de junio 1971, página 19, en que bajo el epígrafe “The sights and sounds of Mexico” aparece una foto de Cristina, su chaval Allan, y un vecinito de la comunidad o barriada examinando la “piñata” que, en forma artesanal de pez, habían preparado entre estos dos últimos. Lo de menos y ya inevitable era la cargante confusión entre lo español de Europa y lo hispánico de América [casi monopolizado por México]. Lo que importaba era la prueba fehaciente de que los Daza parecían haberse integrado por completo, y que hasta salían en los papeles...

Por mediación de éstos, y cuñados suyos, llegaron a Kingston el matrimonio Escaño (Félix, hermano de Cristina; y Constanca, su mujer). Entre los dos matrimonios copaban buena parte de las particularidades idiosincráticas españolas de los años sesenta. Si Rafael estaba obsesionado por lo del coche nuevo, pero sin descuidar vivir razonablemente bien mientras durase su estancia en Canada, Félix sólo quería ganar dinero, dispuesto a trabajar jornada y media mediante la modalidad de las “horas extraordinarias”, y bien ajeno al hecho de que ciertos países desarrollados sólo conciben ese atípico recurso laboral en contadas circunstancias. A Félix no le interesaba nada de nada: El gobierno canadiense ponía a disposición de los recién llegados sin

conocimiento de inglés, clases gratis y todo tipo de facilidades... Félix terminaba de trabajar... y se frustraba de que no le dieran más trabajo... para ganar más dinero. No veía más que lo inmediato..., y no alcanzaba a sospechar el valor que cobraría su aprendizaje siquiera de algo de inglés básico. Félix después de trabajar se quedaba en casa, con su mujer y sus dos niños, a ver televisión, que no entendía, pero sin voluntad para estudiar... Siempre configuré a Félix en mi conciencia como uno de los más genuinos raciales que la España de los sesenta exportaba al mundo. La obsesión de Félix era regresar a España cuando pudiese, contar con un buen trabajo y con 50,000.-, recuerdo bien la cifra, *cincuenta mil pesetas* de libre disposición, ahorradas, en el Banco, como reserva y remanente. [Bueno, la mayoría de los que iban a Alemania no pensaban de manera distinta]. Me ilustraba mucho charlar con el matrimonio Escaño. Eran de Palencia... Nunca supe de ellos más..., nunca.

El año de 1969 en toda su afectación natural, quiero decir incluyendo la parte correspondiente de los cursos académicos 1968-1969 y 1969-1970, marcó mi síndrome inflexivo agudo, sin posibilidad de que las cosas pudieran volver a su anterior conformación. Se cumplía ya mi cuarto año de residencia en Kingston y yo veía que aquello tenía que acabar. ¿Cuándo? Pronto. ¿Cómo de pronto? Ese era el *quid*. Los balones de oxígeno que yo podía echarle a mi sistema respiratorio eran, sin duda, portentosos. Mediante un ingenuo recuento calculé que hubo cursos en que por dos o tres días de diferencia pasé más tiempo fuera que dentro de Canada. A ver: Casi treinta días en diciembre-enero; y más de cinco meses desde abril a septiembre. Y lo curioso es que, a razón de dos únicas fiestas laborales en todo el curso, quiero decir, ocasiones por las que se hacía un paréntesis en la actividad académica, el número de clases y de jornadas lectivas que se celebraban en dicho periodo superaban en un 30% al de España. En eso, como en tantas otras cosas, Canada y sus instituciones funcionaban normalmente, con arreglo a una serie de pautas engrasadas, probadas, repetidamente verificadas, y llevadas a cabo con profesionalidad y rigor. Para entendernos: El ejemplo de los sindicatos de “Pancho” López!

El año 1969 fue muy denso, muy poblado de realizaciones, de cosas que me ocurrieron y que llevé a cabo, cuya experiencia, es decir, la reacción que ante ellas mi alma generó es lo que me gustaría historiar a renglón seguido. Aparece entre mis papeles un poema mío, inédito hasta ahora, fechado el 31 de enero de 1969 en Kingston, Ontario (Canada):

JULIÁN

Me alcanza la noticia de tu muerte
-¿viviste alguna vez, querido amigo?-
y ya ves, me parece que lo supe
desde siempre, desde hace todo el tiempo.
Al querer repetirlo, cerciorarme
de que ya era seguro, de que había
recibido una carta esta mañana
que decía: “acabamos (a Julián
Castillo, ya se entiende) de enterrarle”,
ni me puse a pensar. Me di una vuelta
y recordé tus gafas, tus colores
y tu forma de andar y de decir
que sí con la cabeza, y sobre todo
aquel pudor de niño cuando alguien
te alargaba la mano o te miraba.
De fuentes fidedignas me llegaron
a informar que ya eras menos tímido
-claro, la facultad, la novia, etcétera-
“Ya no será ingeniero ni marido”,
me escribe Wenceslao. Ni falta que hace.
Descansa y hazlo bien. Tú no encontraste
aquí lechos de rosas sino almohadas
con pinchos, procurándote desvelos;
estrecheces, anemias, porquerías
que minaban el templo de tu alma.

Descansa y hazlo bien. Te lo mereces.

Kingston, Ontario (Canada)

31 de enero, 1969

Se trataba de un compañero de colegio, de Alcalá de Henares, Julián Castillo García. Por lo que parece, el amigo común del poema, Wenceslao, me debió de haber escrito unos días antes informándome de lo ocurrido. Julián, de portentosa bondad y esmerada inteligencia, ya desde pequeño había estado impedido por una empecatada salud: todas las perrerías del mundo en forma de achaques parecían querer darse cita en él... Y sin embargo, tenía un soterrado y exquisito sentido del humor; aun dentro de la circunspecta y como sopesada seriedad que acompañaba a su manera de ser, se permitía ciertas expansiones expresivas, como aquella de que yo había incorporado a mi haber un [quinquenio] más cuando le participé que en London, Western Ontario, me había follado a cinco nuevas chavalas...

El 3 de marzo de 1969 recibo una carta del Decano de la Faculty of Arts and Science, Mr. Harrower, en la que acusa recibo de otra mía anterior, de 25 de febrero... Voy a tardar menos en adjuntarla en fotocopia que en explicar su contenido...

Faculty of Arts and Science
Office of the Dean

March 3rd, 1969.

Professor T. Ramos,
Department of Spanish
and Italian,
Queen's University.

Dear Professor Ramos:

Thank you for your letter of February 25th. I have since discussed with Professor Fox the matters of your rank and salary which you raised in your letter. We are of the opinion that your present rank and salary do recognize quite strongly your excellent reputation as professor and writer. I hope that in discussions which you may have had by this time with Professor Fox you have been reassured on these things.

As I see it, there is no reason why you should not explore further the possibility of other opportunities that might be offered to you. I would certainly hope that upon consideration of all the aspects of the situation that you would not be tempted to leave Queen's.

If you think it would be helpful to discuss this with me in person, I would be very pleased to have you come to see me. In that case, you might get in touch with my Secretary, Miss Gillingham, to find a time that would meet your convenience.

Yours sincerely,
G.A. Harrower
Dean

Estaba claro que yo mostraba los primeros síntomas inequívocos de cansancio y pensaba que, de no cambiar el lugar de trabajo, la única compensación es que me lo pagaran mejor. Y aunque tales pretensiones bien sabía yo que eran absolutamente inviables, estaban avisados, sabían de lo que iba la cosa, y no podían llamarse a engaño. Yo también sabía que se consideraba algo deslucido para el prestigio de Queen's que un Associate Professor, con *tenure*, no se encontrara satisfecho con su salario. Por una parte, yo no podía evitar ser un... pesito pesado ya, a mis 32 años, dentro del organigrama del profesorado de tan establecida institución..., pero por otra, a mí esas cuestiones de rango y de fuero me interesaban menos que las otras, que las que conllevaban más dinero. Si mi función académica no podía encuadrarse en unos parámetros mercenarios, no era menos cierto que yo, ni borracho, contemplaba a

Canada como mi lugar futuro y estable de vida, y no quería caer en la estúpida burla, en el lacerante chantaje perpetrado a Lafkas..., y a tantos otros... La técnica del sueldecito recortadito por el que sintieras que tenías un poquito de todo, pero que en cuanto a magnitudes y parámetros realmente importantes, no podías ni siquiera aproximarte a nada de nada..., no iba conmigo. Se me traslucía dicha manera de pensar, no lo ocultaba. En cuantas ocasiones tuve yo oportunidad de reflexionar sobre ello, bien a solas, bien en voz alta, en charlas con espíritus sagaces. Esa es la piedra de toque de ciertas democracias consolidadas: empequeñecerse, volatilizarse la individualidad para que el colectivo impersonal, abstracto, del país se glorifique... ¡Y una mierda! Eso está muy bien para los que, a su vez, por talante, por convencimiento, por coincidencia de gustos y de aptitudes, reciban de ese “ogro filantrópico” del Estado unas contraprestaciones que satisfacen plenamente su sistema de valores, sus previsiones de felicidad, sus esquemas de gratificación. Pero mi relación con Canada nunca fue tal: Yo me estaba dejando la piel; yo pasaba doce horas diarias en la Universidad; el españolismo, el Hispanismo, la Hispanidad de todo un Departamento quedaba convocado por mí y en mí en una altísima proporción. Y si no, que se lo dijeran a los incrédulos las oleadas de promociones que por mí supieron lo que significaba *lo hispánico*, la literatura, la forma de ser... A mí me habían contratado para eso, y yo estaba cumpliendo mi cometido con la más feroz, con la más impetuosa y dedicada de las competencias..., con el más vaciador, con el más decidido de los volcamientos... y me sudaba la polla por el hecho de que me dijeran que a mis treinta y dos años, dentro del organigrama general sin alma de las gráficas estadísticas de la Universidad, “my present rank and salary” se acomodaban dentro del 30% del tramo superior de la gráfica... Bien, el pistoletazo de salida había sonado, y todos sabíamos ya a qué atenernos.

Con todo, como digo, el año 1969, como si el algoritmo plástico y expresivo de sus dos últimas cifras recogiera en sus supuestos significaciones dinámicas y homologables respecto de mi cosmovisión..., resultó un éxito en mediciones personales y sociales. La

Revista de Literatura del CSIC, Tomo XXXV, nos. 71-72, correspondiente a julio-diciembre 1969 [aunque aparecida dos años más tarde] incluyó mi trabajo “La noción de *piedad* en el romance [Angélica y Medoro] de Góngora”. Y eso sí que se lo debí a nuestra Douglas Library, la Biblioteca universitaria, cuya sede radicaba en un edificio cerca del Kingston Hall. Albergaba por aquel entonces unos 650,000.- volúmenes, dispuestos la mayoría en [open stacks] ; es decir, en anaqueles abiertos al alcance de cualquiera. Muchos de los fondos bibliográficos hispánicos estaban en el piso más inferior del subsuelo y, como todas las dependencias, contaba con escritorios, capillas, nichos o pupitres laterales en los que podía uno acomodarse y llevar a cabo la consulta que fuere con sólo trasladar unos metros hasta allí el volumen de la estantería. Aquel ensayo sobre Góngora lo escribí en dos jornadas de trabajo: enfebrecidas, eso sí; consciente de que la materia prima estaba allí al lado y de que lo demás tenía que venir de la motivación personal del artista. Allí enjareté algunos otros estudios y/o “papers”. Me encerraba, por ejemplo, un domingo entero, saliendo a comer algo..., y así, inflamado en tales urgencias de trabajar, pocas cosas se resistían. Allí vi maravillas de libros de autores españoles, verdaderas joyas: novelas de José Francés; de César González Ruano; de Max Aub; de Bartolomé Soler; de Sender; de J. Antonio Cabezas; de Armando López Salinas; de Rafael López de Haro; de Benjamín Jarnés; de Pedro de Lorenzo...; los estudios sobre la novela de Andrés González Blanco... y tántos otros que convertirían este relato vivencial en disquisición profesoral e indigesta. Sólo insistir en que trabajar en ciertos sitios, cuando se tienen fuerzas y motivaciones es una gloria. Allí, en esa misma Biblioteca confeccioné una básica, pero válida, bibliografía descriptiva de revistas filológico-literarias con sólo recorrerme los, digamos, vasares inclinados de la sala dedicada al efecto. También, como en todos los sitios, la Biblioteca disponía de un depósito o almacén de adquisiciones que permanecía cerrado, y cuyos libros esperaban un convencional turno de clasificación y etiquetado. En mi calidad de representante consultivo-ejecutivo, simplemente experto, a cargo de las gestiones de adquisición de obras españolas

peninsulares, lograba autorización para entrar en la “cage” o jaula, y acompañado de un carromato, rescatar para su fichaje y catalogación inmediata los libros que según mi criterio académico tuviera a bien disponer. Muchos de los libros raros provenían del tiempo en que el Profesor Hilborn, en los años cuarenta, ya ejercía como hispanista de renombre; otros provenían de la compra de algunas bibliotecas privadas [la del hispanista William Christopher Atkinson fue adquirida por la Douglas Library en 1970, por ejemplo: vid. *Douglas Library Notes*, vol. XVIII, no. 2, Winter 1970, pp. 8-11]

El verano quedó justificado con creces con la travesía del desierto del Sahara de mi viaje a Africa, en tanto que los preparativos en primavera, y las secuelas en otoño, completaron mi entretenimiento. Así que, no eché de menos las pequeñas subvenciones que para los veranos anteriores de 1967 y 1968 me habían concedido el Arts Research Committee, y el propio Canada Council, respectivamente. El horno, en lo tocante a subvenciones a favor de mi persona empezaba a no estar para bollos, dado el despego progresivo que comencé a mostrar respecto de algunos de los criterios por los que aquella gente se regía: Por ejemplo, como antes indiqué, yo no me sentía vinculado, ni mucho menos satisfecho, porque a mis 32 años tuviera el mismo rango y ganase lo mismo que la media proporcional de los que tenían 40 y/o que acaso no eran aún Associate Professor. Salió mi *Antología de poemas ingleses románticos en español*; salió mi serie de diez artículos “Yo atravesé el Sahara” en el diario madrileño de la tarde *El Alcázar*, días 8-12 y 14-18 de octubre 1969; y aunque en tono mucho más testimonial, el no. 204 de *Poesía española*, diciembre 1969, me publicó el primer fragmento de mi poema “Alma plena”. Y para terminar mis [gracias] de ese año mirífico de 1969 me proclamo en noviembre “Chess Champion” oficial de Kingston, Trofeo Whig Standard, contra todo pronóstico... En una reunión que tuvimos todos los Departamentos de Kingston Hall, y en la que celebrábamos por anticipado el periodo navideño de ese mismo 1969 ya encima, un profesor de alemán, desglosándose del grupo al que se hallaba integrado, con un vaso en la mano, sonrisa persuasiva, y gesto inequívoco de seguridad, se acercó a

mí y me anunció, entre confidencial y triunfalista, que iba inmediatamente a proponer un brindis en mi honor, en honor de mi persona, por la serie variada de cosas en las que me había visto inmerso como protagonista de mayor o menor entidad durante todo ese año. Me dijo que estuviera preparado..., y..., bueno, le dí las gracias y esperé. Allí no pasó nada de nada. Más tarde me enteré que el brindis se frustró porque “alguien” se lo había desaconsejado, o prohibido veladamente, al profesor de alemán, por tratarse de alguien como yo, algo [maverick] , que iba por libre, y de quien no se abrigaba una seguridad total e incondicional respecto de integrarse en aquella sociedad tan... edificante. ¡Pues muy bien –me dije. Que los folle un pez a todos estos prójimos!

El elemento femenino referenciado a mí de fuera de la Universidad llegó a cubrir un amplio espectro de registros, de motivaciones. Casi enfrente del Hotel Shamrock, algo más abajo, en la Princess St., se encontraba la Town House [ya no sé si funcionaba como Restaurante, Hotel, sitio para convenciones, o todo ello junto], una de cuyas dependencias, la más señalada, era “The Black Cat”, un [piano bar] o sitio para copas amenizado con música. La organista-pianista, Anne Marie, era una voluminosa mujer, no mucho mayor que yo, y que recubría sus exuberancias mórbidas de ciruela inmensamente rolliza [“plump plum”, si se me permite el retruécano], por no decir de morcilla reventona, en vestimentas amplias, vaporosas, como de gasa, llenas de encaje, y con varios niveles de chales o toquillas, de los que se iba despojando conforme avanzaba la velada... Yo pasaba allí muchos ratos y había ido confeccionando una relación bastante extensa de melodías que de vez en cuando me permitía requerir de Anne Marie que interpretase, sobre todo cuando ésta daba señales de poca disponibilidad con su habitual repertorio. Esos órgano-pianos (o piano-órganos, que tanto monta) eran ya unos artilugios o máquinas sofisticadas que incorporaban entre sus prestaciones la de seleccionar y proporcionar automáticamente la orquestación complementaria, de acompañamiento, que la melodía exigiese. Lo mismo se tratara de un bolero, que de una rumba, que del patrón de ritmo que fuere, el aparato suplía el elemento

polifónico natural de una partitura orquestada en regla... Anne Marie sencillamente hacía reconocibles ese tipo de canciones, muchas de ellas procedentes de las bandas sonoras de películas popularizadas y conocidas... El resto del repertorio se lo propocionaba yo... Normalmente cuando me veía entrar y sentarme solía exclamar... “¡Here comes Thómas and his list!” El sitio era, sin duda, agradable. Yo había logrado hacer entender al [management] del local que... yo no bebía, que bebía muy poco... y que no fuesen conmigo típicamente [pushy] ; o sea, que no me acosaran a consumir. Con una cerveza yo tenía de sobra. Anne Marie en sus descansos acostumbraba a sentarse en mi mesa. De esa manera me enteré de que había tenido tres maridos..., de que se había casado con ellos..., y ellos con ella, claro, porque así, en un principio, todos se habían creído y considerado sanos, honrados, leales..., pero que pasado un tiempo, más bien corto,... todo eso se había desvanecido..., y... “¡ya ves, Thómas, qué decepción!” me venía a decir Anne Marie, mientras consumía a tragos espaciados el brebaje de sus vasos. Varios meses después de mi regreso a España, Anne Marie me envió una carta y una foto. La carta la he perdido, pero la foto la tengo aquí delante: una 9 x 12, blanco y negro, con Anne Marie al piano, con su carita sonriente y gordinflona, cabeza de ricitos llameados y morenos. Fechada en noviembre 1971, llevaba en el reverso una dedicatoria: “To Tomas -Just to remember the Town House and our little piano bar. Love from Anne Marie”

Begoña Llames era una vasca educada, femenina, y cordial. Trabajaba en la Douglas Library y llegó a tomar uno de los [reading courses] de Literatura que, impartido por mí, ofrecía el Departamento. Begoña de esa forma rompía la monotonía de su rutina en la Biblioteca, escapándose a mi despacho el rato de sesión que duraba la clase. Su marido, David Crabtree, británico puro, era un primor de chico, amable, “easy going”, que estaba preparando un M.Sc. en Queen’s. Fue precisamente en casa de Begoña donde conocí a una amiga suya, española, que vivía en Ottawa. Creo que se llamaba Loli, y era finita, pero muy bien hecha, muy femenina y entrañable. Además, en los dos días que pasó en casa de Begoña (o mejor, de los Crabtree) intimamos

de manera fulgurante. Estuvimos una tarde juntos en el Shamrock, y la valoración de compendio que –según Begoña, que me lo contó– Loli había hecho de mí, fue que yo era “muy caballero y muy hombre”. Le agradecí el piropo con insobornable sinceridad. Semanas más tarde fui a verla a Ottawa y la llevé a presenciar la representación de *Los intereses creados* que un grupo de estudiantes de la Carleton University, dirigidos por el inefable profesor chileno Fernando de Toro-Garland, habían puesto en escena. Un éxito y una ocasión memorable. A mí me gustaba Loli y, antes de que yo me complicara la mente, fue ella la que me dijo si yo estaba seguro de que me interesaba por alguien tan pobre como ella. Aquella chica veía en mí a alguien con recursos; a alguien pudiente. Aquella chica me tocó la fibra de la reflexión compasiva, solidaria. Creo que la quise...

Begoña era la típica mujer generosa que daba todo el juego que podía a sus amistades: En una ocasión, dos compañeras suyas de trabajo en la Biblioteca, ella y yo, quedamos en comer al mediodía en uno de los sitios disponibles del Campus. No puedo precisar si fuimos al Student Memorial Union, donde se hallaba el servicio de comedor más popular y al tiempo, más completo, de toda la Universidad; o nos dirigimos al más selecto del profesorado, [fully licensed] en..., no estoy seguro..., La Salle Building, donde se podían tomar bebidas alcohólicas con la comida, y donde no se veía dinero: Sólo se pagaba con recibos, facturitas, y volantes que uno firmaba y que a uno le descontaban religiosamente del cheque mensual o nómina. Había colegas, me consta, que se dejaban buena parte del sueldo sólo en el detalle de comer con vino o con cerveza..., lo cual ilustraba estupendamente el secreto de estas sociedades potentes de individuos mediocres, en que lo que te daban por un lado intentaban quitártelo allí mismo y sin ir más lejos por otros muchos lados. Y eso era precisamente lo que este pueblo provinciano de canadienses no perdonaba a los extranjeros cultos: que tuvieran conocimiento de que el dinero ganado en Canada, y en lo que a disfrute personal se refiere, producía mayores rendimientos en cualquiera otra parte del mundo... que en Canada!. El caso es que comimos todos juntos, recuerdo que se

suscitaron opiniones encontradas sobre si Lord Byron... tenía “tendency to obesity” o era más correcto decir que “he was prone to getting fat”. Con cosas así pasamos la comida, y me di cuenta de que a la amiga más joven de Begoña, Claire [la otra era una señora madura] empezaba yo a hacerle tilín. Un día de aquellos la invité al *pub* de Anne Marie, y creo que contabilicé siete ginebras las que se chascó. Desde luego que era fortachona, “pretty solid” diríamos, y que tenía esponja para todo aquel veneno... Crucé con ella a mi habitación del Shamrock, pero apenas se tenía en pie..., y, por si fuera poco, le apestaba el aliento... a alcohol. Menos mal que nada más entrar en la habitación se despanzurró como un sapo en la cama... La despojé como pude de la indumentaria pertinente y la pegué desde detrás unos cumplidos leznazos... Y si he traído a estas páginas tal encuentro tan poco airoso, tan poco edificante, es con el fin de ilustrar uno de los hábitos, una de las maneras más habituales que ejercía esta gente para... divertirse. Ir a un sitio, empaparse en alcohol, tener muy poca conciencia de lo que después hicieran o dejaran de hacer, dormir la borrachera, recuperarse de ella... y estar listos el lunes por la mañana para volver al trabajo... Con Begoña Llamas me encontré fortuitamente en Granada, en el Hotel Versailles, en 1973. Formaba parte ella de una excursión, y yo estrenaba mi primer curso de trabajo en una Universidad española.

Había chicas que me fascinaban por lo inalcanzables e incommunicables que parecían estar nuestras mutuas cosmovisiones; mejor dicho, el sistema de usos y costumbres que conformaba sus vidas..., y el esquema vivencial por el que yo me regía..., o creía regirme. Una de las chicas empleadas en la empresa Amey’s Motors, de la que yo alquilaba mis coches Rambler, era una preciosidad aséptica, automática..., de criatura. Se encargaba de extenderme el recibo mensual... y cobrarme el importe. Con toda seguridad que se habría llevado un susto de muerte si yo hubiese intentado salir con ella... El mundo de estas personas se iba desarrollando con arreglo a unas pautas tiránicamente fijas, marcadas: Un trabajo, un marido, una familia y... un motivo más de depauperación del individuo, y de engrandecimiento del país. No llegué a saber nunca cómo se llamaba. Otra, oficinista bancaria

del Royal Trust [filial del Royal Bank of Canada] un establecimiento pequeño pero apañado que tenía su única sede en pleno “down-town” de Kingston, y del que sigo siendo cliente..., una de sus empleadas, digo, solía atenderme en las contadas ocasiones en que me pasaba por allí. Cuando me compré mi primer Mercedes, tuve que pedir un adelanto de \$1,000.- sólo durante dos meses, y ella, en un arranque de expresividad comunicativa..., a la vista de algún papel en que se indicara el origen y la finalidad de la operación, se decidió a decirme: “¡Hey, you’ve got yourself a new car..!” Impoluta criatura, vestida inmaculadamente. Al regresar uno de los septiembres a Kingston, acercarme al Banco, percibir su ausencia, y preguntar por ella..., alguien, con tono intencionadamente cómplice, sabedora o intuitora de la proclividad emocional que yo dedicaba a [¡qué importa el nombre!...] me dijo que se había casado y que “she was expecting”...

Había una pareja simpática de españoles de Cataluña, los Bigú, Jaime y Luisa, que trabajaban en el Departamento de Física de Queen’s. Eran de lo más tratable; me explico, de lo más ambientado y abierto; de lo menos acomplexado y con más vivo sentido del humor de todo el colectivo. Como tenían buena relación con los Crabtree (Begoña y David) más de una vez coincidimos todos, y nunca se frustraron mis expectativas. Fue a través de los Bigú como conocí a Nuria Werry, otra catalana que vivía en algún lugar de la provincia de Quebec, pero que se dejaba caer por Kingston de vez en cuando para visitar a sus amistades, entre ellas los Bigú precisamente. Nuria, casada con un canadiense, se hallaba en proceso de finiquitación de su matrimonio; no obstante, y por desconocer yo su apellido español de soltera, y a efectos de identificación, he empleado el documental de su consorte. Nuria poseía un gancho de hechicería suave; más bien finita, tirando a rubia, de bellísimas proporciones... Tuvo que hacerme algún impacto especial. En *Aldonza* 32, junio 1967, le dedico

Horizonte

Para N.W.

Plomizo el horizonte; en la distancia

variable de las cosas me sucede
que viajo de una a otra en retirada
dejando al enemigo los despojos,
carne mía, tediosa, desangrada.
Todo el afán del mundo y no se pudo
encender una hoguera; tu palabra
se cernía en lo alto desde antiguo
sin poder contenerla, apuntalarla.
Enamorado al fin (¿de qué?) Yo mismo
contemplo la conciencia en la distancia.

y en el número siguiente

Nuevas palabras

Para N.W.

Madura el corazón y el ansia crece
de dar cima a la obra; de que tengas
una vida más honda en mis poemas.
Maduran las palabras. Presentimos
los dos un sol ideal, una explanada
donde el árbol del gesto, la presencia
diaria, el comentario más sabido
se alza junto al oasis. Y los actos
maduran en rosario de alegrías;
en el orden que sólo un fruto hermano
ve a la savia regar las altas copas.
Madura lo que entonces, ayer, nunca
dejó por nuestros labios un reguero
de memoria, dolor, de vida fresca.
Y tú y yo, en ese morir lento
de las horas y días maduramos
también por obra y gracia de este irse
dejando penetrar por las verdades

que nos cercan. Madura el corazón
y tú ya vives dentro de mi vida.

Aldonza 33, julio 1967

Los términos y las temperaturas de los poemas no pueden considerarse instancias fiables cuando de trazar la historia rigurosa de un corazón se trata. Son indicios, sugerencias, que no es poco. Al cabo de veintiocho años justos, releo estos poemas y los reconozco como dentro de mi mejor tradición. Nuria debía de incorporar cierto trapío en lo que a personalidad se refiere, de ello estoy seguro. El fervor de mis poemas es auténtico...

Por si fuera poco, una de las amistades de Nuria en Queen's era Madeleine, una franco-canadiense divorciada que, además de bellísima, parecía un prodigio de discreción, de eso que los franceses llaman [finesse]. Madeleine estaba estudiando algo en Queen's, así que cuando Nuria nos visitaba, aprovechábamos los tres para comer juntos en el Student Union. Flanqueado por aquellas dos embajadoras plenipotenciarias de lo mejor español y de lo mejor francés, me concienzaba yo de lo desajustado, de lo endeble e ingenuo de mis recursos ante la complejidad madurada que la experiencia vital de cualquiera de aquellas dos egregias criaturas me imbuía. Cualquier compromiso por mi parte hubiera acarreado, de entrada, echar raíces en Canada, lo cual me horrorizaba. Un día, al salir yo de Kingston Hall y encaminarme hacia el comedor, no bien rebasado el Grant Hall, siempre en dirección hacia Union St., me apercibí de que algo más adelante, entre el Ontario Hall y el Fleming Hall..., también se encaminaba Madeleine. Respeté la distancia, sin ponerme a su altura. La reconocí indubitadamente, tal era la mesura armoniosa de su andar, tan ordenado y terso era el parámetro con que su bulto organizaba el ámbito alrededor de sí... Quise eternizar..., por lo menos salvaguardar esa percepción que desde el reverso de Madeleine le advino a mi alma..., y en el número 35 de *Aldonza*, septiembre 1967, aproveché el engarce amistoso entre ellas dos, y sin más dedicatoria, por lo palmario del asunto...

Nuria

Llegaste a mí con ese suave [hola,
¿qué tal?] , una caricia de la mano
y tu larga sonrisa, pues no en vano
eres mujer, discreta, y española.

¿De qué hablamos? No sé: De la amapola
que hace sangrar los campos en verano;
tal vez del cielo azul; de lo temprano
que se rinde la cresta de una ola.

De qué hablamos, no sé. Sólo recuerdo
que nació entre los dos como un acuerdo
de no desembocar en el olvido;

que el alma lleva un poso desde aquella
mañana o tarde en que una nueva huella
de ternura imprimióse en mi sentido.

Madeleine

Tu elocuente perfil, amiga mía;
ese límite dócil que a tu espalda
derrama por los bordes de la falda
un caudal de amorosa geometría.

Y el estilo, tu voz –la voz que un día
destrenzó ante mi oído una guirnalda
de aromas; tu presencia con que salda

mi corazón sus deudas de alegría.

Gracias, amor, por ser en mi camino
dulce venero que dejó el destino
para tesoro de mi verso oscuro...

Pues más allá del tiempo y la distancia
ya vive en mi recuerdo tu fragancia
de voz, límite, estilo, perfil puro.

Madeleine, terminados los estudios que se había traído entre manos, parece que se trasladó y no volví a verla nunca más. Pero Nuria debió de seguir haciéndome captar sus vibraciones, porque en *Aldonza* 43, correspondiente ya a mayo 1968, la dediqué este extenso y sentido poema

Suceder

Para N.W.

El cerco ha ido estrechándose en palabras
rezumando interior, temperatura
sentida como sólo algunas cosas
dejan que las sintamos plenamente.
La historia de las almas cada día
supone más dolor. Para apresarla
hay que entregarse a ciegas a ese instante
que no promete paz ni recompensa.
Así anduvimos todos (la esperanza
por los hombros, la boca atesorada
de palomas torcaces, mensajeras
de oraciones sin verbo en su destino)
millas interminables, largos días
sin sombra de memoria, como vanos
sucederes mordiéndose la cola.
Ahora que el tiempo cede a este delirio

de luz y amanecer; ahora que pasa
por nuestro cuerpo un vaho de promesas...,
quiero librar las fechas de los meses
oscuros, redimirlas verso a verso.
Cabe un dato en el haz de la mirada
más de diario, más simple. En el trabajo
cualquier cosa trastorna nuestros planes
de ausencia y soledad. Por las pestañas
llegan ríos de amor. Los corazones
ensayan un temblor menos monótono.
Ahora tiene sentido –y sólo ahora–
aquel despunte mínimo de risa
entre libros y notas. Tantas veces
como hojas morían por tus dedos
sentía yo crecer la flor distinta.
Ahora recojo el fruto a manos llenas
madurado al más ínfimo pretexto,
a la más tenue luz, a una hora muerta,
y lo dejo en las manos, amasando
con él como un diluvio de venturas
hasta ver desprenderse, a intimidades,
los tesoros que el alma amontonaba.
Todo, todo es verdad cuando el acuerdo
no teme el desencanto, y las palabras
surcan veloces el espacio roto
que sutura la idea y la sonrisa.
Yo quisiera inundarte de alegrías,
de que este gozo alto se desborde
por los cuatro costados; que la boca
no dé lugar –cabida– a tanto poema.
Vida mía, alma mía, yo te pido
que escuches el pasado en estas luces
de nuestro cierto y gran descubrimiento,
y por él sentirás con vida nueva

lo que había en el fondo de unos meses.
Orilla con orilla queda en medio
una inmensa riada de pasajes
que tienen la cordura de ser tuyos,
de hallar entre nosotros ese banco
donde duermen las anclas del sosiego
y las aguas se cierran para siempre.
Aquella, la otra vez, entonces, siempre
miraba tu presencia en dulce espera
de poder ensartar uno por uno
los capítulos yertos de una gesta.
Es inútil buscar neutralidades
cuando hay por medio nubes de sonrisas;
o querer reducir a ritmo lento
lo que ya ha comenzado a compás raudo.
Bajo lo blando bulle una tormenta
de cómplices destinos, de horizontes
que esperan sólo el grito, la consigna,
para poder decir cuál es su bando.
Todo se ha transmutado. Lo que hace
unos meses vagaba a la deriva
ahora ya tiene nombre. Lo que era
en los labios un verso de segunda
medida, es la palabra vehemente
que chorrea verdades imparables.
Nos separa un caudal de obligaciones
sellando por contrato nuestras vidas,
cuando el resto del mundo, nuestro mundo,
nos tiende uno tras otro esbeltos puentes
para iniciar el tráfigo del alma,
y para que los ojos se acostumbren
al vértigo amoroso del abismo.
Y la calma aparente es un presagio
de estallidos futuros: Por tu mano

que roza la indolencia de la mía
van entrando en la sangre las respuestas
a las muchas preguntas que dormían
cubiertas bajo un sueño ligerísimo.
Cuando ahora una palabra brota plena
de motivos, radiante de secretos,
reparamos los dos la dolorosa
senda en que, balbuciente, desfilara
tanto intento ruinoso de diálogo.
Verás tu sombra alzada en el poema
y sabrás que el dolor y la alegría
van dándose la vez entre los hombres.
Confieso que me dueles. Voy cantando
las más bellas jornadas. No me importa
el rastro de perfume que en lo incierto
va haciéndose dolor por el camino.
No tenía sentido ayer ninguna
sospecha que nacía apresurada,
ni el aviso fugaz de los vencejos
parecía asomar bajo la nieve.
Hoy la tiene, quedándose en el aire
las antiguas palabras que sin peso
volaban o caían al olvido.
Todo siente la carga, opresión blanda
de esta desfloración de la azucena
sola en medio del beso y la promesa,
inerte ante la oscura maravilla.
Más hondo que el amor es la amenaza
de quedarnos sin paz todo este tiempo
que nos falta para ir a alguna parte;
y más hiriente aún es la caída
de esas hojas –otoño aproximado–
con que se nos descubre un tiempo nuevo.
Tiempo nuevo, flor viva, muerte espesa

venida lentamente en la mirada,
calando los bolsillos de las horas
sin fondo, recordándome la historia
de cuando estaba ciego, aunque las luces
de todas las ventanas madurasen.
Cuando el verso callaba en tus oídos
jugábamos los dos como si nada;
con la amante conciencia confiada
en que todo era ruido controlable.
Los días tienen ya en qué apoyarse,
digamos esperanza, esos momentos
donde el eco de amor halla su múltiplo
y las cimas del verso se preparan
para desmoronarse una y mil veces.
No puedes ser la misma entre las redes
de vasto entendimiento que nos cercan.
Por lo menos yo siento la llegada
del tenue gota a gota de la charla,
antes llena de poros olvidables,
recreándose ahora, complacida
de rebotar sin fin en nuestros labios.
Quiero narrar un punto y me sacude
el inmenso aluvión de otras auroras,
corte dado al calor de un día como éste,
inútil intención de fingimientos.
Ya te siento, gozosa peregrina
en mi casa, en mi sitio de trabajo,
levantando las cosas, destapando
el secreto cubierto en soledades.
Es verdad que te vas a cada hora,
que el encuentro que ahora celebramos
es más sobrio, más pleno y recreado;
es verdad que también yo te he buscado
un escape total sin conseguirlo.

Estás en mi poema transpasada
de puentes que retardan nuestra huida;
las horas vulnerantes se revelan
por cualquier causa mínima, por nada.
Hieren todas –verdad–, la última mata.

Nuria siguió yendo a Kingston en alguna ocasión, espaciadamente. Una vez creo que fue a verme, acaso a estar conmigo. Tuve la impresión de que me buscó [monográficamente] . Pero el demonio enreda, y no se le ocurrió más que viajar en el coche acompañada de un perrazo... [Gran compañía, sí; gran protección... también, etc., etc.]. Probablemente fui tonto; ella me deseaba, creo. Hubiera sido apasionante, eléctrico, el averiguarlo... Pero me inhibió el perro... Aquél fue nuestro encuentro final... Andando el tiempo, en un recital que hicimos de algunos de mis poemas en la terraza “El Gurugú” de Alcalá de Henares, en pleno verano, al aire libre, con el inapreciable y desprendido concurso de Juan Luis Molina, Ramón González Navarro, y José César Álvarez..., recuerdo que el soneto [Nuria] injertó con el respetable público con inusitada intensidad empática, y el libre protocolo de los aplausos caldeó, enardeció aún más el alma mía...

Otra vez, en un vuelo de New York a Montreal me tocó de compañera de asiento a una chica, mayorcita, pero atractiva aún... No bien iniciada la conversación, ya mi espíritu se había apercebido de que se trataba de alguien... un poco rara, un tanto especial aun dentro de las mediciones norteamericanas... Era de Quebec City, franco-canadiense pura. Hubo el intercambio consabido de direcciones, y el encarecimiento de... digamos, Louise, de que fuese yo a visitar Quebec..., que tendría mucho gusto en acompañarme, etc., etc. No hubiera sido necesaria ninguna porfía por su parte, porque en mí... geografía es amor, y además nunca en mi vida había estado en la ciudad de Quebec, la capital franco-canadiense, la meca del catolicismo trasnochado y más politizado que pueda imaginarse. La ciudad tiene, efectivamente, un aspecto distinto; desprende un vaho como inquisitorial, como de caza de brujas; como de guerra de religión. Mi única referencia era el ambiente que la famosa película “Yo confieso” [I

confess], encabezada en su reparto, y entre otras figuras, por el mítico Montgomery Clift..., había captado. Pasar ocho cursos en Canada y no visitar Quebec City hubiera sido a todas luces... deslucido! La tal Louise, resumiendo, resultó ser una loca católica, fanatizada por la estupidez de las típicas ecuaciones [sexo-matrimonio-religión] . Me la quise llevar a la habitación del motel que había reservado, y poco faltó para que la muy cretina llamara a la fuerza pública... Ni siquiera hice noche en Quebec..., cogí el coche, enfilé el camino de regreso a Kingston, y supongo que llegaría a las tantas de la madrugada..., pero libre!! Muchas veces lo he pensado: Con gente así la provincia de Quebec no puede tener el futuro que a los francocanadienses tan gratuita, vocinglera y chauvinísticamente les gustaría atribuirse. Y el tiempo lleva casi treinta años dándonos la razón...

Había en Kingston una familia caribeña, de Barbados concretamente. El padre, a quien no llegué a conocer, era ministro, quiero decir, clérigo o pastor de credo no católico. Tengo un blanco absoluto en la memoria respecto de cómo trabé amistad con ellos. El caso es que la hija pequeña, Patricia, Pat, era una joya de jovencita: esbelta, color clarito de avellana..., un dechado de buenos modales, lo que en terminología puritana podría entenderse como esmerada educación en el santo temor de Dios... Solía yo invitarla al restaurante donde Tony Frazaô trabajaba, y allí bailábamos a los ritmos más hacederos, menos estrambóticos y más universales. Ir con ella era suscitar miradas envidiosas. A Pat le encantaba besarme, pero no consintió que posara mis manos en sus senos: La primera vez que lo intenté, me miró con profundo susto, zafándose de la maniobra. No volví a intentarlo. ¿Para qué? Nuestras cosmovisiones eran... como eran... Su personalidad fue una de las dos o tres más conservadoras de todo el patrimonio tradicional anglo-sajón con que yo me topé en Ontario. Con todo, me gustaba estar con ella, tenerla sentada junto a mí en el coche. Me satisfacía acercarle la silla a la mesa...

María Rosa Nieto era una española que, como yo, como tantos, se había metido muy acertadamente en la aventura del hispanismo cuando la demanda de éste alcanzaba sus cotas máximas en el

continente norteamericano, sobre todo de habla inglesa. Encontró un puestecito de [Lecturer] de español en St. Catharines... en el área canadiense que lindaba con las cataratas del Niágara. Era buena moza, con un chasis bien pertrechado de atributos femeninamente generosos... ¡Vaya: que yo la encontraba guapa.. y francamente buena!. Coincidimos muchas veces: En Ottawa, durante la celebración de actos académicos; en Chicago, con ocasión de un MLA Annual Meeting; en Hamilton el 25 febrero 1967 con motivo de la representación de unos entremeses de Agustín Moreto [*Las galeras de la honra*] y de Luis Quiñones de Benavente [*El Gori-gori*] en la Mc Master University, dirigidos magistralmente por la profesora compatriota nuestra, y exquisita mujer, Pilar Martínez... Creo que María Rosa estaba obsesionada por el casorio, es decir, por la palabra, porque cuantas veces, medio en broma, medio en serio, charlábamos del asunto, ella desplegaba la más portentosa ignorancia sobre los fundamentos de aquello que parecía dar pábulo al diseño completo de su conciencia... Si se le preguntaba “¿para qué?”, ella no entendía ni sabía nada de nada; sólo, vagamente, que se trataba de algo que lo había visto *hacer* a sus padres..., a los más viejos de su lugar... y que todos, el mundo..., bueno, ya se entiende, la gente, hablaba de ello. ¡Pues qué bien!... pensaba yo, al tiempo de sentirme aterrorizado ante semejante panorama. Una vez que fue de vacaciones a Puerto Rico me trajo de regalo una carabela de madera, precioso y artístico juguete. No ha dejado de adornar una de las estanterías de un mueble-biblioteca con puertas de cristales aquí en mi casa. Otra vez estuvo en Kingston, a verme, un par de días. No se me olvida que uno de los conserjes del Shamrock, el que sabía algo de español y que en tan alta estima me tenía a mí [descontando, por supuesto, todo tipo de deferencias que esgrimió para con María Rosa], la llamaba “Miss. Niiro”, maximalismo fonético norteamericano. Confieso que me faltó paciencia con María Rosa. En una época donde yo tenía, al menos, la virtualidad real de poder abordar a una buena parte de la flota femenina, las chuminadas mentales de María Rosa, aun gustándome ella muchísimo, me sacaban de quicio. Había veces en que me sorprendía yo a mí mismo zarandeado por el impulso primario y puro de darla de

hostias... Bueno, todo el que entienda algo del tema sabrá de lo que estoy hablando... Años más tarde, regresado yo definitivamente de América, se pasó María Rosa Nieto por Alcalá con una amiga suya, Lucy Martín Uriz [hermana de Ana, y mujer ésta de Pepe Siles Artés, colega de la familia española de Filología inglesa, ya puestos a dar señas]. Recuerdo que estaba Wenceslao conmigo y nos fuimos los cuatro a cenar al restaurante “Las Torres”... Precisamente fue su cuñado Pepe Siles quien me informó que María Rosa había regresado de Canada hacía ya bastantes años..., y que se encontraba en Murcia, enseñando inglés en un Instituto...

Lorna Griffin es un caso especial. Permítaseme comenzar diciendo que mi infatuación respecto de ella fue intelectual, académica..., con algo de lúdico. Fue una infatuación no dolorosa, incruenta..., y si esto tiene sentido, ésta es la especialidad que reclamo para tal pasaje de mis vivencias. A partir de 1965 Lorna estuvo en algún curso mío durante todos y cada uno de los cuatro años de su B.A. Honors en español y en francés. Rubita, pecosita, y calladita, más que bonita, que lo era, era atractivamente graciosa, pues más que chasis espectacular, lo que poseía era un “build”, figura o armazón moderadamente compacto; altura media. Su seriedad y laconismo despertó en mi alma como un reto estético de horadar en lo posible aquella formidable barrera de recato y reserva. Como estudiante era un primor de excelencia. Era una máquina perfecta y engranada de cumplir con los requisitos que el contenido de cada curso incorporaba y exigía...

Fue hacia 1967-1968, cuando Lorna se hallaba en su tercer año y cuando yo me decidí a invitarla. Habían sido ya muchos periodos de oírme en clase, muchos ratos impersonales por los que habíamos transitado, yo, como docente; y ella, como alumna, no mía, sino de la misma Universidad, y por lo tanto, obligados cada cual a la observancia de unas reglas de juego... La llevé a cenar al restaurante de los griegos, del camino de Amherstview..., y sólo allí conseguí que dijera algo. Me enteré, por ella, claro, que provenía de una familia católica, muy restrictiva, muy tradicional...; que vivía en Baie d’Urfé, antes de llegar a Montreal desde el Oeste. Recuerdo que al despedirme de uno de los

dueños del restaurante, y mientras ayudaba a Lorna a ponerse la pelliza de cuero, me tomé la pequeña e impertinente libertad de provocar el destape de algún comentario suyo..., presentándosela al griego como alguien por quien el corazón mío elucubraba y sentía de tal y tal manera... Mientras Lorna terminaba de arrebujarse en su ropón de abrigo, el señor griego me reconvino bonachonamente... por poner a Lorna “on the spot”; es decir, por ponerla en evidencia. Regresamos a su residencia del Campus, el Chown Hall, y no se me ocurrió ni por lo más remoto sugerir el “good-night kiss”. Tan grande era la circunspección, la formalidad que allí y entonces concurría en mi amiguita Lorna... Uno de los días en que yo invité a Pat, la caribeña de Barbados, a la “Steak House”, también se encontraba Lorna, acompañada de un muchacho. Ella se sonrojó ligeramente, y la sorprendí mirando con emulativo recelo, con inquisitorial curiosidad la belleza de avellana clarita de Patricia...

En los papeles destinados al efecto, Lorna siempre me concedió la máxima calificación valorativa por mi menester profesional. Yo también tuve *siempre* la seguridad, sin traumas, de que Lorna me admiraba; me amaba... intelectualmente, pero que nuestros mundos, sus presupuestos, sus sistemas de valores y previsiones, distaban años luz. Con todo..., en una ocasión en que regresaba yo de Montreal de ver a mis parientes, los Roldán, me dejé caer por Baie d’Urfé, por casa de Lorna, y la encontré allí. Me saludó afectuosa y sorprendida..., y me dijo que en ese momento estaba en casa sólo con su abuela... Me pareció improcedente prolongar mi visita más allá de los típicos comentarios de intranscendencia lúdicos. Otra vez, después de haber ella ya terminado su B.A. Honors, y hallándome yo en mi último año de estancia en Canada, debió de ir a Queen’s a gestionar algún asunto, y tuvo la amabilidad de pasarse por mi despacho a saludarme. Su gesto proverbial era el de sonreírse..., sin decir palabra..., mientras se iba acercando a mí. Ella dejaba que yo dijese todo, así que..., con estar, con dejarse percibir por mí, ya tenía prácticamente dicho y llevado a término casi todo. Su discurso había ganado tan sólo un poquito en expresividad, respecto de mí. Algo... era algo, no obstante. Y por

último, el día de mi marcha completa de Kingston, hacia el aeropuerto de Montreal, y de allí a España, resulta que me encuentro con Lorna en el tren de Dorval... Así lo tengo registrado en unas notas antiguas, tomadas hace muchos años como soporte documental de lo que serían, de lo que están siendo, mejor dicho, mis Memorias... No sé a santo de qué –venía de viaje de Toronto, probablemente; de donde fuera... pero el caso es que Lorna se encontraba en el tren! Para cualquier otra persona, esta coincidencia sin duda que hubiera desatado la locuacidad, hubiera exacerbado los acentos emotivos entre quienes, como Lorna y yo, en alguna proporción y de alguna forma, durante cuatro cursos académicos dentro de los seis años naturales acabados de transcurrir, habíamos visto moldearse nuestras existencias, conforme a patrones universitarios compaginados simultáneamente... Pero nos saludamos y nos despedimos sin más, porque un romanticismo diluido entonces no hubiera conducido más que al posible abaratamiento que de mi persona pudiese conservar la memoria de Lorna... Esto, ya sabemos, ocurría en mayo 1971.

Durante muchos otros años que siguieron, el infinito ámbito vacío de la nada en lo que concierne a instancias concretas sobre Lorna..., continuó así, vacío. Literariamente, al repasar papeles con otros fines, encontraba los comentarios de la gente de mis clases, y no podía por menos de pensar en mi muy querida y admirada Lorna Griffin, aquella brava y enjundiosa criatura, colmada de fino tacto y recatada generosidad, que confesó públicamente –me consta– mi competencia repetidas veces... Lorna Griffin, la rubita, la bien amada..., la desconocida alumna de mis clases durante cuatro cursos directos...

Un día de verano de 1986 me hallaba yo en mi casa de Alcalá de Henares, exactamente donde estoy ahora, en mi biblioteca, escribiendo... Había regresado de Granada, una vez cumplimentado el periodo lectivo propiamente dicho, y para más señalización, estaba conmigo, pasando unos días, el gran poeta, el ingente chamán lírico del inciático monumento de la Alhambra..., Antonio Enrique!. Hay cosas que pasan, y puesto que uno está en el bombo de los números, le pueden pasar a uno. Recuerdo que sonó el teléfono que tengo aquí, sobre la

mesa en la que estoy trabajando, a una cuarta a mi izquierda. Una voz de mujer, en español correcto, me preguntaba si el número marcado correspondía a la casa de Tomás Ramos Orea... Bueno, era Lorna Griffin, que, además, me llamaba desde Granada. Estaba por España, había ido al Sur con la inevitable visita a la ciudad del fantaseísmo, y al gestionar su billete de tren de regreso y comprobar que los despachos de RENFE estaban junto al edificio principal de Telefónica..., tuvo un impulso –según ella misma dijo–, pasó, buscó mi nombre entre los abonados de Alcalá de Henares en el tomo correspondiente a la provincia de Madrid..., y allí encontró mis dos números... Era una tarde de julio de 1986, y yo estaba en casa, escribiendo. Al día siguiente Antonio y yo cruzamos el escaso trecho que separa el inmueble donde vivo de la estación de ferrocarril, y en uno de los trenes de cercanías, a eso de las 22:30 pm. anunciadas... Llegó Lorna. Fue de las últimas personas en bajar. Al comenzar a cruzar hacia el andén de salida se distinguió para mí por la cara que no le había cambiado en absoluto... Venía con una maleta... cargada de piedras. Estaba casada con un geólogo y ése era el pesado regalo que le venía transportando. Se encontraría con él días más tarde en Francia, y desde allí regresarían ambos a Canada. Vivía en Calgary, Alberta, y era profesora de español en el Mount Royal College de dicha ciudad. No tenía hijos... Bueno, ese tropel básico de datos, como orientación de todo lo demás, nos lo fue administrando en los contados minutos que tardamos en llegar a mi piso del Paseo de la Estación! Sobre todo, nos esmaltó lo del impulso subitáneo que le había acometido, estando en Granada, de contactar conmigo. El juego de las coincidencias y del azar pareció aún más caprichoso y más ineluctable al informarle a Lorna que yo, para entonces, llevaba ya catorce años profesando en la Universidad de allí... y que, de haber tenido lugar su visita un mes antes, a menos de habernos encontrado en las calles de Granada, mal me habría podido contactar por teléfono, al no estar yo en Alcalá... Así que, lo mejor era lo que el destino había dispuesto.

Al día siguiente fuimos los tres a comer a Sigüenza y a pasar la jornada haciendo turismo. Según Antonio, durante nuestra comida en el

Parador, Lorna emitió el tipo más premioso, adensado y comprometido de vibración... Confesó que una buena parte de todo lo que de distinto de su formación católica puritana le había advenido y fructificado, me lo debía a mí, a mi salvajismo expresivo de los años de Queen's... Confesó también que tuvo que transcurrir mucho tiempo para que las cosas que me oyerá decir, y que me viera hacer en Kingston, Ontario, cobrasen sentido pleno dentro de su cosmovisión... En realidad, la grapa que nuestro encuentro de ahora había puesto en todo este vano de quince años [o más propiamente, diez y siete, desde que se desglosara de la asistencia preceptiva a mis cursos], venía a significar el cierre, la llevada a término de aquel prodigioso círculo... Lorna hizo una segunda noche en mi casa, y a la mañana siguiente la trasladé a Guadalajara a tomar el Talgo para Barcelona y Francia... Desde Roquebrune-Village, en la Costa Azul, me envió una bonita postal, fechada el 17 de julio 1986: "Querido Tomás: Meeting you was [not bad at all] . Getting to know you *a little* was also pretty nice. Thank you again for your hospitality and company. Hope to see you again. Lorna. ¡Recuerdos a Antonio!" Ya desde Calgary, con fecha 11 de septiembre, me escribe una carta más espaciosa, y la acompaña de una foto tomada en Niza ese mismo julio: en la playa, Lorna, vestida, con gafas de sol, sonríe mientras se sirve vino tinto de una botella... Me dice cosas muy variadas, como que... su "whirlwind trip to Alcalá was somewhat surrealistic - a bit like a scene from something of García Márquez"... Pero como compendio de la elocuencia de su [understatement] ... me escribe: "I want to ask you a favour, Tomás. I would like to correspond with you. I wouldn't like another 15 years of no contact..." De momento, y hasta hoy en que esto escribo, hemos dejado atrás otros nueve. Con nuestro tiempo nos tragamos a nosotros mismos... Por ello he perseguido con ahínco especial, con redoblado celo, poder dejar diseñado, siquiera provisionalmente a través de la palabra, el tramo no precedero de la memoria de Lorna...

Los servicios de la Universidad funcionaban a las mil maravillas. Para los intelectuales, existían pases de películas y toda suerte de actividades teatrales. Por tratarse de Fernando Arrabal

presenció la puesta en escena de unos cuadros dramáticos suyos, de fino sarcasmo sobre la guerra... Interesantes. Probablemente la versión que allí nos ofrecieron en inglés, proviniera, en su trámite inmediato, del francés, lengua a la que, por otra parte, casi automáticamente se traducía todo lo que en primera instancia salía en español de la pluma del melillense. Pero por proceder yo de España, un país, una mentalidad con carencias ancestrales enormes en ciertos aspectos de la condición vital, una de las prestaciones que más aprovechaba yo eran las instalaciones deportivas. El Jock Harty Arena constituía un complejo deportivo de primera magnitud, con los servicios correspondientes para las especialidades en pabellón cubierto. Ocioso y rutinario repetirlo: Piscinas climatizadas; canchas de baloncesto; cajas o celdas para la práctica de la pelota con pala o “paddle-ball”, squash, etc., etc. Lo cual, por ser elementos comunes a todas las instalaciones deportivas cubiertas, de alto rango, puede pensarse que no justifica el elogio que mi mención pretende aportar. En efecto, lo que uno celebraba eran las infraestructuras y servicios sanitarios y de apoyo de todo eso que significaba el verdadero complemento de la práctica del deporte que fuere. Con hora y media de libre disposición, digamos, entre periodos de clase, uno podía aprovechar casi todo ese tiempo, porque las funciones de guardarropía en estupendos vestuarios con taquillas [armarios metálicos o [lockers[] individualizadas, y los servicios de aseo, magníficas habitaciones entarimadas, eran equivalentes a los que uno pudiera esperar de un Hotel de primera. Tres cuartos de hora de jugar a la pelota con pala podían dejar escapar del cuerpo muchos humores rancios y sesgados; y no digamos un rato de natación..., un estiramiento de músculos. Entraba uno vestido y salía uno lo mismo, sin que la ropa sufriera el más mínimo deterioro. A mí me gustaba ir de traje, y todo lo que no hubiera sido dejar mi ropa limpiamente salvaguardada, y volvérmela a poner impoluta, no habría encontrado mi aprobación. Cargo un poco las tintas en estos detalles porque son precisamente los que echo de menos en los casi veinticuatro cursos académicos que llevo profesando en Granada..., al momento en que esto escribo, otoño 1995. La [malafollá[*granaina* se ha negado, y se

sigue negando, contumazmente a instalar vestuarios en las instalaciones deportivas. Dicen que la ropa se la lleva uno en un saco, en una bolsa, o donde sea, y que es problema de cada cual. La explicación que a mí me han dado, siendo como soy castellano, es que sus antepasados iban a cagar al campo y se limpiaban con un trozo de teja... De ahí que ninguna instalación deportiva pública en Granada conozca la realidad, el cometido y el uso de los armaritos cerrados donde uno pueda dejar la ropa y volvérsela a poner una vez acabado el ejercicio. ¿Difícil de creer lo que digo? Pues con no creérselo, asunto resuelto. Pero por eso mismo, es verdad...

Los amigos colegas del Departamento no pasaban de... Hilborn, nacido con el siglo, tenía por lo tanto 65 años cuando yo comencé a profesar en Queen's. Según las biografías al uso, era reputado masón..., pero lo que no decían es que era también un perfecto caballero, uno de los talentos más solidarios y ecuanímenes que he conocido. Ya desde London, desde los días aquellos de nuestra negociación, me felicité por conocerle. Al mes o así de comenzar mi trabajo en Queen's, me invitó a merendar a su casa. Su mujer, Marguerite, una educada y exquisita señora, nos aseguró que había augurado mi éxito como profesor y como persona entre todos aquellos afectados por mis menesteres académicos y por mi compañía. Naturalmente que dicha valoración se fundamentaba en el elogioso testimonio que sobre mí le había pasado previamente su marido. Hilborn me acompañó a ver al Decano al final de mi primer curso y declaró allí en presencia mía, formalmente, que yo había sido una gran adquisición para el Departamento y para Queen's, y que los matriculados en mis clases "were fascinated listening to me". Un gran y generoso caballero. Al concluir el curso 1965-1966, Hilborn, por haber alcanzado su edad reglamentaria, dejó sus funciones de Chairman o Head del Departamento, pero continuó otros cuatro años, hasta los setenta, desempeñando sus actividades docente-investigadoras. Fue él quien se ofreció a encargarse de la calificación de un puñado de exámenes de un curso mío de lengua instrumental, lo cual me permitió no tener que esperarme en Kingston por tan nimia y anecdótica cuestión al terminar las clases.

Diego Bastianutti, italiano americano de Fiume (Rijeka), algo más joven que yo, y que había culminado sus estudios de Doctorado en Toronto, se incorporó a Queen's el curso 1970-1971; o sea, el último mío, y al jubilarse del todo Hilborn. Un gran tipo que, sin embargo, había caído en la trampa del sistema de vida "a la americana". Era casi perfectamente trilingüe, buen profesor, e investigador concienzudo. Matrimoniado a los... veinte años o poco más con una americana, y con dos hijas, se encontraba en plena juventud hartado de mujer, hartado de hijas..., y sin coraje para romper con todo aquello. Una verdadera lástima, tan frecuente. La servidumbre terrorífica de necesitar dos sueldos durante veinte años para poder pagar los plazos de la vivienda común obtenida mediante la modalidad tan americana del endeudamiento vitalicio., los tenía esclavizados. Durante casi veinticinco largos años de bandazos emocionales, Bastianutti ha estado lamentándose de su purgatorio en vida., pero siempre falto de decisión para mandar a su mujer, a sus hijas, a Queen's, y a Canadá a tomar por el culo de una buena y puta vez por todas...!! A veces jugábamos a "paddle-ball" (squash) y, curioso, no me llegó a ganar nunca... Un gran tipo, una gran cabeza..., pero otro de los que ayudan a hacer grande a un país, haciéndose ellos... pequeños; mejor dicho, haciéndose añicos.

Durante los dos cursos 1967-1969 profesó en nuestro Departamento un cura católico peruano, Juan Porrás Landeo, como sustituto de J.K. Mc Donald, ausente esos dos mismos años para terminar su Ph. D. Thesis en California. El padre Porrás, como se le conocía, era una buena y sana persona, y ni tan siquiera por curiosidad puedo ahora traer aquí dato alguno documental, informativo sobre cuáles hubieron de ser los criterios y las conveniencias de Queen's para contratar a un religioso. Nos apreciábamos mutuamente y no tuve empacho en pedirle consejo y su personal sopesación valorativa sobre ciertos pasajes sentimentales de mi vida de entonces [respecto de María Manuela de Sousa, específicamente] que comenzaban a cobrar –tal lo debía de creer yo– síndromes borrascosos y, en todo caso, comprometidos. El padre Porrás, por iniciativa suya, y sin mediar

ningún tipo de contraprestación, ofició una misa católica a la muerte de mi padre.

James K. Mc Donald, “Jim”, un hombretón, unos años mayor que yo, pero no muchos más, aunque sus sienes de pelo blanco pudieran parecer que la edad se le había disparado. Tenía nada menos que seis hijos. A partir de su obtención del doctorado creció algo más rápidamente su estancado *status* académico dentro del Departamento. Al menos, tuvo la cortesía de invitarme a cenar a su casa. Le llevé a su mujer un opulento ramo de rosas, y al quedarse ella sorprendida y decir, más o menos, que no recordaba que nadie le hubiera hecho un regalo así en toda su vida... Jim añadió, entre circunspecto, formal, y lúdico: “¡Oh, thank you!”; expresión ante la que todos reímos abiertamente. Sospecho que fue la única gracia que se dedicaron los dos cónyuges en todos sus años de convivencia...

Almudena Ameller constituye un señalado, intensísimo y, hasta yo diría, original recuadro en el tablero emocional mío de la época. Su padre trabajaba en Montreal para una Agencia estatal española de Aeronáutica, y era bastante amigo de mis parientes madrileños, los Roldán. Como de costumbre, respecto de mis primillos Luis y Carlos yo era *senior* con bastante; pero respecto de sus padres, Félix y Angelines [aun dentro de la lejanía, mis verdaderos parientes], respecto de los padres de Almudena, y respecto de las demás amistades..., yo, con mis treinta y dos años, resultaba, con mucho también, el más joven de los mayores. Acompañado de todos ellos, que habían sido invitados por los Ameller, fue como la conocí yo en su propia casa, es decir, en la casa de sus padres, la Navidad de 1968... A alguien se le ocurrió enchufar un tocadiscos, y antes de que mi cerebro y mi alma, juntos, asumiesen la química espiritual de la situación, estaba yo dejándome gobernar, es un decir, por la melodía, formando una argamasa de transcendida calidez con el haz de Almudena. Nada más consorciar nuestras contigüidades me dí cuenta de que aquella mujer atesoraba quilates especialísimos. Almudena tendría entonces veintiuno o veintidós años, y estudiaba, estaba terminando, en Madrid precisamente, Filología inglesa en la Facultad de Letras de la Ciudad Universitaria. Ella, por haber ido a

Canada aquellas vacaciones, y yo, por haberme quedado, habíamos coincidido. Su padre, Pedro Ameller, gran coleccionista de chismes esmerados, me rogó que le llevase a cabo una gestión sobre unos cuchillos viejos (o antiguos) cuando llegase yo a Madrid en primavera. Y así lo hice. En esas fechas continuaban las actividades, siquiera teóricas, de los cursos en las Universidades españolas; de ahí, que a mí me agradase siempre pasarme, en abril, recién llegado de Canada, a saludar a don Emilio Lorenzo y a don Esteban Pujals, los dos prohombres más indiscutidos de la Filología inglesa en España. Sólo que esta vez, Almudena era el verdadero objetivo de mi visita. En la Facultad no estaba ese día, pero sí la localicé por teléfono en su casa, un pisito de cerca de la calle del Pez, barrio que yo conocía bien en cualquier caso...

La llevé un ramo de rosas, muchas, muchas rosas. Estuvimos comiendo en un restaurante de por allí, acaso en la misma Corredera Baja, de aspecto no muy presuntuoso, pero donde recuerdo que nos sirvieron un gustosísimo solomillo y una botella de Codorníu Extra, seco. A partir del postre tuve las manos de Almudena encofradas en las mías todo el tiempo... Para todos aquellos para quienes la palabra sea una enojosa e inevitable necesidad de tratar de entenderse, acaso sería suficiente decirles que... bueno, que yo me sentía, que yo estaba... cabal y totalmente enamorado de Almudena... En mi libro *Penúltimas palabras* (Granada 1980), aparece ya este poema

PENSADA, ÚNICA

Cuando esta carta vierta su mensaje
sobre el papel, tú ya estarás muy lejos
frente a la sorda y desigual distancia
que impide y que acrecienta la ternura.
A veces es la aguda transparencia
de un pensamiento súbito, crecido,
lo que me lleva a tí. A veces, la oscura
promesa que en tu boca se encerraba,

el calor recordado de tus dedos,
la línea fiel y móvil de volumen
de tu cuerpo pensado en puro límite.
Creo en tí y desmenuzo verso a verso
tu más fugaz pasada, hasta el resorte
que, alegre, discurrió sin sombra alguna
en el mundo de amor de nuestro encuentro;
la mínima intuición que entre la charla
inundaba de luces mi embestida.
Ese acto centrífugo de mi alma
que en un flujo constante va a tu costa
y te envuelve en acento afirmativo;
esa perenne unión que empalma y funde
tu ser y el verso mío..., amor tan sólo
quiero llamarlo. Dime, si no, el nombre
de mi rara alegría deshaciéndose
en palabras no dichas; de ese lento
vagar sin ver que el tiempo no es más que una
débil huida al fondo del olvido.
¡Ay, el tiempo, amor mío...! Lo he tocado
al dejar que mi mano en la piel tuya
fuera sembrando cotas imposibles.
¿No te acuerdas? Tu mano entre la mía
iba aquietando el mundo, resistiéndose
al avance ignorado de futuro.
Dijiste “habría que saber qué clase
de tontería a hacer estás dispuesto
por mí”. El amor es eso, una renuncia
de todo lo que existe a nuestro alcance
y cambiamos por esa ancha partida
de ilusiones a largo y roto plazo.
“Póngame seis como ésta”, le dijiste
al hombre que al azar atestiguaba
mi proyecto de amor, la arremetida

que tu sonrisa hincaba en mi conciencia,
el chorro de desvelo que tu nombre
iba a significar a mi memoria.
Más tarde en el teléfono dijiste:
“No sé, es que me parece tan extraño
y confuso todo esto”. No, amor mío:
Retador y difícil, sí. Mi alma
nunca tuvo tan fértil evidencia
como cuando asentías, como cuando
en el débil cimiento de una idea
vibrábamos tú y yo acordadamente.
“Tal vez fue la primera –por mi carta–
la que más me gustó”, dijiste luego.
“Yo no siento por tí lo que tú sientes
por mí”, también dijiste. ¿Y qué es eso
que mi alma en carne viva sufre y goza
con tu indecible y anhelante encuentro?
¿Qué siento yo que sólo explicar puedo
con signos –no palabras–, con llamadas
que en lo abisal del ser sólo me llevan
a una contemplación de ternidades?
Oirás mi verso en el menguado roce
del ala de las cosas, en las horas
inútiles cargándose de tiempo.
Mi verso, adelantado, santo y seña
de un corazón en ascua contenida
se oirá en tu pecho cuando todo calle
y la palabra *amor* cobre vigencia.
Yo no quiero llamar amor a nada
que no desgare el ser, que no renueve
todo el vivir pasado y nos coloque
al borde del brocal de las palabras
que nadie pronunció. Si tú, amor mío,
si los dos confrontáramos la raya

de eternidad que marca nuestras vidas,
llegarías al fondo desde donde
oiríamos tú y yo la misma música.
Sé de tí por las negras hondonadas
con que mi verso se alza y se pregunta
la razón de tu vida y mi destino.
Tu frente huida, tu encendida frente
como un espejo de cordura y duelo,
campo para el amor donde resbala
-fugitivo- el bagaje de un fracaso.
Llega y hierde el aroma del recuerdo
con sabor agridulce. Lo que empuja
por detrás son escombros en pretérito.
Lo único que mi alma espera ahora
es la comba del tiempo, la lanzada
que la sangre presiente cuando vengas
o mi voz vaya a tí y tú la acojas
con un gesto de amante convivencia.
Y ahora que un eco amargo de memoria,
ahora que un doblez hondo por mi vida
me empuja a tí rompiendo las amarras
que el mundo, en previsión, ha colocado...
Ahora que, por pensarte, no sé dónde
comienza tu perfil y dónde acaba...,
ahora es cuando te tiendo mi pregunta:
“¿Has sentido el amor al lado mío;
crees también que la muerte va siguiendo
el rastro que la dicha en ebrio gozo
ha señalado en sueños y en palabras?”
Esto es amor, escribo, mientras alzo
un monumento de alma y de tristeza.

Alcalá de Henares-Kingston, Canada
10-20 de septiembre, 1969

Al año siguiente, 1970, nos encontramos de nuevo en Montreal, también con sus padres, y esta vez en casa de los Roldán. Puse en las mejillas de Almudena, al besarla, lo más agónico y lo más definitivo de mi estado de alma. Pedro, su padre, hizo un comentario iniciático, cómplice, y lleno de cordialidad, sobre el hecho de que en las comunicaciones entre Almudena y yo... “habían mediado cosas de versos”. Dos o tres años más tarde, digamos, sobre 1971 o 1972, recibí un precioso tarjetón anunciándome la boda de Almudena.. ¿dónde?, creo que en Montreal..., acaso en Madrid... No he vuelto a saber más de ninguno de ellos... Mi primo Félix se trasladó a Calgary. Luego, tanto su mujer (mi prima Angelines) como él, murieron en el espacio de pocos años. De mis primillos Luis y Carlos dejé de saber hace seis o siete... Como digo, junto con nuestro tiempo, nos vamos tragando a nosotros mismos. A Almudena mi alma no ha dejado de dedicarle mis centrifugacidades de aquiescencia y enaltecimiento. Siempre.

Los amigos más munificentes, más pródigos en procurarse compañía, eran los Bencosme, Sergio y Berta, matrimonio dominicano: él, un Full Professor de Pathology; y ella, técnica de Laboratorio también en el mismo Departamento de su marido. Como buenos caribeños, habían propiciado una prole de cinco miembros: tres chicas, y dos muchachos. En su casa se celebraban frecuentes reuniones, a las que acudía buena parte del estamento hispánico de Kingston [una gran mayoría de nosotros, ya creo haberlo mencionado, nos afectábamos en alguna medida a Queen’s] respecto del que yo oficiosamente actuaba como coordinador o Secretario, confeccionando de vez en cuando una lista de los nombres y teléfonos de todos nosotros que servía de directorio y de instrumento de relación. En casa de los Bencosme conocí a los De Bold, argentinos, médicos investigadores ambos; a los Lechago, Juan él, español de Cataluña, médico investigador, y Vicky ella, argentina; a los Romero-Sierra, él, César, español, Associate Professor de Anatomy en Queen’s, y ella, Christina, sueca [cinco preciosas niñas rubitas, de ojos azules y años en escalera entre los dos]; a los Crussi, mexicanos, Francisco “Pancho” él, Assistant Professor de

Pathology en Queen's, y ella, Mercedes, preciosa y amable mujer [Estuvieron en verano en España. Pasaron a verme y los llevé a comer a Madrid, y luego al Teatro Calderón, a una revista musical pachanguera, creo que de Rafael Farina]; a los Chiong, él, Miguel, Assistant Professor de Medicina y Fisiología en Queen's, y su mamá, ambos cubanos de extracción china; a los Rendón, Humberto él, médico en Queen's, y Marcela ella, ambos peruanos... y lamento si alguno de los asiduos se me ha deslizado...

Nada más llegar a Kingston había descubierto yo una granja-floristería a la que prácticamente podía acudir de compra a cualquier hora de cualquier día, ya que cuando el establecimiento o tienda invernadero se cerraba al público, los dueños se retiraban a su casa propiamente dicha, a unos veinte metros de distancia. En cuántas noches terribles de invierno llegaba yo, tocaba al timbre de la tienda y esperaba que de la casa saliera uno de los dueños: normalmente solía ser el hombre, un tipo alto, pintoresco hasta límites cinematográficos, pero expresivo, amable, y buen empresario que no descuidaba su negocio. A las veladas de los Bencosme solía ir yo siempre llevando de regalo una rosa personalizada para cada una de las mujeres, que el florista larguirucho se encargaba de preparar y envolver en un primoroso canuto de papel verde oscuro, aderezado con otro poco de verde vegetal....

Años más tarde, en 1983, me volví a encontrar con Sergio Bencosme en mi primer viaje a la República Dominicana donde él residía ya permanentemente desde 1980 en que cumpliera los sesenta, y en cuya Universidad de Santiago de los Caballeros prestaba plenas funciones como maestro de investigadores. Su regreso a su país de origen había seguido, además, a la muerte de su mujer, Berta. Sergio debió de considerar muy acertadamente que Canada no era el país adecuado para un viudo como él... En sucesivas visitas de turismo que he continuado haciendo a la RD he vuelto a reunirme con Sergio. Nacido en 1920, la vez de nuestro último encuentro por ahora en 1994, a sus setenta y tres años por tanto, seguía desplegando una actividad

investigadora y docente que para sí la quisieran equipos enteros de jóvenes estudiosos...

Otros amigos fueron los Ribes, españoles, él, Luis, Assistant Professor de Matemáticas en Queen's durante unos años, y ella, Marisa Rivero, lingüista de fina reputación. Nos conocimos un poco por libre, por casualidad en el Kingston Hall; una vez también acudieron a una velada de los Bencosme. Cuando Marisa encontró trabajo en su discriminante especialidad ambos se trasladaron a Ottawa. En uno de sus veraneos, creo que en 1971, recién regresado yo por lo tanto y del todo a España, se pasaron a saludarme a Alcalá de Henares. Recuerdo que tonteaba yo entonces con una chica de Guadalajara, y allí nos fuimos los cuatro a comer... No he vuelto a saber de ellos... Conocí también a última hora en Kingston, quiero decir, en mi último año, a Vicente Roselló, un tío regordete, abierto y sano, español levantino, y que como médico pediatra estuvo asimismo referenciado a Queen's, no puedo precisar en capacidad de qué...

Y... "last but not least", el matrimonio alemán Mumm, Kurt y Karin, una pareja de próceres. Habían vivido muchos años en Méjico, y ahora lo estaban haciendo en Canada: eran perfectamente trilingües, además de lo que supieran por otros conductos. Kurt, arquitecto, trabajaba como urbanista para el Ayuntamiento de Kingston; y Karin, sus labores, era Licenciada en Humanidades y asistía, por puro refinamiento de diletante, a tal o cual curso de Literatura, etc. Pertenecían a la generación cultivada y patricia de los "mayores". La verdad es que con Kurt sólo coincidí un par de veces: una, con los Bencosme; y otra, en una fiesta que organizaron los Mumm, en su propia casa. Kurt tocaba el piano, y yo encontré una ocasión de oro para desmandarme en cuanto a abundancia cordial de melodías, cuya plasmación musical requería del bueno de Kurt... Hay bobadas, ocurrencias, que por su elocuente expresividad se resisten al olvido... Le había preguntado yo a Kurt si conocía la canción "Margarita", finalista en una de las Eurovisión de entonces, creo. "No", me dijo. "¿Quiere Vd. que se la vaya cantando y Vd. la saca al piano?", le pregunté. "Venga", me contestó... La canción de referencia, que a mí, quién sabe

debido a qué interferencias emocionales, me caía tan simpática era aquélla de...

“Ven junto al mar donde yo estoy,
esperando por tí, preguntando por tí
en la playa que guarda tu recuerdo..
Rezo tu nombre en mi canción, Margarita..., Margarita,
sin tu amor en la arena yo me pierdo,” etc.

Bien. Me la sé entera pero no es cuestión de dar la paliza al lector. El caso es que Kurt acabó por reproducirla al piano en su totalidad... y yo, festejando la proeza, no quise pasar por alto los escollos que habíamos encontrado con algunas notas. Él, como valoración de compendio a todo el ejercicio musical sostenido llevado a cabo... exclamó: “¡Pero salió!”, a lo cual me dio un golpe de risa que acarreó que un sorbo abundante del [punch] del que estaba yo dando cuenta se me marchara “the wrong way”, por otro camino, y me provocara un atragantamiento del que salí, a golpecitos en la espalda, rociando a los circundantes con mis disparos de fumigación, de toses violentadas, de pulverizaciones salivales... Rocé la asfixia; al verme congestionado y enrojecido, la gente se asustó de lo que puede hacer un acceso desordenado de risa... Al final, todos felices cantando a coro como becerros “Margarita”. Con Karin todavía me suelo cruzar la proverbial comunicación de cada final de año. En la última, me decía que Kurt, de 81 años, había muerto en 1994. La llevaba a Karin once... En el tiempo presente, agosto 1995, más de 24 años después de haberme marchado de Canada, los enlaces, los cordones de contacto que no han dejado nunca de funcionar han sido escasos pero muy selectivamente válidos: Mary Ann Davies, en London; Bastianutti y The Royal Trust Bank, en Kingston; Lorna Griffin, más recientemente, en Calgary; y Karin Mumm, en Ottawa...

La vida académica, por otra parte, muy lejos de la avidez agresiva de los primeros años, convencido yo de mis logros y de mis limitaciones, me prestaba el soporte para este tipo de realizaciones que,

probablemente también, se hubieran consumado en cualquier caso. En el verano de 1970 el Ayuntamiento de Alcalá de Henares patrocinó la publicación de mi *Lira Complutense*, antología ensambladora de los poetas de *Llanura* y de *Aldonza*. Ya el 18 de mayo, en la antigua Universidad Cisneriana, y con el equívoco y encubridor título de “Alcalá: Teoría y actuación” diserté, un poco así por las buenas y fundamentalmente sobre aspectos preferidos de la obra de Unamuno y de Ortega y Gasset. Y siempre en ese mismo 1970 actué como miembro del Jurado para la concesión de la Flor Natural en los Primeros Juegos Florales de Alcalá de Henares, celebrados el 22 de agosto en el Paraninfo de la también Universidad Cisneriana Complutense. De regreso a Canadá..., el siete de noviembre represento a Queen’s en el Simposio Internacional sobre “La vigencia poética de Bécquer” tenido lugar en Toronto, bajo los auspicios de dicha Universidad y del Ontario Chapter de la AATSP. Durante todo ese trimestre preparo un futuro volumen de poemas *Penúltimas palabras* que recogiera el material inédito aprovechable desde 1965. Continúo con la redacción de la serie de artículos “Un castellano en Canadá” y comienzo la de “Repaso de Norteamérica”, ante las expectativas de que por la gestión de un chalado conocido de Gallito, *El Alcázar* me lo pudiera publicar [expectativas truncadas, me apresuro a adelantar aquí]...

El menester que con menos violencia de principios desempeño en la Facultad es el de Coordinador del Comité de Invitación de personalidades académicas. Por iniciativa mía, y para mi especial complacencia e ilustración, nuestro Departamento celebra sendas jornadas con José María Valverde, con Germán Bleiberg, con Eric von Richthofen, y con Ildefonso Manuel Gil..., cada cual disertando en su campo, según su estilo y según sus ganas. Yo me encargaba de entretenerles antes y después de su actuación: normalmente me los llevaba a comer, o a cenar, y con ellos compartía una sesión intensa de erudición, o simplemente de mutuo transvase de Hispanismo. La visita que nos hizo a Queen’s Germán Bleiberg fue doblemente aprovechada, ya que al día siguiente, y por gestión personal mía, le acompañé, quiero decir que le llevé en mi coche a Peterborough, en cuya Trent

University, y concretamente en su Departamento de Español [regentado por el ínclito Pablo González Martín y su entonces mujer, la fabulosa Rosa], Germán volvió a disertar y a estar con nosotros para deleite y prezo de todos. Sí, todos, todos acrecentaron grandemente mis deseos y mis capacidades de auparme a una síntesis superior de cosmovisión humanística, extremo que creo que formal y materialmente conseguí en 1980, nueve años después de regresar a España, cuando obtuve mi doctorado en Derecho... En el capítulo tangencial del ajedrez, nuestro Club, como si se hubieran confabulado todos respecto del aprovechamiento de mis aptitudes convivenciales, me encargaron del entretenimiento del Gran Maestro danés Larssen, a quien Queen's invitó a celebrar unas simultáneas en el gran comedor del Student's Union. Siguiendo en el campo académico, y para rematar el tramo final que hasta mayo 1971 dejé transcurrir..., reseñar, acaso, que el Canada Council me requirió una vez más como asesor, en esta ocasión para un proyecto investigador relativo a Literatura medieval a cargo de un profesor de la Universidad de Toronto.

Los dos últimos cursos académicos en Queen's, o más precisamente, el periodo de enero 1970 a mayo 1971, fue de aguantar el tirón y de ir recogiendo velas. Fueron de un dejar que mi espíritu vagabundeara, ora ingrátido, ora pesaroso, aunque siempre reflexivo. El panorama del Departamento se hacía cada vez más penitencial de respirar. Yo estaba considerado como un "maverick" con "pedigree", algo así como alguien distinto y con distinción... Eso de que viniese a Europa en los periodos no lectivos que me dieran la gana, que llevase a cabo viajes costosos y muy fuera de lo común..., despertaba celos en el personal. Y para más abundamiento, Fox, Director de nuestro Departamento desde la jubilación de Hilborn, era un chusquero puritano y provinciano de excepcional calibre. Llevaba en Kingston toda su vida prácticamente, y aunque buen funcionario para la cosa de papeles [todos y cada uno de los días hacía circular entre nosotros algún nuevo impreso de tipo administrativo, algún [memorandum[, etc.], era un hombre sin garra de brillantez. El tiempo ratificaría plenamente aquellas valoraciones mías ya que el Departamento, una vez retirado

definitivamente Hilborn en 1970, y desaparecido yo en 1971, siguió un proceso irreversible e inexorable de deterioro: durante quince años más se sostuvo, simplemente sin crecer, pero con solvencia digna, debido a la formidable labor del profesor Bastianutti, ya mencionado, y del profesor Emilio Barón; más tarde, la desilusión progresiva del primero, y el regreso a España del segundo propiciarían el declive. Cuando yo llegué, éramos seis miembros full-time dedicados al español. Hoy, tras la jubilación anticipada de Bastianutti, sólo quedan dos. Ese 66% de merma en el profesorado hispánico de Queen's es traspolable al declive que ha sufrido el interés por la Filología española en Canada; a la tremenda restricción que ha experimentado este tipo de estudios, y, pasado el [boom] de los sesenta, a la falta de atracción que plantean las instituciones universitarias canadienses en algunos campos... Fuere lo que pudiere ser, el caso es que a mí me consideraban agraciado, sufrían un tipo técnico de envidia..., y comenzaron a apretarme las clavijas, seguros como creían estar de que... "my rank and salary" alejarían toda tentación por mi parte de ni siquiera pensar en salir del paraíso de Kingston...

Estoy en el curso 1970-1971 y Fox ya comenzó a difundir veladamente la especie de que nadie podría ausentarse de sus labores universitarias [o en su defecto de Kingston, o qué sé yo, supongo que de Canada, de forma que pudiéramos estar "on call"] más que el mes preceptivo, supuestamente reglamentado laboralmente en la legislación universitaria... ¡Pues qué bien!. Tomé buena nota y me preparé para cualquier cosa, con tal de que fuera definitiva. Entretanto procuraba sacar el poco y mejor partido que pudiese de la situación. Eché cálculos, y oliendo que mis meses en Queen's estaban contados, ese último año no me alquilé coche. Los viajes a Montreal a ver a mis parientes los hacía en autobús o en tren; y los desplazamientos en Kingston, cada vez más escasos, en taxi. Disfrutaba al máximo de mi despacho. Un estudiante inglés, que cursaba estudios graduados en español [y que hasta comenzó a preparar una Tesis sobre la "acción" en las novelas de Baroja, supervisada y dirigida por mí] me repasaba y corregía

traducciones inversas que preparaba yo. No era propiamente una clase pero se lo parecía...

Un día Fox me echó una reprimenda. Con gesto patológico, sesgado, con mordaz y como sonriente crispación, me dijo que había recibido la queja de una alumna de una de mis clases... porque yo la había intentado “to date”; es decir, que la había propuesto una cita, que la había invitado a lo que fuera, supongo que a cenar... En aquellas circunstancias, el enanismo mental y cosmovisivo de Fox se valía de una frase conclusiva que él se aplicaba para que los demás tomásemos buena cuenta de las fundamentaciones irrefragables, inconcusas, que asistían a su razón... “I know the world”, solía decir, como cifra y compendio de su conocimiento profundo de la humana condición. Y con eso quedaba el hombre tan contento. Y con eso quedaba todo como grapado, llevado a término. Yo no le dije nada, ¿qué le podía decir? Se trataba, bien lo recuerdo, de una jovencita calientapollas, que era muy bonita, y que además se lo sabía, con la particularidad de que, al parecer, había vivido con su familia en Brasil durante años..., y tenía un concepto bajísimo de la raza “latina”..., cosa que Fox, con toda la poquedad inútil de su mezquina intención, me recordó. Yo, ya digo, no le dije nada, ¿qué le podía decir? Pues sí, algo le podría haber dicho: Y ello era que, ajeno yo a la vida y milagros de un personajillo como él [casado, por lo demás, y con una pareja de hijos, chico y chica], no pude por menos, sin embargo de albergar sospechas sobre la patología de sus secreciones internas..., tal era la untuosidad y el amaneramiento de algunos de sus ademanes que en lenta pero nunca detenida progresión se iban más y más exteriorizando. El tiempo otra vez se cobró sus plazos y sus piezas, y a través de los canales correspondientes y reglamentarios supimos que Fox llegó a alcanzar un reconocido *status* de pederasta consumado en toda la ciudad de Kingston... ¡Claro, cómo iba el hombre a encontrar razonable que, con conocimiento de él, un “latino” como yo abordase a una jovencita virtuosa anglo-sajona!. Con todo, más que un recuerdo negativo, lo que conserva y dedica mi corazón a este hombre es lástima. Fox era consciente, y así lo confesaba, de que le había costado toda una vida “build up a salary”,

llegar a jefe de Departamento, y estaba como paranoicamente obsesionado con que nadie del estamento estudiantil tuviese de él quejas. Sin que nadie se lo pidiese, dedicaba –él, trasnochado a la antigua, chapado al más puro y duro puritanismo– un concernimiento falso, de pacotilla, de bisutería barata, a los intereses estudiantiles, temeroso de que una revuelta, un informe no del todo satisfactorio por parte de éstos en las evaluaciones rutinarias que, como componente del sistema establecido, elevaban a las instancias rectoras, le privasen del *status* cuya consecución le había costado una vida... ¡Un desastre y una ruina de hombre!

En todo este ambiente de finiquitación hubo quienes hasta parecieron participar de dicha ceremonia de liquidación de existencias. De Waterloo, y precisamente del mismo James Mc Kegney, el que me quiso contratar después de MSU, me vino una proposición. Supongo que ya circulaba la noticia de que estaba yo un poco harto de Queen's, y de que nada ni nadie me sujetaba allí. Jim me telefoneó y me dijo si quería ir a visitarles y a saludar al Chairman administrativo, ya que él, aunque coordinador de todo el bloque hispánico, dependía de dicho Head, de Clásicas. Tenían un Departamento hecho de retazos, pero la verdad es que Waterloo había experimentado un notabilísimo crecimiento... Fui allí, estuve con ellos, pasé el rato..., pero sospecho que el tufo que yo despedía a desgana y a falta de motivación, era penetrante... Bueno..., no que no tuviera ganas de ponerme a trabajar para Waterloo, sino más bien que era ya muy difícil que yo encontrase un puesto a mi medida; que con mi status y mi antigüedad, mi contratación resultaba cara..., y que, en todo caso, yo siempre podía utilizar la posible oferta de Waterloo para pujar a los de Queen's algo más..., ese tipo de manejos tan naturales del que todos hasta aquel momento menos yo, [debido a mi candidez, a mi altruismo, a mi entusiasmo por los valores puros y, probablemente y sobre todo, debido a que no me hacía falta para mi subsistencia inmediata...], del que todos, digo, pues se habían aprovechado. Aunque por primera vez hubiese yo intentado jugar mis cartas, nadie debería sentirse incómodo... La cosa no resultó..., como tampoco resultaron las

aproximaciones y exploraciones y tanteos que hice respecto de alguna Universidad USA... Repito que supongo que se me transparentaba..., que lo único que quería era contar con un *alibi*, una coartada espiritual para librarme de la propia autocrítica, de mi propia recriminación en caso de no haber agotado los cauces reglamentarios, las instancias ortodoxas y convencionales. El tiempo, una vez más, siempre una vez más, se encargó de demostrar que cuando en la mesa de juego de la vida se dan cartas a ese jugador anónimo y ubicuo que es el “laissez faire” [o sea, el que vela por los intereses generales, por los que ningún otro jugador se preocupa], entonces, muy frecuentemente, le sale a uno bien la partida. Salí de América justo cuando tenía que salir, y no haberlo hecho hubiera resultado un abultadísimo disparate, un cósmico error... Pero sigamos con mis últimos meses, mis últimas semanas en Kingston...

Imposible precisar cómo entré en conocimiento con la familia Machuca. Paulina, la que sería mi amiga por el tiempo y con la intensidad bastantes para justificar su presencia en estas páginas, había ido a Kingston, desde Montreal, a visitar a una hermana suya, casada con un negro de Ghana, y que vivían en una transversal de Princess St., acaso en la Nelson, entre aquélla y la Concession St., no muy lejos del Hotel Shamrock. Recuerdo que el matrimonio, descontada la resaltante negritud del marido, no parecía contener ninguna particularidad exacerbadamente inusual. Mis conocimientos sobre Ghana [por mi pretendida visita allí, una vez superado el Sahara, en los tiempos en que Rakel, la finlandesa, y Albert, el canadiense, trabajaban en Navrongo] hacían de mí alguien ciertamente distinto, en alguna proporción, a la gran mayoría de ciudadanos canadienses, con los que el cuñado de Paulina muy improbablemente pudiera conversar. La hermana de Paulina era finita y, aunque en un contexto de marcada modestia en lo que se refería a... casa, vestido, signos externos, etc., le quedaban vestigios de unas hechuras proporcionadas y armónicas. La única vez que estuve allí con Paulina, los dos miembros del matrimonio se desvivieron en atenciones conmigo. Paulina andaba algo desequilibrada, lo que añadía un oscuro factor de atracción a su

personalidad interesante. Tendría entonces unos veintidós años y, según me pareció entender, su memoria estaba fuertemente influida por un episodio emocional, en el que a través de un negro había experimentado su primer encuentro con el sexo, con la circunstancia añadida de haberse quedado embarazada y haber interrumpido en su momento dicho embarazo...

Yo encontraba a Paulina tantalizantemente atractiva: Me cogía las manos, me miraba con la boca semi abierta... y luego me soltaba y miraba hacia otro sitio, como si su cabeza planteara y dirimiera en cuestión de segundos sucesivos acertijos... Ya el primer día de conocernos en Kingston nos amamos con rabia, nos poseímos con premura como furiosa, como si nos faltara tiempo, y como si quisiéramos desquitarnos de algo que no habíamos conocido... Paulina y su hermana eran originarias creo que de Barcelona, se habían trasladado con los padres a Montreal, y allí habían vivido toda su época núbil. Nuestro primer encuentro debió de ocurrir a finales de 1970. Yo vine a España y Paulina me pidió que le comprara una de esas novelas-culebrón de aventuras cortesananas, de varios volúmenes, con título de nombre de mujer, que por entonces gozaban del favor del público predominantemente femenino. Le cumplimenté el encargo, enviándole los libros por correo... Ella me regaló una foto suya, en su vivienda de Montreal: Es una foto curiosa, en una pose [daliniana] , Paulina de pie, apoyada con las manos en la repisa de la calefacción: Muestra la rotundidad de sus formas. Pelo largo, no sé si lo dije; piernas compactas y bellamente troqueladas, a las que la falda más bien corta que lleva prestan veracidad y realce; blusa de manga larga, accidentada en su superficie por la impetuosidad de unos senos congruos, cumplidos, aparentes... Ya digo que nada más conocernos accedió a venirse conmigo a mi Hotel. Probablemente Paulina necesitaba de alguien que hablara y que entendiese español..., dispuesto a escucharla. Me contó que se peleaba con su hermana..., y que llamaban a la policía, que es uno de los pocos lujos con que cuentan estos ciudadanos... Y el caso es que su hermana, la mujer del negro, a mí me caía absolutamente bien, y entre ellas dos me ayudaron a ir rellenando con personas vivas el

panorama del exilio, el elenco de situaciones que se producen cuando compatriotas del mismo país se encuentran en otro país igualmente ajeno para ambos...

Yo me interesé turbiamente por Paulina,... me enamoré, a falta de mejor término, de ella. Fue mi última recaída en Canada, mi absolutamente último encuentro... Paulina conservaba ese fondo de intimidad racial que yo acerté a sintonizar. Una pena que su conciencia estuviera lastrada por los sucesos de su primera mocedad. Paulina fue a Kingston a verme, el día antes de que yo saliera del todo de Canada para España.. Estuvimos juntos, escuchando música, cenando sin prisa... e intentando componer a fuerza de abrazos, éxtasis compartidos, el rompecabezas de su intimidad... Sí, yo la amé, y cuando no hay dique en contrario, supongo que el flujo de ese amor, por poca materia prima que pueda arrastrar ahora, nunca se olvidará del sitio por donde discurría...

Desde principios de 1970 comencé a distinguir claramente que mi cuenta atrás había comenzado. De cuántas cifras constaría y cuándo llegaría al cero que indicase el pistoletazo del desglose final, era lo que menos importaba. Había que empezar por desembarazarse de lastre; había que aligerar la impedimenta. El chantaje del que solemos ser todos víctimas en algún momento de nuestra duración, viene impuesto por las cosas que actúan de rehenes. Ya decíamos que el sistema social más despiadado es aquél que obtiene la docilidad de los administrados adhiriéndolos, por ejemplo, como esclavos de la gleba, al inmueble que pueden estar en curso de comprar. Una pareja así, por desavenidos que estén en sus campos emocionales, encuentran particularmente difícil independizarse. Comenzar por cuenta de cada uno por separado la aventura de financiar una vivienda es prácticamente impensable. La sociedad de consumo de estos países desarrollados persigue que el súbdito explotable eche raíces, se “radique” en el país por medio de la institución del matrimonio, seguido de la compra en veinte años del inmueble en cuestión, etc. etc. Con eso se garantiza una sociedad de siervos conformes y uniformes. Si ya por libre y desde todo el tiempo mi mente desplegaba la rebeldía que fuere, más cierto era que aspectos

así de la cultura de consumo norteamericana ilustraban con creces mi postura. De ahí que vivir en un Hotel y alquilar un coche habían resultado un éxito. Me quedaba la no pequeña servidumbre de los libros, y unos cuantos trastos más como materia y problema de transporte. Otras cosas de naturaleza más impersonal [“chaise longue”; una rejilla de poner discos; paraguas..., sirvan de escuetísimo ejemplo de adminículos] tendrían que quedarse allí...

Comencé por los libros, lenta y sistemáticamente. Recordaba que cuando Fox regresó de España estuvo semana tras semana recibiendo allí, en Queen’s, paquetes de libros que él mismo se había facturado en Madrid. Yo tenía todo el tiempo del mundo y los mejores materiales, además de mi maña y cuidado particular, para confeccionar unos embalajes con el peso preceptivo que eran un modelo de artesanía y de corrección. Mis lectores recordarán los acentos elogiosos que el Correo español me había propiciado por aquel entonces...

Yo entiendo que los golpes de fortuna y las irrupciones malhadadas se suelen combinar en la vida de cada cual para producir un balance último..., tolerablemente proporcionado. Mi caso no ha sido excepción. Si fuese yo por la vida de héroe de vía estrecha, pretendiendo recabar reconocimiento por batallitas ficticias o hinchadas, creo que mis cuarenta y dos años de viajar, y mis más de setenta países visitados [en el momento en que esto escribo, octubre 1995] me podrían proporcionar con un mínimo esfuerzo literario materia abonada para el sensacionalismo derrotista, o para esa valoración negativa y desvirtuada, tenida por muchos como más elegante que la realidad escueta... ¡Claro que me han ocurrido cosas molestas, no faltaría más! Claro que cuando regresé de Africa, en el aeropuerto de Barajas, me registraron aquel capacho donde traía unas lanzas de regalo, un par de sombreros para mis sobrinos... ¡Claro que cuando me dirigía en coche a Alemania, a mi curso del Goethe, en uno de los pasos de la frontera entre Francia y Suiza, por Ginebra, ... debían de existir sospechas de algún alijo de drogas que se intentaba pasar, y estuve detenido una hora, aguantando que un cretino de aduanero me escarbara el equipaje entero y me inspeccionara el coche...! ¡Claro que

en el “check point Charlie” entre los dos Berlín, un hijo de puta de [vopo] me tuvo retenido dos horas porque le dio la gana..., porque mirando en la maleta de mi coche, dentro de mi bolso de viaje encontró lo primero de todo, lo que llevaba yo más a mano, una libreta de direcciones, como las que todo el mundo lleva en el bolsillo...! Sí, y más cosas, y alguna otra pega... sí, como el avión aquel de Pluna, de Paraguay a Uruguay, que tuvo que regresar a Asunción... porque se reventaba el parabrisas de la cabina de pilotos... Pero lo que intento decir es que..., en general, las cosas han funcionado conforme a la naturaleza o condición de su cometido... Los aviones han volado; los automóviles han rodado; los barcos han flotado... y el correo español se había encargado de que los envíos llegasen a su destino... Bien. Mi número volvía a estar en el bombo..., parece que mi particular Minerva me abandonó, y me tocó a mí, de lleno, el gordo de la desventura. Entre enero y comienzos de abril 1970 debí de enviar unos sesenta paquetes de libros, sí, poniendo a cuatro por semana... eso sería. El cálculo era acertado..., los cursados en primer lugar estarían esperándome en Alcalá de Henares cuando yo llegase; y los enviados en abril, llegasen cuando llegasen, me encontrarían a mí ya, personalmente durante ese verano... No quiero extenderme mucho sobre el tema, porque hay cuestiones que conservan su particularidad letal todo el durar del tiempo, y cuando a éste se le despereza, o simplemente se le atosiga, la malignidad del asunto renace con la misma intensísima proporción con que se produjo. La mitad de mis paquetes, más o menos, no llegaron nunca; la otra mitad llegaron abiertos: algunos, aunque desarbolados, [quiero decir, con los cartones, cuerdas y gomas especiales cortadas, partidas, desgarradas, rotas]..., con todo el contenido preservado; otros, de entre los paquetes que también llegaron, faltos de parte de su contenido: Si una obra se componía de tres tomos y el paquete conservaba sólo uno..., bueno, acertijos así. Como conservo el dossier entero de mis reclamaciones, y las impertinentísimas, intoxicantes, prepotentes y estúpidas respuestas de algunas de las autoridades afectadas y supuestamente responsables, sólo si alguna instancia tuviera curiosidad real y penitencial de conocer el asunto, yo se lo mostraría. Durante el

año y medio que duraron mis gestiones, todo, repito, *todo* acabó centrándose por mi parte en una pregunta, una sola pregunta: *¿Por dónde* entraron los paquetes en España: Si por barco a España, por qué puerto; si por barco a otro país [Francia, Portugal, etc., por ejemplo, y desde allí por vía terrestre a España, extremo éste absolutamente posible y usual en el mundo de la comunicación y el transporte postal]..., por qué frontera? Nadie pudo, supo, o quiso decírmelo. Haberme acercado yo con mi coche a dicha frontera terrestre, o puerto de mar, a recoger mis cosas, estaba dentro de lo factible y elementalmente lógico... Los cenutrios de turno de las intervenciones postales de donde fuere, a buen seguro tuvieron que especular con que mis paquetes contendrían o contuvieran algo distinto de lo que en realidad contenían, sólo libros de Literatura, y... una vez destrozados, supongo que se reconocerían inhábiles para rehacer el primor perfecto de mis embalajes, además de la ocasión de oro que se les brindaba de apropiarse indebidamente de lo que les diera la puta gana. *¿No creen Vds., lectores, que el Estado español, reo de lesa solidaridad hacia la cultura, está en eterna deuda conmigo? Yo creo que sí!*

Después de cagarme durante larguísimo tiempo en los muertos y muertos de tanto hijoputa anónimo e incompetente, aunque real, percibí, alarmado, que en mi vida se había como erigido una pintoresca, aunque no por ello menos obnoxia, alternativa: O tratar de superar el berrenchín..., o enfrentarme a la virtualidad nada improbable de morir de frustración, de alguna... perforación subitánea de algo, y de pura mala leche. Han pasado más de veinticinco años justos de todo ello.. y no lo he superado. Lo he desviado, me he desviado yo..., lo he apartado, me he apartado yo.., pero no lo he superado. Calculo que unos 150 libros se perdieron. Se trataba de ese cogollo elegido de volúmenes personales, anotados, glosados, pintarrajeados, sudados, albergados, estudiados, que me habían servido para ganarme el trabajo, y el prestigio, y tántas comuniones espirituales. Se diría que no son muchos.... No, 150 no son muchos; pero de una esencialidad señera..., eso, única, irrepitible. Sin esos ciento cincuenta libros mi biblioteca quedó desde entonces desgarrada, amputada, visceralmente

traumatizada. Por ello cada vez creo menos en lo escrito inerte; y más en el *aquí y ahora* de que se trate; en lo que de vivo y dinámico lleva uno en la cabeza...

Pero mi tiempo en Canada estaba tocando a su fin. Disparé un último cohete de autoconvencimiento, como para que mi escrupulosidad no se dejara atrás ningún protocolo incumplido... Lo único cierto, cierto del todo es que estaba harto, y que la última amarra que me retenía en Canada comenzaba a soltarse. Como digo, por hacerme un regate a mi propia conciencia, exploré la posibilidad de un [sabático] , con la clara intención, que en ningún momento quise ocultar, de soldarlo a mi retirada. Me dijeron que en mi caso, por haber disfrutado de periodos tan largos de ausencia durante mis seis años, requeriría de un curso más de servicios, o sea, un séptimo año académico, para hacerme acreedor del [sabático] . Lo sabía de sobra, pero al pedirlo llenaba de justificación cualquier postura que me decidiera a tomar... Como la inminencia era total, ese curso preferí no plantear el tema de marcharme con apremios a principios de abril. Fox se encargó muy certeramente de acelerar las cosas. A mediados de mes se nos pasó una circular comunicándonos oficialmente que el periodo de ausencia de las labores universitarias en Queen's [es decir, en Kingston; o en su defecto, como ya sugerí, supongo que en Canada!] se extendía al máximo de un mes, etc, etc.

Al día siguiente de que se nos pasara dicha comunicación, me dí por enterado y le informé a Fox que me iba de Queen's definitivamente. Los días que tardé en rematar los detalles de recogida de las cuatro cosas que me quedaban, fijación de la fecha de vuelo, etc., etc. tuve que ser testigo de las expresiones de pasmo y de asombro incrédulo que provocó en aquella buena gente la noticia de que yo desaparecía... No se lo podían creer. Los cimientos de sus nociones, la sustentación de sus creencias se resquebrajaron, se tambalearon y se vinieron abajo. Puse en el casillero de correspondencia de cada uno de los [inquilinos] de Kingston Hall un folio multicopiado con unas líneas de despedida, significando –bien lo recuerdo– que en Kingston había escrito una buena parte de mis mejores poemas... ¡Y hasta hoy!

ÍNDICE

	Pág.
María Manuela de Sousa: Montreal, Kingston, Toronto (Canada). Lisboa (Portugal). El Paular (Madrid).....	1
María Eugenia: Madrid; Santander; Alcalá de Henares, 1969-1971. San Salvador, 1984	61
Bonnie Davies; Lorna Griffin: Kingston, Ontario. Almudena Ameller: Montreal, Quebec. María Rosa Nieto; Paulina Machuca: Canadá 1965-1971	120

